
El Autor de la Semana

Reinaldo Lomboy

Ránquil

...; pero "el río" no puede ser otro que el Bio-Bio, tierra con su anillo de agua, la estrecha contra las dilleras y socava por la base el vientre de los volcanes, su nieve le alimentan el cauce.

... donde nacen los rios. Mas que nada, aqui nace "el río", las vertiginosas torrenteras que bajan los taldeos de la cordillera o "el Ránquil" o "el chalquibin" o "el Rahue" o "el Bio-Bio"; pero "el río" no puede ser otro que el Bio-Bio, tierra con su anillo de agua, la estrecha contra las dilleras y socava por la base el vientre de los volcanes, su nieve le alimentan el cauce.

... en esta cuasi isla cortada al norte por el Chilo, al sur por el Fehuenco y al occidente por el Bio-Bio, se divide, es tropel de aguas en los barrancos, resaca en los menguados valles y bacrerías que pone en la vida y en la muerte por los barrancos y el tel...

El Autor de la Semana © 1996-2002.
Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Chile
Reinaldo Lomboy: Ránquil
Selección y edición de texto:
©2002 Oscar E. Aguilera F. (oaguiler@uchile.cl)
Portada: Carolina Huenucoy H. (chuenuco@uchile.cl)

Imagen de portada tomada de
<http://jans.tripod.cl/socialsiete2.htm>
*Esta imagen puede tener copyright,
en cuyo caso, si los detentores de los
Derechos no autorizan su inclusión
en este documento, sin fines comerciales,
será retirada de la portada.*

Se prohíbe la reproducción comercial de los textos presentados en la serie “El Autor de la Semana”. Se autoriza la difusión a través de Internet de estos documentos, en otros sitios aparte de la Universidad de Chile, sólo con fines educativos y de difusión de la literatura, siempre que se indique la fuente, los detentores de los derechos, traducciones y cualquier otra información indicada en estas páginas. La indicación de la fuente debe realizarse además con link al sitio original y debe comunicarse al responsable de este sitio, Profesor Oscar E. Aguilera F. oaguiler@uchile.cl.

Reinaldo Lomboy, escritor, profesor y periodista chileno. Nació el 10 de mayo en Coronel. En 1921 se incorpora al Liceo de Hombres de Concepción. Cursando Segundo de Humanidades, datan algunas colaboraciones juveniles, publicadas en las revistas “El Peneca” y “Don Fausto, los cuentos y poemas, ilustrados por él mismo, eran acogidos favorablemente por la Dirección de las Revistas. Autobiografiaba sus producciones de adolescente con el seudónimo de Oscar Reyna.

En innumerables oportunidades desempeñó las labores de controlar la faena relacionada con el campo, aquello le permitió entenderse en la vida, actividades y dichos campesinos. Sus observaciones le sirvieron de inspiración para publicar en 1927 “*Cuando Maduran las Espigas*”, en la revista Semanal Lecturas Selectas que dirigiera Luis Enrique Délano y Amanda Labarca.

Ese mismo año ingresa al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile para seguir estudios en la Asignatura de Inglés, sin terminar sus estudios; en 1930, viaja al norte para trabajar como Químico de Laboratorio de Minas en Chuquicamata, un año más tarde regresa a la Capital y trabaja como profesor de Inglés en el Instituto de Periodistas.

En marzo de 1932 publica en El Mercurio su cuento “*Naranjas y Números*” y en noviembre sale a luz otro relato breve titulado “*En los Páramos*” en la Revista Lecturas N°3.

En 1933 ingresa como redactor de la Revista de Cine “Ecran”. En Agosto de ese año publica el cuento “*De noche*” en la Revista Lecturas N°19.

Siendo Director de la Revista Ecran en 1938, pasa a engrosar las filas de la Sociedad de Escritores de Chile.

En 1941, es seleccionado con su cuento “*Sobre todo cama*”, para la antología de “Nuevos cuentistas Chilenos”.

Durante algún tiempo prepara libretos para Radios, con los cuales su nombre se hace popular. Es, además autor de “*Ventarrón*”, 1945.

Tras abandonar su cargo Sub-director de la Revista Zig-zig en 1947, ingresa como traductor en la Agencia Reuter y otro en la Sección Propaganda y Prensa de la Embajada Británica.

Durante 1949 es incorporado como miembro del Directorio de la Sociedad de Escritores de Chile y de la Alianza de Intelectuales, años más tarde, en 1952, se afilia en el Círculo de Periodistas de Chile.

Durante 1958 es nombrado Director de la Revista Zig-Zag.

Además escribió “*Aguafuertes de Chile*” (cuentos-1950), “*Puerto de Hambre*” (novela, 1964), pero uno de sus escritos más trascendental fue “*Ránquil*”.

Entre los galardones literarios, obtuvo el premio “Atenea”.

Muere en 1974.

Reinaldo Lomboy

Ránquil

“Estamos arrodillados, padre, hoy día.
Te rogamos ahora que nos perdone,
que nuestros hijos no mueran, que sirvan.
“Te rogamos que llueva, para que produzcan las siembras,
para que tengamos animales, “Que llueva”, diga usted,
hombre grande, cabeza de oro, y usted, mujer grande,
rogamos a las dos grandes y antiguas personas.
“Ayúdennos en todas las cosas.
Defiéndanos de que nonos hagan ningún mal.
“Estamos mirando para arriba; dos veces nos arrodillaremos.
“Que no se enfermen los hijos”
diga usted, cuchillo de oro.
“En medio del cielo está usted. Todas las cosas hizo usted.
Por usted estamos todos parados”.

(Invocación mapuche en el Nguillatún)

Primera Parte

RAIZ EN LA TIERRA

El campo estaba en sosiego. Esa mansedumbre que se doblaba en el atardecer le iba poniendo una cosa de atemorizada maravilla, como si la sombra de la montaña fuese arrastrado su ánimo por una oquedad de reflejos intramarinos. Era lo mismo que ir nadando entre aguas en un remanso del Bío-Bío.

Pero al salir de las verdosidades del bosque y tomar el faldeo, comenzó el viento a desgarrarse contra los peñascos de la cordillera y llegó desmonchando los árboles con rumor sordo y crepitante que acrecía al despeñarse por el ribazo. En medio de las ráfagas se atenuaba el estropicio de ramas al paso remolón de los caballos, pero luego sus cascos caían sobre algún peñascal, marcando ritmo monótono: clap... clap... clap...

Veía el muchacho la silueta del jinete, al ascender la altiplanicie, en oscilación reposada y amorosa. Recios troncos le salían al paso: rugosos, rajadas cortezas negras, oponían tupición de follajes a la tenue claridad del cielo cuyo crepúsculo se prendía pertinaz sobre las cimas distantes. Como el silencio de la noche inminente, como su cansancio de animales trascordados por el estupor que infunde al cerebro la fatiga del cuerpo, también el camino era hostil para ellos, los viajeros. Alargábase interminable esta senda que iban señalando de sudor y blasfemias.

—¡Arre!... ¡Andalé!...

La misma apagada y lenta fuerza de los cascos en el suelo. La voz se estrellaba contra las ancas angulosas del pingo delantero. Gacha la cabeza, su marcha remisa no contestaba en viveza a la incitación acuciosa y se limitaba apenas a volver una oreja enhiesta y suspicaz a la palabra del hombre.

Un trallazo. La voz, opaca y resignada al comienzo enardecíose al restallar del látigo:

—¡Arre!... ¡Andalé!... ¡Uuhuy, huí!... An... da... lé. ¡Craj... óoo!...

Y era el muchacho quien se alentaba a proseguir, en sobresalto súbito, chacaneando al manco que arrastraba las piernas rendidas y ensayaba un trotecillo breve para volver a su paso lerdo.

Miraba el muchacho al hombre fornido que iba impasible en su cabalgadura aguaitando la lejanía en un deseo de estar siempre más allá del lugar que transitaba.

Mingo se sentía seguro junto a él, en su reposada fortaleza, y le tenía por el más altivo y el más valiente. Copiaba su andar, sus movimientos lentos, su habla mezquina de palabras. Por él trataba de silenciar su cansancio; por esa mirada de aprobación de sus ojos entre verde y melado, habría soportado toda fatiga, habría caminado a pie, si preciso fuere, hasta que las piernas se le derrumbaran y aún entonces habría seguido arrastrándose tras él, lo mismo que un quiltro que no abandona por nada al amo. ¡Así era la fuerza que le infiltraba!

Sin volverse, entre un paso y otro de la bestia, la voz del hombre no estaba señalada ni por el interés ni por el deseo de aliviar al compañero:

—¿Tas cansao?...

—Nos toy cansao...

¡Y hasta el suelo lleno de cascajo le habría sido mullida cama!

Comenzaba Mingo entonces, al lado del hermano, su aprendizaje de hombre, y ninguna fuerza le moviera a derrota si habría de encontrar el desdén en esa casa labrada a hachazos. Más que el dolor físico le hubiera dolido verle recoger el labio en gesto despectivo que

erizaba las púas de su bigote retinto a fuerza de tabaco, o posar en él, lentos y cachazudos, los ojos entrecerrados, con mudo meneo de cabeza.

Recién enguazado el río, al sur del balseadero de las lanchas en servicio sólo hasta el instante de entregarse el sol, se les llegó la noche. Había oscurecido ya con esa súbita lobreguez que en la montaña sigue el retardado anochecer, y luego de traslomar la cima erizada de una vasta pinalería, descendieron a una cañada que formaba estrecho valle cortado por torrencioso estero. Nicolás detuvo su cabalgadura:

—Aquí vamos a hacer noche.

Desensilló, lo imitó Mingo, mancornaron los dos animales y los dejaron que pastaran a su antojo.

—Saca los pellones y tiéndelos allacito. Ha de ser al tiro pa mantener el calor.

Y allí mismo, sobre el suelo, hicieron cama. Después de una merienda frugal se envolvieron en sus mantas y quedaron en silencio, de cara a las estrellas, entre las dos laderas levantadas de la cañada. Mingo cayó dentro de la sombra, hundiéndose en ella, sin pensar en nada, dejándose invadir por esa grata laxitud que sucede al extremo cansancio, mientras la tierra quedaba suspendida de unos cuantos luceros y mecida por el viento.

Mingo se quedó un rato con los ojos muy abiertos, muy despiertos los sentidos a la trisca de las ramas en el viento, hasta que al fin, de tanto mirarlas, se fueron empañando las estrellas y cayó a una quebrada profundísima a donde no alcanzaban luces ni rumores.

Un súbito golpe en las costillas lo despertó. La noche se había ahondado en esa oscuridad que precede al amanecer y le costó situarse en ella, enfocar la visión a las sombras movibles de Nicolás y otros hombres. Voces lo fustigaron con violencia:

—¡Levántate de una vez!...

Y le allegaron un culatazo por las caderas, donde se le espantó el sueño y le entró una rabia que se expresó en denuestos:

—¡Quién puchas es el muy!...

—Fíjate a quién les tay hablando!

Nicolás detuvo con el antebrazo el golpe que el armado endilgó a la boca de Mingo.

—Guarda, ñor! ¿Qué no ve que es un coltro no más?... ¿Qué lo que quieren con nosotros, vamos a ver?

El otro uniformado había estado examinado los caballos que pacían tranquilos junto al estero. Se acercó, delineándose poco a poco entre la sombra en un cuerpo redoblado. Sobre todo, en una carabina que llevaba sujeta del cañón. Habló gangueando:

—¿Cómo te llamaí?

—¿Quién, yo?

—A vos te digo... ¿O te creíaí que le hablaba al perro?

—Yo no he creío náa.

—¡No te vengai a botar a tieso conmigo! ¿No meoís?

—Ahá...

—¿Cómo te llamaí?

—Nicolás Olave...

—¿No sos de Ránquil?

—Ahá...

—¿Qué andan haciendo aquí?

—Pasábamos la noche...

—¡Contéstale bien a mi cabo! —estalló el otro, cruzándole la cara de una guantada.

Nicolás se llevó la mano a la mejilla ardiente con movimiento pausado que mal se avenía con su tormento interior. Lanzó una mirada a su hermano, lo vio estremecido de rabia y terror, y conteniéndose apenas:

—¡Puchas que bien hombre! ¡Quisiera verlo si no cargara ese fierro a la espalda!

—¿De adónde vienen?

Intervino el cabo, apaciguador y ansioso de abreviar los procedimientos:

—De la veranada arriba...

—¿Qué andabai haciendo por el lado del límite?

—Fui a dejar un caballo enfermón a la veranada...

—¿No es overo tu caballo?

—Overo es.

—¿Y es tuyo?

—Y, ¿de quién habría de ser?

—Podría ser de un tal Ortiz...

Su voz gangosa era insinuante y afable; pero cambió bruscamente a un tono áspero y duro:

—¡A ver! ¿Adónde te robaste el caballo? —al mismo tiempo que le incrustaba el cañón de la carabina en las costillas.

—¿Qué había de ser robao, ñor!... ¿Qué no ve qué de mi madre?

—De tu madre... De mi abuela... Te veníamos siguiendo la huella de hace ratito. ¡Buen sitio habías encontrado pa esconderte! ¡Ya, ándale, ensilla tu caballo y andando!

En silencio, el hombre recogió los pellones. Mingo hizo lo propio. Pronto estuvieron las bestias ensilladas y los hombres a caballo. Echaron a andar, silenciosos, obedeciendo la orden de los armados que los seguían a corta distancia.

La marcha se hacía dificultosa por la ausencia de senderos, y las bestias tropezaban en las raíces. Al descender la cuesta para salir al camino iban sofrenando las patas traseras, dejándose deslizar casi sentadas en los corvejones.

—¿Nos llevan presos, hermano? —preguntó Mingo con voz queda, dominando con esfuerzo el temblor de la voz.

—Se ha equivocado...

Y nada más le dijo: ¿para qué anticipar males? Tenerle miedo al miedo, más miedo da...

Se alargaba el amanecer. Habían palidecido las estrellas y un tono sonrosado, tenue y medroso surgía apenas a arrebolar las cimas.

—¡Caminen!... ¡Hasta cuándo!...

Protestaban de la lentitud de la marcha. En despaciosa procesión fueron cruzando las montañas.

Un ladrido súbito de perros se desencadenó en la noche. La sombra de una casa se irguió junto al camino. Ni un a luz. Ni un ruido, fuera del frenesí de los ladridos.

Se abrió la puerta. De la sombra emergió una voz:

—¿Quién es?... ¡Ah!... Son ustedes. ¿Los pillaron?

—¡Ves que nos qué!

—Aguarden. Voy a prender el chonchón. Desmonten y pasen.

Ataron sus caballos a un poste. Uno de los armados hizo desmontarse a los cautivos. Se encargó de los caballos y él mismo condujo a los campesinos a la cocina, donde el galoneado avivaba el fuego y el dueño de casa colocaba la pava sobre la llama, antes de disponerse a cebar un mate..

Pedro Ortiz evitaba mirar a los prisioneros: hablaba sólo con los verdes. Nicolás, tendidas las piernas a la llama, esperaba en silencio que sus guardianes terminaran de saborear sus

mates. El muchacho se empecinaba en contemplar el amarillo azulado de las llamas, de pie junto a la pared.

El cabo dio una última chupadura a la bombilla, sacó un pitillo y al tiempo de humedecerlo con la lengua:

—¿Cómo fue lo de su caballo, don?

Ortiz rehuyó las miradas de Nicolás. Dijo:

—Se me desapareció ayer de albita el overo. ¡Que hubiera creído que los ladrones eran de por aquí mismo!

—No ses té limpiando la boca antes de haber comío, don. Fíjese bien lo que dice.

Nicolás se levantó con clama, mirando al otro con los ojos entrecerrados. Ortiz devolvió la mirada, un rato largo: en ese instante se produjo el choque de dos hombres en odio que no terminaría sino con la muerte, aunque el tiempo le diese palabra.

Los armados cambiaron un guiño. El negro chico, sonreía con leve desprecio, clavando firme la vista en su cabo, que se desperezó y se encaró con Nicolás:

—Confiesa por la buena, será mejor. Háceme caso. Pa que tratai de ocultar tu delito, cuando tenís que ser pillado no más. Y si confesai al tiro, no te va a pesar. ¿Si no, peor pa vos!

Nicolás callado: ya su relato estaba hecho. Si creían, bien. Si no...

—¡Yo tengo un remedio buenazo pa los que han perdío la lengua! —saltó el negro chico. ¡Ya, pues, mi cabo! ¿Lo hago hablar de una vez? ¡Hasta cuándo nos va a tener aquí este desgraciao! ¡Contéstale a mi cabo!

Mingo tiritaba en un rincón, empequeñeciéndose. Y hasta la cara la tenía helada, aunque las llamas le pegaban en ella con sus reflejos tremulantes.

Estirando los labios, el cabo señaló al muchacho:

—¡Lárgate vos, y espéranos afuera!

El negro chico apresuró la salida de Mingo, alzando la pierna con tintineo de la pequeña rodaja de la espuela. Cerró la puerta. Se encaró con Nicolás.

—¿Dónde dejaste el caballo?

—Ahí afuera los amarró usté mesmo.

¡Zas! Un culatazo en el pecho. Mientras Nicolás retrocedía por la fuerza del golpe, el otro culatazo, de plano, le partió a sien. La sangre manaba lenta y dejaba huellas rojas, dos huellas rojas que nacían de la herida e iban a perderse en la comisura de los labios. Sacudió el hombre la cabeza para espantar el atontamiento. Se mojó los labios con la lengua y un sabor a sal le inundó la boca.

El cabo no decía nada.

Por las hendidias del techo, entre las juntas de las canoas, fluía un claridad lechosa.

—¿Habla ahora? ¿Dónde dejaste el caballo de Ortiz?

—No lo he visto.

—¡No lo has visto! ¿Qué andai haciendo en el camino pa la Argentina?

—Andaba en la veranada, arriba...

—¡Otra vez con la misma! ¿O te creís que vamos a estar todo el día contigo? ¡Habla de una vez!

Nicolás lo miraba sin cólera aparente, enturbiados los ojos dulzones.

—Déjame a mí —terció el cabo, levantándose.

El negro chico salió. Transcurrió un rato. El galoneado le tenía ojeriza al subordinado: ¡o quería mandar más que él, el muy!... Habló largo a Nicolás, diciéndole que le convenía confesar, porque si no “el otro es bien capaz de molerte a palos”, y:

—Es por tu bien, ché.

—¿qué más quiere que le diga? Andaba en la veranada, arriba. Fui a dejar un caballo, ya le dije: pero es de la vieja.

—Mira que si no es cierto te van a mandar a la cárcel de Temuco y allá te secan en un calabozo...

—¡Güena cosa! La verdá les toy diciendo, don. Pa que iba...

Un grito le cortó la voz. Venía de afuera, lejos, y aunque la distancia lo amortiguara, cortaba el aire su estridencia y ponía sobresalto hasta en el galoneado que se volvió a la pared, como buscando con qué atizar el fuego. Luego del grito, gemidos, sollozos, nada.

—¡Ese carajo esta torturando al coltro!

Y Nicolás se dirigió a la puerta, abriéndola de un tirón. El cabo lo sujetó y le dijo con la carabina, no muy fuerte.

—¡Guarda! Mejor dejalo solo...

Pero el negro chico entraba ya, con feroz alegría en los ojos.

—¡La largó ese otro! Emparrao sos vos, ¿no? ¡Ahora sí que te vas a joder!

Y se largó a reír; pero el cabo le espantó la alegría:

—¡Apúrese, Sepúlveda! Menos bolina y aliste los caballos.

Escupió el negro chico. Parecía dispuesto a golpear al superior; pero al seco tono del otro contestó, no menos altivo:

—¡Ta bien, *mi cabo!*

Otra vez quedaron solos el campesino y el uniformado. El cabo cebó un último mate y comenzó a sorber el agua ardiente. Lo tendió a Nicolás:

—Está haciendo penetró, ¿no? Atráquele...

—No tengo gana.

—Pite.

—Chas gracias. No me hace falta.

—No sea lesó, ñor Bueno, vamos.

Los caballos los esperaban. Mingo no alzó la vista, ocupado en arreglar los pellones. Nicolás tampoco lo miró. ¡Tiempo al tiempo y sobre la marcha se arreglan las cargas!

Las casas precisaban ahora sus paredes de madera agrisada por los vientos. El río, al final del ribazo, llevaba estruendo de galope sobre las piedras. Por el camino, con paso reposado, se acercaba un jinete. Su silueta se perdía en los recodos y cada vez reaparecía mas delicada hasta mostrar dibujado el ralo bigote, la manta deshilachada, rosillo el animal. Traía otra del cabestro.

Los armados montaron. Ortiz se apareció, haciéndose el que despertaba y como si comenzara a espantar el sueño.

—¿Se van ya?

—¿O se creían que íbamos a quedarnos en este *hotel?*

—¡Andenlé!

Pero el jinete había cruzado el río. Estaba ante ello ya. Ortiz, callado, lo miraba venir y a cada instante se le iba acentuando extremada rojez en la cara cetrina.

El recién llegado, apenas un muchacho, saludó:

—Buen día.

Y a Ortiz:

—¡El muy taba enriscao allá por el mallín grande!

Los dos armados se miraron. El muchacho traía de tiro un overo como de tres años. Nicolás no dijo nada.

Tras el silencio, habló el galoneado:

—Qué le vamos a hacer! Oiga, don, ¡qué le vamos a hacer! Váyase tranquilo no más. ¡Y vos, Ortiz, ya verís si otra vuelta nos venís con las mismas!

Pero el Sepúlveda ni se inmutó. Le brilló en los ojos un malicioso destello y medio se volvió a Nicolás, para decirle, con sorna y a modo de consuelo:

—Los golpes no han sío perdíos... ¡Eso es pa que nunca se te vaya a ocurrir robar ganado!

Ortiz se rascó la cabeza. Después entro a la casa, mientras los uniformados enfilaban al galope hacia el camino.

El verano tocaba a su fin. Las aguas se iban dando vuelta con pereza sobre las piedras cuando llegaron al Ránquil.

Ninguno de ellos había hablado mucho durante el trayecto; pero cada vez que Nicolás miraba la cara de Mingo, con un ojo amoratado y partido el labio tumefacto ya, reprimía un juramento y sus manos se crispaban en las riendas. El muchacho le explicó el tratamiento brutal a que había sido sometido:

—No aguanté más... Y tuve que decirle que sí. No quería creerme, ¿asís que qué podía hacer?

Y clavaba la vista, avergonzado, en la tusa del matalongo. Se insultaba en silencio con duras palabras por su debilidad; pero Nicolás le dio consuelo:

—Algún día serís un hombre, y entonces...

¡Ah, entonces!... Entonces sabría resistir y devolver golpe por golpe a los abusadores de carancho. Imperaban por la fuerza, por la fuerza se hacían temer y odias y eran los amos de esa región alejada de toda visa civilizada. Cuando fuese hombre. Mingo iba a imponer su vigor y su audacia, porque nadie tenía derecho para atropellar a un campesino honrado. Ellos cultivaban la tierra con tanto ahínco, ¿y a quién molestan?

“Vamos a trabajar la tierra de nosotros mismos”...¡Qué orgullo satisfecho el de Nicolás, años atrás, cuando fue a buscarlo al fundo de Liucura donde el muchacho era el vaquero y el de todos los mandados, el que buscaba los animales enriscados y recibía sobre su cabeza la furia con que se vengaban de sí mismos los yerros de los otros! ¡La tierra de nosotros mismos! También él había vibrado con esa palabra. “Y con estas manos la hemos de desyerbar pa sembrarla”. En ese instante supo Mingo de veras el amor al campo, no sólo acendrado en los frutos que agracian el esfuerzo, sino en los sinsabores, en las malas escarchas, en los ceñudos vientos, en los pájaros que hacen daño, en los bichos que corroen las buenas plantas con su instinto maligno.

Ahí, ante ellos, estaba esa tierra que habían de arrancar a las orcas, disputar a la propia cordillera. Se le había recogido el corazón al muchachito al divisar el rancho, tan pequeño frente a los cerros inmensos. Ni cerros, ni vegas ni potreros: árboles, más árboles, piñoneros aislados, confusión de quilas, rocas híspidas, riscos tierra baldía de plantas amigas, buena ni para las cabras, ¡pero tierra de ello, tierra propia para vencerla y hacerla rendir!

Miró a Nicolás que caminaba delante suyo, en silencio, y le adivinó la rajadura del ceño y el tormento de la sangre encandilada. Ya tenía su hijuela. “La subdivisión de la tierra es cosa deste Gobierno”, le había dicho, sin que Mingo atinara a saber de qué hablaba. “Voy a ser hijuelero y vos vas a hacerte hombre allá entre las bardas”.

¡Colono! ¡Carajo, cómo se le hacía torrente la sangre al acordarse de los golpes que arrimó el verde! No sabía el muchacho que más tarde lucharía por su tierra y que luego las callosidades de las manos se le volverían una sola picazón al pensar que con un fusil más, con un traidor menos, la tierra que labró con su hermano, la tierra de todos sus hermanos, seguiría siendo de ellos. Pero ya entonces habría hecho su juramento y aunque le estuviesen

clavando con agujas allí donde más duele, le quedaría voz para pedir la venganza, la liberación que no podría tardar.

Los caballos se detuvieron en medio de la corriente y hundieron el hocico en el agua fresca. Por no ser menos, Nicolás y su hermano se tiraron de bruces al borde del río y así, como animales, bebieron y bebieron. ¡El agua era más clara que el día y se les entraba por la garganta con un gorgoritear de frescura que se les antojaba sueño! Resoplando en ella, formando burbujas, dejaba Mingo que se le entrase por los ojos y le bañase entera la cara. Un leve escozor le agujijoneaba los labios al penetrar el agua en la herida y la sangre coagulada se disolvía lentamente, dejando apenas fugitiva rojez en la corriente.

Las bestias se mostraban más recatadas que los hombres: hundían los belfos en el líquido y los sacaban chorreando, mascando el agua con fruición, hasta que Nicolás los hizo seguir la marcha. Después, los cascos fueron dejando en el peñascal de la otra orilla huellas húmedas y paralelas: las huellas del cansancio olvidado.

A nadie divisaron en toda esta última parte del trayecto. Los hombres estarían entregados a sus faenas en los lavaderos de oro del interior de Troyo o derribando árboles en los abruptos faldeos. Pero ya cruzado el río, algunos apegados a los cerros, resguardándose de los vientos, algunas figuras perdidas entre los matojos, indicaban la vecindad del disperso pueblerío.

Un perro se acercó a ellos, los olfateó con esmero y luego se alejó meneando desdeñoso el rabo: ¡así de imposibles estarían!

El rancho los estaba esperando. Lo tenían al alcance de la mano con su promesa de cobijo, de paredes para limitar los vientos y las lluvias. Techos recios de canoas de ciprés, vigas ennegrecidas, ventanas sin párpados... Todo ello creado de principio a fin por las manos del hombre, por este mismo que iba aquí al paso ágil del malacara.

Ninguno de los animales sentía ya el cansancio, y si antes parecían a punto de echar los hocicos por tierra, caminaban ahora con la cabeza erguida y el paso vivaz, presintiendo el fin de la jornada.

Una insinuación de camino conducía al rancho. Llegados a una puerta formada por dos tranqueras que señalaba la entrada a la hijuela, Nicolás infló el pecho y respiró con fuerza.

En la puerta de una de las tres casitas que se agrupaban junto a la era apareció la figura de una mujer. Se llevó la mano a la frente y atisbó unos instantes. Luego, sin premura, se adelantó algunos pasos y esperó, en perfecta inmovilidad, mientras en torno suyo el sol colgaba sus rotos espejos ya su espalda el ribazo corría a perderse hacia el río. El viento le golpeaba la falda gris contra las piernas. Y ahora, su cara familiar se precisó en la placidez de la boca y en la serenidad de la mirada. ¡Domitila, como el pan de buena! Hombro a hombro trabajó la tierra con su marido y junto fueron echando allí sus raíces al mismo tiempo que los árboles plantados por sus manos.

Es aquí donde nacen los ríos. Más que nada, aquí nace “el río”. Las demás vertiginosas torrenteras que bajan los faldeos cordilleranos son o el “el Ránquil” o “el Chalquibín” o “el Rahue” o “el tal o cual”; pero “el río” no puede ser otro que el Bío-Bío.

Ciñe la tierra con su anillo de agua, la estrecha contra las más altas cordilleras y socava por la base el vientre de los volcanes que con su vientre de los volcanes que con su nieve le alimentan el cauce.

Pero “el río” en esta casi isla cortada al norte por el Chalquibín, al sur por el Pehuenco y al occidente por el Bío-Bío, en vez de unir divide, es tropel de aguas en los barrancos, remansos profundo en los menguados valles y barreras que pone, de un lado, el mundo ablandado por los ferrocarriles y el telégrafos, y del otro, el campo hosco de caminos de herraduras, de riscos y tinieblas.

No se sujeta a puentes ni es generoso en vados. Por su lomo cruzan lanchas con balseros que amarran las manos a largos pértigos o a los cables del hilo sin fin: como en un cuento de hadas, están eternamente uncidos al esfuerzo de los brazos y como nadie les ha pedido reemplazarlos en la tarea, siguen esclavizados al río desde que el primer rayo de sol calienta las cumbres hasta su postrer pincelazo pálido en los picachos. Pero el río no rige el destino de estos hombres: no tiene en este rincón iluminado por los fuegos del Llaima y vigilado por el atayala del Mocho, ni grandes bosques que le llenen el lomo con su troquerío ni ofrece otra ventaja que desaguar eternamente las cordilleras.

Dicen, eso sí, que es sabedor de muchas historias. Sabedor de cosas épicas hasta hacer llorar, de cosas amargas también como el llanto, de cosas de pasión y heroísmo, de cosas de formidables esfuerzos y de muy escasas flaquezas. Las está contando a diario con la sorda voz de sus aguas al derrumbar los flancos de los acantilados. Pero también sabe callar y ha callado, a veces, tragedias grandes y desbordes de la violencia, hasta que un día se ha rebelado y ha roto sus vallas y ha llevado a los campos, en forma de osamenta, prueba de que el hombre puede ser grandioso en sus arrestos y mezquino en sus venganzas.

No han dejado huella visible en el deslizamiento de sus cauces las épocas diversas que le ido cargando de experiencia. Pero todo lo lleva dentro sus aguas: ahí está ese pueblo de cobre de los faldeos subandinos australes. Entonces el río tenía otro nombre sin onomatopeya de gritos de pájaro agorero: era el Butanlebu y los hombres que se bañaban y pescaban en sus aguas eran pehuenches del Inepire-Mapu. Libres para coger el quillín de los pinares, libres para arponear los salmones y tender trampa a los zorros.

Sabe el río que eran amos de la región. Sus caciques, poderosos y altivos, pujantes hasta la muerte, el morir se refugiaban en los volcanes y arrojaban fuego y lava si las acciones de sus huestes les ponían ceño duro.

Las rucas se esparcían aisladas por las parcialidades de todas las faldas andina, porque si estos hombres no temían a ser vivo, en cambio les daba miedo la potencia de sus hechiceros. Y en los valles, junto a los ríos despeñados en raudales tronitos por las rajaduras de las montañas, se multiplicaban los tolderíos de cuero.

Terciado el cuerno al pecho, en ocasiones los caciques le arrancaban sordos sonos: era el llamado al nguillatún, la convocación a la guerra, el clamor de un pueblo libre para crecer y para morir. Entre la maraña de troncos de cipreses y robles, cuerpos morenos, seguían detrás de las vizcachas, cazaban a los huillines o armaban trampas a los coipos en los esteros de las planicies. La caza del hombre por el hombre no entraba todavía a la tierra que Dios rasgó en híspidas rocas y enmarañó de selvas.

Pero un día... La gente de los pinares estaba en paz. En son de guerra llegaron unos extraños hombres blancos, barbados, dueños del trueno. Los mapuches lucharon, cayeron,

lucharon. Cientos de miles de lanzas se rompieron en los encuentros y miles de miles de mocetones mordiendo la tierra ensangrentada, un día y otro día, tantos días y tantas noches que los pehuenches perdieron la cuenta y con el mismo brío con que guerreaba el abuelo lejano, seguía combatiendo el nieto apenas aprendía el grito de guerra.

Tras la muerte, una pausa. Detrás de la espada, lo que la espada no pudo conseguir, intentó hacerlo la cruz. A la sazón, el río había mudado de nombre: llamábanlo ahora Ribimbe o Biu-Biu.

Al doblar un día este Bío-Bío, encauzado ya en lecho dilatado, por una cacería surgió de improviso, años atrás, a la salida de los desfiladeros cordilleranos, oyó hablar de unos hombres vestidos de largos chamales color tierra gredosa, armados solamente de una cruz y enviados por un alto cacique blanco al que mentaban don Manuel Amat y Junient. Así supo el río de la lucha pacífica por el sometimiento de los mapuches, así supo que ese caserío, al que llamaban Santa Bárbara, quería tener algo de santo teniendo mucho de bárbaro.

El imperio de la cruz hizo prodigios. Mas su reinado fue breve. Resonó otra vez el grito de guerra y los pehuenches arremetieron sus súbitos “malones” contra los poblados, empujados por la sed de venganza contra los huincas ansiosos de despojarlos de sus tierras. Luchas y treguas, nuevas luchas y nuevas treguas se fueron dando vuelta en los años indígenas. Las quinchas de colihue y barro de los “fuertes” se hincharon en la tierra mapuche al estampido de los viejos fusiles “Comblain” de las huestes de chilenos fogueados en las campañas de los desiertos peruanos. La división de Drouilly clavaba en el Butal Mapu pehuenche, los fuertes de Curacautín, Lonquimay, Liucura, Nitrito y Llaima.

El indio fue expulsado, cercado, despojado, arrojado a los flancos abruptos de la cordillera, recluido en la tierra que nadie, por mísera, ambicionaba.

Aun esa tierra la trabajaban como podían y cuando podían. Morían de hambre. La filosofía de los viejos, enflaquecidos por las privaciones, traducía la angustia en una frase breve y brutal: “No come, murió”. La tierra, eso sí, era pródiga en piñones y los piñones aplacan el hambre. Aplacada el hambre, ya es posible vivir... No lo es, empero, cuando el kalku es más poderoso que el Ngenechen y desde las profundidades del reni arroja su mal al desdichado mapuche: son en vano, entonces, los redobles del cultrún y las contorsiones de la machi... Así se moría de hambre o del mal tirado. Nada más. O en las disputas entre las tribus, la muerte heroica entre el chivateo de la victoria o la maldición de la derrota.

Sobre ellos cayeron más tarde unos huincas armados de carabinas. Ocultos detrás de las rocas, a cubierto de gigantescos troncos, solapados en las grietas del terreno, los balearon sin piedad, los persiguieron como a bestias dañinas. Los indios caían sin saber de dónde ni por qué les llegaba la muerte. Los heridos se arrastraban a sus rucas y sus indias los curaban con yerbas de la montaña y lloraban la desdicha que se abatía sobre ellos sin haberla merecido. Los perseguían. Los mataban. No bastaba, pues, el hambre ni la hostilidad de la naturaleza; llegaba el blanco. Las indias gemían en sus menesteres y en la acongojada ceremonia de los funerales surgía el clamor de angustia: “¡Kiñeke wentru ñiekei pañilve piuke!”

¡Ay, sí! De fierro tenían el corazón esos hombres. De piedra y fierro. Enviados por sus amos a limpiar de indios una zona que mejor estaba para echar en ella a pastar animales, caían como perros sobre las liebres. El plomo horadó las entrañas de los viejos, de las mujeres. Los niños conocieron también el candente camino que dejan las balas en la carne desgarrada. Los mocetones lucharon. Y murieron. La trágica cacería duró meses. Los hombres combatieron defendiendo sus rucas, sus genes moquillentos, sus tristes sembrados.

Pero caían; y al morder su boca las rocas duras, sus dientes seguían estampando en ellas un grito rebelde y tenaz, de aliento para los que restaban.

Todo en vano. La sangre no logró hacer más fecunda la tierra: sólo trajo revuelo de aguiluchos voraces refocilantes en la carroña. Los indios se fueron retirando más arriba, lejos, prendiéndose a las crestas mismas de la cordillera, allí donde los animales desdeñan clavar sus pezuñas. Y allí murieron.

Para matarlos, esta vez el huinca no empleó las balas. Había aprendido el valor de un arma mucho más eficaz que no deja rastro de sangre: la ley. El huinca contrató abogados y el abogado dio el golpe de muerte definitivo y brutal a los últimos mapuches. Valióse de papeles llenos de timbres y firmas, todo muy legalizado y muy en regla. Al pie, la cruz que reemplaza la firma del cacique analfabeto. El cómo puso allí su firma o lo que fuere, secreto es guardado por el huinca y su abogado; pero lo sabe también el río. Y fue así: la culpa la tuvo el aguardiente, aguardiente para el estómago mapuche. Con aguardiente, el mapuche no sabe ni lo que dice ni lo que hace, ve unas caras borrosas, oye unas voces lejanas, una mano que le escancia licor, una vez, otra vez, muchas veces. El mapuche no puede desairar a un huinca amigo y sus dedos temblorosos estampan en el documento que lo despoja de sus bienes, unas cuantas rayas tiritonas. Cuando le abandona el licor, le ha abandonado también el huinca amigo y le han abandonado sus animales y sus tierras.

Así vio el río la muerte del pehuenche. Vio muchas cosas más: vio crecer las haciendas, dilatarse hasta las cordilleras, llenarse de animales en kilómetros y kilómetros. Todo bajo el dominio de unos o dos hombres. La posesión a hierro y fraude. ¿Y qué? ¡Si esos no son más que unos pobres indios!

La región, con los años, se fue dividiendo. Llegaron unos colonos agringados por el otro lado de las cordilleras, cerca de Curacautín, en Malalcahuello; de Argentina cruzaron unas familias chilenas, empujadas por rumores de guerra, y se establecieron en Lonquimay; se habló de un ferrocarril que tiraría por montañas otro gringo... Rumores que llegaban a esta tierra de serranías: los hombres, en tanto, seguían rascando las arenas del río para robarle su oro; seguían esclavizados a las rocas, a la mala paga de los patrones. Pero la obscura vida en hijuelas y fueron dueños de ellos los que desde generaciones la cultivaban.

Cierto que la región era dura, cierto es que el valle central, en terrenos fértiles, en medio de las comodidades de la civilización y la blandura acogedora del clima, se instalaban rubios colonos extranjeros; cierto es que el otro campesino era arrojado a las asperezas cordilleranas a bregar con la nieve y el puelche, solo y sin amparo. Aun sí, al verse dueño de la tierra que siempre le esclavizó, se llenó de enfervorizado coraje para vencer a los elementos y hacer brotar plantas útiles de los peñascos. Ciertamente es que los otros recibían medios de producción, ayuda fiscal; cierto que éstos no recibían más que golpes, sin dinero, sin animales, a golpes de hacha construyen sus casas, sus arados, sus molinos de agua. Y viven. Si la nieve quema las cosechas o derrama el puelche el trigo y los piñones son devorados por los chanchos del rico, entonces... entonces mueren de hambre. ¿A quién importa su muerte?

Había vivido entre las pinalerías desde que tenía uso de razón. Se tenía conocido cada bramido del puelche, cada recoveco de las cordilleras, cada repunte de tierra encerrada entre ríos. Marco Olave creció entre los riscos, cultivando para otros los terrenos labrantíos que le roban espacio a los volcanes, cuidando animales ajenos. Sometido siempre a patrón. Casó, crió hijos y los entregó a su amo.

Un día, Marco Olave, viejo y cansado, se vio libre, dueño de una hijuela, vecino de otros hijueleros tan libres como él. Disfrutó su goce durante una semana justa, durante los

primeros siete días de aspirar los vientos de su libertad: hasta que lo cogió un aire malo y se lo llevó al diablo o a dondequiera que son llevados los campesinos que en vida han sido sumisos siervos del amo.

Nicolás, su hijo mayor, se encargó de instalar a la familia en la hijuela. Fue trabajo duro y largo. Vivían todos amontonados en un cobertizo de ramas y las primeras tareas fueron derribar cipreses y robles para levantar la casa, sin más herramienta que el hacha poderosa...

Cayeron los troncos, se rasgaron en tablones. Apremiados por las primeras amenazas de lluvia y nevazones, a los meses de instalados levantaron el primer rancho: la cocina. Poco importaban ya los fríos. Allí estaba el fogón y el techo, aunque se amontonasen todos en el estrecho espacio para dormir. Dos casas más de construyeron: para la familia del finado y para la nueva familia de Nicolás y su mujer. Y sólo entonces comenzaron de lleno a labrar la tierra.

Los doce años de Mingo se hicieron fuertes y resistentes en el trabajo constante. Allí era de levantarse al alba y comenzar, inclinados al suelo, a hundir el azadón y la barreta en aquellos lugares donde era imposible el trabajo con yuntas. ¡Qué dura, qué enemiga puede mostrarse a veces la tierra que luego se torna fecunda! Brillaban todavía las estrellas, los pastos se doblaban al peso del rocío y los primeros chirríos y las primeras lloicas iniciaban en el bosque el repiqueteo de cristal de sus gargantas, cuando ya estaban con ellos con el espinazo doblado sobre los terronales.

Primero fueron los trechos contiguos ala casa. Con lentitud desesperante, mellando los hierros, rasgándose las manos, fueron arrancando las piedras, moliendo los terrones macizos, y la tierra fue mostrando sus intestinos limpios, pronta al cultivo. Ahí estaban hombres y mujeres abriendo surcos; ahí, arando y rastrillando; echando abajo los árboles para la cerca, encauzando vertientes, sin dar reposo al brazo. Y luego dormir, después de una merienda que de pobre les dejaba siempre enjuto el estómago. ¡Qué años aquellos primeros de su lucha contra la naturaleza! Pero todo lo soportaban en silencio: tendrían al fin, el goce de ver producir la tierra y aprovechar ellos mismos sus frutos.

Domitila, mujer de Nicolás, con el vientre hundido por la promesa de un futuro vástago que aumentaría sus afanes, era la primera en salir al aire a cavar la tierra, cuando los hombres estaban todavía disfrutando del último sueño, de ese semidormir en que los ruidos van de a poco adquiriendo relieve, en que la luz comienza a precisarse apenas a través de los párpados que se niegan a abrirse del todo.

—¡Arriba, Nica! ¡Eh, Mingo! ¡Adespíertense!...

A fuerza de sacudones les espantaba el sueño. El muchacho se levantaba todavía adormilado, las mechas quiscudas y los ojos legañosos, restregándose con furia. Luego de caladas las hojotas, hacha o azadón al hombro, seguía a tientas en pos de la puerta, mancha azulada en la penumbra del amanecer. La emulación no le permitía rezongos: ¡que una mujer, chupalla, lo estuviese sobrepasando en fuerzas! Echaba los bofes en silencio, mirando a hurtadillas a Domitila que inclinada al suelo molía terrones con destreza.

No, ella no se quejaba. Eran los hombres los que a veces, cuando el cansancio les clavaba sus agujas en todas las articulaciones, mascullaban algún juramento o un “¡Perra vida!”. Nada más. Nicolás ni Mingo eran mal hablados; pero a veces, ¡qué carancho! Era un descanso arremeter a denuestos contra el demonio y su madre.

Los primeros días, Mingo andaba siempre se mal humor. ¡Era demasiado trabajo para tan poca paga! Bastaba, no obstante, una mirada irónica de Nicolás y su pregunta socarrona:

—¿Te cansaste ya? —para que tornarse al trabajo, sofrenando la ira.

¡Maldito si le complacía en cambio, el hacer de bestias de carga! Porque en los comienzos, cuando los bueyes, de tanto trabarlos, iban enflaqueciendo, no quedó más remedio que dejarlos descansar una semana en los pastizales de las veranadas. Obligado era que Nicolás se agarrase a los troncos menos gruesos y ayudado por el muchacho, los arrastrasen hasta el bajo, haciéndolos rodar a trechos.

En eso estaban un día cuando asomó por el ribete de la loma un sombrero que no podría tapar ni la coronilla de un cristiano; y luego del sombrero, una cara de bigotazo y barba negros; más abajo, unos hombros cubiertos por una manta deshilachada y llena de remiendos, y unas zancas larguiduchas enseguida, avanzando rumbo a los dos trabajadores como zorro que no quiere espantar las aves: don Cisterna.

—Buen día, vecino.

—Buen día, don.

Nicolás se pasó el dorso de la mano por la frente que le goteaba mezcla de sudor y polvo.

—¡Güenazo pal arrastre, hermano! —comentó el recién llegado, liando con parsimonia un cigarrillo. Luego le dio una chupada para remojarle la punta y con igual lentitud lo encendió. Después sacó la petaca, como dudoso, y la tendió a Nicolás:

—¿No pita?

Asintió el hombre, sentose en el tronco que acababa de soltar y comenzó a enrollar un pitillo. Fumaron ambos un rato en silencio y al fin el viejo habló:

—Tengo los bueicitos parados. Podría emprestárselos. ¡Después, quien sabe, podrá devolverme la mano!

—Entre vecino...

—Es lo que yo digo... ¡Pa eso están los hombres, pa ayudarse! Téngun triguito... Y pa la corta andamos escasones de ayuda, ¿qué le parece?

—Ta bien.

Levantóse don Cisterna, dando por terminado el trato. Echándose atrás el sombrero para rascarse la coronilla en gesto peculiar en él, comentó, mirando hacia el bajo la planicie desbrozada:

—Es como las chicuelas... Se resisten de un prencipio más luegoito, cuando se entrega, no hay año que nosté pariendo.

Se fue.

¡Como las buenas hembras! Así es la tierra. Y cuando se le toma apego, el hombre se amarra a ella y la cuida, la cubre con su mirada, sigue la fecundidad de su vientre, la defiende con el pecho descubierto contra las heladas y los vientos, contra las lluvias y las nevazones, contra los bichos y las yerbas malas y sueña con ella, vive de ella, se entrega como un enamorado pertinaz que no conoce olvido.

Desde aquel instante comenzó la buena vecindad con el viejo. Con él y con los demás escasos hijueleros de esa tierra perdida entre montañas, que sigue tras el camino que las pinalerías le van señalando hacia la altura.

Don Cisterna era, acaso, el más antiguo de los hijueleros. Hombre de cara hosca, boquitorcido, extraña mezcla de reciedumbre y debilidad, había cierto patetismo en su mirada sombría. Pero eso era lo externo. Su apariencia hostil apenas alcanzaba a cubrir la bondad que rebosaba todo él para sus compañeros de labores. Cana la cabellera recia, contrastaba con el bigote y la barba en que apenas se prendían unas cuantas espinudas hilas blancas. La tierra y él formaban una sola unidad: verlo junto a un montículo, con su manta remendada, su cara llena de surcos, era ver otro montón de tierra, oscuro y movable.

Facilitó a la familia sus bueyes. Cuando los trabajos de su propio campo le dejaban espacio, veníase a desyerbar, a arar un trozo desmontado, y a veces, entre los peñascos de las manos el hacha formidable, sabia bambolearla con furia y de dos o tres golpes dejar a Mingo señalando el camino para que continuase atacando el duro tronco de un ciprés.

—Echale no más, vos que sos guaina —sugería, riéndose de antemano de la torpeza del muchacho.

En tanto, la hortaliza prosperaba. Unos cuantos largos camellones, regados con esmero día a día, fueron mostrando unos despuntes verdes, menudos y tiernos. ¡La tierra rendía! Mingo los vio primero y fue a dar noticia del alegre hallazgo a Domitila. La encontró en la cocina colgando al fuego un chaví de piñones.

—Yastá, salieron —le dijo con una sonrisa socarrona.

Domitila se volvió a mirarlo, con leve sobresalto:

—¿Qué lo que se salió?

—Las cebollas, pues, ¿qué iba a ser?

Juntos se acercaron a la tierra labrada.

—Tenís que cuidar la huerta pa que no vengan las gallinas ni los pájaros, mira que si se demoran en crecer, ya no maduran.

Tras la advertencia, la mujer se echó de bruces junto al camellón más cercano y tanto se acercaba a la tierra para ver la fina punta de los tallos como si esperase oír el ruido de los brotes al crecer.

No lo decían, pero de veras era un goce ver a ese terreno que fue pedregal capaz de crear vida tan múltiple, esas hojuelas que llegarían a desarrollarse, de tallo tan frágil ahora y más tarde recio y sabroso. Tenían asegurada parte de la comida: hierba y tallos puede comer el hombre lo mismo que las bestias. Los piñones eran, además, la salvación en esa época en que todavía el trigo no podía ser sembrado. Otros días pensarían en tener ganado, algunas ovejas, una vaca, algunos chanchos...

Mingo quedó al cuidado de la hortaliza. ¡Y buen hortelano resultó ser el chiquillo! Estaba pendiente de esos brotes verdes que hacían erupcionar la tierra, afianzando sus raíces, resistiendo a los vientos. Cuidaba esos manchones de verdura con minucioso tesón. Una hierba que allí creciera recibía sus maldiciones y sus dedos se lanzaban como garras para arrancarla. ¡Mala hierba, mala semilla que cunde más que los piojos en las aves! No bien las desarraigaba cuando ya estaban creciendo de nuevo. Todas sus horas se perdieron en el desmalezamiento de la hortaliza y le nació un odio reconcentrado contra los pastos que van invadiendo la tierra recién removida y ahogando a las buenas plantas, extendiéndose lenta, reptando sin premura, feroces en su odio al trabajo del hombre. ¡Malditas yerbas malas, su afán es ahogar la vida para vivir, acrecentar la angustia, sumarse a los hielos, a los vientos y a los pájaros voraces! La vida del campesino era una constante vigilancia: mirar al suelo para abatir los pastos; mirar al cielo para arrancarle un vaticinio. Pero los pastos dañinos se multiplican, el cielo se muestra mudo y nunca una señal indica el momento en que el alba llegará con patas de frío agostando las plantas.

¡Cuántas noche, mientras estaban en el interior del rancho, enrojecidos los ojos por el humo del macizo leño que mantenía el buen fuego ardiendo la noche entera, no hubieron de levantarse y arropados en sus mantas, salir a la noche aterida a cubrir de carrizos las plantas! Como un niño que busca calor, así era el huerto.

Por la fecha en que el trozo de tierra sembrado por Nicolás comenzó a espónjarse y a lanzar en vaharadas su olor a humedad, y leves hinchazones y rajaduras abrieron el camino a los tallos de los y trigos, Domitila empezó a sentir dolores agudos: la tierra y ella, hermana de

la tierra, en el último período de su preñez, sentía el dolor que es anticipo de creación. A Nicolás habría de hacerle un hijo cuando la tierra ¡la buena hembra! Se entregaba al fin a su empuje de macho.

La sonrisa se le hizo más acentuada a Nicolás cuando miraba a su mujer: esa fue toda la señal que dio de la emoción que le causaba su primera y próxima paternidad.

Tal fue ese primer año de hijueleros. Muchos otros años habrían de seguir, de esfuerzo constante en que poco a poco la tierra inculta se cubriría de mieses y los cauces se abrirían desbordando el agua robada a los ríos. Años, también, de privaciones, de lluvias persistentes, de violentas puelchadas, de nieve que baja de las montañas y tiende su frío sobre las siembras y no hay leña para tanto frío ni vellones que las ovejas presten a los hombres para sus carnes ateridas.

Muchos años defendiendo la tierra contra los elementos antes que hubieran de defenderla contra los hombres.

—Haaay geen... te!... ¡Espanten los perrooo!...

¡Guau, guau... gr.... guau!...

Ladridos enardecidos: el ronco del perro pastor y los ladridos chirriantes de los quiltros amortecían la voz que llamaba a gritos des la era.

El lento atardecer envaguecía la silueta de las las cumbres y el rumor del río se abultaba en el silencio del campo. Entre los matorrales, detrás de la casa, súbita ronquera de un tricao.

Estaban todos en la cocina. Nicolás pitaba mirando las llamas. Nacha, la muchacha más joven, caídas las trenzas sobre el pecho, tejía unas medias de lana. Su hermana movía con rítmico vaivén la callana, colgada de un alambre, arrancándole chasquidos monocordes.

—Anda vos, Nacha, a ver quien es.

—Deje que pasen, pues...

Las dos muchachas no se decidían a abandonar el fuego que les sollamaba las piernas. Tenían ambas una voz dulce, de inflexiones musicales, como si cantasen al hablar.

—¡Ave María, niñas, vayan pués!... —instaba doña Candela atareada en preparar la comida.

Dejó Domitila de montar cebollas junto al cajón que había de mesa. Apuntó:

—Será don Moreno...

—Fue voz de mujer.

Nicolás había alzado la cabeza para escuchar. Se repitió el llamado y el ladrido de los perros no cesaba.

Un chiflón de viento retorció las llamas y arremolinó el humo cuando se abrió la puerta. Nacha salió y gritó con súbita energía:

—¡Sali juera!... “Quienanday”, “Goloso”, ¡condenados, váyanse!...

—¿Quién ha de andar, pues, si no yo?...

¡Guauu... guauu... gr.!...

—¡Anda vete diaquí!... Pase no más pa adelante...

Todavía furiosos, los perros siguieron en sus gruñidos, retorciendo en el interior de la garganta ruedas de odio y mirando aviesos a Celia Aulaga.

Un chorro de frío se coló en la cocina y echó al patio un rectángulo de luz. La mujer entró.

—Buena noche.

—Buena noche, vecina.

—Acerquesé...

—Anda tráele asiento, Mingo, y una lamita.

—Por aquí no mas toy bien...

Se instaló frente a Nicolás, recogidas las piernas debajo del tablón que, apoyado cada extremo en un tronco a medio devastar, le servía de asiento. Era una mujer fuerte, de anchas caderas y manos duras.

Cruzaba las manos sobre la falda y hurtaba la mirada cuando hablaba con alguien. Al dirigirse a Nicolás, de vez en vez, como un relámpago, clavaba en él los ojos muy abiertos y los entrecerraba enseguida, para bajarlos después a las llamas. Por la comisura de los labios, gruesos y tajados por las ventoleras, le fluctuaba una insinuación de malicia. Los mantenía siempre abiertos y eso deba a su cara atezada una expresión de ingenuo asombro.

Recortando un correón y puliéndolo con afilado cuchillo, Nicolás lo alejó unos centímetros a la altura de los ojos para calcular la parejura del corte. Hablaba sin mirar a Celia y al mover las mandíbulas, las llamas prendieron en sus barbas tenues reflejos:

—¿Pa cuándo es la cosecha. Vecina?

Domitila había cesado de trabajar. Acercó al fuego un cajón y así completó la rueda: el fogón quedó prisionero de piernas encajadas en hojotas, con pantalones pardos dentro de las medias de lana, o faldas muy ceñidas estrechando las rodillas. Atizó el fuego y miró el trigo de la callana:

—Ya está bueno ya, niña.

Y antes que Celia contestara la pregunta de Nicolás, observó:

—Bien le ha de ir a usted ¡siempre tiene suerte! —y ahora sí miró a Celia, sonriendo con timidez, pero duros los ojos negros. ¡Algo le mordía en el corazón para decirle que esa mujer le andaba a las vueltas a Nicolás!

Si advirtió su velada hostilidad, Celia no lo dejó entrever:

—Este año esta mal. Dejante que la siembra del mallín del alto se dio muy mala, la última puelchada me voltió toíto el trigo. ¡Si parece que me hubieran hecho un mal! Y pa colmo, a unas ovejitas me las comió el matuasto y ni hubo ni cómo salvarlas. No ha sido cosa buena, digo yo.

Nicolás pitaba en silencio. Cuando le llegó el turno, sirviéndose el mate, ardiente casi, sorbiendo con parsimonia. Doña Candela se encargaba de servir y cada vez que probaba el amargo para tantear el agua, limpiaba la bombilla frotando su extremo entre el pulgar y el índice, de yemas tajadas por el mucho mondar cebollas. La hija mayor, Laura, estaba entregada a la molienda y Nacha echaba piñones entre la ceniza. Las fisonomías se iban envagüeciendo en el humo, parecían flotar, recortadas, independientes de los cuerpos inmóviles. Los silencios eran largos. Las mujeres comenzaron muy luego a hablar de niños y parturientas.

Domitila, acometida de repentinos alfilerazos en el vientre, sentía la proximidad del desenlace, la hora de angustia en que daría una nueva vida para luchar contra los elementos en las tareas campestres: caminaba echada atrás, reprimía con un rictus de la cara los dolores que se acentuaban a cada instante, pero calculaba que en dos días, por lo menos, no quedaría libre del “bulto” que le entorpecía toda actividad. Ahora no podía ocultar cierto disgusto confuso por la presencia de Celia; vagas inquietudes la asaltaban y trataba de apagar su desazón afanándose en mantener el fuego en llamaradas constantes. ¡Ay, nadie le quitaría la idea de que Celia le andaba a las vueltas a Nicolás!

La leña de pino crepitaba y en vivos reflejos empujaba las sombras movibles a los rincones. Hurgueteaban los perros recelosos, atisbando el ojo del amo y a la primera voz de amenaza huían arrastrándose.

—Es queste año van a venir misiones...

Celia Aulaga era antigua en el lugar. Cada año asistía devotamente a las misiones capuchinas de Lonquimay a confesar al padrecito sus pecados de todo un año. Sólo ella sabía cuantas veces pecaba en ese tiempo y la dimensión de sus pecados: la gente del lugar se limitaba a sospecharlos.

—¿Y serán muchos los que se irán a casar? —saltó Laura, llena de interesada curiosidad.

—¡Miren con la niña, no!

Mingo, recordando que a galope, ya tarde, había cruzado dos verdes cordillera arriba, acalló con sus palabras las bromas que hacían a la muchacha:

—Por allasito pasó una pareja de armados...

—Ha cruzado contrabando de animales, es qué... Doscientas cabezas... Y parece quel rico Montiarra es el de los enredos. Así dice el Sepúlveda: me lo contré esta mañana.

—¡Ese condenao e Sepúlveda se ha de andar con cuidado!

Nicolás dio con furia una cuchillada al correón que de nuevo tenía entre sus manos: la cólera repentina dio ímpetu al puño y el cuero se dividió bruscamente, saltando lejos un trozo.

—¡Ave María, quien fiereció lo han de ver! —y Celia estalló en risita breve que luego se hizo socarrona—; ¿No habrá sío él el que lo golpió, me creo?

Estremecimientos recorrieron el cuerpo de Mingo y se le apretó el corazón, recordando los latigazos que le ciñeron de rojez los lomos. Pero todo lo olvidó, porque Nacha lo instaba, mostrándole las dos manos empuñadas, en una de las cuales escondía algunos piñones:

—Telar...

—Bayeta.

—¿ En cual?...

—A ver, aguántale... En esa.

—Huichi chíó, pague, don.

La elevada estatura de Nicolás se interpuso entre las llamas y la puerta. Colgante el pucho de los labios, dio un paso, se detuvo. Sacó un cigarro y lo presentó a Celia:

—¿Pita?

—Muchas gracias...

El viento cargó contra las llamas, encabritándolas. Las mujeres tuvieron un tiritón. Domitila se arrebujo un chal:

—Faltara que ahora me diera un aire —protestó, de mal modo.

—¡Cierre luego, don!

Nicolás se hundió en la sombra, cortando hacia la montaña que erguía su vientre rebultado de michayes y radales. Iba con los sentidos en alerta, siguiendo la huella que se confundía entre los cerrizos. Sus ojos, aún en la obscuridad, distinguían el rastro de un caballo que hacía poco había pasado al trote, rumbo al cañadón que rompía la montaña hasta el río.

Se acercó a un rancho abandonado por un hijuelero que no quiso morir de hambre en el trozo de valle de cinco metros de ancho que le correspondiera. Silbó, imitando a un alechuza. Y lo tragó la oscuridad del rancho.

Dentro, tres hombres barbados, fumando en silencio, lo miraron interrogadores.

—Tenía pasión que no habría de echarse atrás —murmuró uno.

—Ni había por qué... Oigan, compañeros, dos veces pasaron en camino a Polul: así sentí decir.

Jesús Robledo sacudió sus hombros gigantescos en expresión despectiva, echó una rama seca al fuego cuidadosamente cubierto por una manta que formaba telón hacia el lado del río, única parte por donde podría divisarse su resplandor, y apuntó:

—Esos ni rochan. Andan por aquí con un miedo en las noches...

—¿Entonces?...

—No atorramos no más. Las bestias están en la Herradura, cerca del límite. En cuanto no más despistemos a los verdes, nos largamos. Mañana de albita: ¡pero no se vaya a tirar por sueño, pues, don!

Nicolás sonrió y habló con pausa:

—Oiga, compañero, no soy de los aturdíos.

—Bueno. Alcánzale un mate, ché.

El fuego humeaba fuerte. Y el humo, sin encontrar salida en el rancho cerrado a machote, se adentraba en los ojos, enrojeciéndolos.

Hoscos semblantes eran golpeados por manchas de luz: bigotes lacios, ojos en sombra por los sombreros caídos, tajado el cuello por el borde de las mantas.

—Alcánzame el mate, ché.

—Va...

Robledo seguía explicando los pormenores del contrabando de caballos:

—Está con miedo el rico. Le han metió cuco con las multas y la cárcel. Pero sigue siendo mañoso... Que si nos pillan no digamos ná que es él el de las figuras... ¡habráse visto! Lo que nosotros, si la cosa se pone olisca, devolvimos las bestias al otro lado...

—Los verdes la han olío ya —terció Clemente Astroza. Y agregó, mirando malicioso a Robledo—: Mal ojo le veo al tuerto...

Rieron los otros y Robledo, acostumbrado a las pullas constantes de su marrullero amigo, le dio unos golpecitos en la rodilla con manaza de roca:

—¡Amolao sis vos!

Siempre que podía, Astroza sacaba a relucir aquel refrán, cuando tenía en la vista. De muy chico, el ojo izquierdo se le había inmovilizado. La culpa la tuvo un pato: mientras Jesusito, como entonces, a los meses de nacido, llamaban al gigantón de hoy, estaba pataleando en el suelo, junto al estero donde su madre lavaba, uno de los patos de la casa se le acercó, le vio el rebrillo del ojo y le inmovilizó el nervio de un picotón. Causaba extrañeza mirar a Robledo a la cara cuando conversaba: revolvía el ojo bueno en todos sentidos, como si la inmovilidad del otro hubiese duplicado su actividad.

Únicamente sus mejores amigos podían permitirse la audacia de hacerle bromas. A los demás imponía la prestancia de su figura dominante, sus hombros exageradamente anchos, sus bíceps poderosos. Pero había algo más en él: algo que estaba en su voz, tan blanda de corriente y tan brutal y dominante en ocasiones; algo que estaba también en su espíritu, en su indomable espíritu. Hombre para infiltrar a todos su pasión, su entereza y su coraje. Hasta los armados le demostraban cierto respeto y nunca se le achacó a él un robo de animales. Si por las noches lo encontraban en los caminos tétricos, lo saludaban con un “Buena noche” o un “Buen viaje” falsamente cordial.

Resumió el hombretón las explicaciones:

—Sí, pues, el rico es mañoso... Pero ahora va a pagar, con las bestias o sin las bestias: pa nosotros, el trabajo y el riesgo son los mismos no más, ahora sí tendrá que pagar...

—Porque de no...

—Se jode...

Hablaba sin alzar mucho la voz, pero sin apagarla demasiado: lejos quedaba el rancho de toda ruta frecuentada y cualquiera presencia hostil habría encontrado al punto el gruñido amenazador del “Amargo”, viejo perro pastor de don Astroza.

—Ocultar las huellas no va a ser tan fácil... De la Herradura nos tiramos falda abajo y seguimos por la costa del cerro hasta el río. Si no hay rocha hasta ahí, ya no nos alcanza nadie... Echamos las bestias por el río y las sacamos por las piedras pa que no queden huellas. Así van a creer que han cortado por otro lado.

Los hombres asintieron. Astroza demostró su aprobación dándose un puñetazo en la rodilla. Dijo:

—Así. No siempre está el huevo donde cacarea la gallina...

Lo sabía por experiencia. La experiencia se la había enseñado el campo y del campo había aprendido el don de ser paciente. Retaco, atezado de cara, la boca asemejaba un tajo, con labios anchos, siempre en apariencia de agría irritación. ¡Chico el hombre, pero qué grande en su reflexivo coraje! Cuando decía, “no siempre está el huevo donde cacarea la gallina”,

en ese refrán se sintetizaba su marrullería. Sin precipitarse seguía a las gallinas matreras, seguro de que tarde o temprano daría con la nidada: oía cacarear a la gallina entre unos matorrales y salir con el pico abierto y gran alharaca de alas, pero sabía muy bien que allí no estaba el nido. Paciencia... Y a la postre, sonriendo en sus adentros, encontraba el nidal de la gallina astuta.

Nicolás se levantó.

—Mañana de alba —reiteró.

—Yo me voy a quedar en la casa y voy a estar aguaitando: en cuanto no más vea a los verdes, me las echo por delante. De todos modo, al mediodía nos vemos...

El mate, sobado por las manos que se confortaban en él, tenía un color a humo. Gargareaba con ruido redoblado y Celia lo tendió a la vieja:

—Gracias...

—Sírvase otrito.

—Ya me voy, ya. ¡Ave María que tá oscura la noche!

—Pero usted vive aquí mismito...

Las muchachas se habían arrinconado y hacían postura en la guitarra, bordoneándola con un rin, rin, constante y tedioso.

—Ve, las niñas ya le hacen ya...

—La Domitila le taba enseñando. Pero ahora...

Y doña Candela hizo un gesto malicioso para señalar el grávido vientre de la mujer.

—¿Pa cuándo es?...

—Pa lueguito ha de ser no más, pues.

—¿No ve, pues, doña Domitila? ¿No le gusta pasarse así las noches?

—¿Y qué va a hacer una, doña?

—Tener hijos no más, otra cosa es pecado... —Sin pausa, Celia agregó—: Yo venía a molestarla en guitarra, doña Candela.

—Llévela no más. ¿Qué va a tener fiesta?

—No, si es pa entretenerme ahora que soy sola. Voy a sacar una cancioncita que oí lotro día... Bueno, me voy. A ver, chiquillo, ¿por qué no me vas a endilgar? ¡Son tan bravazos los perros que tienen!

—Anda vé, Mingo.

Bostezó el muchacho, se levantó, comenzó a rascarse.

—Hasta mañana, vecina. Buena noche. Si pa la enfermedad le hago falta, me avisa no más.

—Buena noche, vecina. Ya tenemos apalabrada a doña Chayo...

De un lado, el rumor del río. Del otro, detrás de la casa, el estero tronaba encauzado entre peñascos-, buscando camino por los troncos caídos. Había nacido un viento vivo que se derrumbaba por la colina y quería formar zalagarda de huracán al sacudir las ramas a los pinos.

Mujer y muchacho seguían el sendero serpeante, en silencio, atemperando el fresco viento cordillerano con el encogimiento de los hombros. Mingo, al lado de esta mujer, sentía otros estremecimientos: el cuerpo recio de Celia, sus caderas anchas, le atormentaban sus diecisiete años. Las historias que de ella contaban avivaban en él ramalazos de los sentidos: que ahora vivía con un tal Astorga; que antes había vivido con otro; que los armados paraban donde ella; que en la noche su casa era muchas veces refugio de juergas; que el hombre que le gustaba caía entre sus brazos por obra de sus machitones. ¡No prendarse la mujer de él, carancho! ¡Pero qué se iba a fijar en un coltro!... ¡Ay! Cómo sería eso de regodearse con ese cuerpo, cómo sería de estar con ella una noche...

—Hasta aquí no más coltro; pero allá está despejá la lomita.

La voz lo sacó bruscamente de sus placeres imaginarios. Una voz, como la de todas las mujeres de la región, dulce en extremo y llena de modulaciones fluctuantes. Se enfurruñó el muchacho y contestó, seco:

—Usted sabrá.

—¡Benaiga que sos valiente! Te enojás por haber venío conmigo. Tenía que aprender a hombre desde mismito ahora. ¡Ves que llevárselo a la orilla del fuego!... Hijo mío habías de ser no más...

—Si yo no me hay quejao, doña.

—Bueno, déjame no más aquí. Y gracias, coltro. Buena noche...

—Buena...

Iba Nicolás echando sus cuentas por la orilla del río. Cruzó junto a un pino solitario y endilgó por la costa de la montaña, a campo traviesa. Se alertó al distinguir un bulto que parecía escabullirse entre las ramas.

Agazapóse un instante detrás de un tronco herrumbroso. Un olor a rancia humedad le llenó las narices. La silueta oscura avanzaba. Alzó la mirada ¡no era más que una mujer la que venía camino adelante! Se irguió y le salió al encuentro.

—¡Ave María!

—Si soy yo...

—¡Buen dar que me asustó este hombre! Lo vi tan de repente que creí que era una ánima...

—Todavía no. Todavía no. Vivito estoy. ¿Ya se va yendo ya?

—¿Y que no me ve, pues?

Zalamera, se le acercó:

—En nada bueno andaría por hay... ¡Estos hombre! Como a la mujer la tiene que ya no le sirve, se ha de buscar su consuelo...

Una ráfaga súbita de viento se arremolinó en torno a ellos y los encerró, bramando, en un círculo espeso.

—¡No diga!... Fui a ver el rosillo que no llegó... No lo encontré. Se ha de haber metió entre las barbas, por el mallín del alto.

—¡Ah!... Bueno, pues, y ahora...

—¿Qué va a tener fiesta? Por la guitarra lo digo. Nunca la he oyío tocar... Sentí decir que es como una bala.

—Tanto dicen de una... Exageran... Otras veces la envidia la maltrata a una.

—Así será, pues. Pero yo tengo que oírla tocar no más ahora.

—Como se le ocurre... Si no es pa esta noche, ¡no ve que estoy sola!

—¿Y de hay? Nadie nos va a ver pa que después le den a la lengua. A más que no hay mal ninguno, pues, Celia...

La mujer pareció vacilar. Un tiritón la sacudió de repente.

—Tamos aquí helándonos... ¡Ay, qué hombre este! En fin, un ratito no más...

Y juntos siguieron rumbo a la casa que en el alto recortaba su mancha negra en medio de la hosquedad de la noche sin luna.

Ardía el fuego con miedo, incrustándose en el recio tronco de pino, sin hacerle mella profunda. La mujer se inclinó, infló los carrillos y sopló con fuerza, soltando el aire que el pulmón pleno había recibido en la aspiración. De repente se iluminó la choza y la mujer se

irguió, echando atrás un cadejo de pelo caído sobre la frente. Con sonrisa entre tímida y anhelosa, volvióse a Nicolás:

—Yas tá ya. Voy a preparar un mate, mientras tanto...

El mate, en estas asperezas cordilleranas de magras cosechas, reemplaza a toda hora alimento más consistente. Para abreviar la espera, Nicolás encendió un cigarrillo y comenzó a fumar, expulsando el humo a largos intervalos, escupiendo de tarde en tarde y pasando el pucho, con ayuda de la lengua, de un extremo a otro de la boca. Miraba a la mujer que se afanaba en sus menesteres y la miraba se le volvía enardecimiento de la sangre. Desasosegado, se agitaba en el asiento y aparentaba indiferencia cada vez que la mujer fijaba los ojos en los suyos.

Era inútil que tratase de librarse de su influencia: cuando pasaban días sin verla, una comezón en la sangre, un no estarse nunca quieto, le perseguía en el reposo y en el trabajo y le encabritaba el humor, sabiendo donde estaba el remedio, pero tratando de sacudirse de esa dominación de brazos cariñosos. No había querido volverla a ver; hacía días que en el fondo de los bosques arremetía con furia incontenida con el hacha contra los árboles, engañándose sin poderse engañar con el trabajo. Y ahora la había encontrado de improviso, cuando menos lo pensaba. Celia lo buscaba, iba a la casa con cualquier pretexto, la Domitila podía sospechar, él escapaba... Sin que ninguno de los dos lo propusiera, ahí estaban solos en el rancho, queriendo hablar de algo, de una cosa sólo, y hablando poco y de cosas ajenas a los que les comía el alma. Pero esta sería la última vez, la última, ¡sí, él no era un muchacho para estar sometido a la primera caricia de una mujer! ¡Ay, estas mujeres! Cuando una vez aprietan entre sus brazos a un hombre, ya más nunca quieren soltarlo.

Constante y tenaz, el rumor del viento se mezclaba al estruendo del río. Silbaban las ráfagas al acuchillar la cocina por las hendidias y la hosquedad de la noche tornaba más íntima la soledad de hombre y mujer. No era sólo el resplandor del fuego lo que encendía los carrillos de Celia ni era el calor de las llamas lo que se filtraba por las venas de Nicolás. Estaba en ambos presente la conciencia de su soledad y sabían que pronto caerían en abrazo crujiente. Entretanto, disimulaban.

—Sírvase...

La mujer le tendía el mate en la palma de la mano, con sonrisa incitante. Mientras el hombre, inclinaba la cabeza y fija la vista en el fuego, absorbía el líquido caliente, la mujer, cruzadas las manos sobre la rodilla, le habló, acariciante:

—¡Tan matrerazo que se me había puesto el hombre! Como que me tuviera miedo... ¿es que soy tan fiera?

—¡Si usted sabe que no es por eso!... Que no ve que he tenío tanto que hacer. Si no es la oveja que se enmontaña, es el cerco que hay que reparar o la vaca que se mete al trigo... ¡Si apenas le queda tiempo a uno ni pa dormir!

—¡No ha de hacer tanto, don! Cualquier día podía haberse venío a dar una vueltecita por aquí, al bajar del alto del trigo, ¡nos tá tan lejos!

La mujer tenía ahora el mate en sus manos y absorbía el líquido lentamente; había dejado de hablar, pero seguía mirando a Nicolás por lo bajo, sonriendo como sabedora de la disculpa que le daba en ese instante el hombre.

—Así había pensado hacerlo, ¡pero ya una cosa y otro!

—Habrá sío como usted dice...

Ahogó el hombre un bostezo:

—¡Helá se está poniendo la noche! Y tener que irse...

—¿Pa qué se va tan luego? Yo no lo hay echao... Espere que salga la luna.

Cogió un trozo de leña y lo arrojó al fuego. Se inclinó a soplarlo para producir la llama: la luz le caía de lleno en la boca fruncida, en los ojos entrecerrados y, por el cuello de la blusa, asomaba el comienzo del duro pecho moreno. La llama reventó súbita, puso en fuga al humo. Fue Nicolás el que se levantó primero, trastabillante. Pasó el brazo por el cuello de la mujer, como para atraerla a su lado. Ella trató de librarse con movimiento brusco:

—Déjeme... Déjeme, hom... ¡Ay, este hombre!

—Celia...

—Ya, pues, ¡ya!

Celia se debatía. Alzó el brazo y la mano dura, al caer en golpe violento en la cara del hombre, fue en su ardentía estímulo a la caricia. Saltó Nicolás:

—¡Por lo blandita de manos que sos vos!

Se les habría dicho enemigos al verlos luchar con tanto brío, sujetándose de los brazos, forcejeando. Con dengoso y tardíamente recatado gesto, trató Celia de abrocharse la blusa, abierta en su risueña lucha y al ver a Nicolás que no cejaba, suspiró largo:

—¡Ay, este hombre!

Cayó con revuelo de ropas en la cama, mientras la leña resinosa deflagraba sin ruido y la llama decrecía su volumen. Y ya ninguna sombra de persona erguida dibujó sus oscilaciones contra el pecho.

Un trajín insólito había en el rancho. Doña Candela se movía de un lado a otro, afanándose mucho, pero sin conseguir nada: era por la inquietud que la invadía ante el inusitado acontecimiento. Sólo pensaba en hacer hervir el agua: mate para la vigilia.

Las muchachas se habían acostado. Bajo las mantas, sus cuerpos estaban inmóviles, rígidos de temor y de un ardor que no sabían de donde les llegaba. Eran todas ojos en la sombra de su rincón. Callaban. El resplandor del fuego llegaba atenuado hasta allí, pero su calor confortaba y atravesaba los cobertores. Un brusco movimiento de Nacha empujó a la orilla a su hermana y frente al fogón quedaron las nalgas desnudas, granujentas y enrojecidas de Laura. Eran como dos globos ridículamente gordos, reflejando la llamarada que emergió, brusca, al arder un nuevo leño.

—En vez de estar con el poto al aire, levantaté, mira...

Del otro extremo de la pieza un quejido se atenuó, lento, para acrecer y romper en alarido:

—¡Ave María, ay!

Domitila se debatía con un puñal en las entrañas. A cada instante el dolor que la acometía parecía partirla en dos. Pasado el momento angustioso, se abatía, relajados los músculos, y un sudor copioso la inundaba entera. El respiro era breve: seguía atormentándole, acallaba sus lamentos, apretaba sus dientes hasta hacerlos rechinar, resistía y era más angustioso su quejido sofocado que el aullido tremante. Así una hora, dos...

—¡Ni Mingo viene tan siquiera! —protestaba.

—A lo mejor esa mujer lo tiene entretenío... O anda detrás de alguna chicuela.

La mujer, quejosa, seguía reclamando:

—Y Nica... ¿dónde estará?

—El rosillo parece que está ambardao...

Laura daba la explicación para calmar a la mujer ansiosa. Agregó:

—Así se lo sentí decir.

—¡Claro! Librar la bestia mientras la bruta de la mujer está pariendo sola...

Volvía a sus quejidos, se retorció en la sombra del camastro, arañando las ropas y llevándose los puños a los labios para sofocar el grito.

Doña Candela, chupando un pitillo, miró a Domitila como calculando el tiempo que faltaba para que diera vida al ser que le pesaba en las entrañas. La vió en su dolor:

—Mal parto ha de ser este... Laura, yastá bueno que vayas a buscar a doña Chayo.

—Pero, mamá, si quedo de venir ella!

—Ensilla no más la potranca... o de no te vas a en pelo. Pero anda vete a pie, será mejor. El río no lo podrás cruzar a caballo. Y pasas a molestar en bestia a don Lucas.

—Ta bueno... ¡Con lo oscuro que está!

—¡Moledera no más! ¡Apúrate! O de no pasas a ver si encuentras a Mingo que fue a endilgar a doña Celia, ¡ónde se habrá metió ese condena!...

Remolona, tratando de disfrutar durante un tiempo más del calor de las mantas, Laura se enderezó lentamente. Calzó las hojotas. Se apretinó el refajo. Y, una manta sobre el vestido, salió a la noche llena de ruidos y tenebrias sombras.

El grito de Domitila la persiguió en su precipitada carrera por el camino del abajadero del río.

Avanzaba a trotecillo menudo ascendiendo el faldeo en cuya cima la casa de Celia quitaba sombra a la sombra. Por las juntas de los tablones fluían chispazos de luz. Ahí estaría Mingo... Cera de la casa, sintió, de súbito, una cosa tibia y húmeda en la pierna. Habría querido gritar, pero la inmovilizó el miedo. El instinto le advirtió, dominando el terror y la razón, que era nada más que un perro: el alivio fue tan grande que le dolió más que el mismo espanto:

—¡Perro de los diablos! —musitó.

El “Duro” la conocía de jugar y perseguir juntos las ovejas en los matorrales de los cañadones: a langüetazos llegaba a demostrarle su afecto. Le apoyó la mano en la cabeza fría y húmeda de noche y siguió hacia la casa.

—¡Mingo!

Abrió la puerta en el mismo instante en que lanzaba el grito. La penumbra del interior la hirió como un deslumbramiento en los ojos sometidos largo rato a la sombra nocturna. El interior del rancho le estampó sus detalles con resplandores de cobre en las retinas: aquí el fogón, amortecido en ascuas sin llamas; allá una mesa; al fondo, la cama. Y dos formas que se debatían, desasiéndose y entremezclando el jadear de sus respiraciones. Nicolás y Celia...

La muchacha ahogó una exclamación. Después huyó: su última visión fue un muslo de mujer que se disparaba al aire, cuando Celia intentó enderezarse en la cama. Escapó faldeo abajo y cayó de bruces al tropezar en un tronco; el acre sabor a tierra que le llenó la boca le devolvió la calma:

—¡Los muy cochinos! —murmuró—. Miren en lo que anda Nicolás. ¡Y la Celia!

Sentía crecer un odio violento contra la mujer, un odio y un deseo de golpearla, de estropearle la cara para que nunca más pudiera atraer a los hombres. Alo mejor, su Moisés también la engañaba, como Nicolás engañaba a Domitila. No lo veía hacía tiempo. Moisés, el hijo mayor de don Lucas que ya un día, en el desbroce del monte, alcanzó a conocer la dureza de sus senos y la urente suavidad de sus muslos; y ése era su secreto, el secreto que trataba de ocultar a la visita de todos, por lo menos hasta la llegada de las misiones capuchinas, cuando se casaría con él... si Dios quería y Moisés no la despreciaba.

En mezcla de angustia y rencor llegó al borde del río. Las aguas mugían entre barrancos y el fragor hízose de pronto asordador en un recalmán del viento. Al llegar a la repunta donde habían levantado el primitivo andarivel, las aguas se precipitaban en tropel, derrubiendo los cantiles a golpes contumaces.

De borde a borde del barranco, por sobre el río, cruzaba un bien afianzado alambre. Cruzar el río deslizándose por ese andarivel ingenioso pero incómodo no era tarea fácil: el campesino desenrollaba el correón que siempre lleva a la cintura, pasa un extremo por una argolla corrediza en el alambre, amarra los dos extremos, dejando un lazo amplio sobre el cual se sienta. Y mediante la flexión de los brazos, cara al cielo, rectas las piernas, se desliza como proyectil hasta dar en la otra orilla.

Ahora, ante el hervidero del río, Laura sentía que el pavor le demudaba la cara y una cosa fría y untuosa le subía por los muslos y se le hacía recelo en el pecho. De golpe, cerrando los ojos, amarró la corea, dejó que le ciñera justamente por la confluencia de los muslos y las nalgas y empinándose, deslizó el recio correón por la argolla, afianzó los dos extremos, tomó impulso y tendida de espaldas sobre las aguas, lanzados los brazos por los costados de la cabeza y firmes las manos en el alambre, dejóse deslizar. Rápidamente, mientras abajo las aguas corrían en turbión por sobre las piedras y soltaban lluvia de espuma, con enérgicas flexiones de los brazos llegó hasta el cantil opuesto.

Echó a correr a la casa de don Lucas. Allí encontraría bestia... Y bien podría ser que Moisés la acompañara.

Con repentino resplandor se abrió en ese instante el cielo en lumbre lunar y se rompió en mil estrellas vibrantes. Ahí quedaba la senda trazada en rayas paralelas por las carretas, señalada por la refulgencia estival de la luna y sus luceros.

Pero si doña Chayo estaba en casa e don Lucas, Moisés no se encontraba en ella. La anciana buscaba aquí unas yerbas para curar una “lipiria” y arrastrando sus hojotas por el camino llegó con Laura a la orilla del río, menos pavoroso ahora, que lo iluminaba el cielo. Pero la cogió el miedo al ver las aguas enfurecidas.

—Ya, pase de una vez, ¡o le doy un repujón y entonces sí que tendrá miedo! —declaró Laura, entre risas y veras, y disgustada por no haber visto a Moisés.

—¡Ave María!

Y la vieja, santiguándose, se dejó colgar del andarivel. La siguió la muchacha. Una detrás de la otra cruzaron el río, tocando casi las aguas: el peso de ambas cargaba peligrosamente el gordo alambre y la proximidad de la corriente desbocada les dio un vértigo que sólo fue bastante a aplacar el sentir tierra firme bajo las plantas.

El enfurruñado lloriqueo de Mingo por los varillazos con que lo recibió doña Candela como castigo a su tardanza, se unió al llanto del recién nacido y al aullido de Domitila al sentir el desgarrarse de sus entrañas: y ahí quedó una cosa viva, aullante, ensangrentada y bascosa, que se debatía en pataleos lerdos, prendida todavía de la madre por un hilo vital. Fue ese un aspecto de la vida que el muchacho conoció por vez primera, con asombro que agrandó los ojos y le desalojó el mal humor: hasta olvidó los clavetazos que las varillas le dejaron con sus huella violada en las pantorrillas. A esto se llegaba, entonces, al dolor que era la vida, tras el placer tan dulce de gozar que a su edad era dolor, también, en el deseo.

—¡Y estas mujeres que no llegan! —se lamentaba doña Candela, apretándose a hacer ella sola frente a la situación.

Como si sus palabras fuesen un conjunto, ruido de pasos en el duro suelo, afuera, y un golpe violento abrió la puerta y arremolinó las llamas de la hoguera.

—¡Válgame Dios, yastá aquí ya! —exclamó doña Chayo, adelantándose ala cama donde Domitila, trasudada la frente, trataba débilmente de sonreír.

Allí se quedaron las mujeres, mientras Mingo y las dos muchachas salían al dormitorio “grande”, expulsados por doña Candela. Nacha y Laura hablaban en cuchicheo, secretando entusiasmadas, lanzando de vez en vez risitas chillonas, comentando ese nacimiento que también a ellas les habría el mundo de su propio poder de creación.

—¡Coltras más tontas! —les dijo Mingo, cuando no quisieron comentar con él el suceso ni hacerle partícipe de sus secretos.

Hasta ellos llegó Nicolás, con su corpachón que acababa de conocer el agotamiento del placer, erguido y dominador, con algo de suspicacia fluctuándole en la comisura de los labios que no alcanzaban a perderse en la barba espesa.

Callaron las muchachas al verlo entrar. Al fulgor del chonchón, miró largo a Laura, llenos de resplandores conminatorios los ojos, pidiéndole silencio y complicidad. La muchacha, con sonrisa entre la malicia y el reproche, le preguntó:

—¿Dónde andaba, pues? Esperándolo aquí la Domitila... Y yo mismita tuve que ir a buscar a doña Chayo.

No hizo caso de ella Nicolás. Se tendió en la cama y cruzando los brazos bajo la nuca, quedó en silencio. Después salió al patio y permaneció allí, con las manos en los bolsillos, mirando la noche: a esa hora, avanzada la luna en su camino celeste, parecía doblarse sobre la tierra hasta que el horizonte quedaba próximo a los ojos y el frío, calladito, se iba colando por los huesos.

—Ahí tiene a su hombre —salió a decirle doña Chayo—. ¡Benaiga con la ayuda de dos brazos que le llegó, pues, don! ¡Dios bendiga al inocente!

Exclamó Nicolás, con orgullo en la voz—. ¡Hombre había de ser!

Entraron.

—¡Es tal cual un gatito, el cachorro!

Apenas se atrevía a tocarlo.

Domitila había caído en un sueño que ni el rumor de la conversación fue bastante a turbar. Nacha y Laura, inclinadas sobre el recién nacido, cambiaban palabras en voz baja. Sonreían.

El fuego crepitaba y hervía el agua a borbotones. El mate ardiente fue corroborando las venas con calor grato y estimulante.

Palidecían las estrellas cuando cesó el trájín. El resto del día fueron visitados por don Cisterna y sus dos hijas, mozas rubicundas entraditas en carnes, prietas en faldas demasiado estrechas para sus redondeces opulentas; por los Montero y los Lara y por toda la vecindad que llegaba a saludar a Nicolás y “a ver como sigue la enferma”. No faltó Celia, con su canasta de hortalizas y una media docena de huevos, “pa que Domitila pase su mal”

Desde Polul la marcha había sido ininterrumpida. Llegaban cansados y bufando de cólera: ni señales del contrabando de animales efectuados por aquel lugar. El estampado de los cascos era visible en los rípidos caminos, pero luego las huellas se perdían en un río y ya no encontraron rastro de ellas. A los campesinos que interrogaban nada podían averiguarles: eran ladinos estos montañeses.

Fustigaba el sol con fuerza cuando arribaron a las casas de Jesús Robledo.

—¡Hey! —gritó el galoneado, desmontando y alejando de un culatazo al quiltro que se le fue a las piernas.

Robledo apareció en el umbral de la cocina, bonachona la cara afeitada, clavando con rebrillo hosco en los recién llegados su único ojo sano.

—¿Qué se les ofrece?

—Pasábamos por aquí no más...

Engaloneado era ducho en rodeos. Conocía a estos hombres: la amenaza no hacía sino empujarlos y daba más resultados irles sonsacando con pausa lo que supieran para cogerlos en el desliz delator.

—Asiento y sombra no hay más. Aquí no somos ricos...

Y el hombronazo les señalaba el interior de la cocina, donde una mujer tenía una guagua embracilada.

Apenas se advertía su ironía cuando agregó, grave la expresión:

—Y si buscan algún animal robao, han equivocado el camino. El mismo dueño lo ha de tener a estas horas en el buche o la ha vendido en carne...

—No, amigo, no buscamos animal robao... ¡Buen dar con el calor grande! Oiga, don, ¿no ha visto un arreo de bestias por aquí?

Dejó caer la pregunta de golpe, como un mazazo sorpresivo en la tranquilidad del hombre.

Estaban en la puerta de la cocina, sin decidirse a entrar todavía. La mujer alzó la vista con leve muestra de interés y volvió a acunar al niño: “Sh... sh... sh...” con vaivén del busto a lado a lado, desdeñando mezclarse en la conversación.

—¿Un arreo? ¿De aónde?

—¿No pasó por aquí, entonces?

—¿Y que va a saber uno? Uno está trabajando en el monte, dedicado a lo suyo, ¿qué va a saber uno? Ahora mismito me iba a volver a seguir arreglando un canal pa encauzar el agua. Mientras más se demora uno, por una cosa o por otra, más atrasao se ve...

Era evidente, la intención que ponía en sus palabras: habían llegado a entorpecerlo en su trabajo y los echaba con disimulo, cogiendo un azadón y una pala y examinándoles con esmero los bordes.

El otro uniformado, un negro chico, nerviosos y contumaz, recogió los labios en gesto duro:

—Pero si algo llegamos a descubrir...

Saltó Robledo, sarcástica la intención:

—Esa es su misión, me creo: descubrir lo que haya. Y hacer justicia a toos, sin cargarse pal lao del rico...

Los dos armados estaban a caballo ya. El tableteo de los cascos en el suelo pisonado llevaba intercadencias de un metálico chacoloteo. Robledo apoyó un pie en el primer tranquero de la cerca y les gritó.

—Una herradura se les va a caer.

Los verdes ni se volvieron a mirarlo.

Habían tomado el sendero que conduce a lo alto de la hijuela y por allí, entre la maraña de arbustos y árboles de troncos mochos y retallecidos, bajaron a la cañada y siguieron un techo por ella, invisibles a las miradas de quienes transitaban por el camino.

—Ensilla las dos bestias —había ordenado Nicolás a Mingo. Y sin dar más instrucciones, montó, le imitó el mozalbete y enrumbaron, en silencio, al interior de la montaña.

Las bestias iban habiéndole quite a los troncales, resbalando las patas traseras, lentas y suspicaces. Al salir al altozano, los hombres les clavaron los ijares y partieron a revienta cinchas, sorteando los peñascales, huyéndole al sol que picaba ya. A lo lejos, el volcán Mocho mostraba el regazo nevado entre dos calvas montañas y todo el paisaje comenzaba a enervarse con la canícula.

Cruzaron al galope un estero y habrían seguido sin detener la marcha, cuando repentina espantadera sacudió a las bestias: a la orilla de unos robles erguíase una figura de hombre, surgida de improviso al resplandor solar.

—Los aguardaba —dijo subiendo a caballo y uniéndose a ellos—. Tengo pasión que los verdes han olío la cosa y han encontrado las huellas. Endilgaron por este lao...

Era Robledo. Contó a Nicolás la visita que le hicieron los uniformados y comentó:

—Alguien les ha llevado el cuento.

—Así no más ha sío...

—Pero es avispa el criollo. La malició anoche y por eso llevamos ahora el arreo al cañadón del otro lado... ¡a ver quién nos pilla!

Revuelo de animales se columbraba en un bajo. Las bestias ramoneaban el coironal, contenidas por las fustigantes voces de los arrieros.

—¡Hó, hó... hó, hó!... ¡Ahá, ahá!...

Robledo clavó espuelas. Le siguieron los dos jinetes. Como tromba bajaron el faldeo y se unieron a los arrieros. El hombretón del ojo único y otro de traza morena, con apariencia de cuyano en el vestir, montado en zaino vivaracho con silla de bastos, hablaron un breve rato en voz baja. Se corrió la voz:

—¡Apurarse, niños! Los verdes...

Galopes enardecidos por la vaguada. Mingo, bien afianzado en los estribos, borneaba el cabestro con brío y en medio del tropel de cascos lanzaba al aire su voz enronquecida de tanto haber tragado polvo:

—¡Alé, ho... ho.. ha.. ha!...

Bufaban los caballos espantados, buscando por donde escapar; se revolvían frenéticos, doblaban las manos en los hoyos y se iban de bruces para levantarse nerviosos con aúllos de miedo. El albazano de Mingo, dócil a la rienda, amugaba las orejas para adivinar la intención del jinete y boceaba afanoso, mascando el freno, al tiempo que evitaba las corvetas de las bestias cerreras, cuyos respingos súbitos ponían en peligro a los arrieros.

Lomos enarcados, ojos despavoridos, rápidos dispararse ciegos por las aberturas de los montes, eran perseguidos los caballos por el despegue de hombres hábiles en devolver a los fugitivos al arreo en formación.

La tierra remecida tremaba de cascos. Se ahornagaba al ambiente, el polvo formaba costra en boca y narices, las voces enronquecían, cuando al fin el movimiento de ancas y lomos adquirió ritmo parejo y los arrieros endilgaron la caballada por el faldeo en medio de gritos, apacibles ahora. Las bestias jadeantes y resudadas se fueron aquietando, se calmaron sus bufidos temerosos y buen trote siguieron la ruta que los guías les señalaban, cada vez adentrándose más en la montaña.

Tres horas más tarde, cuando las carabinas llegaron al agostadero de la Herradura, no encontraron más que estropicio de ramas y la tierra pateada y molida por los cascos de doscientas caballerías.

Pero allí quedaba el rastro. Con la luna lo seguirían. La noche inminente traía su amenaza de sombra y más fácil era perder el rastro que seguir apegado a él en la oscuridad. Allí mismo, al entenebrecerse la vastedad del monte, acordaron sonochar.

Con el primer lucero siguieron tras el contrabando: no encontraron nada. Los arrieros, a cubierto de la noche, habían devuelto los animales al otro lado de la frontera, esperando mejor oportunidad para introducirlo de nuevo.

El regreso se tragó los caminos de duras rocas, bordeó las pinalerías y vadeó la cinta cristalina del río. En grupos de tres o cuatro volvían los arrieros después de dos días de trabajo. Robledo, Nicolás y Mingo iban a la zaga. Ritmaba la charla lerda el estruendo de los cascos en el suelo rocoso. Su ruido seco, sordo, dialogaba en cháchara inverosímil. La luna había asomado ya con su palidez de harina, señalando los campos de mortecino resplandor: hacía manchas de sombras de los objetivos próximos y acercaba los lejanos en mentirosa proximidad.

Recio tronco inmóvil sobre el pingo, embozado en manta clara, Robledo hablaba en diapasón sordo, estrellada la voz en los filamentos de la manta cubiertos de perlillas de humedad:

—A ver si el rico paga. No es culpa de nosotros si los animales tuvieron que ser devueltos. El trabajo y el riesgo han sido los mismos no más.

—Si no paga...

Nicolás murmuró esas palabras hundiéndose luego en sus pensamientos. Si no paga... Esa vaca parida que le tenían ofrecida a tan buen precio, tendrían que ofrecerla a otro. Ni habría ya más ovejas que la media docena con que contaban. En voz más alta, agregó:

—¡Tendrá que pagar, carancho! El rico se queda tan tranquilo y lo echa a uno adelante a dar la cara a los que haya. No es justo. Y too por unos pocos pesos... ¡Tendrá que pagar!

Se confundieron las últimas vibraciones de sus palabras con tropel lejano de caballerías, ahondado en la cóncava resonancia de la vaguada. De resonancia le servía también el cielo, un cielo de azul tan intenso que lindaba con el negro, apoyado en las cumbres, luminoso de luceros parpadeantes.

—Cuatro son...

La seguridad señalaba las palabras de Robledo. Pero en su voz no había inquietud. Se limitó a recoger el cabestro, dándole una vuelta en la mano para tenerlo corto y fácil de manejar, y la cabalgata continuó en silencio, tensos los sentidos a los ruidos del galope acercándose. Mingo sentía un cosquilleo que le pasaba por el espinazo con un rasqueteo a flor de piel. Habló con reposo para ocultar a sus compañeros el golpeteo frenético que le pateaba el pecho:

—Verdes son... —interpretando un ruido metálico que se precisaba interroto en el redoble de la galopada.

—Verdes son.

La confirmación que encontró en Robledo hinchó de orgullo al muchacho y el temor se le esfumó lo mismo que la niebla al golpe del puelche.

—Si, verdes son —confirmó Nicolás con indiferencia.

Lo miró el muchacho: sellado como un solo bloque con la bestia, no se volvía, pero algo en él advertía la tensión de los oídos, el alerta de su cuerpo musculoso. Su caballería recobró el andar vivo a una leve presión de sus piernas. Y todos siguieron, en silencio, pendientes del galope que se les venía encima por el camino sonoro.

—Aquí cruzamos. Nos vamos por este campo y le sacamos el cuerpo.

Bajaron la quebrada. Dejaron que los caballos siguieran el seguro indicio de su instinto. Animales hechos a los peligros subitáneos de la montaña, retacaban su marcha, olfateaban con esmero las profundidades del bosque y se repropriaban a veces, resistiendo el acicateante gruñido de los jinetes:

—¡Pjh... andalé!...

Medían sus pasos, oliscaban, orejeando recelosos y cada vez que se resistían a seguir la incitación de los jinetes, era porque ante ellos se abría, debajo de traicioneras malezas, el tajo de un profundo canal o el ancho campo verde de una tembladera en senderos inverosímiles, resbalando, hundiéndose hasta el vientre en las ciénagas que bordeaban los tremedales y rehusando tenaces seguir en línea recta, aun cuando el pasto verde los incitaba a adentrarse en la superficie ávida de carne viva.

Cuando de nuevo salieron al camino habían dejado muy atrás a los perseguidores. Parecía absurdo, a todos los campesinos de la región, que le solo hecho de traer animales de Argentina por alguno de los boquetes cordilleranos conocidos por los montañeses y que no eran puestos de frontera, fuese considerado un delito. En toda la zona imperaba la economía del trueque con Argentina: los pobladores pobres del otro lado de los Andes, del Neuquen occidental, se surtían en el valle chileno, mucho más próximo que los centros poblados de su propio país. Pedían a los campesinos algunos productos y ellos, en cambio, daban hierba y ovejas. ¿Pagar los montañeses por las ovejas al cruzar la línea invisible del límite? Absurdo: ¡sí entonces les valdría tanto como comprarla a cualquier vecino del lugar! Es decir, no podrían comprarla. Si algo abundaba al otro lado de los Andes y escaseaba al lado de acá, ¿qué más natural que cambiar la necesidad de un lado por la abundancia del otro, así de amigo a amigo?

Claro que ahora era distinto: ahora el rico Montiarra era el de los “enredos”. Y doscientos caballos no es poca cosa. Pero ellos vendían su trabajo, el trabajo de efectuar un arreo, sin detenerse a meditar en la legalidad o la moralidad del acto, ¡qué legalidad cuando tenían los estómagos y los bolsillos enjutos!

Hicieron alto en la encrucijada donde se aparta el camino: sigue por un lado al sur y doble por el otro para chocar con el Ránquil. Allí debían separarse.

Cruzando el río, asombró a Nicolás y a Mingo columbrar a la distancia, en la dirección de su hijuela, un vislumbre que rajaba la penumbra con visos de cobre. Mirando ese destello fugitivo se tornaba más densa la soledad del contorno y más acuciosa la atracción del fogón.

Los hombres se despidieron con un breve “buenas noches”. Robledo siguió al paso cansado de su caballo; no habrían sido capaz de emprender un galope ni a punta de aguijonazos. Como las otras bestias, también la de Robledo sentía la dureza de la jornada. Erizado el pelaje por las constantes sudadas, los animales despedían ese olor intenso a polvo, a sudor, a fatiga, que impregna también a los jinetes y dura en las narices con su empalagosa fluctuación. Como las bestias, los hombres: la cabalgata larga les tenía las piernas empaladas y un remezón de riñones les molestaban en las piedras, súbitas sofrenadas evitaban que los animales se fueran de bruces y allí si que el remecer era fuerte al inclinarse

las bestias de un lado y del otro, yéndoseles a veces los cuartos traseros al afirmar las patas en las resbalosas piedras, suavizadas por el constante pulimiento del agua.

La senda que siguieron iba costeano un estero, entre matorrales de michayes y quintales, cuyas flores rojas, eran fogarada inmóvil, péndula de oscuras armazones. Al fondo de la longuera, en el linde con la montaña, los altos mástiles de tres araucarias oscilaban apenas la sáxea trabazón de sus ramas.

Entre los ruidos sordos de la noche, súbito desplomarse de sonos roncós: los ladridos alegres de “Quinanday” al conocer la presencia del amo. Y casi al punto, una silueta negra sobre un rectángulo amarillo: la puerta del rancho que se abría para dar paso a es figura imprecisa que horadaba la noche con sus miradas. De pronto, todo quedó otra vez en hosca taciturnidad.

No acababan de llegar cuando se abrió otra vez la puerta: doña Candela, menuda y arrugada, mujer siempre en actividad, se lanzó sobre Nicolás:

—Está enferma la Laura. Yo no sé que fatalidá... Colorada como tomate, se remece de un lao, se remece del otro y no se tá tranquila. Habla y habla herejías, ¡Válgame Dios! Que da miedo oírla. Quizás que es lo que le ha paso...

Nicolás, al tiempo que sacaba la montura, dejándola en tierra, para frotar con un pellón el lomo del animal y examinarlo con detenimiento:

—Se le jodió no más el lomo —dijo—. ¿No será fiebre lo que tiene?

—Es lo que me decía Domitila. Pa mí que me lan ojao...

Vos, Mingo, ante que desensillís, ¿por qué no te vas a buscar unas yerbas donde la paisana Cantrilao? Le decís que Laura está habla y habla no más y que no atina a entender lo que le dicen. Manotea en el aire, grita que le han tiraó sabandijas y que una les tá comiendo el pecho... Trae yerbas de las que te dé. Pero vuelve luego...

—Ta bien.

Partió. Los otros entraron al rancho. Domitila estaba acostada ya con su crío, en un rincón. Medio se enderezó al ver a Nicolás. Dijo:

—Hay está que se muere a gritos. Ni una pestaña hemos podío echar tan siquiera. Y yo con un sueño...

Se recostó de nuevo, se agitó brevemente y a poco se escuchaba su respiración sonora y pausada.

Al otro extremo de la pieza el semblante congestionado de Laura. Toda ojos tamaños de miedo, le relumbraban en la rubefacción de la cara redonda y mofletuda. Oscuros agobios le martirizaban el cráneo en tortuosos senderos por donde la razón se pierde hundiéndose en una letargia de cosas informes, fungosas, de pesadilla o locura. Gesteaba con frenesí, abrillantada la frente por el trasador de su febricitante condición.

Un redolor ubicuo le amortecía el ánimo y a la postre el cansancio la inmovilizó, tirándola de espaldas a la cama, dejándole en la boca palabras masculladas.

Nicolás se acercó a ella, con sensación mezcla de recelo y compasión:

—¿Qué tenés, ché?

Como herida por un látigo, Laura se enderezó. En su violencia arrojó a un lado las mantas que la cubrían y mostró, desnudos, los pechos redondos, blancos, y dejó al aire los muslos abultados.

Clavó en Nicolás unos ojos llenos de ardimiento. Un airado impulso la empujaba, contrajo la boca en fiereza y toda su energía se hizo grito:

—¡Anda vete! Sos vos. Vos me trajiste la sabandija que me come la entraña. Vos y Celia, ¡maldita bruja! Todavía andás con la hediondez de sus machitones... anda, vete donde ella,

a regodearte con ella como esa noche cuando tu mujer paría sola. ¡Ay, así la mete la inmundicia, así se coman los peucos sus piltrafas, así la arrastren los perros por las piedras y hasta las bestias la pateen, por bruja y por mala mujer! A vos y a ella.

—¡Ave María Santísima! ¡Te callaría, hereje!

Un rezongo regurgitante se atragantó en la garganta de la muchacha. Un envión enérgico, cargando de blasfemias, la tiro de espaldas a la cama y la dejó allí revolcándose, atarazando las mantas y arrancándose a manojos los cabellos.

Nicolás salió a la noche. Con él salió la angustia.

—Toma esta agüita, niña. A ver, siéntate, pues...

La enferma no atiende. Está viviendo en su mente contorsionadas imágenes viscosas. Hay una montaña calva, redonda, gris, enorme, que va rodando y creciendo, acercándose cada vez más y ya sobre ella, se abre como las tembladeras para tragarse los animales: toda la masa fungosa y oscura va penetrando en ella, la va envolviendo a la vez, rozándola con sus frías paredes pringosas. Ahí le nace el grito:

—¡Uuuhy... Aaaaah!...

—¿Qué te pasa, hijita? ¿Qué te duele, mujer? ¡Ave María, si está loqueando no más!

Una tarde, hacía un mes, Laura no quiso comer ni matear siquiera. “Tengo calor”, dijo. “No sé qué me pasa”. Siguió durante el resto del día trabajando en el desbroce del monte, al lado de sus dos hermanas, ayudándoles a limpiar de malezas el terreno. Llevaba a la casa haces de leña, cargándolos en la cabeza, y bajaba con diestro andar las ásperas pendientes. Así hasta el anochecer. Estaban todos sentados a la orilla del fuego cuando comenzó a quejarse:

—No sé qué tengo. Me duele la cabeza. Algún aire habrá sío.

Y la madre:

—¡Si sos tan descuidá! No bien acabás de tomar mate cuando ya salís dispará pa afuera...

La hoguera, encendida por primera vez varios años atrás y que desde entonces nunca se había extinguido, humeaba en el centro del rancho que hacía las veces de cocina. Domitila, en un rincón, tenía al crío en brazos. Piernas y nalgas al aire, pataleaba frenético. Mecíalo la madre suavemente en las rodillas, le murmuraba: “sh... sh... sh...” suavemente, sin interrupción. Volvió la mujer la cara a un lado, bizqueando bs ojos para evitar el escozor del humo y la candente lenguarada de las llamas que ya le tenían enrojecidos los carrillos. El crío seguía pataleando con furia, acreciendo a cada instante su grito. La madre se abrió la blusa y le introdujo violentamente en la boca el pezón color de tierra:

—¡Hay tenía, coltro de moledera!... —Después, cuando la guagua se entrega a mamar con gruñidos satisfechos, Domitila se vuelve a su suegra—: No ha de ser aire... Se le habría torció el cogote o la boca.

—Quién sabe que será...

Laura no sabe lo que tiene. Y el mal siguió socavando sus carnes abultadas. Después de ese primer desfallecimiento, ya no pudo levantarse. Hablaba, hablaba sin cesar. Locuras. Se revolvió en la cama, gritaba, se mordía. Y nadie atinaba con la enfermedad. Ni doña Chayo, que tanto servía para aliviar a las hembras del peso que año a año llevaban en el vientre como para una “lepidia” o una abertura de carnes.

Nicolás habló una noche de traer un doctor de Lonquimay o, más bien, y menos dispendioso, llevar a la enferma al pueblo. En esa ocasión, en la mente de todos se hizo la verdad. Domitila fue la primera en protestar:

—Los doctores no saben de estas cosas. Ellos son buenos no más que pa meter cuchilla; pero del “mal”, nadita.

Apenas el día anterior, los hombres de la casa y algunos vecinos se habían concertado para “conchabarse en la recolección de trigo de un fundo cercano, mientras el propio esperaba su plena madurez. Lucas Moreno estaba ahí, con sus dos hijos, Moisés y Eleuterio, vecinos los más próximos. Después de la faena cotidiana se reunían, bien en la casa de Nicolás, bien en la de don Lucas, a conversar con lento arrastre de palabras, en charlas interrumpidas por largos silencios en que se mencionaban los cambios de estación, la sequía, la lluvia próxima, el tiempo que siempre los estaba perturbando con su breve verano y su largo rigor invernal de violentas tempestades.

Prefería Moisés llegarse al rancho de Nicolás: allí estaba Laura, podía verla y secretar con ella, tomarse al descuido una mano y concertarse para encontrarse otro día a solas, como aquella vez, en el bosque... Lo habían cautivado los ojos verdes de la muchacha, sus voluminosas trenzas de un rubio sucio, sus carnes blancas, su cuerpo rebultado en incitantes redondeces. No, Laura no era fea... Pero ahora estaba enferma y el muchacho sentía crecerle en el pecho una acre inquietud.

Formaban todos un círculo de caras rojizas al reflejo de las llamas. Caras inmóviles, animadas por el destello que de los ojos arrancaba el fuego, Nacha, Eleuterio y Mingo se hacían bromas en un rincón. Los hombres, Nicolás, don Lucas y Moisés Moreno, fumaban, formando rueda alrededor de la hoguera, completando el círculo, Domitila y doña Candela que no daban la espalda a la pared por cuyas hendiduras se colaba el viento. Laura estaba en “la casa”, como llamaban al dormitorio, gozaban de un sueño reposado después de agitado desvelo.

Don Lucas arrojó una bocanada de humo que se confundió con la humarada del fogón. Miró sus pitillo y habló después, lento:

—¿No se le quita, entonces, el mal?

—¿Qué se le va a quitar, don Lucas! ¿qué no ve que es enfermedad mala?

—¿No diga, doña Candela!

Domitila intervino:

—Seguro, don Lucas. Fíjese que...

La interrumpió la suegra:

—Si la misma Laura lo dijo dando manótas al aire, como pa espantar un diantre...

—¿Cuándo dio eso? —preguntó Nicolás.

—¿No hace más que decirlo! Y le hecha la culpa a la Celia...

Era Domitila la que hablaba, observando al descuido el efecto de sus palabras en Nicolás: ¡nadie le quitaba a ella que su hombre había andado con esa mujer! Ahora, es cierto, se le había desvanecido la sospecha: veía al hombre dedicado a su trabajo, lo veía jugar con Marcos, el hijo de tres años, y tomar a veces en sus brazos al otro recién nacido. Lo veía sereno. Y ella, además, estaba otra vez sana y fuerte... ¡Pero nadie le quitaba que la Celia!...

Nicolás ni se inmutó. Su mujer precisaba:

—Ella no más ha sío. ¿Qué no ve que el otro día vino a molestarla en guitarra?

La vieja doña Candela se santiguó antes de exclamar:

—¿Y sabe que así no más es!

Bajó después la voz y habló, como temerosa:

—¿No nos vaya ha estar escuchando esa bruja de los diablos? La guitarra, ¡claro!

El viejo Moreno, de cadencioso hablar, parecía soltar las palabras con esfuerzo, como si se le enredaran en las grises púas del bigote. De pocas palabras, perniabierto, ceñido siempre, tenía, no obstante, un constante destello de malicia en los ojos vivos como ascuas. Ladino, con astucia y marrullería que nadie aventajaba, era buen vecino, mejor compañero... pero con Nicolás tenía sus entre dichos: sus hijuelas colindaban y ninguno de los dos quería levantar el cerco que separase las propiedades Nicolás había iniciado el cierre de sus terrenos partiendo desde lo alto del cerro y bajó hasta media falda, ahí dejó el trabajo sin terminar, porque don Moreno se había puesto en que él no estaba para dedicarse a eso.

—Levante usted el cierro, don —le había dicho—. Yo después le devuelvo su trabajo en leña.

Pero Nicolás no se dejó engatusar: o cerraban a medias o no había cierro. Y ahí estaban las dos hijuelas sin dividir.

—Es emperreo el viejo —decían sus propios hijos que todavía, crecidos como eran, no se atrevían a contradecirle. Don Lucas tenía el genio vivo y la mano pronta. Callado como el viejo era Moisés, y contumaz como él.

—¿Asís que la guitarra, no? —murmuró don Lucas, con malicia—. ¿No sería no más que pa tocarle una toná de las bien golpeaítas?

Sonrieron los hombres; pero doña Candela consideraba que el tema estaba encima de toda broma:

—¿Qué no ve que la guitarra es pal sudor? —Se dio un golpe en la frente, recordando otro incidente que reafirmaba su convicción—: Y ahora que me acuerdo, lotro día mandé a la Laura que fuera a cortar trigo en verde para una cazuela y la Celia le pidió emprestada la echona pa ayudarle. Se fue a un lado y por ahí estuvo un rato. ¡Claro! Ahí fue no más cuando le raspó bien el sudor de la mano de la Laura. Lo mismo haría después con la guitarra. Y dicen que ese sudor estas brujas lo hacen hervir con cadejos de pelos de la enferma y con eso le meten sabandija y una sabandija se va al cuerpo de la enferma y la pobrecita no sana con ná, hasta que otra machi más fuerte que la bruja no saca el mal del cuerpo... ¡Ave María, tanta maldá que hay en el mundo, digo yo!

“Quienanday” atropelló de improviso por entre las piernas de Nicolás y mostró los dientes a la puerta, gruñendo sordamente. Volvióse a mirar a su amo, tendido a él su hocico negro y brillante de humedad, para tornar a clavar los ojos en la puerta. Se paró en seco y tensas las patas delanteras, alzó la cabeza al techo y lanzó un largo aullido. Siempre la noche le ponía esa tristeza inmensa en su alma de perro y aullaba a quizá misteriosas presencias. Pero los campesinos sólo vieron en eso un presagio funesto.

—¡Cállate, perro de miéchica! ¡La pucha el animal bien bruto!

Y una astilla voló a incrustarse en las costillas de “Quienanday”, certeramente lanzada por Nicolás.

El perro huyó, gritando lastimero, y luego de dar unas vueltas por toso el interior de la pieza, fue a echarse otra vez junto al fuego, hundido el hocico en la ceniza, pestañeando al calor, pero amusgando siempre una oreja suspicaz.

Todos callaron, mirándolo. Doña Candela cebó el mate. Miró a don Lucas.

—Ha de ser la bruja que anda volando por aquí...

Su voz era apenas un murmullo. Los hombres más adivinaron que comprendieron sus palabras. Domitila apretó instintivamente a su crío contra el pecho. Nacha se allegó más a su madre, mientras que Mingo sentía una suspensión del aliento y un intenso frío que no sabría decir si se b producía el miedo o e viento que se colaba por las numerosas rendijas que había en la pared donde apoyaba su espalda.

Matearon todos un rato, sin hablar. La cabeza del mate dio dos veces la vuelta a la rueda y no había más ruido que la deflagración de los leños, el gargareo de la pava y el vocejón redoblado del torrente, al pie del cerro. En los rincones se agazapaban las sombras como fantasmas vagos y agoreros.

Don Lucas chupó la bombilla con parsimonia, la volvió de un lado a otro, miró a todos, y sin sombra de malicia en los labios, habló con su voz lenta:

—Se estarán juntando en el rení. Me pareció oír bordón de guitarra...

Domitila se puso tensa. Doña Candela se volvió a Nicolás:

—¿Por qué no vas a ver a la Laura? No vaya a ser cosa que le estén haciendo algo malo, ¡no lo permita Dios!

Recogió el hombre las piernas y apoyando las manos en las rodillas se levantó del cajón cubierto con un cuero lanudo de oveja, y cruzó la cocina hasta la puerta. Salió. Se vislumbró un trozo de noche y una racha de frío penetró brusca.

Los muchachos estaban silenciosos. Los grandes se miraban sin hablar, todos alertas. Volvió Nicolás:

—Ta durmiendo.

—¡Ah!

La vieja chupó la bombilla, pasó la mano por el extremo y volvió a chupar. Dejó el calabazo en la palma extendida, y siguió en voz alta sus pensamientos:

—Porque cuando las brujas se van a su casa de la montaña, a las picarías que les enseña el Malo, a revolcarse en el suelo y a zalagardear, alguien tiene que enfermarse no más. Y a veces, es qué, tocan la guitarra pa que la mesma se vaya donde ellas. Entonces el dan el *vuñaque*...

Se interrumpió bruscamente y todos quedaron inmobilizados, vueltas las caras a la puerta, enfriados hasta los tuétanos por un miedo irrepresible a las cosas recónditas de la montaña: un grito ronco y agónico se les clavó en el ánimo y los sacudió en bruscos tiritones. “Quienanday”, huyó, aullando con angustia. El agua caía al fuego a borbotones. Producía un ruido tambaleante, seco, sordo, lento.

Pero sólo era la enferma, batallando en sueños contra imágenes de pesadilla.

Al día siguiente, doña Candela informó a la familia de su decisión:

—Voy a llevar a la Laura donde la paisana Cantrilao. Ella no más puede quitarle el mal.

Fue Mingo el mensajero que llegó al rancho de la paisana Cantrilao a advertir a la vieja mapuche la próxima visita de la enferma.

Cuando doña Candela llegó con la muchacha enferma, todo estaba preparado. El rancho, en fresca penumbra, no contenía sino unos cajones apegados a la pared: el fogón al centro, sobre el piso de tierra; unos cueros y mantas que hacían de lecho, y algunos aperos de labranza. Un indio viejo preparaba un cocimiento en el fogón mortecino. La vieja Cantrilao enclavaba en tierra un pequeño cercado de ramas de canelo, en cuyo interior había colocado *lamas* y cueros de oveja.

Sentada en un cajón, doña Candela observaba los preparativos, vigilaba a Laura, enrojecida y sin ánimo, y hablaba a la vez:

—A ver si usted me la puede sanar, pues, paisana...

La machi Cantrilao era una viejita arrugada, de pómulos extrañamente sonrosados, relumbrantes en su tirantez como de quemadura. Esa tersura contrastaba con los surcos inverosímiles en torno a los ojos y la boca, deformados en buches fofos y carnudos.

—Calcu malo ser. Machi quita mal tírao. Tu sosegá quedaté, tu habla no.

Hizo que Laura se tendiera en el interior del cerco de canelo. En la penumbra, la machi era una mancha negra, inmobilizada y hierática. Súbito se agitó en movimientos contorsionados y un redoble lento, un tam-tam sordo llenó de roncossones el rancho. Se agitaba la machi, dando vueltas alrededor del cerco. Sacudía el cultrún en el aire tabaleando en él con rápidos movimientos de los dedos, en cadencias de vertiginosas o lentas modulaciones.

Doña Candela la miraba cogida por el miedo, clavada al asiento por una curiosidad pavorida que la obligaba a contener hasta el aliento. El indio, en tanto, permanecía de pie,

tocando el techo con su chasca negra. No miraba sino un punto de la pared, modulando extraños exorcismos.

La machi aceleraba el ritmo de sus vueltas alrededor de la enferma y el revuelo de chamal encandecía las brasas del fogón. Chisporroteó un tronco de espino, estalló en chisperío y surgió una llama amarillenta; tembló unos instantes; extinguióse y el humo inundó el rancho.

La paisana Cantrilao se inclinó sobre el cuerpo desnudo de Laura. La muchacha ardía entera. Movía las piernas, la cintura agitada por extraño terror que la ahogaba y le impedía el grito. Dos pechos rebultados, erguidos y duros, se mostraban en oscilación tempestuosa. Los roncros sones del cultrún perdieron sus redobles precipitado y fueron sordo ruido lento, a compás con el reposado andar de la machi.

Todo el cuerpo blanco de Laura se agitó en espasmos violentos en cuanto la machi comenzó a palparla, de pues de tender al indio el cultrún. En medio de su fiebre, la muchacha experimentó un goce dulce y apaciguante que la quietó un instante. Pero la vieja Cantrilao no se contentaba con palparla: le daba pellizcos que la revolvían en aullidos y entonces un dolor terebrante la recorría entera. Luego era más dulce es lasitud que la invadía, hasta quedar fallecida, en colapso que la transportaba a una zona apacible, de colores y sonidos que en el mundo no existían.

Guturales sones formaban los labios de la machi al tiempo que sobajeaba las carnes de Laura. Detuovose un instante, se desorbitaron sus ojos cegajosos ribeteados de rojo, quedó inmóvil, mirando un punto en la cintura de la enferma.

Adelantando todo el cuerpo, temblando entera, a doña Candela se le hizo nudo el aliento, transida por una mezcla de espanto, ansiedad y exaltación al verse en medio del confuso misterios e brujas y presagios.

Tras una breve y sorda exclamación, la paisana Cantrilao se lanzó veloz sobre la enferma. Tendida una mano como garra, la hundió en las carnes de Laura y luego de volver los dedos en ellas, las retiró empuñada. Se irguió, triunfal, sin cesar en su extravagante musitación, alargó el brazo y metió bajo los ojos de doña Candela la mano extendida. La buena vieja se echó atrás con un grito espantado; después se santiguó precipitadamente con ¡“Válgame dios”!. Algo como un sabandija verde y viscosa tenía la machi en la palma de la mano. Todo pasó en un instante; la india empuñó otra vez la mano, el indio viejo perdió su inmovilidad y presentó a la india una mota de lana. Envuelta en ella, la sabandija fue a parar al fuego. Emergió un humo negro, acre, surgió un chisperío, una llama fugaz: el “mal” había sido arrancado del cuerpo de la enferma. La machi había demostrado su poder, superior al de la bruja “inventora” de la enfermedad.

De nuevo comenzó a redoblar el cultrún y al flujo de sus sones y de los exorcismos de la machi, los brujos huían, el mal escapaba por completo del cuerpo de la enferma. Hasta el fuego iba extinguiéndose con pausa y, fuera de la india, nadie se movía, ni el indio, ni doña candela, ni Laura. Apenas un suspiro prolongado de la madre de la enferma cayó en el centro del rancho como en un lago, formando círculos sonoros en el aire. Los brujos huían, el cultrún redoblaba, el Ngenechen se apoderaba de la machi en trance y una voz habló por boca de esa negra figura inmovilizada ahora al lado de la enferma: palabras que nadie entendía, pero llenas de profundo poder adjurador. Rebotaban, penetraban en los cráneos, danzaban convertidas en imágenes escalofriantes. Y todo terminó: la machi elevó los brazos, los rindió después con pesadumbre, se sacudió y le brillaron los ojos con la misma luz mortecina de siempre.

También su voz la misma voz lloriqueante de siempre.

—Calcu vuelve más no...

Costó a doña Candela ubicarse de nuevo en la realidad. Un suspiro largo le arrancó todo el espanto y el pasmo que la inundaba.

Laura mantenía los ojos abiertos, pero apenas si su pecho se agitaba al ritmo de pausada respiración. Su madre la hizo ponerse en pie, la ayudó a vestirse. Después:

—Bueno paisana, ¡ojalá que con esto se cure la niña! Dígame no más lo que tengo que mandarle...

—Mándame lo cordero grande. Mándame lo cordero luego; si no, mal güelva enferma...

—Hoy mismito se lo voy a mandar, paisana.

Pero no por eso abandonó a Laura la fiebre aquel día. Ni al siguiente. Pero doña Candela confiaba en que pronto estaría si hija de todo sana, ¡era tan buena machi la paisana Catrilao! Sin embargo, aquella noche y los días siguientes continuó dando a la muchacha frescas aguas de yerbas: de pircún para las purgas y de quebul para la calentura. Cierto que ya no era estrictamente necesario: la sabandija que la mala bruja había tirado a Laura estaba chicharrada en el fuego.

Si la enfermedad de Laura mermó la hacienda de la familia en un cordero, pronto se vio aumentada y se oyó en el corral el berrido de un ternero y el mugor de una vaca.

Nicolás había partido un día a caballo sin decir a nadie a donde se dirigía. Ya ala mañana siguiente, mientras Mingo hundía el hacha en el tronco de un ciprés, cerca del estero, escuchó entre los breñales un ruido de hojas holladas y de ramas separadas con violencias. ¡Y allí estaba la vaca, de henchidas ubres, de pelaje rubio y hocico negro, espantándose las moscas a golpes de cola, ramoneando con aire bobalicón! Y tras ella el ternero mamón, siempre ansioso de apegarse a la fuente maternal proficua, golpeándola a grandes testaradas que obligaban a la madre a alzar con fuerza una pata trasera y volver la cabezota patética, de húmedos belfos y ojos suplicantes, con blando mugido de protesta.

Al ver al muchacho, la vaca se detuvo bruscamente, alzando los ojos abobados; pero luego continuó su lenta marcha, desviándose y regresando a los pastos frágiles que se las diría a punto de quebrarse, seguía el camino de su madre, enredándose en la maleza y los troncos caídos.

Una vaca con su ternero, cuatro caballos, ovejas, una yunta de bueyes: a eso alcanzaba la hacienda de la familia. ¡Ya podían considerarse felices! Ya podían dedicarse por entero a sus campos, después de haber tenido que alquilar sus brazos para poder prosperar. Seguirían alquilándolos, pero ya no como un imperativo para no morir de hembra.

Domitila ordeñaba todas las mañanas a la “Temerosa”. Así llamó a la vaca por su timidez y sus constantes sobresaltos cada vez que alguien se acercaba a ella. Pero eso era en un comienzo; más tarde, cuando las manos de la toda la familia aprendieron a conocer la suavidad de su pelaje, la humedad de sus belfos, y supo el animal distinguir el metal de la voz de cada uno, se dejaba guiar mansamente. Y hasta Marcos, que caminaba con firmeza sobre las piernas rollizas, atreviase a acercarse a la vaca y a pasar bajo su vientre en carreritas acompasadas de rosas nerviosas y asombradas por su propia audacia.

Leche tibia, espesa, la de la “Temerosa”, resbalada por la garganta como suave arrojito oleaginoso, y al cocerse formaba en la superficie una capa amarillenta de grata gracedad: dos baldes rendía cada mañana.

Domitila hablaba a su vaca como si de un cristiano se tratase:

—¡Ya, pues, mijita, tese sosegá!... ¿Le duelen sus tetitas? Se las voy a remojar y no le van a doler nadita...

en una ocasión, Mingo vió que la mujer de su hermano se erguía, ya terminada la ordeña, y abrazaba a la vaca, acercando la cara a la cabezota enorme y plácida, y le plantaba un beso en la quijada con una exclamación:

—¡Ella nunca deja de dar sus dos baldecitos de leche!

La buena leche de la “Temerosa” fue pintando otra vez plácida rojez en las mejillas de Laura, convaleciente de su enfermedad, y devolviendo a su cuerpo las mismas redondeces de siempre.

Había sanado a fuerza de yerbas silvestres, sabiamente preparadas en conocimientos, y la familia nunca pudo saber la causa real de su enfermedad ni su curación fue milagro de la paisana Cantrilao o el prodigioso don de las plantas medicinales.

En la soledad de ese mundo reducido por las cordilleras, cercado por los ríos, aislado por el viento y los malos caminos, regido más por la naturaleza y su rigor que por el hombre, han aprendido los montañeses a buscar en ellos mismos la solución a sus males. Su mundo es de sombra temprana, de noche más larga que el día, su mundo es eso que cubre el cielo metálico, que cierran los abrojales. Eso y nada más. Eso donde la angustia del pobrerío se abulta, en donde se ve al niño y al adulto que mueren de hambre en los inviernos, de

“lepidia”, de ulceraciones, sin más ayuda que las yerbas agrestes o los exorcismos y machitones, y donde la tragedia de cada uno es más grande en la soledad.

El pueblo queda lejos, el doctor es hombre que no desafía el pavor nocturno para ir en ayuda de un enfermo cuando el enfermo, desfallecido, no puede ir hasta él. ¡Y el doctor es hombre que no se contenta con poco! Muy escasos campesinos creen en su eficiencia. Cierto es que estos hombres nunca se preocupan de los leves dolores que los acometen; consideran debilidad y afeminamiento prestar atención a un malestar y sólo se declaran enfermos cuando el mal está ya tan avanzado que los inmoviliza en el lecho. Puede que entonces, agotados los recursos medicinales caseros, se dejen atender por el “dotor”: y las más de las veces es tarde para ser salvados.

La sombra trae aparejadas obscuras amenazas que se suman a la hostilidad de la naturaleza: al puelche que abate los trigos; a la nieve, llegada a bloquear los caminos y dar muerte, por el frío a los animales, a los matuastos, que se prenden a las ubres de las ovejas y se leas vuelven una sola llaga; a las tembladeras, trampas donde los animales se hunden entre mugidos despavoridos; a las inundaciones provocadas por las erupciones de los volcanes; a los peucos, que se roban los polluelos; a los aguiluchos, voraces perseguidores de los corderos tiernos... Dentro de la sombra están las presencias ominosas de brujas y calcus, toda la fantasmagórica imaginación de la superstición mapuche, volcada en las mentes criollas y formando confusión en el santoral cristiano que se torna en ellos potencia oscura surgida de los bosques.

Moisés moreno se deslumbra al ver a Laura, traslúcida la tez por el largo guardar cama y agrandados los ojos en la cara enflaquecida. Ya todos sabían que esos dos se casarían algún día: casarse es, simplemente, “apartar casa”, tener hijos, cultivar la tierra y, al llegar, cuando llega, alguna de las misiones capuchinas, “terminar de casarse” con una bendición sacerdotal que coincide con el bautizo de todos los críos habidos en el intervalo.

Laura y Moisés se casarían algún día... Mientras tanto, tenían largos secretos, solapadas reuniones en el linde del bosque. Menudeaban las visitas de Moisés a la casa de Nicolás con cualquier pretexto, cuando en realidad iba a concertarse con Laura para uno de sus encuentros secretos.

Aquella tarde, Moisés se apoyaba en el hacha. Poco ante el calor lo invadía de tanto arremeter con brío contra un tronco de radial para un ciervo; y ahora el frío le temblaba en las piernas y vuelta al ardor en las sienas. Porque los golpes del hacha no le habían permitido oír los pasos de Laura. La veía como todos los días pero la muchacha era distinta. Después de su enfermedad, la descubría en toda su tremante juventud, prieto el cuerpo en el herbario de la falda de percal deslucido, más verdeditos los ojos con el reflejo del follaje.

Se había sentado Laura en un tronco y había malicia en su cara, en los ojos velados apenas, fijos en la desmadejada torpeza del muchachón deslumbado.

Los unía toda una infancia común, el pasado —tan próximo— de vivir en la misma tierra; pero les separaba, ahora, el agonioso instinto de su soledad y de su cercanía. Otras veces estuvieron juntos y solos. Hoy era distinto porque en los ojos de ambos había un brillo que antes no tenían: el brillo afebrado de la mirada de Moisés se transmitía a la muchacha.

—Ven a sentarte aquí...

Laura le señalaba el tronco. Pausado, Moisés se fue a su lado.

—Oye, ¿y nos casáramos luego?

Habló de golpe, como si temiera arrepentirse de su audacia. La muchacha lo miró con rápido deslumbramiento de los ojos y bajó después la vista.

—Como vos querás...

—Después de la cosecha, mijita, podríamos casarnos. Como vamos a ir a emparvar a trillar onde el rico, con eso nos podemos arreglar casa.

—Y si la cosecha de la hijuela es buena...

—¡Claro! Ha de tener que ser buena. Ya tengo vista la parte onde vamos a levantar el rancho...

Allá, al lado opuesto de la hijuela de Nicolás, cruzando el río, está el trozo de tierra que Moisés piensa cultivar: es el comienzo de un faldeo y allí armaría el refugio de su felicidad...

Laura, entusiasmada, comenzó a hablar de lo que compraría para la casa. Y terminó con un suspiro:

—¡Si la cosecha es buena!...

Quedaron silenciosos, sintiendo Moisés la opresión de un ahogo en el pecho y un poco angustiados se habrían quedado, pensando en la lluvia y la escarcha enemiga del buen rendimiento del campo, si de repente, casi a sus espaldas, no hubiese estallado un estruendo de ramas seguido de un ronco mugido. Apareció una cabezota boquinegra, húmeda, lustrosa y envolvió a Laura y a Moisés un hálito tibio y espeso: la “Temerosa” quedóse unos instantes mirándolos abobada, partió después con presteza y, acometida de súbito por quizás qué frenesí, se alejó alzando las ancas y acorneando las ramas.

Pasado el primer golpe de estupor, Laura miró a Moisés a los ojos, reprimiendo la risa y luego, al ver a la vaca en tan cerril gimnasia, con alzamiento de ancas angulosas y contorsiones del lomo albardado de negro, ¡un animal tan tímido y manso! En esquinces inverosímiles, rompió a reír echando atrás la cabeza y oprimiéndose el pecho con ambas manos. Rió también Moisés al ver los vanos arrestos de la “Temerosa” por demostrar ardentía.

La alegría les hizo olvidar toda inquietud. Las incontenibles carcajadas de Laura le sacudían todo el cuerpo y la obligaron a apoyarse con fuerza en el brazo que Moisés había tendido por las espaldas de ella. La muchacha se estremecía apoyada en Moisés, abandonándose en medio del regocijo, tendiendo sus formas vibrantes a los sentidos encandilados del hombre que la oprime.

A esa hora, el boque trasluce los últimos reflejos del sol y queda en un pasmo largo, en espera de la anochecida.

El trigo raleaba en los faldeos y demora en cuajar en amarillas espigas.

Habíase presentado seco el verano, siempre tardío en la región, y durante el día mostraban los cerros el pasto desequido, aferrado con sus tenues raíces raquílicas a las rocas cordilleranas, y ratoneras comenzaban a amarillear, chasqueando sonoros al paso del viento o vibrante de élitros. Las pimpinelas habían secado sus frutos y junto con los trunes se prendían a la lana de las ovejas y a las medias de los hombres. Sólo el coirón ponía su mancha glauca, resistiendo a la sequedad de los montes calcinados.

En las laderas de los pedregosos faldeos fulguraba de trecho en trecho la llama roja de los quintrales en flor y en lo profundo de las cañadas, sonoras de revueltas aguas, la flor anaranjada de los clavelillo triunfaba de la sequedad ahornagada y hosca. El paisaje tenía un tinte amarillento en las colinas; oscuro de cipreses, pinos y radales en las quebradas de los cerros, y verde, constante verde, en los angostos vallecitos de las vertiginosas torrenteras.

Todo o iluminaba el sol con abrasadora intensidad. Y todo se agostaba al impacto de su ardiente rigor.

Retorcía los tallos de los trigos, les arrebatava toda su humedad, y las espigas, reseca antes de la plena sazón, tenían sólo apariencias de plenitud. Si el agua no llegaba pronto a refrescar ala tierra, los trigales sedientos serían todos cañas sin fruto.

El clima es siempre riguroso en estas serranías que por el norte limita la Sierra Velluda, por el occidente la Cordillera de Pemehue, y por el sur la sierra Nevada. Mientras en los terrenos bajos, mezquinamente cedidos por la cordillera, mugen airados los ríos y crece el pasto en sus orillas, en el lomerío sembrado, a tanta altura que no hay fuerza de agua para regarlos, el sol fustiga incesante con intención aviesa.

No alcanza al hambre de los animales el pasto de los valles. Los llevan a los agostaderos fiscales y allí quedan durante todo el verano. Peligraría el trigo si así no lo hicieran...

Y mal año fue este para el trigo... Cuando las semillas recién sembradas se esponjaron y estallaron con su violenta fuerza, rajando la tenue corteza, pequeños brotes irrumpieron a flor de tierra y arrebataron todo su alimento a los granos. Los diminutos despuntes verdes se tendían al sol como finas espadas, buscando el calor de arriba y absorbiendo la humedad de abajo. Pronto llegó la nieve a cubrir el campo todo.

Y bajo la capa fría, siguió la tierra dando el calor que almacenaba en su vientre a los tallos recién nacidos. Endurecidos, fortalecidos en los jugos minerales, creciendo bajo la costra nevada queriendo romperla para seguir detrás del sol. Inútil empeño: más alta que todo posible crecimiento, en dos y más metros se tendía, en lo álgido del invierno, sobre las lomas.

Debajo seguía la vida en un largo adormecimiento: el trigo hundía sus raíces, las tendía como antenas tras los jugos para su hambre, y buscaba también altura, sin encontrar más que la nieve amortajadora; pero tan fuerte y poderosa es la tenacidad de la vida vegetal, que las puntas de los brotes se iban abriendo camino, rectas y tenaces, en medio de la costra blanca, perforándola más y más. Si la nieve es frío para el hombre, para las plantas es protección contra él: mantiene el calor que la tierra ha ido atesorando avara e impide que el viento furioso de las puelchadas invernales abata sobre el suelo los frágiles tallos.

Tras el sueño del invierno, el despertar a la vida plena. Los primeros rayos del sol llegaron a colicular la nieve, a hacerla rodar en hilos de agua faldeos abajo, y cada hilo se unía a un cauce mayor y cada cauce formaba un arroyo, y cada arroyo iba a hinchar el lomo arrugado de los ríos. Pronto las últimas nieves se disolvieron del todo y la tierra absorbió el agua, mezclándola en su vientre a sus minerales para alimento del trigo que ya al descubierto mostraba sus tallos erguidos, fuertes para resistir a los vientos tibios del verano.

Fueron adquiriendo forma las espigas. Brotó la flor, nacieron las barbas, tenues en su verde delgadez. El vivo viento de la tarde repartiría el polen fecundo por los campos sembrados... Pero antes que la brisa, la lluvia se descargó súbita y violenta. Persistieron los días en su cielo gris, las nubes en su lluvia pertinaz y el trigo mostró la mentida riqueza de su crecimiento pasmoso. Lavada la flor, perdió el polen su fecundidad y se mezcló con la tierra. Tras la lluvia nuevos soles, cada día más intensos en su calor implacable, dieron engañoso tinte de madurez a las espigas, cuando el grano aún no formado comenzaba a secarse apenas fecundado.

Cada mañana aparecía despejado el horizonte y apenas el sol teñía de oro las cresterías, se descolgaba el calor, reseca la tierra, cuarteándola en las alturas; en los caminos, desmoronaba los terrones de las recientes lluvias, y el paso de carretas y animales los iba moliendo finamente, hasta ser una capa fofa, elevada en gruesas columnas por el más ligero viento y convertida en nubada ocre al ser hollada por los arreos.

Las vacas, sin pasto suficiente, buscaban la sombra o apoyaban sus cabezotas babeantes en las cercas, mirando ansiosas el trigo. Del día a la noche mugían de hambre y calor. Empujadas por el doloroso deseo de comer algo más consistente que el coirón de las vaguadas, no había vallas para ellas: las derribaban para saciarse en el ansioso grano, pequeño y arrugado dentro de su envoltura de barbas rígidas.

—¿Lloverá, don Cisterna?

—¡Ojalá lloviera! Señales hay de agua... ¡pero ni una gota!

Consultaban el cielo y la montaña: limpio el horizonte, teñido apenas por la refulgencia del sol que ponía neblina deslumbrante en la lejanía; pero ni señal de agua.

La sequía se prolongaba amenazando la cosecha, de suyo menguada, y a los hombres del contorno con larga sentencia de hambre. En las casas, a toda hora, estaba presente la inquietud, el ansioso consultar el cielo en busca de presagios favorables. Hoy clamaban: “¡Ay, si lloviera!”; con el mismo fervor con que en otras ocasiones exclamaban: “¡Ojalá no llueva!”

Refrescaba el viento de la tarde, nubes tenues teñían la cima de las cordilleras rompía sobre los volcanes, a pleno sol, el cuchillo del celaje; y no llovía. Tronaba la laguna con sordo estruendo; y no llovía. Todos los augurios eran engañosos y el sol se abatía siempre con tesón sobre los suelos robados de toda humedad.

Los hombres recorrían los trigales, examinando las espigas: arrancaban una, la frotaban entre sus manos duras. Inclínaban la cabeza, con los ojos llenos de ansiosa esperanza clavados en la palma de la mano: y ahí quedaba el trigo, arrugadito, pequeño, apenas algo más que cáscara. ¡Ay, si lloviera pronto, algo podría salvarse...

Y las noches de todos los campesinos del contorno eran una constante esperanza en pugna con un fatalismo desconsolador.

—¿Lloverá Nicolás?

Domitila, trémula la voz de una inquietud más fuerte que su voluntad de represión, miraba fijamente al hombre, esperando encontrar en sus rasgos un signo que confirmase su esperanza o la hundiese más profundamente en su callada angustia. El hombre vacilaba, y en el ceño le hizo un tajo la incertidumbre, la lucha entre el deseo y el temor. Durante un rato dejó de sobar el correón que tenía en tres sus manos, examinándolo con detenimiento, como si en la obscura y rígida consistencia del cuero fuese a encontrar algún augurio.

—Ha de llover, y ha de llover a tiempo.

Hablaba con pausa. Al afirmar con la voz su esperanza creía verla lograda, como si el constante repetir el deseo le diese contorno de realidad.

—Porque si no llueve...

No terminó Domitila el sentido ominoso de la frase, temiendo proferir sentencia que podía verse cumplida.

Moisés, que todas las noches pasaba a conversar un rato a casa de Nicolás, por verse con Laura, y que, ya tarde, se iba pesaroso de no prolongar en sus ojos la imagen de la muchacha, expresó también su ferviente esperanza.

—¡Tendrá que llover! Y si la cosecha es buena...

Sonríe al mirar a Laura, a quien va dirigida la frase. La sonrisa de Laura contesta a la suya: si la cosecha es buena se podrían casar. Laura sonríe: y cuando sonríe entrecierra los ojos verdes y se le asurcan las mejillas. Y eso induce a Moisés a reiterar, casi con fiereza:

—¡Tendrá que llover!

Pero en el fondo de su ilusión, fuerte, consistente, golpeaba la experiencia. ¡Sí, lo que con tanto ahínco se desea, resulta siempre frustrado! Las sequías en el verano; las nieves en el invierno: hambre de todo el año. Esquilar unas cuantas ovejas que ni se tienen en pie de flacas; recoger unos cuantos granos, si salvan del sol, del puelche y del polvillo: ése y no otro era su destino.

Tantas cosas había visto doña Candela, tantas angustias había probado y tantas esperanzas frustradas conocía, que no quiso ahondar la inquietud de su familia en el pensamiento doloroso, mezcla de esperanza y temor. Puso fin a los comentarios:

—La mejor seña de agua es cuando llueve...

Sonrió Nicolás, al oírla. Después volvió a su trabajo. El temor a perder la cosecha, el esfuerzo de todo un año, no era la única preocupación de Nicolás. Eso, y pensamientos de otro orden, se confundían todos en una sola desazón... Celia, que lo acechaba en el monte, inquiriendo motivos de su desvío. Y él, disculpándose:

—Es que no hay tenío tiempo dir...

—¡No habría de tener!... ¿O es que ya se cansó de mí y quere tirarme como un trapo mal lavao?

—¡Cómo se le ocurre!

—Porque a mí nadie me desprecea, don ¡Yo me las sé arreglar!

Una impresión de pavor se le había metido a Nicolás en el ánimo desde el día terrible en que Laura, acometida por la fiebre, lo acusó con violentas palabras por sus enredos con Celia, anunciándole tan terribles males. Todavía tenía clavada a fuego en el cerebro la frase mortificante: “¡A vos y a ella!” Celia y él, piltrafas... comido de perros... pateado por bestias... Si Laura hubiese estado sana habría sido distinto: no le habría caudado efecto alguno su predicción. Pero al verla desposeída de sí, como habitado su cuerpo por algún ser agorero, dueño de todos los sucesos venturosos, sentía tiritones en los miembros, creyendo encontrar en al fatídica voz de la muchacha la de un ser extraterreno.

Habría querido romper bruscamente con Celia, decirle, con franqueza, que aquello había sido cosa de un día y no ligazón de toda la vida. Ahora comprendía Nicolás el porqué de esa atracción frenética: ¡no había sido cosa buena! Dudaba también a veces: ¡qué bruja ni que nada!... Era una mujer llena de pasión, hembra en todo: en sus caderas y en sus pechos, en sus manos duras, en sus labios anchos y húmedos, en toda su estampa de mujer formada en el trabajo recio. ¡Hembra para el placer y hembra para el trabajo! Hembra que se había entregado entera a su atracción de macho...

Todo eso le turbaba las noches; eso y la angustia de la prolongada sequía. ¡Esa lluvia que se retardaba, se retardaba y agostaba los campos del sol y secaba los arroyos, disminuyendo el caudal de los ríos!

La “Temerosa” derribó un día una cerca y ansiosa devoró un trecho de enhiestos trigos amarillos; hasta que la descubrieron y expulsaron. Fue preciso establecer una constante vigilancia. La vaca se limitaba a mirar golosamente por sobre los cercos reformados, el trigal sediento.

Y no llovía. Ni siquiera en la noche llegaba el rocío a aliviar el calor de la tierra con frescura.

Al cabo, una media tarde saltó de las cordilleras un viento vivo, arreando unas cuantas nubes que empañaron a ratos el sol. Creció la esperanza de los campesinos, sin atreverse a confiar: nubes pasajeras no acarrear agua.

Dormían todos en casa de Nicolás, cuando Mingo fue despertado por una llamada incesante, como si alguien repitiese con insistencia sus golpes a la puerta. Pero cuando se le hubo espantado el sueño, comprendió: llovía. Y el viento ahocinado entre las quiebras del terreno llegaba como una cosa maciza a estrellarse contra las paredes; pero antes se detenía en las cercas, arrancaba guijarros del suelo, aventándolos como pajas.

Oyó la voz de Nicolás en el cuarto paredaño:

—¡Está lloviendo!

Y la gozosa voz de Domitila:

—¡Está lloviendo, Nica, bendita sea!...

amaneció lloviendo. Cuando abrió Nicolás la puerta, el campo solo en su inmensidad limitada por la cortina de agua, estrechada por la mole del viento, cayó sobre sus ojos en dilatada pared de acero, lustroso el verde de los pastos, gachas las plantas, aguazales bruñidos los camellones de la chacra.

El avance del día clareó su luz tímida, bajo el cielo metálico, e hizo correr el agua a las abras de las colinas, formando riachos cenagosos. La tierra reseca absorbía las gotas apenas caídas y las mieses sedientas tendieron sus finas raíces ansiosas, trémulas de vida, a los jugos vitalizadores. Al siguiente día volvió a brillar el sol, se irguieron las espigas. Cuajaría en sazón el grano: ¡el trigo estaba salvado!

Húmedos todavía los trigales por la lluvia reciente, pasarían varias semanas antes de estar pronto a ser cosechados.

Como en otras temporadas, hombres y mujeres del contorno vendieron su trabajo en los fundos vecinos por todo el tiempo que faltaba en sus campos para la cosecha propia.. Por la época de la siembra, des la siega y la trilla, arrendaban sus brazos a cambio de una paga escasa que en su mayor parte quedaba en la pulpería.

Nicolás y sus vecinos se reunieron todos en un fundo de Lolco arriba. Hombres, mujeres y niños se dedicaban a la pesada labor. Los chicos trabajaban de boyeros o pisadores de mieses en los carros; los grandes alimentaba la trilladora, cortaban trigo o cargaban sacos que las mujeres iban cosiendo rápidamente con gruesas agujas.

Dura labor es cosechas el trigo en esas serranías. La montaña cae vertiginosa en faldeos pronunciados, erizados de troncos requemados, y los hombres, inclinados los torsos al suelo, han de avanzar afianzando bien las piernas en la tarea de cortar la mies. Mingo y Moisés Moreno, afianzaban la muñeca por una ceñida cinta de lana para evitar el acalambramiento, sentaban ya su categoría de hombres hechos y derechos entregados a la tarea de cortar la caña con las echonas. De sol a sol: reloj para la fatiga. Y por la noche, dormir, después de la charla ruidosa. Enterrados hasta el cuello en la paja, muchas veces seguían conversando hasta avanzada la noche, hasta el propio ruido de las palabras, unido al cansancio del cuerpo, los dejaba dormidos, de cara a las estrellas.

De todos los que trabajaban en la cosecha, don Cisterna era el más querido. Dicharachero siempre, estaba pronto a dar un consejo a proponer una ayuda. ¡Ese don Cisterna! Por las tardes, cuando el sol se entraba, apenas el último rayo casi paralelo a la tierra se desvanecía detrás de las cresterías, terminaba a labor de los hombres y comenzaba, por un par de horas, la charla y el reposo, la vida en común hecha de compañerismo y resignación ante el cansancio de todos.

Echado en la paja, don cisterna contaba sus historias de alimañas, de aparecidos, de presagios que se prenden al vuelo de las aves, a las hojas, a las piedras, a los ruidos de la cordillera. Con él aprendió Mingo que el campo tiene su cábala; que los pájaros se hablan entre ellos; que el pidén al lanzar su grito plañidero cuando la tarde se vuelve una aguamarina entre las sombrías verdosidades del bosque, ronca clamando a los hombres: “Dame el pan... que te dan, dame el pan...”; y que el chirrío, con ese agudo gorjeo que comienza en una nota larga, se dobla en un repiqueteo y se corta bruscamente, cayendo medio a medio de la canícula como fresca gota de agua, hace confesión de sus hazañas: “Soy lairón... soy lairon...”

Pendientes de sus palabras, todos olvidan el cansancio y ni los chiquillos se acordaban de que todo el día largo habían estado cortando trigo o bailando de fatiga sobre los carros de mieses. Allí los muchachos del contorno trababan conocimiento unos con otros y tenían ocasión, de atardecido, para dedicarse a sus juegos, casi siempre de topeaduras y luchas a brazo partido.

Picana al hombro, Moreno y Mingo, terminada la corta del trigo, avanzaban desde el alba seguidos de las yuntas dóciles por las trochas de los barbechos, en busca de las gavillas. Y ya cargados los carros, los chiquillos, descalzos todos, iniciaban el enardecido pateo, apisonando las mieses. ¡Qué rubias las cañas... y qué clavadoras! Se les cubrían de rasguños las piernas, pero ¡cómo reían a pesar de todo y cómo desafiaban el cansancio!

La yunta que estaba a cargo de mingo la formaban dos bueyes barcinos, casi exactamente iguales el uno al otro, de húmeda mirada. ¡Más humanos eran que los hombres porque le aliviaban el trabajo y no necesitaba el muchacho de gritos ni agujaduras para obligarlos a colocarse junto a la trilladora! Grandotes y bobalicones, inclinada al suelo las testas poderosas, de los belfos les iban cayendo hebras hialinas que, al resbalar hasta el cuello,

dejaban un regazo viscoso. Avanzaban con tardo andar, colocando rítmicamente y con pausada fuerza las pezuñas en tierra, con ruido bronco y seco, quebrando los rastrojos. La piel se les dilata al mover las huesudas caderas, en oscilación cadenciosa, les forma rebultados pliegues en los flancos al avanzar los corvejones y se les dintiende en los codillos al levantar las patas delanteras

Subido al carro las más de las veces, en ese juego delicioso del que se siente dueño del mundo rodante que es un carro por oírse gritar, por alardear de su dominio sobre esos recios y grandotes animales, y por complacerse en el remedo de ligereza que su voz arrancaba a los bueyes, en movimiento receloso de avance veloz, con el recoger de las ancas y el movimiento rebelde de las testas rectangulares. Mingo los animaba por sus nombres:

—“¡Ver al Uno!”... “¡Ver al Otro!”

¡Ver al uno era ver al otro! Idéntico el rebrillo de barniz del pelaje bruñido, a grandes manchones blancos y pardos; idéntica la malicia con que esquivaban el rejo de la picana; idénticos los hocicos cuadrados, el andar bamboleante, con esos corpachones de odres tendidos a secar sobre cuatro postes.

De un lado a otro, ahondando las huellas paralelas de las ruedas, las carretas se cruzaban en el campo tendido al sol bajo las primeras ventajitas de comienzos de marzo.

—“¡Ver al uno!”... “¡Ver al Otro!”...

¡Lástima grande que no fuesen caballos para echarlos a correr por esa tierra pareja de la era!

Las pandillas de mozalbetes y muchachos desgñados y astrosos se conocían estos campos en sus declives, en sus abismos, en sus tronqueros, en sus ruidos, sus plantas y sus yerbas. De ellos era el campo: sólo ellos eran los verdaderos dueños, los que sabían dónde encontrar los nidos y los más escondidos murtillares.

Años antes, cuando Mingo y Moisés eran unos muchachitos pisadores de mieses, ¡con qué delicia huían campo adelante cuando el sol daba la señal de a jornada terminada! Con el duro disco del pan en una mano, mordisqueándolo a ratos, escapaban maraña adentro, persiguiéndose entre risas. Moisés, calladito y marrullero, era el más audaz de la pandilla, el que se conocía los pájaros y sus nidales mejor que ninguno. Era siempre el guía. Llevaba a sus compañeros a los arroyos y allí fabricaba molinos de agua con destreza que todos envidiaban.

Pero todo esa era antes. Hoy Moisés buscaba la compañía de Laura: se conseguía algún caballo y partía, terminado el trabajo, a galope frenético por los caminos tras su compañía. Regresaba ya entrada la noche y dormía menos que ninguno: pero no sentía cansancio, fortalecido por ese cariño sencillo que lo tenía amarrado a los verdes ojos de la muchacha y a sus dengosos arrumacos. Hoy Mingo andaba a las vueltas de Rosario, la hija mayor de don Cisterna, ocupada en el agotador quehacer doméstico en casa del administrador del fundo.

Cercaba el muchacho la casa con sus miradas, dándole vueltas como al descuido, tras la fugaz visión de Rosario en el huerto. Hasta ahora no había podido verla de lejos. La había visto antes, y largo rato, es cierto, en casa de don cisterna, y entonces le dijo con los ojos, con el hambriento mirar de sus ojos dulzones, lo que al pronto le deslumbró y le conturbó de inquieta desazón el pecho. Algo le había insinuado, pero ella no se había dado por aludida. Fue al despedirse, cuando viendo el vuelo de un zorzal que iba como flecha a perderse al bosque, el muchacho suspiró:

—¡Ay, no ser zorzal!

Rosario lo había mirado con malicia sorpresa:

—¿Y pa qué? —le preguntó—. ¿Pa cantar?

—No. Pa hacerme el nido...

La conocía de chica, pero no la conocía aquella vez, después de dos años de estar a muchacha sirviendo a patrones. Muchas veces la vió llegar a la casa, chiquilla de algunos diez años, con algún recado de su madre:

—Dice mi mamita si puede mandarle un poco de yerba. Y aquí le manda ella estos huevitos y que disculpe lo poco...

Como vivía cerca, Rosario llegaba a jugar con las hermanas de Mingo, Laura y Nacha, y al grupo se unían pocos chiquillos de las hijuelas vecinas, Moisés Moreno entre ellos. Todos los muchachos detestaban a Rosario por su afán de acusarlos cada vez que hacían alguna picardía. Y cuando por culpa de ella caían sobre las piernas de los chiquillos los varejonazos de sus madres, Rosario era la primera en reírse de sus apuros.

Cierto es que la chiquillería no perdía ocasión de hacerle malas jugadas y varias veces la hicieron blanco no sólo de burlas, sino hasta de golpes. Pero cuando Rosario rompía a llorar —¡Y conocía la muy pícara el valor de las lágrimas!— sentíanse atemorizados y compungidos, más por el temor al castigo de sus mayores que por natural arrepentimiento.

Descalza siempre, limpiecita siempre, era una chica morena, de largas trenzas, de ojos vivaces, y con una afición a corretear a pedradas a los chiquillos con quienes jugaba (su puntería la hacía temible) haciéndolos hervir de rabia. Cada vez que los muchachos se trezaban en lucha a pedrada limpia, a mojicones, o subidos uno en hombros de otro, se lanzaban ambos a “topear” con otros dos muchachos igualmente convertidos en caballo y jinete, Rosario, si estaba presente, esperaba que alguno resultase con arañazos y rompiese a llorar, para ir con el cuento bien a la casa de la víctima o a la madre del agresor.

Muchas veces se acercó a doña Candela, en ocasiones semejantes. Iba mordisqueando un trozo de pan, miraba a Mingo por lo bajo, moviendo las caderas e imprimiendo a la falda descolorida un movimiento de vaivén, para hablar como quién está cantando, sin dirigirse a nadie en particular:

—Yo los vide... Yo los vide... Le pegaron al Leuterio... Le pegaron al Leuterio...

Se despertaba la curiosidad de doña Candela:

—¿Qué estay diciendo, coltra de moledera?

—Y la mamita se enojó... se enojó la mamita —proseguía Rosario, alejándose discretamente ante el gesto de amenaza de Moisés y Mingo—. A peliadores no más les enseña esa vieja a sus hijos, a peliadores... dijo doña Lucinda, eso dijo...

Y entre cada frase, un mordisco al pan con sus pequeños dientes blancos, agudos y fuertes. ¡Cómo conocía la naturaleza humana, la muchacha pícara! Doña Candela se encaraba con Rosario, airada ya:

—¿Y de quién está hablando esta bribona? ¡A ver, habla! ¿Quién le pegó a Leuterio?

Renegridos los ojos, brillantes de malicia, ya fuese verdad o invención suya, la muchacha se ponía seria y señalaba a Mingo:

—¡Ese fue! Yo lo vide... Y le sacó sangre...

Estallaba doña Candela:

—¡Anda y dile a esa mujer que a mí no me viene a dar palabrazos! ¡Mingo!

O el muchacho estaba ya fuera del alcance de la varilla, con lo cual no hacía más que postergar el castigo, o se sometía allí mismo a la mano de doña Candela, sintiendo más que los golpes, la regocijada satisfacción de Rosario al ver el fruto de sus estratagemas.

La primera vez que Mingo la vio llegar a su casa, después de esta última insidia, comprendió llegada la hora de sus desquite. Costando al sesgo por la espesura, agazapado

detrás de los arbustos que bordeaban la senda, dispuso darle el susto más grande que la muchacha hubiera conocido.

Rosario “no se está nunca tranquila”, según expresión de su madre; en realidad, tenía metidos en el cuerpo todos los demonios de la picardía y ahora jugueteaba sobre la marcha, saltando en un pie y avanzando en zigzag, atenta sólo a no perder pisada. El aullido la hizo pararse en seco. Fue un grito que comenzaba con estruendo lejano y bronco, adquiría volumen y descendía en agudo para distenderse en lamento plañidero y terminar en un ¡aaah! Largo y resonante. A la primera nota extraña, Rosario miró asustada a un lado y otro y al no advertir presencia extraña alguna, habría seguido su camino; pero cuando el monstruo alarido se quebró en ecos por las abras de las colinas, se echó a temblar y volvió la espalda, echando a correr y gritando con pavor que en Mingo se hacía carcajada. Salió el muchacho al medio del camino y entre los temblores de la risa, la voz le salía entrecortada y jadeante para gritarle:

—¡Miren la tonta!... ¡Guarda con el Malo!...

Al percatarse de que la bestia espantable no era sino el muchacho a quien tanto le gustaba perseguir a burlas, detuvo la carrera, se volvió para sacarle un palmo de lengua y prontamente giró sobre sí misma, haciendo a Mingo una reverencia al revés, alzando las faldas en gesto de supremo desprecio.

Después de haberla conocido tanto, la divisó un día, a la hora en que todavía quiere el día seguir prendiéndose en claridad difusa a las cimas cordilleranas mientras la noche se va desplomando con pausa. Se acercó Mingo. La proximidad de Rosario despertó en él una sensación ardiente y sorda, capaz de estrechar el corazón como un agobio, capaz de abrirle y cerrarle las manos en gesto nervioso.

Bajita, tirando a gorda, las piernas oscuras clavadas con firmeza en el suelo, movía las caderas al compás del trabajo: cortaba leña con un serrucho. Nalgas prepotentes, acusadas en su redondez y en su reciedumbre, señalaban en la falda una hendidura curva. La veía de espaldas y recordaba su cara: ojos retintos, rasgos de extraña dulzura y extraña dureza, en ocasiones, tersamente labrados en sus pómulos suaves.

Demoraba el momento de estar junto a ella, se iba acercando dando un rodeo, pensando en lo que había de decirle, odiando esos preliminares. Habría querido ir y cogerla, violentamente, brutalmente, doblarla en un brazo rápido de macho. ¡Si hubiese sido un hombre bien hombre!... Como Nicolás, por ejemplo...

Recogió unas piedrecillas del suelo; las soltó. Miró un pájaro que saltaba de rama en rama y todo el tiempo sentía en la sensación una afluencia de sangre que lo cegaba, que sellaba sus ideas y lo convertía entero en una sola sensación entorpecida. Se decidió, al fin:

—¿Tay cortando leña?

—¿Y qué nos tay viendo?

Le hablaba sin mirarlo, continuando su tarea.

—Rosario, oye...

Ahí, a su lado, le ve parte del cuello y el nacimiento de la barbilla temblorosa, luciente por el fino vello que la aureola al trasluz; el cuello moreno vibraba a intervalos en una pulsación sosegada; ¡estar ella tan tranquila cuando a él la sangre le galopaba en las venas! Arremangados los brazos, la muchacha seguía serruchando con ritmo parejo: schoo, schoo. La carne oscura de los brazos duros estaba cubierta por una fina pelusilla: ésos eran brazos capaces de trenzarse en un hombre y someterlo a fuerza de blandura cariñosa.

—¿Te ayudo?

—Déjame a mí no más... Y anda vete, pa que no vayan a creer que soy perdiendo el tiempo aquí...

Oscurecía. Y la sangre en las sienes de Mingo, llenando su cerebro, turbándolo. Como quien cae a un abismo. Con una mano detuvo la que Rosario apoyaba en el serrucho; la otra fue a posarse en el hombro de la muchacha, apretando: la tiene junto a su pecho, en opresión violenta, enceguecido ya...

—Rosario... Un ratito no más...

Murmuraba torpes palabras y su aliento jadeante como de haber corrido mucho, caía caliente en una oreja de la muchacha. Estaba mareado con esa tibia proximidad de mujer.

Pero Rosario se sacudió con movimiento brusco: apoyó las palmas de las manos en el pecho de Mingo y empujó con fuerza. El hombre tropezó en un leño caído, se fue de espaldas, sin nada en las manos que agitó en el aire.

Una risa burlona le devolvió la cordura y las palabras de Rosario, antes de escapar corriendo, fueron como latigazos en su cara:

—¡Sos más tonto!...

Jadeante de insatisfechos deseos llegó a reunirse con sus compañeros. Aquella noche no contestó a los que le hablaban y después, hundido en la paja, su sueño fue más agotador que la vigilia, contorsionado por las imágenes cuya intensidad de pasión le arrancaba gritos.

Dos semanas llevaban de trabajar en cosecha ajena, cuando una noche trajo Moisés Moreno, en el precipitado redoble de los cascos de su caballo, la desalentadora noticia: la tierra que siempre habían considerado de ellos, las hijuelas con tanto esfuerzo trabajadas, no les pertenecían. Se las querían quitar...

Durante algún tiempo había circulado el rumor de que el dueño del fundo vecino a las hijuelas, reclamaba gran parte de ella en Nitrito, y hacía presentaciones al gobierno para su devolución. Los campesinos no se inquietaron. ¿No fue el propio gobierno el que dividió esos suelos e instaló en ellos a los hombres que los cultivaban desde hacía generaciones?

Pero ahora la policía fue notificando a los campesinos:

—¡Vayan aprontándose para mandarse cambiar!... ¡Si no!...

La frase ominosa dejaba prendida su amenaza en los cerebros campesinos. ¡Si no!... ¿qué? ¿Acaso irían a echarlos a latigazos como a bestias? ¿A balas, como a criminales? ¡No!

Se aferraron a su decisión. Robledo tomó la iniciativa:

—Si todos juntos nos ponimos en que “no”, no van a poder echarnos. ¡Ni en carne nos sacan de aquí, compañeros!

De algún modo, todo se arreglaría. Y siguieron trabajando, pero con una angustia que les ponía dolor en el pecho, miedo en las carnes. Constantemente estaban viendo sus ojos cosas que les traían a la mente el recuerdo de eso que les amenazaba y que no alcanzaban a comprender. Perder la tierra... Pensaban en su vida. En el rancho que erigieron después de haber derribado los troncos a golpe de hacha; las laderas roturadas con esfuerzo y tesón; el desbroce de los montes, las siembras, las escarchas, el rumor pertinaz y ronco del río, el madereo por las cuestas empinadas, la mezquindad de la tierra, su dureza para con el hombre, su miseria y su hambre. Todo eso que les pertenecía y a lo cual estaban apegados, como otros tantos terrones morenos, en años y años de lucha constante. La montaña y los valles, las cañadas y los desfiladeros, la nieve y el puelche: todo de ellos, adentrado en ellos, todo cuanto sus ojos miraban y su corazón sentía y sufría su cuerpo, les recordaba su batalla por el mendrugo, su arraigo en la tierra dura a veces, y, las menos, acogedoras y blanda. Pero eso no importaba. Sólo importaba el intentado despojo de lo único que poseían, a base de oscuras interpretaciones de los que instituyeron allí títulos de propiedad, desconociendo muchas veces el derecho de los que nacieron en la tierra y la trabajaron con sus manos.

Amargamente miraban los campesinos todo lo que habían trabajado y en sus mentes llameaba el primer vislumbre de una injusticia monstruosa: los querían expulsar de la tierra que cultivaron, decían que esos terrenos pertenecían a Nitrito... Pero el gobierno no podría permitirlo. ¡Si ellos eran hombres de trabajo y de esa tierra dependía la vida de sesenta familias! ¿Acaso ellos no eran también chilenos? ¿Acaso el gobierno se acordaría de ellos solamente en épocas de elecciones o para quitarles por un año sus hijos mozos de veinte años, para llevarlos al servicio militar, a prender a defender la patria, la tierra? Esa tierra, esa patria pequeña habían aprendido a defenderla sin ir a cuarteles; si se la quitaban, ¿cómo podrían defender otra mayor que no tendría sentido para ellos?

Con esa inquietud socavándose el ánimo, seguían en el trabajo. Pronto quedaría terminada la cosecha y regresarían a sus tierras a efectuar la cosecha propia.

Una tarde, súbito amontonamiento de nubes grises, en bancos cerrados, negras de agua, cubrieron las cresterías de la cordillera, hacía el norte. Masas de aire frío, en las alturas, embistieron contra el aire caliente en las postrimerías del verano, y las nubes aborregadas fueron amenazantes cúmulo-nimbos que engendraron una ventolera encajonada en el

estrecho valle: arremetía rugiendo a estrellarse contra los faldeos opuestos, arrancando, de paso, broncas resonancias a los árboles.

Los montones de gavillas aún no recogidas fueron aventadas con violencia, arremolinadas, entrechocadas y esparcidas por todo el campo.

Los hombres recibieron las primeras ventadas como un don inesperado a sus cuerpos sudorosos de alimentar la boca inexhausta de la trilladora. El ronco jadear del motor se unía al chiquichaque de las poleas. Las cañas, disparadas por la canoa de la trilladora, se elevaban altísimas, revoltijeaban en el aire en torbellino e iban a caer a los lejos. El polvillo de la paja cegaba a los trabajadores, les escocía las fauces y reseca las gargantas. Todavía el sol atravesaba las nubes y enviaba chorros de luz y tibieza que el viento se encargaba, pronto, de enfriar.

—Lluvia fija, don.

Astrosa detuvo la horqueta y la clavó en las gavillas para mirar el cielo y secarse el sudor de la frente.

Nicolás, al otro lado de la trilladora, dejó también de cargar y miró en lontananza:

—Lluvia fija...

Del faldeo cercano, al galope de su matalongo rosillo, el gringo Santurray, el viejo, llegaba enfurecido:

—¡Ques tan paraos ahí, flojos de porra! ¿Qué no ven que va a llover? Si nos tan encima dellos, sacan la vuelta no más! Apurarse... ¡Muévanse, muévanse!...

Hacía dar vueltas a su caballo, vueltas por un lado, vueltas por el otro, mirándolos a todos sin parar la atención en ninguno. El inesperado contratiempo lo confundía y lo irritaba la pérdida de una mezquina parte de la cosecha.

—A ver, ustedes. ¡Aquí! Vengan aquí, les digo...

Vociferaba y en su cara mofletuda y rojiza, los pómulos se le encendían. Al hablar, su bigote de un rubio sucio subía y bajaba en grotescas contorsiones y su boca arrojaba lluvia de saliva, algunas de cuyas gotas le quedaban prendidas en los pelos lacios del mostacho.

Parodiando el champurreo que el gringo empleaba a su mujer o a su hijo, Astrosa, irónico, alentó a los hombres a la premura:

—¡Venga para cuá, niños! Vengan para cuá...

Mingo y Moisés, como estuvieran más cerca del viejo, se llegaron a él con andar calmoso.

—¡Los sacos! Carguen los sacos en las carretas y a las casas con ellos. ¡A ver, ustedes! ¡Ehe!... Ustedes dos... Vayan a recoger las gavillas, las traen y las tapan bien. Y ustedes, déjense des tar moviendo la pura boca y muevan los dedos más ligeros, será mejor...

Y en voz baja, refunfuñó:

—¡Bueno las mujeres lerdas!...

Hombres y mujeres apresuran el trabajo. Las carretas, aguijados los bueyes por las picanas de fuertes quilas y por las vehementes palabras de los hombres, se deslizan por las huellas amarillentas con estribor de ruedas. Los animales, pujantes, doblaban la cerviz y curvaban el lomo en violento esfuerzo para salvarse raíces retorcidas, surgidas de improviso, reptantes, negruzcas, semejantes a monstruos restos de una flora de pesadilla.

—Cariblanco, ¡arre! ¡Vuelta, Mañoso!

—Aguántales con el carro, hom, pa cargar este saquito...

—¡Apurarse, niños, apurarse!...

El gringo va y viene, maldiciendo del cielo y de los hombres. El tiene su casa cerca; su mayordomo tiene también refugio asegurado: ahí está el carromato, la casa rodante donde duerme, en la misma era, para cuidar el trigo. Mientras el mayordomo duerme, la carabina

vela a su lado, al alcance de la mano, ¡y venga el frío, venga el desplomarse sordo del agua sobre el campo tristemente gris, venga el viento a rodar como una montaña por el terreno en declive! El está en cobijo de cuatro paredes, bajo la tibieza de las mantas...

—¡Apurarse niños! —grita él también.

¡apurarse, niños, que yo tengo deseos de reposo, de un mate bien cebado y de una pitada larga! El viento estaba ya, es cierto, sobre al montaña y se desplazaba rugidor por el estrecho valle, cortado de golpe por los navajazos de los filos cordilleranos, resoplando y cargando, ciego, contra los troncos arremolinando las mantas en los hombros campesinos, tirándoles tierra a los ojos, para menuda que es rojez y escozor.

Los sacos que no alcanzaron a cargarse en los carros quedaron en la era, cubiertos de paja. Y cuando el cielo ennegreció, caída la noche, la tarea estaba terminada. Los hombres que vivían en las cercanías ensillaron sus caballos y partieron por los riscosos caminos de herradura, diseminándose en la noche, ahondando la noche el ruido de los cascos en rápido galope, en fuga hacia el hogar donde el fogón y el mate darían fin regalado a la dura labor del día. Si la lluvia se descargaba aquella noche, al día siguiente estarían mojadas las gavillas y, cuando mucho, por la tarde podrían terminar el trabajo, si el tiempo abría en inundación de sol.

No todos podían marcharse, porque no todos disponían de caballos y los más distaban de sus casas: llegar a ellas era caminar toda la noche, por caminos ásperos y ennegrecidos de sombra. No tenían más remedio que buscar un techo bajo el cual pasar la noche. Por ahí, cerca de la era, hay un corral malamente techado, pero todavía en estado de protegerlo contra la lluvia, si la lluvia se descargaba. Llevaron paja que les sirviera de cama y la acomodaron sobre el cuello, humedecido por la bosta. El aire estaba lleno de ese olor a excremento animal; para hacer fuego, al centro rasparon el suelo y pronto surgió la llama.

El frío cercó el fogón de figuras oscuras, como ganado que se apretuja buscando calor, mientras afuera todo el campo se hundía en una negrura absoluta. Caía el cielo sobre las montañas como la tapa de un cajón, sin dejar hendidura para el paso de la luz. Empujada por el viento, la noche se precipitaba de súbito con amontonamiento de lóbregas nubes, tempestuosas y revueltas. De las montañas había llegado el frío y la noche tiritaba, sin luceros, sin luna, sola, en esa horrible soledad entre montañas.

Comenzó a caer la lluvia y a filtrarse por la rajaduras del techo. Hombres y mujeres comieron la dura tortilla que era su última ración del día y después se prepararon sus mates. Salario y comida es lo único que reciben en pago de su labor: en el campo, en la contrata, sólo se habla de eso, pero nunca de techo. Cada cual debe buscarse como pueda el acomodo: dormir en la paja cuando el tiempo lo permite o mojarse hasta los tuétanos si no encuentra ningún cobijo.

Astrosa, luego de haber comido, encendió un pitillo y protestó de la parquedad de la merienda:

—Carne podían darnos... ¡Viejo cicatero! Como si mucho le costara, habiendo tanta oveja. Y las que desriscan prefieren dárselas a sus perros...

—¡Que va a matar oveja este gringo piedra azul!...

Y robledo, aflojándose las ojotas para volver a ajustarse los correones, lanzó un salvazo despreciativo, al tiempo que sacudía el torso para aliviar la picazón: las pajas introducidas entre la piel y la camisa obligaban a hombres y mujeres agitar el cuerpo con movimiento oscilantes de los brazos.

Carne todos los campesinos que sudan bajo el sol o tiritan a los azotes furibundos del viento, sobre las gavillas desde el amanecer marcado por el primer bufido de la trilladora, esperan

que un día a la semana, por el menos, se mate un buey, una oveja, para hartar sus estómagos aburridos de galleta y harina tostada.

—¡Sí, carne! —murmura Nicolás—. ¡Carne del buey “No te untís”!...

La cosecha tocaba a su fin y todavía no habían probado cerne... Se enterraron en la paja para dormir, al fin. El resplandor del fuego, consumido y hecho ascuas mortecinas, brillaba con su tenue fulgor en la oscuridad. Los miembros entullecidos esperaron el sueño de hombres y mujeres y casi todos sonocharon en charla lenta, hasta que al fin el cansancio llegó a hundirlos en un semidormir sobresaltado, recogiendo los sonos del viento ahocinado en los calveros, golpeando en los derrocaderos, cargando de los citrosos olores de la montaña.

También el deseo se les tornaba vigilia. La presencia de las mujeres, reunidas todas a cierta distancia de los hombres, sus exclamaciones lastimeras, revolvían el macho protector en las entrañas masculinas.

—¡Ave María el frío grande!

—¡Tate sosegá, niña!

—¡Ay, que se le haiga ocurrió llover!

—Jesús María, ¡si no me caliente ná!

Y algunos hombres que hacían bromas a costa de ellas:

—¡Cómo se han de calentar sis tán tan lejos. Alléguese pacá y verán!...

—¡Mire ve! ¿no?

A poco, las muchachas comenzaron a cuchichear entre ellas, conversando en susurros, con risitas menudas y sofocadas, mientras los hombres hablaban del pronto término de la cosecha, del trabajo que les esperaba en sus propias tierras y de la esperanza de obtener una recolección medianamente buena. Pero evitaban hablar de aquello que más presente estaba en su ánimo: la posible pérdida de sus tierras.

Hízose el silencio. Comenzaban a adormilarse, cuando don cisterna tocó de soslayo el tema angustiosos. Se refirió a ello sin preámbulo, como si continuase en alta voz pensamientos que le golpeaban el cráneo:

—¡Cómo habría de ser tanto!... Perder la tierra... ¡Nin ques tuviéramos meaos de perro!...

Sobrecogió a todos la pasión que el viejo ponía en sus palabras. Nicolás ahogó un bostezo:

—Duerma, don...

—¡Duerma, duerma!... ¿Y cómo voy a dormir? Toy desbrozando el alto, hay voltiao una porción de robles... Ya tengo las canogas y las piedras pa un molino...

siguió mentalmente el progreso de sus labores: esa empinada ladera cuyos árboles, habían sido derribados, convertidos a golpes de hacha en postes, tablones y canoas; los arbustos pronto a ser quemados, el corral reforzado para el invierno, la cerca con estacas para cerrar el paso a las liebres destructoras de sembrados... Esfuerzo de años que podía perder en un instante: era pesadilla que no lo abandonaba. ¿Quién tenía, como él, un huerto frutal en esa zona? Cuidado con esmero, en lucha sin tregua con la nieve, el viento y las heladas, había logrado que guindos, manzanos y ciruelos, únicos frutales que podían crecer en esa zona, resistieran el rigor del clima y alcanzaran plenitud en la fructificación. Todo eso podía serle arrebatado. Se enardeció de súbito:

—¡No carajo, no puede ser! Tendrán que charquiarme primero... entonces pa qué haber trabajao tanto, ¿pa qué seguir trabajando?

Estaban enclavados en la tierra, toda la vida habían estado dependiendo de ella, cada tranquero, cada poste era obra de sus manos; cada hijo nacido allí era una nueva raíz que los amarraba al suelo.

Su voz tenía vibración de sollozo:

—¡Van a jodernos!

—Si es que nos joden!...

Robledo se había vuelto al viejo, enderezándose sobre la paja.

Las mujeres alertaron las orejas y lanzaron suspiros, con el corazón apretado de miedo. ¡Perder la tierra, perder el trabajo!

Rascóse Robledo la cabeza, como si ese gesto tuviese el don de concretar en su mente las ideas confusas que adentro le bullían; luego, lento, frotándose la erización de pelos crecidos de la barba:

—No pueden quitarnos la tierra... Todo lo hemos trabajao nosotros. Puro monte no más había cuando le pusimos hombro al trabajo, puro monte... Ahora tenemos que cosechar y apenas nos va a dar la tierra pa no morirnos de hambre. Nosotros limpiamos el monte, nosotros hicimos los roces y los quemamos, nosotros levantamos casa... No puede ser que nos vengán ahora a quitar así no más lo trabajao...

En sus palabras se advertía la perplejidad que le dominaba, como a todos: la perplejidad y asombro miedoso, como si de golpe hubiese visto abrirse la tierra ante ellos, con amenaza de muerte. Los hombres quedaron pensativos. Estaba en ellos la visión de sus años en la tierra; más que nada, el término brusco de la vida segura, el fin de todo lo que proyectaban hacer, les ponía angustia en la sangre; eso de nunca más poder decir “voy a cortar unos árboles y a venderlos para comprar unas ovejas” o “se acerca el invierno y hay que techar bien la casa” era la más segura sentencia de servidumbre que caía sobre ellos. Vagarían sometidos a la voluntad de los dueños de la tierra; hay aquí, mañana allí, sin tener jamás un trozo de suelo que poder llamar suyo... solos y abandonados en un país que, siendo el suyo propio, les era enemigo. La noche misma en su hosquedad luviosa les llevaba la visión de los días soleados, de esas labores que les esperaban, de ese rudo trabajo de los veranos y del darse vuelta amenazante de los inviernos amargos, de su vida entera encerrada entre peñascos, cercada por los montes altos: todo eso que era suyo y que vagamente amaban. La injusticia les sacudió las entrañas llevándolos al límite de la exasperación en que el hombre se humilla ante la suerte, aceptando con pasividad de bestia los golpes embrutecedores o se rebela y en su sensación de abandono se lanza a la lucha, aunque no tenga siquiera vislumbre de éxito...

—No, no puede ser...

Reiteraban la negativa. Decir “No” era afirmar la confianza, alejar la amenaza y traer de nuevo la imagen de años y años de continua y pacífica labor campesina.

—Nosotros no hemos más que trabajo siempre solos. Sin otra ayuda que la de los brazos de nosotros mismos. Ahora que en el pueblo el obrero tiene su plata segura cada semana. Si se enferman, medecinas y doctor, leche y cuidaos pa los críos. Nosotros ¿qué? No tenemos más que estos peladeros, como bueyes los trabajamos, ¿y van a venir a despojarnos? Hay que chantarse, compañeros.

Afirmó Astrosa las palabras de Robledo con las suyas propias. Sus compañeros le adivinaron la herida de su boca ancha de labios salientes en gesto de constante irritación, cuando dijo:

—Entonces nos chantamos. Si nos echan ¿qué? ¿Y pa onde nos van a echar? A morirnos de hambre en cualquier parte. Y pa morir, hay que morir como hombres, con los pantalones bien fajaos. ¡Antes que me echen yo destrippo a cuatro!

—No será tanto, don...

Había socarronería en el tono de Nicolás; tomaba parte por primera vez en la conversación y lo que dijo provocó las carcajadas de sus compañeros.

—Si no es pa la risa —protestó Astrosa, sin amoscarse—. Mejor es tirarse enteros antes que aguantar los palos como las vacas.

Insistió Nicolás:

—Yo digo que lo mejor es irse despacito. Nos organizamos, compañeros. Formamos sindicato, como trabajadores. ¿Tenimos derecho o no tenemos derecho?

—¡Eh, claro que sí!

—Podimos proponerle esto al gobierno: que compre estas tierras, si es que le da la razón al rico. Nosotros se las compramos al gobierno pagando de apoco, pa terminar en unos treinta años. ¿qué le parece?

—Así se habla...

—Si solos pateamos pa que nos oigan, el ruido no será ná; pero si juntos nos ponimos en que de aquí no salimos, van a tener que oírnos no más...

Y así quedó acordado. La oscuridad de la noche se les hizo diáfana; el peligro inmediato estaba conjurado. Olvidaron el frío. Olvidaron hasta el cansancio de los riñones. Cuando don Moreno inició una pregunta, a poco, después de meditar en eso de organizarse:

—¿Y cuántos vamos a ser?... —sólo recibió por respuesta los sonoros ronquidos de sus compañeros.

No quiso vender el rico sus tierras ni quiso el gobierno aliviar la situación de los campesinos expropiándolas para vendérselas a largo plazo a los hijueleros. Parejas de carabineros fueron de nuevo de casa en casa reiterando la orden de estar prontos a evacuar los terrenos que ocupaban.

Fue creciendo el malestar, ahondándose la inquietud y la altivez campesina, acentuándose la hostilidad oficial. ¡Miren “que niños”, con sindicatitos campesinos! Nadie escuchaba la voz aislada de cada hijuelero; nadie escuchó tampoco la voz de todos los hijueleros organizados. No se moverían de sus tierras. Y si los echaban, ¿qué podían hacer, si no defender lo que íntima y convencidamente consideraban suyo? ¿Qué más derecho de posesión que el trabajo de años en la tierra?

No solamente el hombre los perseguía; la naturaleza se ensañaba también. Hasta entonces el tiempo se había mostrado benigno. Los trigales tendían su amarilla superficie de oro bruñido y los tallos enhiestos resistían los ligeros vientos que llegaban silbando entre las cañas, y sacudiéndolos en ondulaciones como las del lomo del río. En pocos días más ya estarían en plena sazón y comenzarían la retardada cosecha.

Una noche, Nicolás despertó de improviso, angustiado por una opresión indefinible, como si la pesadilla lo hubiera estado estrangulando con sus viscosas imágenes. Se enderezó violentamente en la cama dando manotadas, clamando con un grito que era apenas estertor de la garganta.

—¡Qué!... ¿Qué?...

Le costó acostumbrar los ojos a la oscuridad. Un tiritón lo estremeció. Pero algo lo había despertado de repente, agarrándolo, sacudiéndolo. Alguien llegaba y remecía la puerta. Sacudió la cabeza para espantar el sueño de una vez, y escuchó, ya con todos los sentidos alerta.

Respingos del estero contra piedras y troncos, en tozudo empuje por el cauce estrecho y vertiginoso, llegaban a golpear las paredes del rancho. Del otro lado, el Ránquil se rompía las entrañas en las rocas, con vocejón de cólera; ruidos de agua sobreponiéndose siempre a la crepitación de los pinos, quebrado la noche con sus redobles porfiados. El angosto valle entre levantadas colinas recogía el estruendo y lo envolvía en trueno.

Lo de siempre, esos bramidos roncós. Otra cosa había llegado a clavarse en sus sensaciones. Pero ahí estaba otra vez.

—¡Ah, rediablo!...

El viento, el puelche, ¡maldita sea!

Una vibración sorda y lejana del aire, un rumor que acrece y va adquiriendo volumen, hasta romper en desgarramiento tronitoso: el viento se hace bocina y se despeña falda abajo, tajándose el pecho a duros enviones en las cuchillas de los filos.

Siempre que baja el puelche la vida se recoge, espantada. Los ríos se aquietan en sus cauces profundos antes del obstinado topetazo del viento. La atmósfera se limpia y se ahonda la quietud de selvas y cañadas en la primera condensación del aire: la aspiración remota de las montañas llega a vegetales, aguas y seres de la tierra en advertencia ominosa de tempestad.

Al primer bufido ronco del ventarrón, se disparan las bestias buscando cobijo. También los pájaros miran al puelche como a un enemigo: no son sus alas para oponerlas al macho bravío del huracán parido en los volcanes, y lo profundo del bosque apenas basta a darles de los matorrales se enroscan en sus galerías subterráneas y toda la vida trepidante del bosque siente terror al bestial tarascón del viento.

Los guijarros se estrellan contra los obstáculos con dehiscencia de vainas al sol y van siendo retundidos en granizadas tremulante.

El hombre, sentado en la cama, permanece con los sentidos tensos. El río brama, sus aguas corrientosas se derrumban cuesta abajo, encrespadas, arrasando troqueríos y piedras. El puelche, como un toro ciego, embiste las rocas, carga contra las pinalerías, y la tierra se aplana, los pastos afianzan sus raíces y se doblan hasta casi hundirse en el suelo; radales y michayes, ñiris y cipreses tiran sus ramas en un solo sentido. El viento apaga todo ruido, domina, se aleja, vuelve, se aleja. Los maderos del rancho crujen, toda la montaña se estremece y recibe las paladas furiosas de la ventolera.

Ahí está el puelche y las mantas son tibias. Un solo estruendo hay afuera, no se oyen voces de hombres ni animales ni pájaros: todo valle, todo atravieso es cuerno para los pulmones de este gigante.

Cómo estará el trigo, cómo estará, allá en el alto, todo por el suelo...

—¡Redhíballo, el puelche!

Del otro lado del tabique, la voz de Mingo, desvelado:

—¡Maldita sea, el puelche, hermano!

Se quedaron luego en silencio, toda la noche en silencio, durmiendo a ratos para ser despertados por las cargas de las ventadas. La montaña parecía estremecida por una furia titánica, como si entera quisiese volcarse sobre ellos.

Cada golpe de viento les iba clavando en el pecho la angustia de una desdicha cierta. ¿Quién habría podido dormir si cada crujido de la casa, cada estremecimiento de la tierra les estaba hablando del esfuerzo perdido? Los dos hombres habrían querido empujar el alba, traerla de súbito, de lo hondo de la noche, a teñir de sol las cresterías, a iluminar los campos de trigo... Las espigas, entrechocadas, estrelladas cabeza con cabeza, se estarían desgranando por el suelo para alimento del pájaros y ratones.

De espaldas en la cama, muy abiertos los ojos y con los oídos tendidos al huracán, escuchando ese rumor que comenzaba de a poco y aumentaba en volumen hasta romper en trueno. Mingo sentía volvérselo terror la vigilia. Muchas veces había escuchado al puelche en su más terrible cólera, pero nunca dejaba de atormentarle el miedo: el viento y la oscuridad, esas fuerzas negras y brutales que andaban desatadas por la montaña le ponían en el espinazo un hilo de agua y un temblor incontrolable en los miembros. Tiritaba no más a cada violenta embestida del puelche, creyendo sentir el derrumbe de los maderos sobre su cuerpo. Le dolían la negrura de la noche, los crujimientos de las paredes, la violenta sonajera de los árboles y el agua, al choque de esos cerros de vientos derrumbándose. Le dolía también la ausencia de una voz humana. Para tener un contacto con la vida, dio voz a un pensamiento desolado:

—¡Si se perdiera el trigo!...

La misma idea estaba golpeando la inquietud de Nicolás. Esperando lo peor, mas queriendo alejar su propio fatalismo, apretó con el puño un trozo de espacio negro, lanzando palabras mordidas:

—¡La pucha, cómo habría de ser tanto!

De nuevo callaron. La espera. El sueño. Vuelta a la vigilia y a la espera. Se alargaba la noche y no cesaba el ventarrón de remover la costra de la tierra. Y entre sueños, el pensamiento: ¡ay, que no dure! Unas horas de calma, un día de respiro, y cosecharían todo el trigo. Pero si dura tres días en su violencia, llega la lluvia y el mal acrece. Si la lluvia llegara a mojar los trigos, ¡qué trabajo perdido, qué hambre de todo un año!

Demoró en llegar el alba, detenida por un brazo del viento. A rastras, lenta, cuajó al fin en tenue resplandor gris que se colaba por las hendidias.

Y no bien la claridad difusa fue dando perfiles a las cosas, ya estaba Nicolás urgiendo:

—Levántate, hom...

En la sombra, a tientas, fue vistiéndose con premura. El viento iría despeñándose por los recuestos, falda abajo por las cañas de trigo, pisoteando las espigas. ¡Cómo sonarían las cañas secas sin poder resistir al puelche! Las cabezas se irían entrechocando, golpeándose. Siquiera salvar unos cuantos sacos para semilla...

Que bien habían resistido los trigos a las lluvias, a las heladas. Ahora, el viento. Habían roturado la tierra entre todos, desarraigando antes los troncos. Y cuantas hachas melladas. Los árboles rodando al caer, y ese camino abierto a dura roca, a duras manos, hasta el alto...

Entonces fue cuando descubrió el *chenque*: ninguno sabía cuánto habría de servirles esa gruta urdida en la roca, invisible a todo ojo entre la tupición de quilas, con esa entrada tan estrecha que era preciso doblarse y apoyar las manos en el suelo para llegar a la cavidad abovedada. Dijo en casa el hallazgo, pero callaron a los vecinos el descubrimiento, sin saber por qué. Fue el regreso, hacha al hombro, con los riñones golpeados y un desgano que le ponía picazón de espinas en la cintura, junto al fogón y ante un plato de salmón humeante bajo las narices:

—Hay un chenque allá en el alto...

—¡No!...

—La pura. Es grande. Todo de piedra y mejor que una casa...

Todos escucharon el relato. Nicolás fue dando detalles: un quilantro tapaba bien al entrada. Nadie lo encontraría aunque supiese de su existencia y lo buscara. Estaba en la misma falda mirando a la cañada y dominaba todo el terreno, todos los árboles, todo el mallín. En el invierno les serviría para refugiarse de una lluvia repentina cuando anduvieran detrás del ganado. O para escaparle al viento...

¡Viento de carancho! Ahora le ponía el hombro a la puerta, y la empujaba y la abría de golpe: ahí afuera estaba el mundo temeroso, el alto cerro batido a ráfagas, su verde maderamen roto, las araucarias se bamboleaban con agitación de brazos coriáceos y los animales, arremolinados, unían su trajín sordo al agudo chirrido del portalón golpeado de aquí para allá, de allá para acá.

El suelo, entre las casas, estaba mondo y agrietado y muros de polvo se elevaban, limitando la visión. En medio del patio, Nicolás echaba el torso adelante y afianzaba firme los pies para resistir los mazazos del temporal. Calado el gorro hasta las orejas, volvió la vista a la montaña. En sus repliegues, en sus vertientes de piedra, azufre y leña, creaba la violencia del huracán.

Miró el cielo limpio de nubes, empujadas por el látigo de la puelchada furiosa a los valles de occidente y buscó en el rosado resplandor del alba algún indicio que le indicase la duración del viento. Y nada: las cresterías pardas se envaguecían entre el polvo y los paraguas de las araucarias oscilaban con fuerza. El ciego vientre de la montaña, en esas soledades a duro pecho abiertas, hacía sonar el cuerno ronco de la ventolera, lanzándola precipicio abajo. Ni una conmiseración para el hombre. No la tenía la montaña. No la tenía el viento, ni la lluvia, ni la escarcha, ni la nieve. Ni los hombres. ¡Haberse tanto roto las manos limpiando, desbrozando la tierra, arando a perpendicularidad al abismo, con bueyes que a duras penas afirmaban sus pezuñas! ¿Y para qué? Para esto. Para que llegara el viento agregando pesares a la persecución tenaz de los hombres.

Nicolás sintió crecerle una amargura enraizada en él lo mismo que yerba mala a pura tenacidad. Y decían que estas tierras se las iban a quitar. Estos vallecitos menguados equilibrados entre aguas y rocas, donde apenas crecía el trigo después de una lucha a pulso, a riñón cansado, contra troncos, malezas, piedras, nieve... ¡Qué se la llevaran, carancho!

Que se la comieran los perros, y que las piedras les pegaran en las entrañas y las vomitaran con tripas y todo. Que su codicia arrasara los árboles y agrietara la tierra y matara de hambre a la gente: ¡cómo habría de faltar el pan al hombre con dos brazos fuertes para ganarse la vida!

Pero esta tierra... Tantos años labrándola. Tantos años confiando: ahora que hemos limpiado un buen trecho, la cosecha será mejor. Tantos inviernos contra la nieve, tantas primaveras contra la maleza, tantos veranos contra el puelche. Esos ranchos de ciprés y roble, esos corrales de estacas y esos animalitos a tan duro hambre conseguidos, pastando en las cañadas, abriéndose paso en la nieve. Todo estaba en él, en todos los montañeses. Toda la tierra apretada entre cordillera y cordillera estaba en ellos y era suya esa vida: los salmones de las torrenteras, las vizcachas y las zorras de los riscos, las liebres confundidas con la tierra; los cepos, los caminos que en la maleza acuática van abriendo con sus formones los coipus; los inviernos del rancho, de llamas y humo, de guitarra y recuerdos. ¿Se atreverían a quitársela? La vida era dura, para qué negarlo; ahora el puelche era un rebaño de potros pisoteando las siembras, pateando los trigos.

—¡Malhaya sea nunca!

Nicolás se apretó la faja y arremetió contra el viento, retándolo, maldiciéndolo:

—¡Vas a ver no más! ¡Te vas a fregar!...

Mingo estuvo a su lado cuando Nicolás, hechona en mano, corría por el puentecillo rumbo a la altura. Lo vio volver la cabeza. Lo oyó gritar:

—¡Enyuga y tráete la carreta!

Después lo vio perderse entre los árboles, ascendiendo a saltos, con las rodillas en constante ángulo obtuso, a paso obstinado, el sendero en cuesta.

El viento enredaba las coyundas con la misma facilidad con que disparaba pajas y pedruscos. A Mingo le costó enyugar. Pero uncidos los bueyes, los agujó, los hizo vadear el río, recibiendo en la espalda, como sacos de piedra, la porfiada carga del ventarrón. Y en el agua:

—“Bienteveo”, “Girasol” ¡andenlé! ¡Ah, buey!

Cruzado el río y ayudada en la subida por los hombros pujante del puelche, pronto estuvo la carreta emparvadora en el trigal derrumbado.

La fragosidad de la montaña se interrumpía a medio vuelo en la caída de los flancos: hasta allí hundió su cuchilla el arado y la siembra tiñó de verde primero y de amarillo después la extensión parda de roquedales y troncos. Todo el contorno era esa: mancha amarilla en los faldeos abruptos, erección de troncos en la altura, en lo hondo profundos tajos para formar estrechos valles.

Manchas oscuras avanzaban agachadas, provocando el derrumbe de las cañas. Doblados al suelo iban segando la amarilla superficie batida por el terral. Y el viento siempre les ganaba. Rompía los tallos, y las frugales cabezas, golpeadas, esparcían por el suelo parte del grano. Los montones de gavillas eran disparados en voltijeos locos. Hombres y mujeres y niños se entregaban a la tarea, trabajando con premura y en silencio.

Nadie quedó en las casas: las mujeres iban con sus críos, los dejaban a cubierto del viento, y se unían a los hombres a cortar trigo, a cargar las carretas, a conducirlos a los valles.

Tan menguada es la siembra de cada hijuela, que ese mismo día todos los campesinos habían acabado la cosecha. Cuando el sol comenzaba a declinar, en la hijuela de Nicolás el último carro bajaba la pendiente. Hasta ese instante los persiguió la mala suerte: en el filo de una loma, el huracán cayó de golpe contra el costado del carro, volcándolo. Mingo, que

iba en la cima para evitar con su peso que las gavillas fuesen aventadas, cayó rodando por el faldeo. Los bueyes se detuvieron llenos de miedo, abriéndose para aliviar el peso del carro volcado, muy alto el yugo de un lado y muy inclinado del otro, retorciendo los cuellos de los animales. El hilillo de baba de sus fases húmedas y trepidantes era lanzado, arremolinado, contra las propias testas: allí quedaba rayando el pelaje con su viscoso tornasol.

Mascullando juramento, hombre y mujeres levantaron el carro. No fue el único que volcó la ventolera: varios otros en las demás hijuelas sufrieron el percance del puelche enfurecido.

El trigo logró ser salvado: amontonado quedó en las eras, cubierto por las propias cañas de las gavillas. Mañana sería la trilla, una trilla sin guitarra ni sonadas cuecas: trilla de pobre, al fin, más que fiesta, rutina de la faena cotidiana.

Pero el nuevo día llegó en tinieblas y aguas.

Los vientos de las tardes, fríos y secos, van arrancando crepitación sorda a los pastos quemados. Algarada de choroyes cruza el cielo en flechas constantes. Es la señal: ha llegado la época de recolectar piñones.

En rápido vuelo van los choroyes a saciar su hambre en los brazos espinudos de las araucarias, picoteando las cabezas cuajadas de frutos. El tiempo apremia. Los choroyes derriban al suelo los piñones con el cincel de sus duros picos encorvados; pero si el hombre retarda la recolección, descienden en bandadas voraces y se confabulan con los chanchos para dejar el suelo limpio de todo fruto. Un invierno triste amenaza entonces al campesino: lo asedia la hambruna, lo fustiga con su amargo estribor de tripas, amarrándolo con su látigo y por la nieve al fogón vacío de ollas.

De casa en casa. Llegada la época propicia, va corriendo la voz: ¡Los piñones están maduros! ¡A los piñones! Es el éxodo en masa de los campesinos a las vastas pinalerías, a los bosques de enormes araucarias, en lo más alto de la cordillera de Pemehue. Todos se desplazan en mulas y caballos a la recolección: mujeres con sus niños a cuestras, muchachos en bullanguera fiesta. Recoger piñones tiene importancia y más alegría que una trilla. Ese fruto es el verdadero pan en estas serranías. En la recolección de piñones nacen los amores, se forman las futuras familias; allí convive el pobrerío en una existencia de cinco o más días. El campo, entre los bosques, muestra, a la luz tonalizada de verde, innumerables figuras dobladas al suelo: las ágiles manos van recogiendo y desculando los frutos con ruido de masticación acelerada, chas, chas, constante y monocorde.

Malo de trigo este año; malo, acaso, de piñones. Pero habría para salvar del hambre: rapidez en los dedos, resistencia de los riñones no más se requería.

Un día, Mingo fue en busca de su caballo. La familia partía a la recolección. Irían todos, menos Nicolás y Domitila; ellos se quedarían preparando la casa para el invierno largo. Doña Candela salió temprano, en carreta, con Lucinda, la mujer de don Lucas, y con doña Licha, la mujer de Astrosa. El amanecer las vio por las ásperas cuestras, sacudiéndose los riñones en el sube y baja de la carreta, charlotteando con muchos “Ave María” y “Válgame Dios”.

Nacha estaba pronta. De pie en el pértigo de un carro emparvador, sostenía dos sacos de costal en la mano. Una vez que Mingo acercó la bestia, los sacos sirvieron de montura y ágilmente se encaramó sobre ellos, perniabierta, corrido el vestido hasta el muslo. Mingo la llevaba al anca. Lleno de picardía, el muchacho partió al galope:

—Sujétate mi alma...

La chiquilla, firme para el caballo, se aferró a dos manos de la cintura de Mingo y se largó a reír:

—Guarda, ¿no? Tan odioso que sos, niño...

El río detuvo el vértigo de la carrera. Lo cruzaron por el vado, afirmando el caballo los cascotes con suspicacia. El camino continuaba en pendiente suave y de nuevo partieron al galope, dejando sobre el polvo huellas de humedad que poco a poco desaparecieron. Dejaron atrás los ranchos y a veces, al ver en alguno de ellos alguna figura imprecisa, agitaban la mano en alegre saludo, gritando: “¡A los piñones”!

Cuando tras algunas horas de marcha llegaron a la montaña erizada de araucarias y malezas, se encontraron en medio de grupos de campesinos, cruzaron campamentos improvisados, saludando a la gente y preguntando por doña Candela:

—¿No han visto a mi vieja por aquí?

—Por allasito no más tá...

Y poco más allá estaba. La carreta era el centro del campamento, ardía el fuego ya y doña Candela preparaba un cocimiento de piñones a la par que charlaba con las vecinas.

—¿Ya llegaron ya? Descansen un rato, coman y se van a recoger piñones...

Dejaron que el caballo repastara, sujeto del cabestro y tras breve descanso, Mingo y su hermana, cada uno provisto de un saco, se unieron a otros grupos de muchachos. Encorvados sobre el suelo, comenzaron a recoger los frutos, entre rosas y exclamaciones, pequeños gritos de triunfo cada vez que encontraban un manchón abundante de rojos piñones.

Bajo la sombra translúcida que tonaliza de verde la luz del sol detenida por las ramas, sobre el pasto verde, abriéndose camino bajo las verdes vallas de quilas, figuras aisladas, en parejas o en grupos, van avanzando, diseminándose, perdiéndose en la maña montañera. De repente se abre el flanco de una ladera en una hispida erización de rocas y en lo hondo, una torrentera se precipita atronadora, arrastrando piedras, con claro redoble refrescante.

Los gritos se pierden en esta inmensidad, se ahuecan en este mundo agitado de hojas, y cobran sonora dilatada: resuenan de uno y otro lado a las llamadas de los buscadores de piñones. El aire esta en una trepidación constante de élitros, de hojas, de la brisa que súbita irrumpe.

En las cercanías de los campamentos, los más pequeños se persiguen, aúllan, ruedan por el pasto, al aire las nalgas sucias de tierra. Las madres o los dejan o los llaman y reprimen con voz aguda:

—¡Coltro de moledera! Vení pa cá...

Toda la región de campesinos humildes, hambreados por la hosquedad de la tierra, se ha desplazado a los vastos campos de araucarias. En ellos está la única prodigalidad de esta tierra hostil, de tan breves veranos y tan largos y desolados inviernos, únicas estaciones bien definidas: la primavera y el otoño son tan fugaces y tanto se confunden con las otras dos respectivas, que apenas se alcanza a percibir su fragancia y su oro.

La caravana hacia la montaña comienza en las postrimerías de marzo. Los caminos se pueblan de jinetes y de familias en carretas y hasta desde cuarenta kilómetros de distancia el pobrerío va busca de su alimento. La montaña agreste, recia de troncales, generosa en pinos, les favorece más que esos mezquinos campos cultivados entre las peñas. En el piñón encuentran el pan y la sopa, todo el alimento que les libra de la muerte por hambre en los días del invierno, el único que les mantiene hasta la llegada de la primavera.

El piñón sigue siendo hoy lo que fuera en la época en que la indiada se apercibía a los combates contra el español invasor, y de los indios aprendieron los montañeses chilenos variadas maneras de preparar sabrosos guisos. Es desdicha grande cuando el año no es pródigo: los hombres resisten, sometiéndose a una ración de hambre, apretándose las fajas en los estómagos enjutos; las mujeres ciñen al vientre los refajos y pasan así el invierno, flacos, las mejillas hundidas, terrosa la tez, afiebrados los ojos, agrio el humor. Pero viviendo. Los niños, en cambio, se arrastran con sus cuerpos enflaquecidos, trabadas las costillas salientes, mascando tierra y yerbas silvestres, romaza y hasta excremento de los animales los más pequeños. Es la muerte para ellos, la terrible muerte contorsionada, con dolores de estómago y aullidos desgarrantes. ¡Lepidia, lepidia! Muchos mueren y si logran sobrevivir, la muerte será para ellos una cosa que no les alcanza si no llega sometida a la violencia.

Indios y blancos se confunden en la misma tragedia: todos se doblan sobre el suelo, en la eterna posición del campesino que así proclama su esclavitud, su sometimiento a la tierra.

Más que el trigo que nace en la parvedad de sus hijuelas, los piñones van a llenar enormes cajones o se amontonan en sacos en la cocina, después de haber pasado un tiempo sepultados bajo tierra. Verlos allí, a los reflejos del fogón, es corroboración de alegría, porque gracias a ellos el hambre será menos dura. Pero los años malos no son los menos: escasez de trigo, escasez de piñones, inviernos crudos que matan a las ovejas, enfermedades que llegan a derribar los animales...

El poverrío vive de los piñones. Sin embrago, el rico lanza también su rapiña a la montaña y recoge sacos y más sacos: vende los frutos en las ciudades como artículo de lujo, en las esquinas, entre la neblina invernal. Las empleaditas que hunden sus dientes en la pulpa tibia, con regodeo de coquetería, nunca saben que están mordiendo la vida de unos montañeses encarcelados entre cordilleras.

Tábanos emborrachados por el calor del día, enormes enjambres de moscones revoloteando a baja altura, entre las quilas, bordoneo de moscardones y chasquidos de saltamontes, en vibración sorda, hecha de todos los ruidos: eso en la soledad que ahora rodea a Mingo, Leuterio y Nacha. Poco a poco los tres se fueron separando, sin quererlo, y en un instante, Mingo se encontró solo.

Llamó:

—¡Nacha!

Pero nadie le contestó.

“¡Adónde se meterían estos condenados!” siguió durante un rato en su labor, desculpando con presteza los piñones que iban a llenar el saco.

—¡Ave María que hay hartos aquí!...

La voz lo sobresaltó, surgida así, de improviso, en un bajo, entre la sombra que se agazapa tras los arbustos espesos. Mingo ya no se sintió solo y quiso unirse a los que por ahí anduvieran:

—¡Eeh!... ¡Pa allá voy!...

Como nadie le contestara, acercando con sigilo, son intención de causar una alegre sorpresa a los incautos: era Rosario, la hija de don cisterna, que iba huyendo, saltando ágilmente los troncos caídos, lanzando miradas temerosas hacia atrás. Al reconocer a Mingo se detuvo, lanzando una exclamación risueña:

—¡Ah, eras vos!...

Sentóse a reposar en un tronco caído, apoyando sobre él las palmas de las manos, echando atrás el busto que palpitaba con el ardor de la carrera. Mingo sujetó con torpeza el saco de piñones, al mismo tiempo, al mismo tiempo que una ansiedad indecible metía un leve cosquilleo en su cuerpo. El calor lo invadía, de tanto avanzar con esfuerzo del lomo arqueado a tierra, y ahora el frío le temblaba en las piernas y vuelta el ardor a darle machetazos en las sienes.

¡Esta Rosario había cambiado tanto! Varias veces la había visto, algunas conversó con ella, pero nunca se atrevió a mencionar el desaire que la muchacha le hiciera en el huerto del fundo donde ambos se encontraron una tarde. ¡Tendría a otro metido en la cabeza! Seguía turbándose ante ella y nunca más se atrevería a cogerle ni una mano. Evitaba mirarla: ¡si había odio en ella cuando lo rechazó una vez!

—Tas muy callao...

—Es que toy rendío...

Rosario se inclinó y recogió del suelo una ramita seca, le hundió los dientes pequeños y fuertes, partiéndola en menudos trozos. Juguetó un rato con ellos entre los labios y los iba arrojando de uno en uno con la presión de los labios, alargando la boca en gesto incitante.

Así durante un rato. Mingo no hallaba qué decirle, no atinaba con las palabras precisas: apenas un apoyarse ya en un pie, ya en el otro; o bien hundía los dedos en la maraña negra del pelo, confundido y abobado.

Advirtió Rosario la desazón del muchacho, medio se sonrió, y volviendo la vista a otro lado, al claro por donde penetraba hasta el bosque el cono blanco del Mocho:

—Sis tás tan cansao, ¿por qué no te sentás un rato?

Y le señalaba el tronco derrumbado, dando golpecitos con la mano en la corteza carcarañada. Con pasos torpes avanzó Mingo, sonriendo para disimular su timidez. Sentóse al lado de ella, dejó el saco de piñones junto a sus piernas. Se le ocurrió preguntarle, enojado ya contra esa cortedad absurda, ¿si conocía a Rosario desde que era coltra y con ella se había dado de golpes y varejonazos!

—¿Habís encontrao muchos piñones?

—¿A que te la gano?

Mingo miró el saco de la muchacha, que a pocos pasos de allí había dejado abandonado, y viéndolo más gordo que el suyo, hizo un gesto despectivo:

—¡Beh!... ¿quizás de qué hora que estás vos aquí?

—De ahorita no más, pues...

Le concedió la ventaja:

—Es que vos sos muy ligeraza.

—Y vos, muy quedao...

Le quedó aguijoneando el cerebro el tono de la muchacha: ¿no lo estaría toreando? ¡Pero quien entendía a esta mujer! Como de chica hoy, hecha una hembra envidiable, seguía llena de picardía... “Y vos, muy quedao”. Aquí estaba Rosario echándole en cara su timidez, cuando antes lo rechazaba a empujones por su excesiva audacia... El pensamiento lo cohibió. A su vez, la muchacha sintióse cortada. Hurtaban sus miradas y Mingo sólo posaba en ella sus ojos golosos cuando se sabía a cubierto de los de Rosario: se guía la línea del cuello hasta el pecho sacudido por la respiración sosegada.

El zumbido del bosque se les entraba por las venas y les invadía los sentidos hasta que ellos mismos estuvieron zumbando, estremecidos, sometidos a la vida lenta y apacible que entre las hojas fluctuaba con tenue ruido, lo mismo que el viento, apagado ya al estrellarse contra los primeros robles, al rodar por las ramas. Mermaba el sol y por el pasto, más allá del recinto de esta intimidad, los saltamontes volteaban su runrún al viento.

—No dilatará en llegar la Nacha por aquí... Será mejor que llenemos los sacos.

Lo dijo Rosario pero no se movió. “Y vos, muy quedao...” todavía le tenía perplejo esas palabras.

—Rosario...

—¿Qué?

—Este... no, no es ná...

Confuso, sintiendo una presión de ahogo en el pecho, el muchacho se atrevió a mirar a los ojos a Rosario. Ella se echó a reír de repente, volviendo la vista a un lado y otro.

Los sentidos vibrantes de Mingo lo hicieron audaz. Pasó el brazo por el hombro de Rosario, apretándola con fuerza, murmurando entrecortado rotas palabras:

—Ahora ques tamos solos... Rosario...

—¿Sos leso?

Pero no lo rechazaba; antes bien, se estrechaba con timidez contra él, como temiendo que el muchacho se diera cuenta de su abandono.

—No seas mala, Rosario...

Grandes moscas azules revoloteaban en curvas locas, ansiosas de clavar su aguja. Una de ellas, empecinada, volvía a la carga después de haber sido alejada con un ademán: se paró en la cara de Rosario, donde un arañón ofrecía carne jugosa a su avidez. Rosario no la espantó; pero el bicho alzó el vuelo, zumbando frenético, cuando dos figuras rodaron confundidas por el pato.

A esa hora el bosque tiene sombras translúcidas, horada el silencio el grito del tricao, se divisa el cielo acobrado entre las rasgaduras de los árboles y el pasto queda pincelado de manchas rojizas. Abatido el ser hollado, comienza lentamente a erguirse y sigue siendo muelle.

Con un fatigado y gozoso, Mingo se tiró de espaldas.. Rosario se enderezó, al tiempo que exclamaba, mirándolo con mezcla de ternura y satisfacción:

—¡Jesús, la gauchá que viniste a hacer!

No era ya la bruja sino una triste mujer dolorida la que hablaba con vocecita aguda y llorosa. La paisana Cantrilao, con su cara coloradita, llena de arrugas excepto en los pómulos tirantes, tenía los ojos purulentos más enrojecidos que nunca y ahora con humedad de lágrimas sobre las legañas. Hablaba con su enrevesada construcción de frases; pero su tragedia era la tragedia de todos:

—Hombre malo ser... ¡Los chanchos se vienen lo comen lo piñón! Lo pobre mapuche muere de hambre...

Las mujeres de los campesinos la rodeaban, comentando indignadas la desconsideración del administrador del fundo fiscal. Doña Candela, llameantes los ojos en la fisonomía terrosa y asurcada, vociferó:

—¡Ay, como se ríen de la necesidad del pobre! Engordan sus chanchos con los piñones pa que el pobrerío se muera de hambre... Hasta cuándo nos persiguen... Y esto no puede ser. ¡Ya han dejao como la palma de la mano todo el manchón del alto!

La mujer de Robledo fue en busca de su marido, a llevarle la noticia. Algo habría que hacer... Los chiquillos, alentados por sus madres, salieron disparados con sus perros, para azuzarlos contra los chanchos:

—¡Agarra... agarra... “Tenebroso”!

—¡Agarragarra... “Pecho e Palo”!

los gruñidos de los cerdos se mezclaban con los ladridos frenéticos de los perros que les iban a los alcances, mordiscándoles las patas y saltándoles al cuello, y a los aullidos de las chiquillería entusiasmada.

Pero el mal quedaba hecho. Los hombres vieron en eso una prueba más de la desconsideración del rico. Los estaban hostigando de puro bribones: el invierno los encontraría a todos sin tener qué llevarse a la boca. Angustia sobre angustia traería la nieve sobre ellos. Y en sus pechos se iba acumulando el odio, en esta persecución implacable que se había derrumbado de repente sobre sus vidas. Pero esa hostilidad los tornaba contumaces: ¡No abandonarían así no más esas tierras que les costó sudor y sangre labrar!

Mingo y Rosario se habían acercado al grupo de mujeres que se lamentaban. Al muchacho algo se le revolvió en las entrañas. No dijo nada, pero sus manos, duras de voltear el hacha, se clavaron en sus mulos: ¡los canallas, cómo se ensañaban los canallas!

El gozo que le diera esta mujer que ahora estaba ya dentro de su vida se le atenuó en la cólera. Rosario le habló, trémula:

—Nos miran peor que a perros.. Por eso no trabajé más en “las casas”... Un año aguanté, y fue mucho. ¡Mire quen el invierno tener que irles a quebrar la escarcha, sacarles agua, calentársela y llevársela pa que se lavaran, ¡qué regalía, Ave María! Y una poco menos que con los pies en la nieve... ¡No hay desdicha como la del pobre!

—¡Son ricos porque son ladrones, porque tienen mala entraña, pa robar, pa contrabandear, pa matar a los mineros que les van a vender el oro antes de robárselo! Pero al aguante no dura siempre... ¡Algún día a más de alguno se nos va a ocurrir hacer una gauchá, y entonces!...

Palabras de mingo que con leves variaciones estaban en los labios de todos los pobladores del contorno, cuando dos días después llegaron las bestias y los carros cargados con piñones, no tantos que pudieran durar todo el invierno.

Aquellas noches, a la orilla del fogón, en todos los ranchos comenzó a arder también el odio, crepitando en el pecho de los hombres con el mismo constante chisperío de la leña de ciprés.

Todo el contorno supo de la nueva forma que había encontrado el rico para perseguir al pobre. Ya hasta en los lavaderos de oro prendió el comentario: sólo que allí los mineros no experimentaron sorpresa: sus carnes estaban acostumbradas a los golpes de la injusticia.

El agua se va doblando en saltos sonoros por las piedras. Su lomo rugoso destella de imprevisto fugazmente y un huso de plata salta y se hunde, en traslumbre visible apenas para encandilar la vista y fingir engaño de la imaginación. Pero el anzuelo, agitando en su extremo la pequeña langosta de las ratoneras, cae al centro de las aguas, allí donde la corriente se encauza entre rocas y voltea con furia. Un chasquido leve surca el aire cuando la lienza se curva y dispara en arco violento: los élitros de los insectos ribereños repitan su entrechocar cascando al romperse el agua al golpe del anzuelo. Deriva lento, incitando a los salmones, ofreciendo la pequeña carnada en entrega sin escape a las fauces abiertas hasta las agallas.

Se va el anzuelo aguas abajo y la mano se aquieta en el colihue en perfecta inmovilidad. Una especie de corriente eléctrica crispera luego los dedos sobre la caña, una leve transmisión del anzuelo al colihue, del colihue a la mano y como sin esfuerzo, tan de repente, que sobresalta al mismo pescador, la lienza repite a la inversa su primer movimiento, más pesada y menos veloz: entre el verde de la yerba otra hoja brillante se encabrita, arqueándose en el aire, rebotando en el suelo para volver a sus saltos espasmódicos, acercándose a la orilla cada vez más, oliendo, sintiendo el agua. Hasta que una mano se le allega, cae, yerra, torna a caer y aprisionar el cuerpo de jabón escurridizo, bosqueante, aspirando a plena agalla el aire que le ahoga. Y todavía tiene sacudidas que lo rinden exánime.

Allí se queda con sus ojos redondos, esferas de terror que miran como los hombres con miedo, como las ovejas antes de ser degolladas. Después esas dos bolitas de vida se cubren de una tela opaca y entonces el huso plateado queda recostado sobre un flanco, con sus aletas negras plegadas, hasta que se inmoviliza del todo. Junto con otros salmones, sobre el pasto, forma un ramo de hojas de plata, anchas y relucientes.

Nicolás arroja de nuevo el anzuelo. Y aguarda. El río al galope envuelve como una isla la costa menguada. Llega con rumor de trueno lejano, volteo en meandros abruptos y luego sigue con recta intención que no se cumple: en el último instante esquiva una repunta terminada en roca y se curva como una echona. Allí sus aguas van mojigateando, tendidas sin esfuerzo, recogiendo energías para embestir de nuevo las peñas, o para emplear artimañas, aprendidas en siglos de correrías, hasta encontrar el justo camino, la resistencia menor entre las abras de dos filos.

Avanza la hora. Se prolonga la tarea hasta el sopor, en esa inmovilidad paciente, y amodorra el zumbido de los saltamontes, el ruido del monte enmarañado, hecho de viento, de arzones sacudidas, de animales en lento ramoneo por las quilas.

Los salmones, matreros, nadan entre aguas y tardíamente muerde alguno el anzuelo, tan menguado de tamaño que no alcanzará para bocado. Acaso esta hora, pasada a media tarde, no es propicia a la pesca... “Volveré mañana”, piensa el hombre, pero se empecina y sigue arrojando el anzuelo cada vez con más frecuencia, acalabrado el brazo por los escozores del cansancio. “Mañana al mediodía”... Pero se burla de sí mismo: nadie sino el indio es capaz de arponear los salmones con certera mano.

Buscan los indios la somnolencia del mediodía, la hora de sueño del campo todo, agotado por el sol vertical: también, dicen, es la hora de sueño de los salmones en las torrenteras. Alto el brazo armado, inclinados sobre las aguas, metidos en ella hasta los muelos, atisban la fugaz refulgencia de plata en la corriente. Y en el preciso instante, ni más acá ni más allá, con el solo envión del hombro, arrojan el arpón prendido a la lienza: el salmón, al

clavetazo, se revuelve en brincos, salta fuera de las bullentes aguas en anillo de angustia y una leve rojez le tiñe el dilatado hocico. Sus contorsiones son en vano: cada esguince le desgarrará más la carne blanquecina, la fina nervadura del cuerpo electrizado, las vísceras dolorosamente mordidas por el acero.

Son mañeros los paisanos... Más, mucho más que los huincas. Cuando les falta el arpón, un buen garrote es para ellos arma suficiente para la pesca. Si las temporadas son pródigas, los salmones caen en gran número en sus redes de mimbre o en sus mantas convertidas en redes... El huinca no; se conforma con la caña de flexible colihue y engaña el estómago con la pulpa sabrosa, escasas siempre para las exigencias del estómago hambriento.

La lienza sufre un breve tirón: ¡un salmón que muerde! El repentino impulso empuja a Nicolás hacia delante, lo obliga a inclinarse sobre el agua. La piedra en que se apoya no lo sostiene y pierde el equilibrio. Contorsionado el cuerpo, de un salto de costado: cuando el agua iba a su encuentro, está a dos pasos de ella, pero con los músculos de los riñones retorcidos en acalambamiento pertinaz. Y el salmón ya no estaba en el anzuelo.

—¡La pucha!

Una vez más probaría suerte, aguas arriba. A saltos de roca en roca, por el angosto trecho de tierra no derrubida aún por las aguas, llegó a instalarse allí donde un alto cerro se despeña vertiginoso al río. Arrojo con violencia el anzuelo. El silbido de la lienza chasqueó como un estampido... No, no fue la lienza, no podía ser:

—Don Cisterna emperra con las liebres...

En los huecos de los cerros, la seca detonación vibró largo rato, repetida de cañadón en cañadón, rebotando en las laderas hasta perderse.

—Este don Cisterna!

Tenía por las liebres un odio ciego. Las perseguía con reconcentrada furia... pero se relamía el bigote ante el plato de esa carne bien guisada. Contra ella había cercado el terreno de las hortalizas con estacas tan unidas que ni el aire pasaba entre sus juntas... Era el primero en unirse a los grupos de campesinos armados en batida a las perniciosas bestezuelas y sus perros, el armados en batida a las perniciosas bestezuelas, y sus perros, el “Temible” y el “Veleidoso”, eran los más diestros en alcanzarlas antes de que amadrigan.

Uno de sus perros pagó con vida el color alebrado de su piel: don Cisterna vislumbró un día un animalito que se escurría entre las plantas de su huerto. Advertir el color de su pelaje y lanzarle las dos cargas de su escopeta de un viaje, todo fue uno: el pobre “Coliguay” nunca supo de dónde le llegó la muerte. Desde entonces, los perros de don Cisterna fueron blancos o negros y no de otro color.

No era esta vez la escopeta de don Cisterna.

Mientras Nicolás prendía nueva carnada al anzuelo, una muchacha corría en su busca: apareció en el recuesto frontero.

—¡Nica!

La vio Nicolás al tiempo mismo de oírla. Se detuvo, sin asombro, y esperó:

—¿Qué hay?

Nacha continuó en su carrera y llegó hasta él con el pecho anhelante. Se le saltaban los ojos, lo mismo que a los salmones asfixiados, y su voz resurgía con jadeo angustiado.

—¡Los tán echando!

Sin querer comprender, pero sabiendo, Nicolás dejó que la caña abandonase sus manos. Como un torrente le subió al pecho la ira. Y aunque la sangre le pateaba las sienes, aparentó incrédula tranquilidad.

—¿Qué tay diciendo?

—¡Los tán echando, te digo!... Están quemando las casas... ¡Y están corriendo bala!...

El hombre se quedó inmóvil, extrañamente laxo, como si la sangre, de golpe, hubiese abandonado su cuerpo. Se oyó el ruido de su respiración al ser contenida. Miró un rato, sin ver, los cerros desgarrados por tajos profundos teñidos al sol de sobretarde de visos rojeantes. Estalló de repente:

—¡Los mierdas!

Y echo a correr rumbo a la casa.

Segunda Parte

CAUCE MORTAL

Perimuyin mai. “Sentenciados somos, sí”
(Del decir mapuche).

Llegaron a media tarde con un oficial a la cabeza. Dijeron:

—Tienen que irse. Sacar sus cosas y mandarse a cambiar.

El sol rebrillaba en metal de las carabinas. Las caballerías, resudadas por la marcha lega, levantaban polvadera del suelo apisonado, endurecido y barrido por el puelche. Llegaron al galope y sofrenaron bruscamente frente a las casas. Los perros les ladraron enardecidos, con aviesos ojos y lomo enarcado, rehuyendo los golpes y las coces.

—¡Perro de miércoles!... Si no los calman, los baleamos...

Hombres y mujeres, estólidamente contemplando el despliegue de fuerzas, no atinaban a moverse. Lo increíble, lo monstruoso se había descargado sobre ello: les quitaban sus tierras. Nada más sabían.

Cuando la fuerza que apoya a la ley llega hasta ellos, siempre sienten presagios ominosos: la ventaja de esa ley apoyada en las carabinas no se ha hecho para ellos. Largos años de hostilidad del rico les ha estampado esa enseñanza en las carnes.

—¡Vienen los verdes!

Esa voz aprieta siempre los corazones y en las viviendas se extiende el temor y hay angustiosos cuchicheos:

—¡Ay, a nada bueno han de venir!

Las mas de las veces a nada bueno vienen: es por la oveja que se le perdió al rico y que sólo pudo ser robada por el pobre y no encontrarse enmontañada no haberse desricado en los desfiladeros. Con ellos llega la amenaza, la voz dura, la angustia.

—¡A nada bueno han de venir!

No puede ser peor a lo que ahora han venido.

El oficial, ceñudo, violento para ocultar la inconfesada vergüenza que siente, reitera, enardecándose ante la muda tragedia de los ojos campesinos:

—Tienen que irse... Y este es el tercer y último aviso. ¡Si en cuarenta y ocho horas no se han mandado cambiar, los vamos a arrear a bestias!

Hay un ruido de armas, un tropel de caballo. Los ladridos de los perros los siguen adelantándose al odio de los campesinos. Los hombres se quedan solos en sus campos. Con ellos queda el desconcierto.

¿Irse? ¿Abandonar los campos labrados con el dolor de los riñones, con los callos de sus manos, con la esperanza de ver fructificar cada año las semillas, reproducirse los animales? Son muy sólidas las raíces que los enclavan al suelo: la casa, el corral, el cauce que trae el agua cristalina hasta la puerta, la chacra verde, el sudor de sus viejos, la vida y la muerte de sus viejos en la misma tierra que vencieron y que los rindió a fuerza de años.

Irse sería confesión de indiferencia por su tierra, como si no tuviesen derecho a trabajarla y a vivir de su entraña. Algo podría ocurrir todavía, algún milagro impensado, el gobierno... “Nos quedamos”... Y nadie se movió.

Pero la vida pesada como una montaña de roca sobre los pechos angustiados:

—¡Qué va a pasar, Dios mío!

No ocurrió ningún milagro. Cumplido el plazo, las carabinas se dieron cita al promediar la tarde.

En la loma, Astroza araba su campo. La cosecha había sido mezquina y ahora pensaba sembrar de trigo los terrenos que ese mismo año había limpiado de árboles y malezas. El roturar la negruzca tierra de la montaña en esa labor año a año repetida era afirmar la posesión de los terrenos, reiteración de confianza para su ánimo conturbado por angustiados temores. En dos días de espera, viendo igual la montaña, iguales los faldeos labrados, igual el corral y la casa, los bueyes y las ovejas tranquilos pastando, su deseo le había gritado confianza y su temor quería ser olvidado. Mientras se pueda, la vida tiene que seguir viviendo. El campesino, de tanto verlo, conoce la tenacidad de la vida. ¡Si alienta on inconcebible pertinacia hasta en la raíz de las malezas!

Hay que joderse trabajando la tierra, hay que joderse... “Mal ojo le veo al tuerto”... Y Astroza despega los labios en sonrisa socarrona, pensando en el enojo de Robledo cada vez que mentaba, en horas difíciles, ese refrán. “Mal ojo le veo al tuerto”, y picaneó los bueyes, amargado ahora. El arado abría surcos negruzcos, volteaba la tierra y dejaba rastros parejos y relucientes, de visos metálicos en la parte tocada por el acero. Al agujajazo, los bueyes desviaban las ancas con ligero trote y se apartaban del pértigo. Agachaban la cerviz, pujando fuerte. Los correones rechinaban en el yugo repulido y Astroza tenía que afirmar con rigor la mano en la esteva y echar también su trotecito, patiabierito, a tropezones en los surcos.

—¡Ay buey!... ¡Qué les pasa, carancho!...

blandía con rabia la picana, sin saber de dónde le venía esa fiereza, ese desborde de la sangre. Si agujajaba a los bueyes, más torcidos eran los surcos. ¡Condenados!

Chistó su yunta, se quitó el gorro de piel para rascarse la cabeza. Con el mismo gorro desudó la frente y más clamado ya, comprendió: “El que trae diablos, demonios lleva”. ¿Para qué clavar tanto a los pobres brutos que no eran responsable de nada?

—Andale, buey, ¡Oo... Clavel! ¡Oo, Remilgao!... Vamoo...

Serenada la voz, les hablaba de hermanos a hermano. El y su yunta se mataban trabajando, ¡pobres bueyes! Arando, arando, siguió el recuento del lomaje.

Todo tenía ahora la misma paz de siempre. Las bestezuelas, en las cejas del monte, atisbaban con sus ojillos vivaces al hombre solitario y huían a perderse cada vez que su voz se clavaba en los flancos de los bueyes, sonora y retumbante en el silencio.

—Andale, buey... ¡Clavel, Remilgao!

Más allá del trecho desbrozado la montaña trepidaba de moscones azules. En sus telas, tendidas de rama a rama en un pequeño claro, las pardas arañas aguardaban, ventrudas y pacientes. Enredaderas de hormigas ascendían por los estrechos senderos de los troncos. Y debajo de las bostas resacas, los alacranes gozaban de la humedad en compañía de los blanquecinos tallos de los pequeños hongos.

En la faena, al sol y la modorra, Astroza olvidó la angustia redolente de noches y días últimos. Arar, después cruzar y rastrillar... Antes de la primera nieve estaría sembrado el trigo. Entonces, sólo entonces podría pensar en desviar el agua por la rajadura del cerro, encauzarla en canoas y trabajarse un molino. Dos buenas piedras, duras, para la muela: sabía donde encontrarlas. El saetín sería más estrecho al término y encajaría al justo en la rueda que moviera el piñón, transformando el movimiento vertical de las paletas en el horizonte de la muela. Una buena tolva...

—¡Arre, buey! ¡Clavel, pa onde te vay, animal! Apréndele al Remilgao que parece señorita por lo pulío...

En ese instante los echó de ver. Al dar la vuelta y quedar cara al camino, la polvadera de tierra no llovida y pisoteada mil veces por arreos y carretas, le anunció la presencia de los temidos. Rebrillos fugaces de metal: ¡los verdes! Los verdes eran no más. Galopaban, veinte a los menos, uno adelante, atrás y en grupo los otros, como ovejas siguiendo a la madrina.

El arado quedó sobre un costado y los bueyes lo arrastraron un trecho. Al sentir aflojarse la tensión, alzaron la cerviz, se detuvieron ijadeantes los ijares. La baba cristalina de las jetas bobas se curvó, la arreó la brisa, rompiéndola. La luz le arrancó visos de tornasol.

A la distancia, Astroza, inmovilizado, cayó de golpe al fondo de la desdicha. Despavorido pasó por su lado un ratón huarén, salido de alguna cueva que destrozó el arado: llevaba el hocico estremecido, y los ojillos saltones. El hombre le arrimó una patada, sabiendo que no le vería ni el polvo. Lo agarró la rabia y absurdamente, le gritó:

—¡Vos sus el amolao que te comís mi trigo!

Sus ojos de campesino precisaron detalles en el camino: las bestias engalladas, el ruano delantero, trotón y boquifresco, echando espumas, con un verde que lo jineteaba a lo gringo, meneándose a compás del trote. Se escuchaba la sonajera de los arreos.

—¡Ayecahue! Te conozco, pato, en el olfato —murmuró Astroza, con rabia en la voz.

Comenzó a bajar la cuesta, pisando los altibajos de los surcos a largas zancadas. Se le habían endurecido los ojos y se retaba por la confianza que lo empujó a seguir labrando el campo, creyendo que nada pasaría.

Cuando llegó a la casa las carabinas estaban como en lo suyo. Algunos habían desmontando y allegaban paja a los corrales. Otros tiraban al patio camas y mesas, sacudiéndose de las mujeres que hacían amago de sujetarlos por los brazos. Los chiquillos moquilleaban, mezclaba su llantería a los ladridos de los perros. Escondidos detrás de la casa, asomaban apenas la cabeza cada vez que la curiosidad vencía a su espanto.

Plantada ante la puerta con los brazos en cruz, las palmas apoyadas en el marco, doña Licha desafiaba a los armados a entrar a la casa. Se le agitaba el pecho pero olvidaba su angustia en la ira.

—¡Vengan a cebarse en el dolor de los pobre! Llévenselo todo, bandíos, que el sudor no más nos costó. ¡Más que nunca me hagan charqui a balazos, tengo que defender lo mío! ¡Ay, maten no más, acaben con nosotros pa que el rico pueda decir: “Esta tierra es mía”! con las mujeres no más se atreven estos condenados!

—Guarde, ñora, no me venga a calentar la sangre. Nosotros somos mandaos. Y pa obedecer nos pagan.

—¿Les pagan pa revolcarse en la amargura del pobre? ¿Les pagan pa seguir al cristiano honrao y molerlo a palos como a perro? ¿Les pagan pa burlarse de la desdicha de todo el pobrerío? ¡Han de tener muy negro el corazón y han de ser muy desgraciados pa no preferir morirse de hambre antes que recibir una plata mojada en sangre!

—¡Está bueno ya, carajo! ¿Hasta cuándo aguanto insulto?

El hombre le puso la mano en el pecho y empujó a la mujer. Fuerte, airada, encendida la voluntad hasta no temer la muerte, la campesina le devolvió el golpe haciéndolo trastabillar. El armado frunció el ceño, se le achicaron los ojos en la cara aindiada. Torció la boca. A través de los dientes apretados le salió ronca la voz:

—Y, ¡hácete un lado de una vez, so bruja!

De un golpe en las costillas con la culata de la carabina la dejó arqueada, gimiendo. Se apretaba el costado con ambas manos. Todavía pudo decir, mojadas las palabras en lágrimas de rabia:

—¡Ay! Cómo no ha de haber justicia en la tierra pa que estos desalmados reciban lo suyo... Algún día andarás arrancando como un zorro y nadie te ha de tender la mano pa darte un vaso de agua. ¡No me castigue dios, pero llegará el día en que serás piltrafa donde hasta los perros se meen, porque ni las fieras tienen la entraña tan negra como vos!

—¡Cállate de una vez, o por mi madre que!...

A dos manos la carabina soslayada se la plantó en la cara.

Astroza estuvo de dos saltos al lado del uniformado, hechas nudos cosquilleantes las manos. Una extraña ronquera le temblaba en la voz:

—¡Porque andai con ese fierro en las manos sos tan revalientazo con las mujeres! ¡Benaiga con el hombre guapo!

El otro sintió que la sangre se le venía de golpe a la cara. Cogida la carabina Máuser por el cañón y el cierre, la culata fue a incrustarse en el estómago del campesino. Un segundo golpe le tapó la boca, ahogando el gemido:

—¡Aaay! —boqueó, y se dobló con un dolor que le paralizó la vida y le llevó a la garganta todo lo que tenía en el vientre.

—¡Bandíos, lo tán matando!

Tina, una chicuela de doce años, más grande que ella el terror que la dominaba, se volvía alaridos de miedo:

—¡Mamita, taitita! ¡Los tán matando estos bandíos!

Entre la llantería de los otros dos chiquillos, en medio de los ladridos rencorosos de los perros que saltaban embravecidos hacia delante y huían, ladrando siempre para devolverse y seguir en sus avances llenos de audaz timidez, la voz de la muchacha atrajo la atención del jefe de los verdes. Golpeándose la bota con la fusta, se acercó cuando Astroza se reponía ya.

—¿Tes tay botando a tieso, no? Dos días tuvieron pa largarse —bramó—. Y si no quisiste por la buena, ¿de qué te quejai? ¿Se creían que era broma? ¡Ya! Juntar las pilchas y andando. ¡Cabo! Proceda y abrevie. Arrear con todos...

acometidos de súbito frenesí, los hombres se repartieron por la casa y la cocina, los corrales y la huerta.

A caballazos echaron abajo los postes del corral. Las ovejas que se habían refugiado allí, dos terneros apartados de sus madres, salieron despavoridos, salvando a brincos los postes caídos ay acoceando el aire. Las ovejas tenían temblorosos balidos y berreaban los terneros lastimeramente. Los perros les fueron a los alcances y comenzaron a hostigarles, olvidados de los hombres. Una oveja guacha se enredó en la confusión de maderos caídos. Uno de los armados les arrimó un culatazo por los cuadriles para acelerar su fuga; pero sólo consiguió descularla del golpe. El animalito se quedó con los ojos turbios, tendido sobre un flanco. Trató e levantarse y caminar y apenas consiguió mover las patas delanteras, arrastrando el anca por el suelo.

Habló un verde compadecido:

—Mátala de una vez. El pobre bruto esta sufriendo.

El otro se echó la carabina a la cara. Disparó. La detonación se perdió en medio de la bulla de perros, chiquillos y hombres.

Herida en el corazón, la oveja no lanzó ni un balido: desplomó los cuatros delanteros, dobló la cabeza y quedó inmóvil. La sangre le fue formando pegujones rojeantes en el pellejo motudo.

—¡Ese es tiro!

El verde, ufano, se fue a allegar fuego a la paja.

Dos ojillos negros, lacrimosos, vieron la muerte de la oveja. Desiderio, el hijo menor de Astroza, con sus cinco años que ya sabía arrear vacas y cuidar el ganado, atisbaba por detrás de la casa. A él le dolió el golpe que dio por tierra con la guacha. La detonación que le causó a muerte retumbó en sus oídos como trueno. Sentía que corazón era demasiado grande para su pecho: tanto le pateaba. Habría corrido a dar de golpes al hombre; había corrido en busca de su honda... si supiera dónde había quedado después de la confusión caída sobre el rancho; pero si le tiraba una piedra, a él también podían hacerle lo que a la oveja. Con los ojos saltones, queriendo abalanzarse junto a sus ovejita, pero retenido por el miedo, tiritaba, lloriqueando. Cuando el verde volvió la espalda, Desiderio echó a correr, sollozando apenas, y fue a echarse al lado de la oveja.

—¡Guachita, mi guachita, me mataron mi guachita!

Mullido y caliente tenía todavía el flanco, mullido y caliente como cuando dormían juntos, como cuando la guachita estaba viva. Sólo que ahora su blandura estaba inmóvil y una cosa roja y viscosa le teñía el costado. Una cosa roja que pasó a la cara del chiquillo y quedó allí como una herida, arada en surcos por gruesos lagrimones.

—¡Los bestias están prendiendo fuego al corral!

Astroza pensó en matar, desollar vivos a unos cuantos antes que a él le dejaran como harnero a balazos. Pensó en ir y echar tierra al incendio iniciado apenas. Empezó la carrera, con la boca contraída y los ojos enloquecidos. Pero se detuvo a los pocos pasos y quedó parado, con las manos caídas a los costados y la cabeza doblada. Montón de guiñapos, derrotado, se volvió y tomó el camino de la loma en busca de su yunta para uncirla a la carreta.

Un humo acre se le entró a las narices y fuese desvaneciendo a medida que se alejaba.

Tras él, en los derribados postes del corral, una pequeña llama iba adquiriendo volumen. Lamió primero con timidez los leños, tiñéndolos de negro, fijando rojas chispas en los intersticios. El humo fue penetrando en las grietas en lentas volutas girantes. Tras el humo la llama se abrió camino, hizo crepitar la madera reseca en tenues chasquidos. Después le alengua de fuego salió de su mojangatería y segura de su poder destructor se abrió de golpe, abrazó los troncos más cercanos, robados de todo jugo por los vientos y los soles. El aire azuzó las llamas, aventó las chispas, algunas cayeron sin extinguirse sobre otros maderos y en solapados avance, calladas, acuchillaron al rojo las fibras duras. De golpe, las llamas se elevaron confundidas con el humo, anhelosas de sobrepasarlo en altura. Todo el corral fue una sola crepitación de una sola inmensa hoguera.

—¡Mataron a mi guachita! —se lamentaba Desiderio hecho un sollozo la voz.

—Mamita, mamita, ¡no maten a mi mamita! —lloraba en letanía la boa amarga de Tina.

—¡Quemen y maten bandíos! —bramaba la mujer de Astroza con una furia que le dejaba la mente clara y fría mientras amontonaba en el patio las pobres cosas reunidas en años y años de privaciones.

Arreando su yunta, ya de regreso, Astroza iba sombríamente pensando su decisión, resumida en su inagotable riqueza de refranes:

—¡Tanto joden al buey manso que al cabo da la patada!

Había vagado por la tierra labrada. Había gastado horas de horas apoyado en la cerca del corral, tanteando a veces la resistencia de los troncos con sus manos leñosas de callos. Los dos días anduvo errando con los ojos perdidos hacia adentro y la boca dura. Se paraba a la orilla de la acequia que abrió hacía años y donde su primer chiquillo, tan trajinante y odiosito, apenas comenzó a andar se hundió de cabeza, y el agua ni gritar lo dejó: en serenidad no turbaba sino por cosas lejanas, por el deshielo en las montañas que inundaba los ríos y se volcaba en su cauce: por las lluvias del invierno y por la escarcha que endurecía de una coraza blanca la superficie quieta.

Dos días midiendo el campo, dos días para morder la angustia y apaciguar la cólera.

—Anda como un alma en pena —pensaba en alta voz la madre de Robledo, sonajera de huevos viejos dentro de la piel arrugada.

—¡Ay! No es pa menos, suegra... Hay que esperar.

Esperar que el hombre, solo frente a su mundo de montañas, se resolviera a hacer algo.

Pero el hombre no estaba solo. Con él estaba toda su vida en la montaña, las enfermedades de los terneros y de sus hijos; las nieves tempranas; cada árbol que derribó su brazo para levantar la casa y los corrales; cada invierno de hambre y cada cosecha perdida... Llegaba a almorzar silencioso, cuando llegaba, y con impasible semblante comía a grandes bocados. Sentía sobre sí las miradas de doña Cleme, su madre, y de Lucinda, su mujer, ansiosamente prendidas a alguna expresión de sus ojos, de su aire entero, para saber de consuelo o desesperanza. El callaba. Todos estaban con el ánimo enrevesado y la angustia encontraba expresión en las palabras duras para niños y perros:

—¡Cállate, coltro! ¡Salí juera, perro e los diablos!

Robledo callado. Callado hasta cuando llegaron las carabinas por la costa del monte y arrearon con todos ellos a la repunta donde los apretujaban como ganado.

Callado se puso a enyugar las carretas, callado oyó las vociferaciones de los verdes, y siempre silencioso y sombrío, su amenazadora corpulencia tan sin nervio ahora extrañó hasta a los armados que le sabían muy hombre.

A recios golpes cayeron los corrales y las cercas. Las mujeres, contagiadas de la pasiva actitud del hombre iban dócilmente acomodando las cosas en las carretas.

La madre de Robledo, tan vieja y arrugada, tan poco de esta vida que nada le causaba asombro, miraba en silencio, moviendo los labios y dando vueltas entre sus dedos a un Rosario imaginario. Miró a su hijo. Miró después la casa convertida ya en hoguera. Rebrillaron sus ojos, pequeños y vivos en las cuencas hundidas, destacándose extraños contra el tono terroso de la cara surcada, con reflejos de sangre al resplandor de las llamas.

Muda, con fulgor de locura en la mirada, ardía también ella en el interior de su cuerpo frágil. Se sacudió de repente y tiritó su falda deslucida al verde por el tiempo. Alzó la mano como una araña peluda y tendió el índice para señalar al jefe de los verdes. El incendio reseca la atmósfera. Revolaban chispas y ceniza, extendidas por el campo. Las llamas tenían repentinas crepitaciones y sobre ella estalló la voz de la vieja en repetidos guascazos:

—¡Miren lo que hacen, Virgen Santísima! Toda una familia en el desamparo, botada a los caminos peor que perros sin dueño. Así me caiga muerta, pero el castigo de Dios los va a alcanzar un día. ¡Ojo por ojo, diente por diente pidió el Señor de los Cielos para los malvados!

—Cállese, suegra...

La sacudió Lucinda, temiendo verla derribada de un balazo. La cogió de un brazo, tratando de alejarla de allí, pero la vieja ni la miró ni se movió.

—Yo ya soy tan vieja, he sido siempre buena cristiana y el cielo me ha de oír esto que le pido: ¡Maldición pa estos bribones y pa sus hijos, que de bandíos no pueden salir hijos buenos! ¡Y a sus mujeres que se les haiga de pudrir el vientre y que sea como piedra cada cosa que coman!

De su boca desdentada, las palabras salían empujadas por lluvia la saliva que prendían sus gotas en la barbilla saliente y peluda: temblaban ahí, tornasolándose al resplandor de las llamas. Se santiguó con rápido gesto mientras gritaba:

—Se han de arrastrar en vida con la pudrición de todo el cuerpo y lleno de hediondeces que no se les acerque cristiano. ¡Amén!

Bruscamente dejó de oírse su voz chillona, desgranada en cacareo destemplado. Pero sus labios siguieron en movimiento y sus manos no cesaron de arrancar padrenuestros al invisible Rosario.

Los verdes mascullaron juramentos al oírla, atemorizados a pesar suyo, pero sin querer aceptar una cosa de supersticioso miedo que les hizo un vacío en el estómago. El jefe vaciló entre contestar a la vieja o reírse de sus profecías. Estaba rojo de ira y sacudía en la mano temblorosa el látigo finamente trenzado. Se encogió de hombros y optó por alejarse. ¡Era tan vieja esa bruja loca! En cambio, ahí estaba Robledo, tan dócil que era tentación a la brutalidad.

—¡Apúrate, baulaque! De propósito te hacís rastra —le increpó, esperando respuesta para cruzarle la cara.

El hombronazo siguió atareado en asegurara los correones en el yugo, sin alzar la vista al verde ni pronunciar palabra. Ni aceleró ni retardó sus movimientos. Uno de los armados, negro y retaco, se empinó, levantó la mano y el cacheteo la cara.

—¡No oís que testá hablando mi teniente, so carajo!

Una mancha de tenue rojez se prendió a la mejilla del hombre y le fue creciendo hasta el cuello poderoso, hinchándole las venas. El brillo fugaz de sus ojos entrecerrados bien pudo ser el simple reflejo del incendio. Ni habló ni pareció sentir el golpe. Con la misma parsimonia terminó de enyugar.

Las llamas lamieron las paredes resacas y derrumbaron los postes y las vigas con estruendo cuando llegó Nicolás. La carrera y la rabia le dificultaban la respiración. Se detuvo a mirar: una confusión de uniformados de un lado para otro. Robledo y su mujer afanados cerca de las carretas, los chicos enredándose en la falda de las mujeres, doña Cleme inmóvil como un tronco que hubiera lamido las llamas.

Llegóse a robledo. Lo miró a los ojos y comprendió el tormento que tras su apariencia tranquila le asendereaba la sangre.

—¡Los hijuna!...

Y nada más le dijo.

Robledo dio un tirón a un correón con que afianzaban los bultos. Hízolo con tanta violencia que el cuerpo se rebano en dos.

—¡La pagarán, compañero! —masculló por lo bajo. Y clavó el rejo en las ancas de los bueyes.

Nicolás cogió otra picana y condujo la otra carreta.

La caravana se puso en marcha. Los verdes se quedaron con sus carabinas y con los ladridos de los perros retrasados que seguían a los amos y se detenían para volver la cabeza y seguir ladrando enfierecidos a los armados.

Lucinda llamó a sus chiquillos. Cabizbaja, detrás de la última carreta, lloraba a grandes sollozos, sin poderlos reprimir. Miraba de vez en vez a su marido: ese silencio y esa docilidad del hombre le ponían agujas de sobresalto en los tuétanos..

—¡Mamá, la abuela se quedó allá!

El chiquillo, parado en el camino, tironeaba la falda de su madre y señalaba la silueta negra de la vieja, erguida contra la claridad del incendio.

—¡Ave María, la suegra siempre con sus cosas! —suspiró Lucinda.

Y fue por ella. Pero la anciana no se movía. No quería irse: allí estaba su casa, sesenta años de su vida. No podía irse. Pasado el momento fugaz de su cólera volvía a ser la anciana arraigada a lo suyo, al mundo de sus pensamientos. Estaba perpleja ante la conmoción que había llegado a sacudir a sus familiares, pero no comprendía cómo podían irse y abandonar la casa. La destruían, es cierto, pero quedaba la tierra y a la tierra nadie podría destruirla jamás.

Lucinda trató de convencerla, de llevársela a viva fuerza; no pudo conseguirlo. Había más voluntad que en ella en ese montón de huesos viejos. Pidió a los verdes que la ayudaran y la condujeran a la carreta. El jefe sonrió con malicia. ¡Que se joda por bruta!

No quiere irse y prefiere morir aquí, ¡déjela que se quede! ¡palo que le resta de vida! Este es asunto de ustedes. Cuando se vea sola entrará en razón y pueden venir a buscarla.

Nadie logró que la vieja se moviera del lugar asolado por el incendio. Ni su hijo ni tampoco Nicolás. Dormía en la cocina, respetada por el fuego, sobre el colchón que le dejaron. Los primeros días, Tina, su nieta, se encargaba de llevarle la comida. El triste montón de huesos de la abuela sólo atinaba a dar vueltas entre sus dedos a un Rosario que hacía muchos años había perdido. Sola en sus días y sus noches, con los ruidos de la soledad montañera.

Después ya no fue posible acercarse al rancho: prendió en el corazón campesino el clamor de la revuelta y un cerco de carabinas amenazó de muerte a quien se acercase a esos lugares. Los verdes olvidaron el despojo humano que, a su modo, se rebelaba también contra la injusticia, cuando el incendio de la lucha se extinguió en sangre, los campesinos encontraron en el rancho uso roídos hasta lo blanco: chanchos hambrientos habían terminado con setenta y tantos años de recuerdos tristes.

En los placeres de lentas aguas de Chilpaco, en los correntosos de Troyo y Lolén, en las torrenteras de Pedregoso y Tallón, donde los hombres raspan el manto azul en busca de las arenas de la circa que ocultan avaras las papitas de oro; en los lavaderos donde sufren los abusos de los pulperos en sus balanzas arregladas y en los recargados precios de sus mercaderías, el desalajo de los hijueleros cundió con el destello de su nefasta brutalidad. A la tarde, cuando la sombra sonora de aguas terminaba con la diaria labor, los mineros, antes de ir a recogerse a sus cuevas abiertas a pico en las laderas, se reunían en rueda junto a las higueras. Muchos de ellos eran hijos, o hermanos o cuñados de los campesinos expulsados de sus tierras labradas con sudor y hambre, y todos sentíanse solidarios en la desgracia: el pobrerío es todo uno, solo e inerme en su abandono ante el rico que siempre tiene a favor suyo la razón de la ley, la carabina de la fuerza. Absortos y desconcertados miraban fijamente la deflagración de los leños, ignorando el escozor de los ojos en el humazo acre, con lentos pensamientos angustiados bajo la frente tajada por las ventoleras.

Ellos recogían sus pepitas, medio gramo a los más en doce horas fatigosas de trabajo al día, y las vendían a los pulperos.

—¿Cuántos gramos son, patrón?

—¡Ni un cuarto de gramo!

—Pero patrón, ¿cómo va a ser eso!

—¿Te creís que tes toy robando, toro e miéchica? Ni un cuarto de gramo.

—Ta bien, ¿cuánto?

—Cincuenta cobres... u date con una piedra en el pecho. ¿Lo querís en plata? Palta no tengo.

—Cuarenta de yerba, entonces. Un paquete de cigarros, una caja de fósforos, una tortilla...

—¿Te creís que con cincuenta cobres te vas a llevar toda la pulpería? Si te alcanza pa fósforo no te alcanza pa la tortilla.

Escoge y apúrate... ¿voy a estar todo el día ocupado en vos?

—Los fósforos no, entonces... Pero patrón, ¿está seguro que no alcanza ni a un cuarto e gramo? ¿No se habrá equivocao? ¿Por qué no le echa otra pesaíta?

—¿Qué miércole se ha imaginao, el so insolente? Toma y lárgate, ¡carajo!

Esquiva el minero el chicotazo anheloso de señalarle la cara. Su serenidad contrasta con agitación del otro. Recoge sus compras, resignado, y al irse lanza su advertencia que es velada amenaza:

—No se le vaya a pasmar la mano, don. Onde hay uno, hay otro...

—Por eso ando siempre con este compañerito...

Y el pulpero muestra el Smith y Wesson, reluciente, llena la nuez de proyectiles. Socarrón, agrega:

—Sis tás disconforme, véndele a otro tu porquería de oro...

—Ta bien.

Se va el minero con la sangre encendida y la cólera desfogada en sordos denuestos. ¡Que le venda a otro! Así lo haría, si pudiese; pero el pulpero está autorizado para esa compra. Tienen unos papeles escritos... Siempre que no puede rebajar el precio fijado por gramo de oro, se desquita falsificando su peso o subiendo el precio de las mercaderías: para él es igual. Látigo en mano, revólver en el bolsillo —protección contra los rotos alzados— busca la más rápida acumulación posible de dinero para escapar a ese “destierro”, a esos “sacrificios” a que voluntariamente se ha sometido, esquilmando a los campesinos. Eran en la región, entre los hombres aferrados a su tierra, honradamente encariñados con ella y sus

sinsabores, los mercenarios sin raigambre en esos suelos de rocas, sin encallecer las manos en los cultivos y sólo capaces de ganarse el pan con el sudor... de los otros.

Terminaba el verano; sin transición llegaría el invierno. Comenzaban ya los primeros fríos a endurecer la costra de la tierra y luego caería la nieve, aislando a los hombres en su cerco de selvas y montañas. Y las casas deshechas, las siembras el hambre y la angustia de los suyos... O tendrían que seguir, con hambre y con odio, lavando las arenas, bajo la lluvia, cubierta la espalda con un cuero de oveja, durmiendo en sus cuevas rezumantes de humedad.

Por todo eso, la noticia del violento desalojo cayó sobre ellos a conturbarles el ánimo, a enfurecerlos en ira sorda y tremante.

—¡A balazos están echando a la gente!

Y en todos los cercanos lavaderos de oro los hombres fueron sacudidos por una mezcla de temor y ferocidad. El fulgor de las hogueras iba encendiendo en las noches informes amenazas.

Ninguna mano sobre la esteva del arado dirige la roturación de los faldeos en los campos preñados de angustia. Las nubes, fustigadas por vientos cada vez más fríos, se acumulan oscuras y densas sobre los filos y tarda el sol en dispersarlas. La estación avanza. Y los arados inmóviles, la siembra a medio hacer.

En Quilleime y Trubul, en Ránquil y Llanquén, en Lolco y Los Guindos, los campesinos se mueven como atontados, pesadas las manos sin nada en ellas, y dejan que la tierra de sembradura, vientre al aire, se vaya cubriendo de malezas. Un día, el viento arrastra la semilla de trunes y pimpinelas, de carrizos y zampas, de pichén y chépica; al otro, las raíces tenaces se aferran a los terrones y pronto verdean las malas yerbas allí donde el trigo debiera erguir sus tallos rígidos. Sembrar ahora, ¿y para qué, si pueden echarlos mañana de sus tierras? Caería la primera nieve y entonces el poverío tendría sentencia de hambre larga para todo el invierno.

Los últimos pájaros, chirríos y loicas, treiles y zorzales, se abatían sobre los negruzcos terrones de los surcos abandonados, y las vizcachas tranquilamente salían a tomar el sol en la linde de los terrenos no aclarados por el hacha: no llegaban a perturbarlos con su presencia los hombres, sombriamente dando vueltas por los corrales, en los bajos.

Nada podían hacer. Nada sino resolver sombrías ideas, mirando sus estrechos valles, apretando las manos, aguardando que les llegase el turno de ser expulsados, de ver quemados sus ranchos, baleados sus animales. Sembrar, ¿y para qué?

Por las noches, en el interior de las casas, circulando el fuego de ásperos leños resinosos, calentando el vientre con el agua hirviente de sus mates, buscaban razones a la expulsión:

—¿Por qué?

No hacían mal a nadie. Llegaron y cultivaron sus campos como lo cultivaron sus padres y sus abuelos. A golpes de hacha aclararon la selva, derribaron árboles, en los vallecitos menguados, en los faldeos vertiginosos, arrancando con empecinado tesón los muñones de los troncos que se aferran con cien fuertes raíces, muriendo a veces en la lucha con la selva. Las callosidades de sus manos hicieron prosperar la tierra, ¿y los echaban?

El rico tiene campos dilatados, miles de hectáreas cultivadas, miles de hectáreas de montaña, miles de hectáreas de trigo, ¿y codicia estas pobres hijuelas trabajadas con sangre? El rico tiene su casa, buenos corderos, sus buenas vacas, miles de cabezas de ganado, ¿y no deja que el pobre tenga también sus escasos animalitos?

Los campesinos sacudían sus desgreñadas cabezas y no encontraban la solución. El gobierno había repartido parte de estas tierras para que las trabajaran; ahora se las quitaba.

Les mostraban unos papeles que no entendían, les pedían papeles que ellos no tenían. Les decían que eso era la ley. ¿Era la ley despojarlos de sus siembras, incendiar sus casas? Sí, era la ley: la apoyaban las carabinas, el fuego. Pero, entonces, ¿no había ley para el pobre? El pobre no tiene más que su pobreza y su hambre. Si un día se creyó dueño de la tierra que cultivaron sus manos y las de sus padres, la ley le pide documentos de posesión; llega y le quita la tierra y se la da al rico que ahí la deja, porque no alcanza a cultivarla toda. Pero le pertenece aunque no la cultive, aunque nada sino maleza haga brotar en ella. El pobre no sería pobre si tuviese tierra. Yo trabajé estos campos, yo los limpié de malezas, yo levanté esta casa, dice el campesino echándose el sombrero sobre la frente y rascándose la nuca. Son años y años de trabajo. Aquí nací, aquí nacieron mis hijos. Mi mujer sufrió las angustias del parto en esa cama y dentro de esta casa. Las ovejas parieron aquí en este corral, su lana ha sido calor para mi padre, para mí, para todos nosotros... No importa. Llega la ley y le quema la casa, le desgarran a golpes a golpes de yatagán los colchones ¿y dónde queda la señal del derecho a la tierra del campesino? Sólo unas cuantas vigas quemadas, por tierra.

Los hombres, con sus pequeñas cosas a cuestas, arreando los animalitos que el rico no pudo decir suyos y robados a sus corrales, tienen que irse. ¿Y si no se fueran? ¿Si reclamaran el derecho a los suyos? ¡Bah! Contra la ley, todos los hombres ¿por qué ha de favorecer siempre al rico, ir siempre contra el pobre? Ay, huaso bruto, la ley es la carabina, la ley es el despojo, la ley es pareja... la ley... la ley...

El campesino sabe que la ley pareja no tiene oreja; pero esta ley que a él le aplican sí la tiene. ¿Pero qué sabe de leyes el campesino? Nada más que de cosas de campo: arar, cruzar, recuzar, rastrillar, sembrar. Si no tiene campo en que trabajar ¿cómo vive? O se esclaviza o se muere de hambre. Y si ha de morir ¿qué más da que sea de hambre que de un balazo en el corazón? Toda su vida ha luchado por dominar la tierra, por hacerla rendir. Su tierra. También puede luchar por defenderla.

Y en todas las casas la noche de hogueras y humo va enardeciendo a los hombres barbados, desgñados, tan de la tierra que están penetrados de su color y su aroma, los va remeciendo y trocando su asombrado desconcierto en chispas de inquietud y su angustia en atormentado coraje.

Por las trochas de la montaña, a pie de las carretas; a caballo detrás de los rebaños enflaquecidos, los hombres con sus familias, —incluidos los perros— llegan a la tierra que les han dado para mal vivir. Apenas crece el pasto, amarillo y raquíto. Allí está la piedra dura para ir ciñendo de hambre los estómagos de quien intente cultivarla. Allí está el pequeño trecho que no alcanza para alimentar a cada familia.

Arreadas como bestias, las familias expulsadas confunden su ira, sus hijos y sus animales. Los que pueden levantan ranchos de tablones. Los más pasan en cobijos de piedra y totora la noche que abril va enfriando.

Gallinas y perros se confunden igual que los hombres.

Pero mientras los hombres sienten crecer una hermandad de idénticas desdichas y descubren la cordial y dilatada significación de la palabra *compañero*, los perros se muestran los dientes y se traban en peleas entre hoguera y hoguera. Vuelcan ollas y tiestos en sus riñas o al acercarse a olfatear el escaso alimento que en ellas se prepara; huyen al ser escaldados, pero regresan enseguida y mojan con tiento los hocicos en el ardiente líquido, resoplando al quemarse la lengua, pero sin abandonar la proximidad de la comida. Los palos que les sacuden las costillas en lugar de amedrentarlos los enfurecen.

Rabiosos, atenaceados por el hambre, quemada toda la grasa hasta señalarse sus costillas en los flancos magros, no son más que colmillos para morder y gargantas para gruñir. Desobedecen las voces de los amos y se apegan al fuego donde está la olla y el olor a comida. Se han multiplicado tanto que suman más que los hombres; o bien es la ilusión que hace hacerlos en mayor número, al encontrarlos a todos reunidos. Perros hay feroces, perros también para arrastrarse mendigando un mendrugo y perros para robar con tiento y disimulo la escasa comida de sus dueños.

Hombres y mujeres, en cambio, se acercan y hermanan en promiscuidad de los días de común miseria.

—Empréstame azúcar, si tiene, doña Licha, pa darle una agüita a la guagua que se me secó la leche.

—Dice mi mamita que le mande un poco de yerba y ella le manda esta harina.

—... Acaso tiene unas yerbas pal dolor de oídos de mi abuelita...

La tragedia acentúa el compañerismo, el hambre los une en esa vida de campamento donde el *tuyo* y el *mío* desaparecen en el *nuestro* y donde el vecino es ahora el compañero y el hermano.

La noche reúne a hombres y mujeres al calor de las fogatas: rebozos y mantas recortan las cabezas donde los ojos tienen los mismos fulgores rebeldes y en las bocas rebosantes de lenta sabiduría, de amargura desconfianza en toda ayuda ajena, de tardo enardecer de ira, las mismas palabras van encontrando expresión de pecho en pecho.

Todos los desterrados han formado una familia inmensa. Pero no están abandonados del todo. El poverío del contorno está con ellos. Los que no han sido expulsados todavía pero que mañana pueden serlo... Y el “nos han quitado la tierra” se va trocando lentamente en los pensamientos por el “hay que recuperarla, luchar por ella para merecerla”, en sentido oscuro que de los expulsados va pasando a sus hermanos que siguen con su tierra.

A pesar de estar abandonados de toda esperanza, seguían luchando por hacer fructificar las piedras en el erial que llamaron “matadero”, porque sabían que allí estaban condenados a morir de hambre. Luchaban por hacer rendir la tierra aun cuando el tiempo condensaba nubes y las descargaba chorreantes de agua.

Era preciso vivir, a pesara de todo. El día veía cuadrillas de hombres que se lanzaban por los senderos quebrados para ir a rajarle al bosque su entrada verde y amontonar leña junto a

las hogueras para el invierno de nieve. En cuadrillas, con garrotes y perros, a la caza de liebres. O a tender trampas a los zorros en lo más sombríamente verde de los bosques. Trampas de hierro los más afortunados, de casita y de golpe los que no contaban más que con su ingenio y la habilidad de sus manos.

Astroza era, entre todos, el más “curioso” para fabricarlas. Siempre estaba pronto a prestar una ayuda a sus compañeros:

—No hay como la casita pa pillar al zorro. Es la más segura. Zorro que escapa de trampa una vez, ya no se deja pillar... Lo mismo yo... Que me hagan, una, pase, a cualquier cristiano le acontece; pero otra vuelta ya es ser lesa...

Endilgaba una historia mientras iba contando las fuertes estacas en el suelo, hasta formar una pequeña casa con puertas de golpe. Adentro, de cebo, un pájaro.

—¡Zas que entra el zorro y zas que se cierra la puerta! No hay caso. Adentro se queda con la panza llena, pero por más que haga y por muy ladino que sea, ¡no hay tutía!...

Y no había “tutía” para el zorro cogido en trampa hecha por sus manos.

Pero los zorros no abundan tanto como las liebres, la piel del zorro cobra buen precio, pero su carne no alimenta sino a los perros. La liebre, en cambio, bien adobada, es manjar sabroso y alimento que aplaca el hambre.

Fue don Cisterna, el contumaz enemigo de las bestezuelas, quien organizó un día la cacería. Pero el viejo don Cisterna había perdido el espíritu, el brillo de sus ojos no tenía destellos maliciosos y todo él descaecía, como un árbol derribado que lentamente va siendo corroído por la carcoma. Velados los ojos por una mortecina expresión de atontada sorpresa mezcla de angustia, sólo de vez en cuando destellaba en ellos un brillo fugaz en un relampagueo de odio. Entonces se le enardecía la cara, y diríase que el bigote se le erizaba, tremulante, era la única vez que sus palabras adquirían la vieja sonoridad. El resto del tiempo era apenas un despojo, un montón de harapos que vagaba sin sentir interés por nada, vacías las manos y el corazón.

No ayudó su brazo a levantar la casa en que ahora se refugiaba la familia: tarea fue esa en que Mingo participó más que nadie. Le ayudó Rosario, y la mujer del viejo. El padre de familia caminaba por entre los ranchos, sentábase breve tiempo junto a cualquiera hoguera y allí se quedaba, sin hablar, sin oír, mirando el fuego para estallar de vez en vez en expresiones obscenas, sacudida la barba de un temblor incontrolable.

Sorprendió a su mujer el repentino cambio operado un día en él: le había tornado el espíritu y su indomable vitalidad resurgió en sus venas. Llegóse una noche a su mujer y sin decir palabra, resoplando como un toro en salaces garganteos, entró en ella mascullando juramentos, apretando la vieja carne de su mujer con furia que la hacía romper en gritos. Al día siguiente, el viejo organizó la cacería: sus amigos se alegraron al verlo volver a la vida, lo embromaron cordialmente por su apatía anterior y lo acompañaron en la batida por los campos distantes.

El amanecer surgió con pereza y su labor tenía indecisa claridad de acero para bruñir la superficie hasta el límite del valle. Más allá quedaban los cerros enmarañados, el bosque raleado de hojas, y fosco de umbrosidad en las cañadas: por allí estaba el derrotero que siguieron los cazadores, chapaleando en el barro de la reciente lluvia. Llevaban al hombro la bolsa pobremente provista de piñones cocidos.

Los perros se iban a trotecillo uniforme, al aire los hocicos húmedos, venteando afanosos, buscando la mancha atezada y fugaz de los roedores hasta en sus mismas madrigueras. A veces las sorprendían durmiendo y el primer perro que le saltaba encima mordía con frenesí

el cuello palpitante: y tanta era su fuerza que era preciso abrir con ayuda de un garrote las mandíbulas trabadas.

En ocasiones la liebre advertía la presencia de su enemigo contumaz y con el azorado cuerpo sacudido de temblor precipitado, amusgaba sus grandes orejas y a saltos por las breñas huía ansiosa de amadrigar; pero los hombres corrían dando grandes voces, repartiéndose en abanico, mientras los perros, duchos en la caza, iban cercando implacablemente su presa. El desalentado animalito no tenía en su favor ni siquiera el ardid de hacerse uno con la tierra: su cuerpo bruno resaltaba en estos matorrales verdes y fácil era seguirla. Si escapaba, inadvertida, en dirección de los hombres, un palo en la cabeza la tendía de súbito.

Corrió don Cisterna más que ninguno de los cazadores; se hundía en el barro, caía en los charcos y su voz enfurecida dominaba la de todos los demás hombres: ferocidad medida lo arrojaba, como animales de presa, detrás de las liebres en precipitada fuga.

Y así transcurrió el día. El regreso, lento, de cuerpos rendidos y quebrados huesos, se hizo sin grandes aspavientos regocijados, pero en paz reconfortante: la cacería había sido proficua.

El hambre fue detenida esta vez a la puerta de los ranchos, y allí se quedó haciendo musarañas burlonas: sabía que pronto sería llegada su hora y para ello le bastaba esperar. En tanto, grandes y chicos hundían sus dientes en la carne jugosa de las liebres, suspirando después satisfechos.

Don Cisterna recobró su apego a la vida. Se dedicó a reparar la casa, apuntalando las vigas, reformando lo que consideraba mal hecho, a grandes y constantes rezongos:

—Miren que laya de poner los tijerales.

—Estas canogas tñn labrás por manos de flojo. ¡Ese Mingo que tovía no aprenda! ¡Y se quiere casa!

El viejo cavó después la tierra, entregando con fiebre a un duro trabajo que le hiciera olvidar la angustia que llevaba clavada en el pecho. Pero nada lo hizo olvidar y, por el contrario, le acentuaba la congoja. Le acentuaba, además, ese redolor que se le había clavado en los riñones y que, en el transcurso de los días, le iba descaeciando el ánimo, sin que el viejo tozudo quisiera darse por enterado.

Seguía la vida en los ranchos, cada día más sacudida por una incesante inquietud que comenzaba ya, con sosegado avance, a hacerse rebeldía en el ánimo. Un día encontraría expresión en las palabras; después, en las acciones.

No bien llega el verano cuando el otoño acarrea vientos fríos y amontona nieve sobre las cresterías cordilleranas. Cada nueva mañana se levanta más helado el viento, despoja de algunas hojas a los árboles y torna las otras más amarillas y metálicas. Pero decir otoño es decir invierno: las dos estaciones se confunden en su severa inclemencia y para los pobladores de a zona carece de sentido el calendario que rige los climas de zonas más benignas.

Una mañana, al levantarse, Domitila sintió que de golpe había llegado el invierno, casi sin transición otoñal. Era el otoño, sin duda, pero el frío que arrecia su cuerpo y granulaba su piel tenía del invierno su hielo glacial. Al abrir la puerta la empujó de nuevo al interior la mañana gris, de niebla fría y húmeda, obligándola a arrebujarse hasta las orejas en el rebozo de lana. Ahí estaba el primer anticipo del largo invierno estéril, ahí estaba en la acequia, cubierta por una capa de hielo: hubo de romper el frío cristal para el agua del mate mañanero.

Endurecía el suelo un manto de escarcha que abrazaba las hojas de los sembrados. Trizaduras de vidrio arrancaban al suelo metálico las pisadas de Domitila. Un sordo estruendo de agua resonaba a lo lejos, tremante en medio de la neblina espesa que borraba el contorno del cerro con su cortina oscilante.

Entrechocando los dientes, la mujer se llegó a la cocina con paso vivo y cerró de golpe la puerta: un pedazo de niebla se deshizo en vaho al calor de la pieza. Gruesas gotas se deslizaban por las hendiduras de los tablones. Desenterró el fuego, encucillada, y sopló a carrillo hinchado hasta encender la llama. Allí se quedó, tendidas las manos aborachadas al calor confortante. Sin volver la cabeza habló Nicolás que se enderezaba en el camastro y se calzaba las ojotas:

—Estaba helao el estero. ¡Y hay una ñebla! ¿de ónde saldrá ventora de la ñebla. Truena, sumba y golpea lo mesmo un volcán; ¡parece que le doliera parir tanta ñebla!

—Troando estaba agora... Me creí que era el Mocho.

—Callao está el Mocho desde antes de mi padre.

Se acercó al fuego y de paso tendió la mano al cajón de los piñones. Tiró unos cuantos a la ceniza y esperó su detonación antes de retirarlos.

Abrióse la puerta para dar paso a doña Candela. En el corto trayecto entre la casa y la cocina, la niebla cuajó en su pañolón negro en fina harina húmeda. Espesa como humo, el viento la arreaba en girones y a empellones la metió puerta adentro hasta la cocina.

—Buen día... ¡brrr! ¡Ave María el frío grande! ¡Duro va a ser este invierno, niños!

—Duro va a ser. Y por otras cosas que por el frío.

La vieja comenzó a cebar el mate. Acercó un cajón a la hoguera, atizó un leño y al incentivo, la tetera inició un silbido que a poco se convirtió en sordo ronroneo. Meneó desalentada la cabeza.

—¡Sabe dios lo que va a pasar aquí! Tengo pasión que va a ocurrir más de algo.

La familia de Nicolás no había sido expulsada de su hijuela: quedaba justo en el límite del fundo y a orden de desalojo no los afectó. Pero en ellas estaba todos los días presente la inquietud: si los demás, que tan seguros se sentían en sus tierras, habían sido brutalmente expulsados, ¿quién podía asegurarles a ellos que el día menos pensado no se abatirían también sobre ellos la injusticia? El mundo ya había perdido toda seguridad. Se vivía con la frente tajada por la desesperanza y por la inquietud. El hombre no puede trabajar así. No puede cultivar su tierra ni criar animales. La tierra ha perdido su solidez, no los mantiene en su suelo. Mañana pueden expulsarlos...

Otra vez la puerta: dio paso a Laura y Nacha, encogidas como diucas pilladas por la lluvia. Tras ellas, Mingo. Enredándose entre las piernas de las muchachas, “Quienanday” llegaba también a reclamar su puesto junto al fuego.

—A sentarse al fuego no más vienen las niñas —protestó la madre—. Laura, lava la olla y vete a buscar más agua.

—¡Pero mamá, que vaya nacha que anda con medias de la!

—¡A vos te mandaron, enredosa!

Y ninguna de las dos se movió: la boca del frío era una amenaza que las retenía apegadas al calor de la hoguera.

—Mingo, anda vos entonces...

Nicolás chupaba el mate y el reconfortante calorcito le iba recorriendo el pecho y llegaba a cosquillearle el vientre. Pensaba en el invierno y en las faenas que sería preciso acelerar: acarrear leña del bosque, reparar la casa, los corazones. Duro iba a ser el invierno. Expresó su pensamiento cuando Mingo volvía con el agua:

—No faltan muchos días pa que se largue a nevar.

Las primeras nevadas iniciaban el aislamiento de los hombres en medio de un mundo banco, extrañamente desolado y hostil. Como un puño de hierro que se estrecha alrededor de la casa, las montañas los envolvían en los bramidos de su ventolera y en la sombra maciza de sus árboles. Por los caminos de nieve no transitaba un alma: emparejados con los taludes, los caballos se hundían en ellos hasta los ijares y siempre estaba presente la amenaza de los abismos allí donde la nieve ensanchaba mendazmente los caminos. El rigor del invierno cordillerano llega arrastrando más real chunchos y aparecidos, gestados en la noche negra, hórridamente negra de la montaña, y revividos al calor del fogón, en las charlas de atardecido.

Pero este invierno otra suerte de miedo iba a galopar por los ásperos caminos de herradura.

Bien afianzadas las perneras de chivo, corroborado por el agua hirviente del mate, Nicolás se encajó la manta de castilla sobre los hombros.

—Nos vamos —dijo a Mingo.

Con remolona pausa, mezcla de temor al frío y demorado placer por adentrarse en el bosque envagueado por la niebla, mingo se fue levantando con pereza, espabilando los músculos regaladamente hechos al calor del fogón. Se enmarañó el pelo y forzó un bostezo. Salió luego del golpe, como quien se hunde de cabeza en el agua que presiente helada.

Cuando el cono roto del mocho tiñe de blanco su cima es la señal para empujar las hachas y arremeter contra los bosques de cipreses, michayes y radales. No bien despunta el sol como fustigado a golpes de viento, parten las caravanas a los faldeos cercanos, se hunden en la maleza montañera, entre la tupición de ramas. Más tarde, ahuecado por la resonancia de los encañados, el golpe seco del hacha cae con rítmico son en los troncos, en estampidos reposados. Todo el contorno es entonces un ancho tambor. Los hachazos distantes semejan un eco de los próximos, eco que se va atenuando hasta perderse en la recia sonoridad de los primeros los leñadores se arrojan los ruidos, los reciben y los lanzan de nuevo en juego de fatiga que no termina sino cuando el sol empalidece y se pierde tras el limitado horizonte de montañas.

Nicolás y Mingo enrumbaron también cuesta arriba, al desbroces del monte, al límite de la enmarañada selva. Sus vecinos, los hijos de don Moreno, se le unieron en la cima, donde las cañas del trigo recién cortado oponían su rigidez de bronce a las pisadas. En cuarto o cinco días, en una semana a lo sumo, habrían abierto y desembarazado de troncos el linde del bosque, que el trabajo en esa tierra sin indulgencia es cosa de años, allí se aprende la

disciplina de la paciencia y sus maestros son las lluvias, la nieve, el puelche, las rocas y la selva. El reloj de estos hombres en la licha a riñón descubierto con la tierra muévase no en horas ni en días sino en temporadas de siembra y cosecha, de parición y esquila. El músculo no logra adelantarse a la precipitada avalancha de los días invernales y atendiendo a ellos, se limitan a derribar unos pocos árboles cada vez y no toda la selva de un golpe, porque esa prematura tendría su castigo en el hambre de todo un año. ¿De qué sirven los numerosos árboles derribados si ha faltado el tiempo para limpiar la tierra, roturarla, amasar los terrenos con la rastra y luego entregar a sus jugos y a la alquimia de las lluvias y el sol la simiente, de modo que los brotes estallen en los verdes puñales de las hojas antes que la nieve cubra el campo todo con su albor de harina?

Los cuatros hombres hablaban apenas. Luego del “buen día” y del comentario lento, casi monosilábico, sobre el tiempo y la cosecha, callaron o hablaron sólo para indicar los árboles que cada uno atacaría. Bamboleaban las hachas con un esfuerzo de todo el cuerpo, desde la planta de los pies hasta los últimos músculos de las manos, y doblando el torso dejaban caer la herramienta con todo el peso del cuerpo en incisiones horizontales sobre los troncos. Al seco retumbo del golpe se unía más atenuado, el ¡ah! ¡ah! con que expulsaban la respiración. Pronto el frío aterrador que punteaba de gránulos sus pechos al salir de las chozas al aire fustigante de la mañana, tornóse en agradable tibieza y luego en ardiente picazón cuando el sudor comenzó a brotarles por el cuerpo y a inundarles la frente. Un revés de la mano bastaba a enjugar el caliente líquido, pero dejaba mancha terrosa que apenas alcanzaba a secar cuando ya la secreción se les metía en los ojos, cegándolos.

Los primeros hachazos despertaron de improviso al mundo animal. Ruidos leves de hojas indicaban la huida de los coleópteros o una llevasón de ramas anunciaba la medrosa fuga de las bestias enmontañadas. La madera verde sujetaba el acero de las hachas, el jugo amargo y vital de los árboles se convertía en tenaza cuando el filo penetraba en la profunda incisión, y sólo era posible rescatar la herramienta con un movimiento lateral de oscilación que arrancaba gemidos a los recios leños. ¡Ah! ¡ah! interminablemente, sin cuidarse del agarrotamiento de los brazos. ¡Ah! ¡ah! la voz empuja a los músculos para aliviar el hálito, ritma la respiración con el golpe del brazo.

Los gigantescos árboles insinúan con ominoso crujimiento su debilidad cuando los cortes horizontales han sido biselados y se unen en ángulo preciso para derribarlos. Al grito de advertencia:

—¡Guarda!

Los demás leñadores se ponen a salvo. El ciprés, el pino o el roble se viene abajo con estruendo de ramas arrastradas en la caída, con el rechinar angustioso de su base donde la herida se va juntando poco a poco y luego, velozmente, como dos mandíbulas que se cierran de pronto, y exprimen sus jugos por todos los vaos dejándolos caer en el corte. El tronco queda inmovilizado, después de un último y tremendo estertor. La gritadera de pájaros se pierde chillante de cañada en cañada con más lenta fuga que el vuelo de sus alas espantadas.

El aliento de la tierra inunda el recinto verde; las astillas y las esquirlas blanquecinas y húmedas arrancadas con esfuerzo por el hacha, depositan su aroma agrio o enervante en el aire que el sol caldea ya.

Pero no siempre la tarea es fácil. El bosque es artero y sus habitantes están llenos de saña contra el hombre que busca su muerte. Los leños nudosos se defienden y desvían a veces el golpe de las hachas para dirigir su filo contra las piernas de los minúsculos seres que los atacan; o se vuelcan, bruscamente, con todo su peso, en repentina malignidad y sin aviso,

sobre el cuerpo confinado de quien cree no haber debilitado aún la resistencia del vegetal poderoso: la carne del hombre se convierte entonces en una mazmorra y hay piernas rotas, tumefactas, y gritos agonizantes, más angustiosos que nunca cuando la solicitud de los compañeros, a fuerza de cuñas, logra alzar el recio tronco para libertar al destrozado, si es que la vida alienta todavía en él. Así la suerte persiguió a don Juan, el de la hijuela Llanquén arriba; así convirtió en triste guiñapo al hijo de Danitruel en la cordillera de Pemehue. Y así también los que lo vieron caer signaron su destino con una frase piadosa.

—Mala muerte tuvo. Dios lo haiga perdonao.

El llanto de un día. Y de nuevo la tierra reclama la afanosa actividad del campesino: junto al lugar donde cayó el infortunado, nuevos árboles pagan con su muerte la vida que arrebataron.

Sentados en el tronco que acababan de derribar, Moisés y Mingo, tiradas las hachas en el suelo, dejaban que el atormentado sube y baja del pecho se aplacara en la laxitud del cuerpo todo, se enjugaban el sudor, para comentar, todavía sacudida la voz por la terrible lucha:

—¡Bueno el tronco porfiao...! ¡Se jode uno en la montaña!

—Pero buenas estacas nos vamos a acomodar...

Pasado el sofoco del prolongado esfuerzo, Moisés fumaba dejando colgar el pitillo de los labios y se entretenía en pasarlo de una comisura a otra de la boca, a fuerza de lengua. Entrecerraba un ojo: el humo se empecinaba en introducir su escozor entre los párpados, y ascendía en tenue voluta, rozándole la cara. Su inmovilidad semejava sueño.

—¿Tay durmiendo? —le preguntó Mingo, con sorna.

Moisés no dormía. Pensaba. Veía esfumarse su sueño de tener una hijuela que cultivar con Laura y eso le amargaba la boca, le enfurecía el corazón. ¡Tanto trabajar la tierra, tanto pensar en ser libre un día! Ahora, ni tierra ni ilusión. Para vivir tendría que arrendar sus brazos, esclavizar su cuerpo, vagar por los caminos de fundo en fundo, sin echar raíces en ninguna parte, sin un trozo de tierra que poder llamar suyo, viendo crecer a los hijos sin tener qué esperanza señalarles para su vida. ¡No, eso no podía ser! Ahí estaba su padre, hachas piedras las manos de tanto labrar el campo: y se lo quitaban. Ahí estaba su madre, envejecida sobre la gleba, son su arrugado corazón angustiado, perdidos todos los esfuerzos amorosos al cuidado de la casa y la huerta. Ahí estaba Laura, roto su sueño de paz en una casa propia, de hijos criados al amor de la tierra que las manos de su marido cultivaran.

—¡Esta vida es una buena perra!

La exclamación le brotó con airada violencia de los labios. Mingo, adormilado por el calor a esta hora del mediodía y el acre olor de los vegetales, se sacudió con sobresalto. Pero comprendió la exclamación de su amigo: también él llevaba la misma angustia en el pecho. Rosario había perdido su derecho a la tierra cuando su padre, don cisterna, fue expulsado.

—Si tostadera de balas cae por aquí un día de éstos, yo voy a ser de los primeros, —mascullaba Moisés.

Se hablaba ya de la rebelión, de luchar por la tierra, como expresión aislada de la ira de los campesinos.

—Con vos estoy.

Así afirmó Mingo su decisión para cuando llegase el instante, si es que el instante llegaba.

Y aquella noche, cuando doña Candela se quedó sola en la cocina con los dos hijos, Nicolás y Mingo, el muchacho le expresó su deseo de estar junto a sus compañeros en la hora del peligro.

—Si hay revuelta, yo voy a tener que ir.

Nicolás lo miró un rato a los ojos, sin sorpresa, pero con expresión cordial. La madre palideció un tanto, pero no demostró pesar. Continuó tejiendo unas medias de lana y habló con voz que la emoción ensordecía, arrugado el ceño al tratar de concretar sus pensamientos:

—Si hay revuelta correrá sangre y morirá la gente. Quizá no se consiga otra cosa que llenar de piltrafas la nieve pa seguir nosotros los pobres con su pobreza. Pero tú, como hombre, tendrás que estar con los expulsados, porque la injusticia no es contra de ellos sino contra todo el pobrerío. Nadie podrá decir que no fuiste hombre pa dar la cara por los demás, cuando ellos la sacaban por ti y por todos nosotros. Está de Dios que el hombre sea altivo, porque es la única defensa que tiene en su pobreza. Si una vez se deja humillar, es como si un perro lo hubiera meao. Después todos los perros seguirán meándose en él.

Las primeras heladas escarcharon la tierra, endureciéndola, y cuajaron en los pastos vitrificados. Alternaron días de sol y lluvia, y en los oscuros cañadones las hojas se cubrieron de un matiz metálico, cetrino, naranja y rojo. Las sacudían vientos cada vez más fríos y airados, las entrechocaban y aventaban, terminando la efímera fogarada otoñal de los bosques, caían algunas entre el verde triste de los radales y fingían mutación de vida en su perennidad uniforme. Pronto los árboles fueron todos armazones escuetas, como si la experiencia de siglos les hubiese enseñado la sabiduría de arrancarse el follaje para no oponer resistencia a los huracanes. Tan sólo podía el viento clavarse el pecho inflado en las copas pétreas de las araucarias; o llegar y sacudir sus agujas a los cipreses o probar la espinosa resistencia de los michayes.

Sucedió a la lluvia condensación de nubes, revueltas, hostigadas por los altos vientos, y se inició el bloqueo a la tierra cordillerana. Las sendas abiertas a tajo en los faldeos, hundidas hasta las vaguadas y elevadas hasta las cimas, no fueron ya sino fangosa e incierta comunicación con el mundo.

De pronto amaneció todo el campo nevado. Primero fueron copos blandamente esparcidos, posados con tiento en las copas, las cercas, el suelo, llegados a dulcificar la temperatura y a embellecer el contorno.

Trocóse luego el tiempo, surgió el viento de los filos cordilleranos con ímpetu y estruendo y un torbellino de nieve encerró a los hombres en las cuatro paredes de sus ranchos. Con furiosa pujanza, las ráfagas hundían sus uñas en el suelo, dejándolo rapado y terso, y amontonaban la nieve en macizo conos en todo obstáculo a su fuelle.

La fogata fue entonces, más que nunca, el centro del universo campesino. Toda la vida se apretaba en cerco estrecho, porque el viento sitiaba la casa con sus bramidos.

La incesante nevazón cubrió los angostos valles con una capa de más de medio metro, cerró atravesos y emparejó encañados. Preciso fue que los hombres abandonasen el obligado regalo de la inacción por la marcha dura a los terrenos de pastoreo, en las cañadas cordilleranas, tras los animales entumecidos sometidos a la furia de las borrascas.

Cierto que los bueyes presienten la caída de la primera nevada y bajas a los valles. Pero los temporales los alcanzan a veces en plena montaña y los cubre la nieve hasta el lomo, dejando apenas sus cuernos al aire. A golpe del pecho poderoso, con la lenta fuerza van desgarrando la muralla blanca, como nadando en un mar solidificado. Tras ellos siguen los demás animales. Los toros hinchados de vanidosa prepotencia, tan sabedores de que los bueyes están hechos para el trabajo que ellos nunca intentan siquiera romper la nieve, esperan que les sea abierto el camino para seguir ellos detrás, balanceando el tonel de sus cuerpos, acorneando a las vacas con salacidad de machos dominadores. Los caballos forman una familia aparte: no siguen las sendas abiertas por los demás animales y dejan que los copos vayan cayendo sobre ellos mientras ramonean las puntas metálicas de las quilas, hasta morir congelados si nadie va en su busca.

Al promediar la mañana, Nicolás y Mingo, subidos los ponchos hasta las orejas, salieron un día con sus maúllos bien ajustados a las ojotas, en busca de los animales enmontañados. Ruta obligada era pasar por el “matadero” y allí, según había dispuesto, formaron cuadrilla para la tarea.

El viento le desollaba la piel. Del cielo entenebrecido, de bajas nubes hostigadas en arremolinada fuga, el frío descendía con rigor sobre los caminos amortajados. Los correones de los maúllos tajaban sus huellas en reticulación profunda sobre el campo albicante, amortecían las pisadas e impedían a los hombres el hundirse hasta los muslos en el suelo abofeado.

La marcha era lenta. Cada paso que daban les costaba esfuerzo: la tierra relentecida tenía aspiración contumaz de ventosas y los pies trashumaban en lentas gotas un regazo sucio de barro. Súbitas ventadas detonaban furibundas al salir del cobijo de un altozano y los hombres se doblaban sobre sí mismos para seguir la refulgencia de la angosta huella. Había dejado de nevar y en un recalmán de la ventolera los hombres aceleraron al paso, dando impulso a la marcha con grandes movimientos de los brazos. Tenían la cara desollada y les era preciso frotarse a cada instante las manos, avahándolas, para quitarles su gafedad.

En vaharadas iba rompiéndose el aire neblinoso, izándose lerdo a desgarrarse en las cimas, cuando llegaron a la veranada. Si hablaban, lo hacían a grandes voces para dominar el resongo del viento, ahorquillado en cada tronco. Sus palabras eran apenas las justas para precisar zonas de búsqueda. Fueron así repartiéndose, caminando ahora a lentos pasos por la tierra hendida en altibajos de nieve.

—¡Ah vacaaa, ah, vacaa!

La voz del viento era más poderosa que las suyas. Sorteaban erizaciones de negruzcos troncos, muñones retorcidos, híspidas puntas de maderos que de súbito endurecían la fofa superficie, traidoramente peligrosa para el andar descuidado.

Las huelas de las bestias fueron segura guía.

Manchas negras, cetrinas, movibles, puntean de vez en vez las angostas planicies de arbustos y se pierden súbitas en las hendiduras enmalezadas. Tajados por la maraña verde, Astrosa y don cisterna cortan por un lado. Nicolás y Robledo, por otro. Los demás se reparten en grupos de dos o tres. Los animales andan dispersos, cada cual buscando cobijo al viento que amaina sólo en los sitios protegidos: pasa entonces de filo en filo y abajo queda un vacío poblado de sordo estruendo.

Las horas transcurren en silencio, va tornándose el claroscuro del día en resplandor gris y el trabajo de reunir los animales empapa a los hombres, les llena las mantas de jirones y de maldiciones los labios.

Como atontados, los animales se disparan cuando los hombres se les acercan. Para endilgar a uno solo, la banda se dispersa y bloquea la fuga excepto en un sentido. Los perros, tiritándoles los flancos huesudos, son los hábiles arreadores que se desplazan y muerden los corvejones de los brutos, guiándolos en rebaño.

—¡Aguarda, “Quienanday”! ¡Agarragarra “Temible”!

Hasta la voz, el chasquido de la lengua, la señal de la mano a la distancia, para que los perros, duchos en faenas de pastoreo, se reparta por la maleza reuniendo el ganado. “Quienanday”, con el pelo erizado, el hocico en sordos gruñidos por a licuefacción de la nieve de un buey o de un caballo. Los animales insinúan cornadas o coces, para tomar, al fin, la ruta que los perros desean.

Los cuerpos entrar en calor con la tarea; pero los bloquean las ropas empapadas. En los repentinos sosiegos del huracán, los ladridos de los perros u las voces de los hombres van surtiendo en los faldeos. Cuando el rebaño está formado, la marcha prosigue lenta, asonante con el andar entorpecido de los hombres calzados de maúllos. Algunos embozaban los caballos y van en pelo dirigiendo el arreo por las trochas que los propios bueyes van abriendo a golpe de pecho.

—¡Ah vacaaaa... vacaaa...! ¡Ah bueeey!

Las pezuñas se hunden en el fango con ventosidades de fuelle y un estropicio de ramas sacude sus tardas gotas sobre animales y hombres. La confusión de lomos movidos como por el viento, con un toro que se alza sobre las ancas de alguna vaca con sordo mugido, va

delante de los ojos en monotonía cobreña. De los cuerpos, por entre el pelaje despeinado,
supura tenue vaho, limpio y tibio, enfriado el punto por el viento que los desgaja.
Es ya la sobretarde y van los estómagos enjutos cuando bajan a la planicie que limita el río.
El viento los castiga entonces con sus últimos duros latigazos.

Pero los animales no son muchos. No da la parvedad de estos campos para otra cosa que para ir viviendo, siendo, como es, tan mezquina la necesidad de la gente: apenas requieren de ropas, porque en su mayor parte se la fabrican de lana que ellos mismos hilan y tejen. Pocos son los que conocen otro calzado que los trozos de cuero bien sobados de las ojotas; también es cierto que no hay calzado más cómodo. No tienen ganancia para invertir las en ganado y la compra de una sola oveja para la reproducción ha significado la privación de yerba o harina durante dos o más meses. Yerba y harina: las únicas cosas que completan la alimentación casi exclusiva de piñones de todos los pobladores del contorno.

Antes, es cierto, podía contrabandearse ganado de la Argentina; pero las autoridades mantienen ojo vigilante y apenas existe el trueque con los criollos puesteros: aguardiente chileno a cambio de yerba argentina. Es todo.

Y fue este un mal año de piñones. A más de la escasez, el rico tuvo la cruel idea de echar sus chanchos en engorda en la cordillera de Pemehue, bodega donde la naturaleza almacena alimentos para acallar el hambre campesina, y la recolección fue lastimosamente menguada. Nunca, pro mucho que ciñeran el vientre, alcanzaría para todo el largo invierno, insinuado con ominoso anuncio de rigor. Los expulsados del suelo que cultivaron, arrojados a unos terrenos pedregosos y estrechos donde tenían que levantar casa, cercar nuevos corrales, techados apenas, venían cada día estrecharse en su alrededor el cerco del hambre.

La mayoría de las ovejas ha sido vendida ya a los compradores que de casa en casa van adquiriéndola. Es siempre más conveniente que llevarlas en rebaño a Curacautín, distante 160 kilómetros de marcha tozuda. El dinero de la venta se invierte en ese mismo pueblo o en el de Lonquimay, en alimentos, parafina para los chonchones y aguardiente para calentar el estómago cada vez que salen a la montaña, en el quehacer campesino, cuando la nieve empala los músculos.

Pero las nevazones comenzaron temprano y con insólita constancia. Un blanco cerco aisló a los hombres entre sus montañas y sus ríos, cerró los caminos y obstruyó los atajos cordilleranos. Imposible pensar siquiera en llegar a Curacautín. La cordillera de Las Raíces cerraba sus fauces, tendía emboscadas fatales a los hombres, y en el Arenal, trecho que cruza la cima, el viento tenía cuchillas tajantes o era una masa pétreo que se derrumbaba con estrépito sobre hombre y cabalgadura, o sobre bueyes y carretas, volcándolos y despeñándolos.

Ahí, en el camino, a la salida de Lonquimay, en un apartadero, está el rancho que es refugio invernal de los caminantes. Muchos hombres, después de horas de lucha a duro brazo con la nieve, creyendo encontrar la vida encontraron allí a la muerte aguardándolos en los rincones. Perdido el caballo, o muerto de frío o despeñado, a rastras se abrieron paso hasta el cobijo de troncos. Con manos tumbadas encendieron fuego: era la salvación que fingía la esperanza. Transidos por la marcha, el cansancio los vencía y les inmovilizaba el sueño. Entonces la muerte se filtraba en los párpados a vitrificar los ojos y paralizar la sangre, en hosca conjunción con las ropas empapadas y con la nevazón incesante que cargaba la temperatura con todo su peso a más de quince grados por bajo del cero, a medida que las horas se iban llegando a la amanecida.

Sentencia cierta de muerte era aventurarse en un viaje. Si podía llegarse a destino, no había regreso: el bosque y sus cómplices fatídicos, el viento y la nieve, cercaban el contorno en segura e infranqueable barrera. La muerte si querían de ella, pero la muerte, quisiera o no, les hacía muecas detrás de casa día: porque la falta de alimentos mordía los cuerpos de los

niños, los iba de a poco debilitando, señalaba sus costillas, matándolos con pausa. Los grandes podían resistir; los niños, no.

Y los perros tampoco sabían resistir y como no sabían de razones, cometían desastrosos desmanes.

Por las noches se reunían en grupos feroces, gruñendo y mordiscándose, o sentados en sus cuartos traseros, a la refulgencia mortecina de la nieve, sajabán el aire con sus aullidos largos, redoblados, se ponían temblores de irrepresible espanto en las carnes.

—¡Malhaya sea nunca! Yastán los perros...

Dentro de cada choza fluctuaba el traslumbre de un presagio funesto, que el amanecer del nuevo día ofrecía cumplido: plumas de gallinas en revuelo por los matojos.

Los perros, mojigatos, soslayada la mirada rapaz, aparentaban inocencia y asombrado dolor por los palos que le sacudían las costillas magras. Pero a la noche siguiente, tras el concierto ladridos y aullidos aislados, galopaban en manada de fulvos y terrosos lomos, tendidos los hocicos voraces al viento, limpiando a lenguaradas los colmillos en anticipo goce de carne y sangre tiernas. Iban tras el “Amargo”, el ovejero atezado de son Astrosa, viejo y mañero, rumbo a los corrales donde se refugiaban las gallinas.

Todos se lanzaban al galope y en silencio, gruñendo apenas cuando lograban hacer presa. La algarada de las aves se mezclaba al tropel de carreras y ladridos al trenzarse los perros en lucha por una presa. Trituraban hasta los huesos para arrancarles hasta la última partícula de su jugo.

Hambrientos siempre, día y noche rondaban por las casas, expulsados a látigo y palo de ellas, a la espera de un descuido para husmearlo todo. Cada hombre que salía de su rancho desanudándose la faja rumbo a los corrales, era seguido por una turba de perros que aguardaban a la distancia, en paciente ansiedad, inmóvil y con los gazuzos, a que el hombre se levantase para disputarse a feroz dentellada lo que allí encontrarían.

Probada la sangre de las aves, cebados ya en ellas, no fueron sino una amenaza más a las amenazas del hambre. Pero todavía tenían su sitio junto a las chozas, en las cercanías de las hogueras, y todavía compartían los mezquinos alimentos de los hombres que se privaban por ellos.

Pero eso no les duró mucho tiempo.

Amaneció un día de viento enfurecido, en ráfagas atronadoras. Nevaba. Y la nieve era empujada con violenta fuerza, haciendo del viento una masa sólida, blanca, abatida en montones de más de un metro en cada angosto encañado.

A la pálida refulgencia del día que comenzaba para mostrar su huracán despiadado, Astrosa, envuelto en su manta de castilla, subido el cuello hasta las orejas, calzados los maúllos, salió a dar la cara al temporal de nieve y viento.

Todos los hombres, iniciando el bloqueo por la nieve, salían por los campos vecinos en busca de sus ovejas, repartidas por las abras de las colinas, donde aún podían encontrar puntas verdes de quilas y las duras hojas del coirón.

Astrosa llamó a su perro:

—¡Amargo, Amargooo!

Su voz se perdió en el viento, estrellada contra los copos aventados con furia, en incesante embestida. No estaba el ovejero en las cercanías de la casa y no acudió a la voz del amo. Tampoco aparecieron los perros de los vecinos, sordo a todo llamado.

Pronto supieron el motivo. Luchando contra el viento que arremolinaba sus mantas, Astrosa y otros hombres, dando el filo del cuerpo al huracán, avanzando con dificultad,

hundiéndose hasta las rodillas, para llegar a la protección del cerro. Unas cuantas ovejas se apretujaban allí con sus mansos ojos asustados, resguardándose del viento con nieve.

Expuestas durante toda la noche a la nevazón, muchas habían muerto congeladas, sin bastarles a su defensa la gruesa almohada con que el invierno las cubría. Los perros las habían desenterrado de la nieve y aparecían al descubierto los cuerpos desgarrados por los voraces colmillos. Algunos animales, al huir de la borrasca, se habían despeñados por los riscos y abajo eran montón de piltrafas sangrantes, comidas por los aguiluchos.

Gruñeron los perros cuando se les acercaron los hombres, con enconada advertencia de su furor. Desconocía a los amos cuando la tortura del hambre retorció sus intestinos. Y eran todos los perros del contorno los que se habían dado cita en el festín insólito. Rodeantes los hocicos, se disputaban los trozos de carne con rabiosas embestidas, revolcándose en la nieve vuelta fango de sucia rojez.

Probada la carne de las ovejas muertas, podrían seguir después dando muerte a las ovejas vivas. Y ya cebados, no habría animal seguro. Preciso fue batirlos a escopetazo limpio, arrojarlos de la vecindad. Formando grupos, tenaces en su apego al amo, rodeaban con sus aullidos el “matadero”, sentados en la linde de los bosques esperando que se aplacase la ira de los hombres; pero los hombres no aplacaron su ira. Las turbas de perros rondaban las casas y huían al advertir toda presencia anunciadora de peligro, de dolor a las costillas.

Al fin, convencidos ya de que nadie los aceptaba, huyeron por los campos, sobre la nieve, y sólo quedaron junto a sus amos los quiltros más dóciles. Formando manadas, los perros alzados dejaron de poner sitio a los ranchos y desaparecieron un día. Acaso prefirieron lanzarse a perseguir las liebres, pacientemente, esperándolas en sus mismas madrigueras.

De tarde en tarde, flotando en el viento, llegaba hasta los campesinos el amortecido agudo de sus aullidos salvajes; o, al adentrarse en los bosques, columbraban formas terrosas, en confusión de lomos y colas erizadas, huyendo al trote por entre la maleza con nieve.

Amaneció el día en que las familias del “matadero” comprendieron que estaban cercadas por los temporales y por el hambre. De casa en casa iban las mujeres con la esperanza que su ilusión mantenía pero que su certeza desalentaba:

—¿No tuviera un poquito de yerba, doña Licha?

—Yerba no tengo, ni harina: apenas piñones.

—Ni las gallinas ponen ¡qué van a poner con este frío! Sabe Dios que nosotros podríamos aguantarnos ¡pero los coltros!

¡Qué va a ser de nosotros este año!

Amaneció también el día angustiado en que se acabaron los piñones y en que las últimas presas, celosamente guardadas, de las últimas gallinas, mintieron gordura en el agua insípida de las ollas. Amaneció el día en que los hombres ni siquiera tuvieron el consuelo del tabaco. Pero las pulperías cercanas estaban llenas: tenían yerba almacenada, yerba y harina y tabaco, pero todo eso lo entregaban a cambio de dinero, a cambio de ovejas. ¡Y cómo lavar oro en el río para pagar la vida si la nieve era amenaza de muerte! Ni tierra ni cosecha tenían ya para responder de las deudas. La escasa siembra de trigo había sido consumida. O fue vendida en verde a los mismos pulperos.

El hambre llegó sobre el hielo a abatir todo el rancharío. Los chiquillos. Lloriqueando de frío y hambre, tenían la nariz violada, moquilleante por el romadizo contumaz que les rayaba en surcos escamosos las mejillas. Voraces y hambrientos, gemían todo el día en monótono lloriqueo y la noche les daba apenas el consuelo del sueño aletargador.

Los hombres habían sacado a luz hacía tiempo los piñones, enterrados a un metro de la superficie desde el instante de la cosecha hasta la llegada del invierno para conservarles su frescura y ablandar su pulpa generosa. Se afanaban las madres en prolongar la escasa cantidad que les restaba; pero los niños elevaban su clamor de hambre y el corazón materno se desleía; se cocían los frutos para molerlos en la piedra y preparar el pan de piñones en husos de pulpa pastosa que el tiempo va modificando. Piñones, piñones y piñones, tarde y mañana, mañana y tarde, salvación providencial que la naturaleza da al montañés. Las mujeres trataban de dar variedad al plato cotidiano y ya era, al almuerzo, un chaví de piñones; ya, en la noche, un guiso de chuchoca de piñones; ya harina tostada, puré o catutos, todo de piñones, como otro palto de la misma olla. ¡Qué fuera del montañés si no existieran las araucarias! ¡Qué es de ellos cuando las piñas no cuajan y es pobre de frutos el año!

Como ahora. Vivían a ración menguada, suficiente apenas para mantenerlos en pie y para dar trabajo a los jugos del estómago, vilmente engañados en su función. Mateaban siempre, pero en vez de yerba mate, el agua hirviente caía sobre hojas olorosas cogidas en los campos: así combatían el frío y simulaban hartazgo.

Pero nada aplacaba la tortura del hambre en los chiquillos. Se arrastraban por el suelo, raspaban con astillas la nieve para dejar el pasto al descubierto y buscar las carnudas hojas de la romaza: sus ásperos jugos provocaban ardores en los estómagos infantiles, les dejaba los dientes verdes y les agrazaba la boca.

En sus chozas, los hombres se movían con el ceño tajado por una angustiada ansiedad o permanecían largamente sentados junto al fuego, hablando apenas. El hambre los cercaba y, a la postre, recurrieron de nuevo a la montaña en busca de solución: armados de garrotes y escopetas y seguidos de unos cuantos perros salieron otra vez y de madrugada, en cuadrillas a perseguir las liebres, armar trampas a los zorros y disparar contra las vizcachas matreras. A disparar y a armar trampas y a hablar de su desdicha y de su odio.

Durante varios días el dolor le había estado golpeando los riñones, sin querer la advertencia de su cuerpo cansado. Don Cisterna seguía en los afanes de la casa o gozaba del calor del fogón cuando afuera bramaba el viento y embestía contumaz contra las paredes, haciendo crujir los tablones.

Un día, ya no pudo resistir:

—¿Qué será esto que tengo? Me duelen los riñones...

Hablaba sin darle importancia. Su mujer y Rosario le escucharon sin gran preocupación: el campesino sufre, de tarde en tarde, de alguna pequeña dolencia que resiste e pie, sin cesar en sus labores. Cuando llega a caer, ya no se levanta.

—¿No será una abertura de carnes? —insinuó Rosario—. Yo tengo aquí unas yerbas pa unas friegas.

—Me ha de pasar luego.

No quería el viejo someterse a remedios: ¡eran cosas de mujeres! Cuando el mal llega es porque no puede ser de otra manera ¡estaré de Dios! Como un animal, su propia resistencia le había sobrepuesto siempre a los dolores y esta vez sería igual. No obstante, ya no podía andar erguido: se curvaba hacia la tierra y cada paso que daba le contraía la cara en mueca angustiosa.

Callado se tiró una media tarde a la cama, yaciendo sobre un costado.

—¿Qué será lo que tiene, María Santísima? —se preguntaba su mujer, y luego ella misma se daba la respuesta—: Abertura de carnes tiene que ser no más...

Consultó con las vecinas. Cada una de ellas emitió su opinión:

—Sería frió que agarró cuando fue a las liebres. Déle janilla.

—Ha de ser de la vejiga. No habiendo pa eso como el palqui.

—Me creo, doña María Ambrosia, que ha de ser postema de adentro. ¿No se queja no más de un dolor al costado? Pulal-pulal es lo mejor. O de no, cacholaquén.

Aplicó a su marido cada uno de esos remedios. Incapaz de resistir, el viejo, hacho todo un solo montón de quejidos, se sometía a las manos de su mujer. Como nada le hiciera bien, María Ambrosia recurrió a las friegas de unto: de un tarro sacó la grasa del animal, sucia de hollín, y frotó el costado del viejo durante un cuarto de hora, insensible a los alaridos de don cisterna, regañándolo blandamente a casa movimiento de la mano:

—¿Y cómo quiere sanar, entonces? ¡Mire que estar ahí quejándose no más porque le hacen remedios, lo mesmo que si fuera un coltro! Aguante, pues, pa que se ponga bueno. ¿O es que no quiere mejorarse?

Don cisterna gruñía, malhumorado:

—No me dé tan fuerte, vieja. ¡Porque de no, en cuanto no más me levante me la va a pagar por junto! ¡Habrás visto!

—¡Se está muriendo y tiene voz pa amenazar! A vos no te lleva Dios, que viejos ha de tener de sobra...

Poco a poco fue don Cisterna perdiendo el ánimo y apenas hablaba ya. No amenazaba ni se enardecía; limitábase, de vez en vez, a decir a su mujer, como si viese próximo su fin:

—Yo ya no sirvo, vieja... Hay vivió tanto que ahora no me hace falta seguir viviendo. ¡Y pa qué!... cuando hasta los pájaros tienen su abrigo y nosotros no tenemos tierra ni na.

—No se desaliente, ya verá como todo va a resultar bien.

Los consuelos no le sanaron su mal. Ningún remedio le sentaba: era una enfermedad que le corría el cuerpo, algo del organismo que la humilde ciencia campesina no atinaba a sanar. Remedios de botica pudieron haberle curado, acaso. Pero ¿quién podía salir a la nieve, a buscar la muerte para intentar dar vida a este pobre viejo? Los temporales se sucedían cada

día. La nieve, durante la noche, alzaba el nivel del suelo y para salir al patio era preciso despejar a fuerza de pala un estrecho sendero, de la casa a la acequia congelada. Del techo pendían las estalactitas heladas. Rosario o Mingo —que pasaba varias horas al día en casa de Don Cisterna para ayudar a las mujeres— sólo desafiaban el huracán para ir en busca de leña. Estaban cercados por el invierno, reunidos alrededor del fuego, consumidos por la angustia de ese hombre enfermo, lamentándose cuando estaba despierto, durmiendo sobresaltado cuando lograba dormir.

Fácil es curar una herida, una abertura de carnes. Pero el mal de don Cisterna era una cosa invisible, de diagnóstico que estaba por sobre los conocimientos de las vecinas entendidas. Fácil es consolarse cuando la enfermedad ha sido acarreada por un árbol que cae de súbito sobre un hombre en la montaña, por una carreta que se vuelca y aplasta a un desdichado, pero esta cosa oculta, este mal que por dentro va socavando, debilitando, hundiendo las mejillas, señalando los pómulos, es cosa que pone pavor en las carnes. Contra ese mal, ¿qué se puede hacer?

Cuando llegó doña Licha, la más entendida en enfermedades de toda especie, llamada como último recurso por la mujer del enfermo, meneó con desaliento la cabeza al ver a don Cisterna:

—Es mal de adentro. Sanará si Dios quiere.

Privados del auxilio del mundo lejano donde hay médicos y farmacias, las enfermedades les señalaban su abandono más que todo el hambre y las privaciones. Veían al viejo cada día perder su vitalidad. Apenas si ahora sentía curiosidad por nada. Y en los primeros días de haber caído a la cama estaba siempre pendiente de las tareas caseras: si habían cortado leña suficiente; si las ovejas tenían forraje; si el caballo era conducido en las noches a pesebrera; si el caballo era conducido en las noches a pesebrera; si los bueyes no se desmandaban pisoteando el escaso sembrado. Después sus ojos se enturbiaron y hablaban poco, con voz lastimera que lentamente iba enronqueciendo, entrecortándose en gemidos.

—Sanará si Dios quiere...

El mal fue penetrando en las carnes del viejo don Cisterna: no lo contuvo el ruego, la oración acongojada de las noches; tampoco podría contenerlo el medicamento de yerbas diversas que preparaban Rosario o su mujer y que siempre llevaban al enfermo cada vez que se quejaba. Y se quejaba despierto o dormido.

La madre y la hija se turnaban para cuidarlo. La fiebre ardía en las sienes del anciano, pero se lamentaba de excesivo frío. Pasaba los días con botellas de agua caliente en los pies, pero nunca lograba entrar en calor, aunque ardía entero. Se le había quemado en la fiebre toda la carne de la cara y la piel se le recogía en los pómulos y la frente. Las barbas crecidas, hirsutas, le hacían más magras aún las mejillas, más pavoroso el avance ineluctable de la enfermedad.

Poco a poco, Mingo fue considerado por doña María Ambrosia como de la casa: era el único hombre con que podía contar y ahora que don Cisterna estaba enfermo y que Dios no quería sanarlo, su presencia era más y más indispensable. Por otra parte ¿no era cosa tácitamente aceptada que se casaría con Rosario?

Muchas noches, cuando el tiempo le impidió aventurarse por los caminos, durmió Mingo en la casa de don Cisterna, tirado sobre unos cueros, arrebujados en unas mantas, junto al fuego. En esas condiciones pensaba en la proximidad de Rosario, en el calor que le daría si durmieran juntos, como debieran.

Se estrechaba el secreto vínculo de ambos a la orilla del fuego, en esa intimidad creada por la nieve que los encerraba en las cuatro paredes de la casa. Sentían crecer en ellos el deseo,

se miraban, en la inacción obligada a que los reducía el invierno, con ojos ansiosos y cada vez que podían, a espaldas de doña María Ambrosia, se apretaban en furtivas caricias. No podrían casarse todavía y ¡ay! Como lo deseaban, sin embargo.

Se decidieron, un día, y Mingo habló a la madre de la muchacha: ella sabía que él era trabajador y que quería a Rosario. Tenía intención de casarse con ella. Formalizarían el matrimonio cuando llegaran los buenos días. El, Mingo, hacía falta en la casa ahora que don Cisterna estaba enfermo, porque ¿qué podían hacer dos mujeres solas?

—Ya lo sabe la ñora ya... —terminó refiriéndose a su madre—. Y está de acuerdo.

—Sí, pues ya los venía viendo yo como estaban los dos —contestó la vieja, con un suspiro—. Algún día tenía que llegar un hombre a llevarse no más a la chicuela. Mejor que hayas sío vos que sos de aquí... Todavía te queda tu partecita de tierra ¡ojalá que nada les falte y que no sean como mi viejo y yo, que al cabo de tantos años de trabajo pa pasar una vejez tranquila, no tener donde caerse muerto!...

Aquella noche compartió Mingo el lecho de Rosario. Afuera el viento hacía hostil el valle y la nieve prendía de los aleros sus velas de frío. Se había desencadenado con renovada furia el temporal poniendo sitio a la casa, brando por los claveros, precipitado en los recuestos, sacudiendo los maderos con su mano poderosa, como para arrancar de cuajo el pequeño rancho. Nada sino mayor goce en el abrazo significaba para los dos dichosos el temporal, olvidados del mundo en la consumación de sus ardorosas caricias.

Más allá gemía el viejo don Cisterna, no en goce sino en afiebrado dolor, calentado por los huesos duros de doña María Ambrosia que trataba de hacerse pequeñita para no rozar el cuerpo de su marido y causarle molestias.

Una mañana, Rosario y Mingo fueron despertados de su rendido sueño por los alaridos de la anciana. En medio del viento aullador, al apretarse contra el viejo para fundirle calor sintió que por el contrario, ella también se iba enfriando.

Don Cisterna era como un leño a la nieve, helado y duro. Lo palpó, con sobresalto repentino. Y se confirmó su miedo. Frío e inmóvil estaba el viejo. Había muerto plácidamente, en pleno sueño.

María Ambrosia se tiró de la cama llorando a gritos. Mingo se levantó a su vez, seguido por Rosario.

Los llantos de las dos mujeres, en la casa de la muerte, ponían un temor incontrolado en Mingo: como un hálito más frío que toda nieve, como una suspensión del aire dentro de la pieza.

Duro es vivir en medio del invierno; pero más dura es la muerte en la solead de la montaña.

Sin quererlo, lágrimas salobres rodaron también hasta la boca apretada de Mingo. Don Cisterna lo había visto crecer ya él debía mucha de su experiencia en el trabajo de las serranías. De él había aprendido todas las leyendas que llenaron de asombrado sueño su imaginación despierta de muchachito montañés, y la alegre disposición con que el viejo se sobreponía a las dificultades de esa dura labor del campesino, se la había transmitido a Mingo en todas las ocasiones de sus faenas en común.

Había llegado la hora de don cisterna, adelantada por la tragedia que cayó sobre su corazón cansado: toda adversidad podía resistir, toda hostilidad de los elementos, pero perder la tierra no podía ser sino golpe de muerte. Un mal así no tiene remedio, porque no es solamente del cuerpo. No lo curaron las vecinas entendidas y, en cuanto a doctor ¿quién busca doctor cuando la nieve cierra los caminos y el viento desgaja los árboles? Tampoco

habría doctor que se aventurase. So lo hubiese, no habrían vacilado en darle todas sus ovejas con tal que el viejo sanara...

Acostumbradas a la desdicha, las mujeres sufrieron la nueva prueba con resignación que ocultaba su callada angustia: sabían que la muerte era una liberación para esa alma hostigada por los pesares de su larga existencia.

Entre todos los vecinos se reunieron cuatro velas para alumbrar el tosco cajón de madera verde aún. Labrado por Mingo y otros amigos a golpes de hacha, crujían los clavos al ser enterrados y brotaba de la madera una espuma verdosa que apretaba el metal que así la hería.

Dentro del cajón, el difunto mostraba una cara de cera amarillenta, empalidecida la frente por la muerte que estiró su arruga hasta dar nobleza al inmóvil rostro barbado. De lleno caía la luz sobre él, pero arrojaba sombras tenues a los lados de la nariz. Cada golpe de viento, al colarse por las hendidias, bamboleaba las llamas y era como si la cara del muerto se animara, oscilando de un lado a otro.

La casa se hizo estrecha para contener a los vecinos. Llegaban los hombres, graves, sombrero en mano, chorreando aguas sus mantas. Se acercaban a mirar el finado, acometidos de un pavor que les metía hilos de frío en los tuétanos, y hablaban después en voz queda, sobrecogidos por esa muerte solapada e incomprensible. Morir con las carnes desgarradas por un accidente ya era distinto ¡pero así! Terrible tenía que ser eso de esperar la muerte, de verla entrarse por los huesos, un día tras otro, hasta detener la sangre.

—¡No había como don Cisterna! Hombre pa prestar una ayuda, duro pal trabajo, amigo como no habiendo.

—¡A todos tiene que llegarle su hora, doña María Ambrosia! A unos primeros, otros después...

Las mujeres, turnándose, iban a rezar junto al cajón. Se perdía en el áspero humo del fogón el olor de la esperma consumida. Hombres y mujeres formaban rueda de angustia al calor de las llamas. Conversaban en voz baja, hablaban del invierno que les fustigaba durante tan largos meses; hacían pronósticos acerca del tiempo y las cosechas. Fue rodando el mate de mano en mano y fueron rodando las horas hasta el amanecer.

No amainaba el viento. Nevó otra vez aquella noche. Arrastrada por las ráfagas detonantes se estrellaba en las paredes la nieve y habríase dicho que los aullidos del viento eran también lamentos de la naturaleza por la muerte de un buen hombre. Pero no lloraron los perros aquella vez, como en anteriores ocasiones. Anunciando habían estado a la muerte; pero una vez llegada con su pavor inmóvil, la voz se entraba al cuerpo de los animales: tal es la explicación de los montañeses.

Pensando en la muerte, los campesinos pensaron también en la vida: hablaron de la propia desdicha, de sus hogares deshechos...

—El rico y su codicia mataron al pobre don Cisterna. Fue Robledo el que expresó esa opinión que en todos los ánimos se hizo verdad.

Para la mujer del viejo, esas palabras fueron una revelación. Con sollozos que le cortaban la voz, recordó pasajes de su vida:

—Guainas éramos todavía cuando nos casamos... El trabajó duro, como tiene que hacerlo el pobre. Vivíamos por Vilicura, sujetos a patrón, pero él era trabajador y no teníamos por qué quejarnos: de comer no nos faltaba... Y después nació Juanito. No quiso Dios que viviera —¡Pobre inocente, ahora había vuelto a ver a su padre! —no quiso que viviera... y una vaca mañosa lo mató de una patá... ¡Ay, más que ahora lloré yo entonces! Pero él me dijo, pa consolarme, que me iba a hacer otro más bonito. Y así no más fue. Grande estaba ya, así

como Mañunguito aquí... cuando lo perdí también. Me lo aplastó la carreta cuando se volvió a la salida de Lonquimay, en un barranco. Uno de los bueyes era mañero... El quedó con una pierna aplastá, sin poder moverse, y por poco no muere también. ¡Hágase la voluntad de Dios! Dije yo. Ya estábamos en la hijuela que estos malvados nos vinieron a quitar y yo no quería tener más hijos —pa qué, si Dios me los quitaba topitos!— cuando me nació esta chicuela. La única no más que vivió. Triste estaba él por no haber tenido un hombre que le ayudara en su vejez. Pero la Rosario resultó trabajadora, medio aloca no más, pero después sentó cabeza... Emperrao era a veces el finao (¡Dios lo tenga en su santa guarda!) pero fue bueno y yo... yo... ahora...

La acometió el llanto con violencia renovada. Se puso de pie y sostenida por una vecina, se acercó al cajón al mirar al hombre que había sido emperrado pero buen marido. Las oraciones la fueron calmando poco a poco, como antes habían calmando ya a Rosario.

—¡Joderse tanto para que lleguen a quitarle la tierra, a echarlo a uno como a un perro de su casa!

Moisés Moreno tenía los labios temblorosos al pronunciar esas palabras. Laura, a su lado, enrojecidos los ojos por el llanto y por el humo. Movié con fuerzas la cabeza en afirmación violenta.

Un golpe de viento sacudió la casa haciendo crujir las canoas del techo, tratando de arrancarlas, ansioso de derribarlas sobre esta reunión de seres sobrecogidos por la muerte y casi olvidados de ella en el despertar de sus rebeldías.

—De pena, de pura pena murió el pobre don cisterna... El hombre es lo mismo que los árboles: cuando lo sacan del cielo onde ha echao las raíces, se seca y apolilla no más... Y eso nos está pasando a toítos. Nos quitaron la tierra y es lo mismo que si nos hubieran muerto a tiros... Calló el viejo padre de Moreno y siguió dando vueltas en silencio a sus pensamientos. Los demás asintieron con lentos movimientos de las caras graves, hechas claroscuros cobrizos al resplandor del fogón y las velas.

—¡Morir a tiros será mejor, entonces, que estarse mano sobre mano, con hambre y sin trabajo! —estalló Moisés, amargado al verse sin tierra donde formar hogar con Laura.

En la mete campesina fue abriéndose paso la idea de luchar por recuperar su tierra. Razón tenía el viejo Moreno: el hombre está arraigado a la tierra; sin ella, muere.

Clareó l día, amorteció el fulgor de las velas, consumidas y reemplazadas varias veces por otras formadas en la misma esperma de las primeras. Le gente comenzó más tarde a desfilar en dirección a sus hogares, desafiando al viento. No nevaba ya, pero al tratar de abrir la puerta, el obstáculo de la nieve la mantuvo clavada en el marco. A fuerza de pala despejaron el camino y sus pies trazaron una senda fangosa de la casa hasta el río.

Algunas vecinas se quedaron a ayudar a doña María Ambrosia en el quehacer cotidiano, ahora que ella, en su dolor, no tenía ánimo para nada.

El muerto presidió, desde su tosco cajón, las comidas y los trajines de sus familiares. Ese día y el siguiente. Imposible llevarlo al cementerio lejano, imposible cruzar los caminos cubiertos por tres metros de nieve. Pero en alguna parte tenía que sepultar al difunto: velarlo un día, pase; dos, también. Dejarlo tres días en la casa, era desafiar a Dios.

Doña Licha llamó aparte a Mingo:

—El finao se está poniendo olisco... Hay que enterrarlo.

—Razón tiene. Hay que enterrarlo.

El funeral, bajo un viento tajante, vio a varios hombres escarbando con furia la nieve, tirándola a favor del viento, revolcada por las ventadas. Más abajo, la tierra fangosa primero, dura después.

No era cosa que las mujeres estuvieran presentes: se quedaron en la casa, consolando a las desconsoladas. A corta distancia del rancho en que vivió breves días, don Cisterna se hundió en el seno de la tierra y fue cubierto por ella. Y sobre la tierra, piedras para que no llegasen a escarbar los animales del bosque. Después, la nieve. Más nieve cuando la noche desencadenó de nuevo su furia blanca.

Apenas amainase el tiempo y se despejaron los caminos, le darían sepultura cristiana en el cementerio lejano, con oraciones y todo.

Un trote de bestia, en el sonido mate de los cascos sobre el patio acrisolado, verificó el alerta de los perros: un extraño rondaba la casa. Era el tiempo del interlunio y a hora del temprano anochecer: el ampo tenía su más denso pavor de tinieblas.

Dentro de la cocina los ánimos se conturbaron en una ansiosa expectación. Nicolás ladeó la cabeza, escuchando atento, tensa toda musculación de su cuerpo. El ruido familiar de un jinete que desmonta —son redoble de metal— lo tranquilizó y su expresión, aliviada de golpe, aflojó los ánimos.

Esperaron. La maciza corpulencia de Robledo llenó el umbral. El resplandor de las llamas caía en sus piernas, rodillas abajo: espuelas sobre las ojotas y pantalón dentro de los embarrados calcetines de lana.

—Buenas noches, compañeros.

—Siéntese, ché. Mingo, póneme una lamita.

Todos en la casa se había acostado ya a engañar el hambre con el sueño. Sólo quedaban Nicolás y su hermano regodeándose junto al fogón.

—Yo ya tengo duro el asiento y lama no me hace falta...

Cogió Robledo el cajón más próximo y allegóse al fuego. Había desaparecido de él todo descaecimiento y su corpulencia no era ya solamente del cuerpo: una serena fortaleza brillaba en lo hondo de sus ojos, hecha preocupación en el sobrecejo. Barbiespeso ahora, una enmarañada selva negra le encuadraba la cara y hacía sombra a la soberbia de la boca. Segura fuerza había en él, aun en el reposo, aquí a la soflama de los leños a medio consumir.

Sabía Nicolás que la sosegada expresión de su amigo ocultaba anuncio de gravedad, tremulante debajo de las palabras indiferentes.

—Mal año se nos venió encima, ché. Mañana fijo que volverá a nevar.

—Fijo.

Todo llegaría a su tiempo. La premura, en estas remotas soledades, sólo conduce a error: la tierra es paciente, las temporadas son largas y el hombre ha aprendido la ciencia de superar el instante de la madurez: de los frutos, de las ideas, del coraje.

Detonaron súbito los piñones que mingo arrojó al fuego. Nicolás y robledo tendieron las manos al regalo y con morosa minuciosidad fueron limpiando los frutos tostados de su cáscara quemante. Masticando la pulpa blanquinosa, robledo miró fijamente las ascuas, antes de hablar.

—Mal año, ché; no podían ser peor. Antes había hambre. Pero antes teníamos la tierra y agora, ni esto. ¡Harto hemos aguantado! Lo que yo, no aguanto más.

Con un tizón de ciprés a medio consumir, Nicolás trazó signos en la ceniza caldeada, sopesando las palabras de Robledo. Se diría que hablaba para sí, cuando dijo:

—¿Y qué se va a hacer, compañero?

—Vamos a morir de hambre con mujer y todo ¿nos cierto? ¡Pa morir, de cualquier laya que se muera da lo mesmo no más!

Se le encendió la cara y el sordo encono de su voz sacudió a Mingo como un guascazo, mientras Nicolás y robledo se miraban a los ojos, imponiendo esté su decisión, buscando aquél el grado de decisión o flaqueza en la determinación del compañero.

—¿Entonces?...

Formuló Nicolás la pregunta cuyo sentido comprendía los dos hombres y Mingo alcanzaba a entrever.

—Entonces, compañero, nos largamos. De comer no ha de faltar: todos sabemos donde hallarlo. Si no han oído a los papeles, quizás si las balas las alcanzarán a oír. Quizás si así se

acuerden de nosotros. Ahora no tenemos más que la voluntad de nosotros mismos. Confiamos en el gobierno y el gobierno no se cuida del pobre, donde no tenemos más que gobernarnos solos. ¡que le importa a nadie más que a nosotros mismos que nos tenemos muriendo de hambre!

—Cierto es. No se merece la yerba. No se merece la harina. ¡Ni pitar se puede tan siquiera! Razón tiene, compañero. Si hay que tirarse enteros, nos tiramos y no hay más. ¡Y los demás niños?

—Hay que tantearlos. ¡Tengo pasión que esta va a ser grande! ¿Quién va a aguantarse en el “matadero”, ché? ¿Qué no ve que son puras piedras? Los que no sean hombres pa defender lo suyo, de todas layas se van a fregar no más. No somos perros ¡miéchica! Para que luego de robarnos la tierra nos muelan a palos, nos quemen las casas y hagan burla de uno echándole a cultivar las piedras. Ahora tenemos que decirles: “hasta aquí no más se llega, amigazo”.

Tras un breve silencio, preguntó Nicolás:

—¿Va a hablarles a los niños?

—Seguro... ¡Bueno la noche fría!

Estiró Robledo los brazos y comenzó a levantarse con pereza sacudiendo el torpor de los músculos molificados por el fuego.

—Mañana, entonces, nos vamos, compañero. Y vos, Mingo ¡callaqué!

—Yo toy con Nicolás.

—Ta bien. Buena noche.

Esta vez ningún ladrido señaló su marcha.

La taciturna pasividad que siguió al primer momento de ira a raíz de la expulsión fue trocándose, al golpe implacable del hambre, en sordo encono y luego en contumaz rebeldía. Cundió en los ánimos un ansia de justicia que buscaba expresión sin encontrarla. Fue ensanchándose en todos los ánimos la necesidad de imponer su demanda al derecho a la tierra y los más próximos ejecutores de una voluntad superior —realizada, cierto es, como insólita servicia— fueron el blanco del odio, su primera reacción: los verdes. Después de ellos, el rico y el pulpero. Regodeándose en la abundancia mientras el poverrío moría de hambre.

Voces calladas iban en la noche, de amigo en amigo, enfervorizando la sangre hasta que la voluntad de todos fue una sola.

Las sendas abruptas vieron jinetes solitarios, confundidos con la sombra maciza, cruzando de todos lados y a la misma hora de común gravitación: la casa de Nicolás, primero, cuando los confabulados eran pocos; y en plena montaña después, en el chenque que Nicolás descubriera, cuando los verdes comenzaron a sospechar que algo se tramaba.

En las casas, al llegar la noche, en rueda, hombres y mujeres comenzaban a hablar quedo, con pausas sobresaltadas y oído atento apenas resonaba afuera un ruido extraño, aunque no más fuese el vuelo de un oscuro pájaro nocturno o la trisca del viento entran las ramas. En todo el contorno crecía como sorda inundación a instintiva reacción del montañés al ser despojado de único que lo enraíza a la vida: la tierra. Comenzaba a entrever que en todos ellos, unidos, había una fuerza poderosa; que algo podría lograr el común alzamiento de su rebeldía.

Libremente había cultivado su tierra y sabían que uno solo nada podía hacer para recuperarla; las voces aisladas, reunidas en un solo grito, llevarían más lejos el sonido.

Habían tenido campos propios para cultivarlos y su vida dependía del esfuerzo de sus manos. Después de probar el sabor de la libertad, dolíales someter a servidumbre el dolor de sus riñones, esclavizarse a patrón que explota o a pulpero que roba en el peso del oro lavado, endeudarse para toda la vida y no tener ya jamás nunca un trocito de suelo que poder llamar suyo, donde criar hijos y animales y donde sembrar y cosechar para ellos mismos: destino de servidumbre que les retorció las entrañas y los hacía mirar la muerte sin miedo. Eso mismo debieron sentir los indios en los días de las encomiendas. El látigo en el lomo después de la libertad de los bosques, la vida uncida al golpe y al hambre. Preferible morir.

Pero antes, hacerse oír de alguna manera: recuperar la tierra con la violencia si con la violencia se las habían quitado, ya que la humildad en el pedir era desdeñada.

El campesino libre ha aprendido a saborear su libertad y se ha dignificado en su altivez. Bajo servidumbre sentiría la injusticia del hostigamiento, ¡cuando él es tan hombre como el patrón más hombre acaso! Nada hay que de él lo diferencie sino el dinero que compra ropa y compra educación... si es con que el patrón no considera inútil ese último artículo.

Son tardos los montañeses en sacudir el agobio depresivo de la servidumbre de siglos; pero la tardanza en desperudir la dormida altivez hace más violento el estallido: así va el fuego en el bosque a rastras por el pasto para reventar de golpe en el incendio devastador. Es tarde en llegar a la violencia y leal en sus afectos: como un perro se apega a la bondad y como un perro cuida al amo que de vez en vez tiene para él un gesto afable.

He aquí el error del dueño de vastas tierras: no dar bondad y pequeñas comodidades a quien sabe agradecerlas. Los grandes terratenientes viven añorando la época de las encomiendas, sueñan con el pasado inquilino era un siervo, siguen viviendo en esa época. Suyo es el error si no han comprendido que el campesino no está hundido en la sombra colonial; que hay contacto entre él y la ciudad, entre la tierra de sembradura y la fábrica; que el progreso del mundo es como una epidemia: llega hasta los rincones perdidos como una influencia que no quiere agente directo, que se transmite de suyo, y hasta el campesino analfabeto sabes entonces que el obrero de la ciudad tiene asistencia social, medicina, horas de trabajo reguladas y pagadas las que trabajo en exceso, que pueden adquirir casa pagándola a largo plazo, mientras que él nada de eso tiene, está solo, en una soledad más terrible que la de los siervos, porque ya ni siquiera tiene a su patrón.

El patrón verdadero murió cuando murió en él el amor que le tenía a la tierra y le hacía apreciar al inquilino por lo menos tanto como a uno de sus bueyes y como a uno de sus bueyes lo cuidaba.

Murió el patrón cuando el dueño de la tierra la consideró un comercio y no herencia de cariño que devuelve los cuidados con un mayor rendimiento de su entraña. Desapareció el agricultor enamorado de la tierra, capaz de cultivarla él mismo, y dio paso al terrateniente, cuyo fondo no pasa de ser una renta, para gastarla en las ciudades, que pide más renta, más aún, para gastar más y más lejos de la tierra.

Entonces, al desaparecer el patrón, desapareció también el inquilino que en cierto modo pertenecía a la familia de su patrón y en generaciones y generaciones se apegaba a una misma tierra que podía considerar suya porque allí trabajó y murió su padre, allí trabajaba y moriría él y allí trabajaban y morirían sus hijos. Los patrones no fueron ya sino desalmados capataces: exigían más trabajo con menos paga y en su afán de explotación total del suelo quitaron a los inquilinos del trecho que constituía granjería ancestral. Miraron al hombre no como un humilde colaborador sino como a un mercenario despegado de la tierra que cultiva

y al cual es preciso explotar, arrancarle, a más del sudor y la sangre, el dinero que le entrega en pago de sus afanes, ingeniando medios de mercader: la pulpería.

Ni patrón ni inquilinos hubo ya: sólo explotador y explotado. Ni el patrón ni el inquilino sentían ya el amor a la tierra: era caja de fondos para el amo y cadena de servidumbre odiosa para los otros. Los humildes por ser humildes, quieren seguridad: saber que con sus familias pueden contar con un cobijo hasta la vejez, no sentir fluctuar siempre sobre ellos la amenaza de expulsión, la vagancia en busca de trabajo por los caminos.

Y por eso, la tradición de confraternidad entre el dueño de la tierra y el que la trabaja, ha desaparecido para siempre de nuestros campos.

Por no haber comprendido que el hombre, por bajo que esté, quiere dignificación de su calidad humana, los terratenientes temen hoy el clamor del campesino que busca su propia dignidad, y que está a punto de encontrarla. En lugar de reparar el daño, mientras el tiempo dura, lo ahondan más hasta crear un abismo en el cual, a la postre, van a hundirse.

Ese abismo se abrió en los ásperos lomos cordilleranos del Alto Bío-Bío. Lo mismo que la puelchada que se insinúa en un cielo anubarrado y en una brisa llena de destemplada viveza para atronar a poco derribando árboles y rocas, a la sordina iba creciendo por el contorno el espíritu de rebelión, tajando un sobrecejo de rencor en las frentes curtidas. El estupor de bestia herida que los abatió después de la catástrofe fue cauce de enconada violencia.

A la tarde y en secreto, la tragedia de uno encontraba en otro ponderada simpatía y fueron rencores y desahogos comunes de unos cuantos hombres junto a una fogata, y de otros hombres junto a otras hogueras, los que de a poco, en el callado progreso de los grandes designios, caldearon sus ánimos y fueron acicate para la acción: alzarse todos y, con la fuerza del número, hacerse oír, hacer valer los derechos que les habían sido arrebatados.

Iniciaba la lluvia crepitación pertinaz sobre el suelo enfangado cuando Robledo fue una tarde visitando a sus compañeros, de uno en uno. Se acercaba con disimulo, hablaba brevemente y en voz baja y se relajaba a paso vivo bajo la lluvia, en busca de otro. Nicolás, a la misma hora, llegaba a visitar, desde su hijuela de Ránquil, a sus amigos del “matadero”. De casa en casa y de hombre a hombre iniciaba lenta conversación y se marchaba. Uniósse a Robledo en la ceja del monte cuando del cielo agrisado caía la tarde con premura y cerraba el dilatado anochecer.

Llegados al río, negro de sombra y rugidor de violentas aguas, desafiaron el trueno de sus vértices lanzándose por el andarivel, cara al cielo, en rápido avance uno tras otro. Alejáronse después del camino que va tajando la montaña para perderse en el Paso de Polul. Por la costa del cerro, en la longuera junto al río, continuaron en silencio la marcha tesonera, cruzaron de nuevo el río de tronco en roca, a tientas y con recelo. El negror de la noche era tan denso que Nicolás divisaba apenas a su compañero, a dos pasos de distancia, como una sombra difusa.

Urdieron su camino entre las quilas y la espesa maraña de una cañada. Con paso seguro, como si la oscuridad para ellos no existiese, ascendieron por el faldeo abrupto, reptaron como animales del bosque bajo la tupición de ramas y desaparecieron de pronto, tragados por la tierra: una amplia gruta los acogió con súbito resplandor.

Adentro el aire estaba tibio, fulgía una fogata cuidadosamente alimentada por mingo. El muchacho, al pronto, no existía sino como una saliente parda de la roca; estaba al fondo de

la caverna, escopeta a la cara, pronto a disparar. Bajó el arma al reconocer a los dos hombres.

—Era por si acaso —explicó, dejando la vieja escopeta apoyada en el muro. Sentóse a la orilla del fuego.

Los dos llegado hicieron lo propio, luego de sacarse las mantas chorreantes.

—¡La pucha el frío grande!

Y Nicolás deshizo un cigarro de papel amarillo para liarlo a su modo, angosto por un extremo, ancho por el otro. Tendió un pitillo a Robledo y fumaron en silencio un rato, disfrutando del calor que les sollamaba las barbas.

—Luz había en la casa de la Celia —dijo Robledo, de repente, dejando que el pucho le colgara de los labios.

Un solo sobresalto acometió a los otros dos: Nicolás recordó de golpe sus noches con la mujer. Había dejado de verla por propia decisión cuando tenía ocasión de visitarla: después, la llegada de Astorga, marido de Celia, puso una valla deseada a esas relaciones. Mingo sintió un frío que le clavó el espinazo e instintivamente se encogió de hombros. Avergonzábale, ahora, la mención de esa mujer que en un tiempo despertó en él los acicates de su virilidad.

Pero Robledo seguía sus pensamientos y los expresaba con lentitud:

—Tengo pasión que la Celia habría de servirnos. A ver qué dice. Porque sí nos tá con nosotros, ¡mucho ojos! Tiene amigos entre los verdes.

Saltó Mingo, rencoroso:

—Amigo tiene en todos lados.

—Usté, compañero, que vive cerca, quen sabe si podría...

Nicolás no se inmutó. Contestó, lacónico:

—Ta bien, le hablaré.

A la entrada de la caverna, la armazón de quilas chorreaba gruesos goterones y asordaba afuera el estruendo de la lluvia con viento. Se prolongaba la espera.

—¿No vendrán?

Mingo tenía todavía la impaciencia de sus diecinueve años; Robledo y Nicolás, la clama de la madura experiencia.

—Han de venir.

Como a un conjunto, rumor de hojas holladas entre el concierto de la lluvia les anunció la inminente llegada de extraños. Se les anunció, asimismo, el repentino envaramiento de los músculos de “Quienanday” y su mirada clavada en las quilas de la entrada, hacia la cual se dirigían también sus orejas enhiestas. El perro de Robledo gruñó con sordina y su amo lo silenció con el represivo gesto de la mano. Después martilleó con clama un revólver de chispa.

El chonchón pasó gritando tres veces, ominoso y cercano: tué... tué... tué... Robledo guardó su arma. A poco, una mano descorría la maraña de ramas y asomaba la cabeza del viejo don Lucas Moreno:

—Noches, compañeros.

Se sacudió la manta y la dejó escurrir chorrillo tremulante de agua. Tras él, su hijo Moisés y Astroza. Parados los allí, el resplandor de las llamas marcaba en trazos contrastados sus caras humedecidas, uniformadas por las barbas crecidas y por el rebrillo de sus ojos encandilados.

Ya sentados, Astrosa comentó:

—Esta no es noche ni pa que las brujas se junten en el Reni.

—Es lo que tiene de bueno —anunció Nicolás, sentencioso.

Y Moisés, al par que tendía las manos a la hoguera:

—El río viene enfiereció... Los remolinos suenan como toros.

Calló. Otros llegaba precedidos por el grito de un ave nocturna. Pronto cruzaron la disimulada entrada y aumentaron la rueda de caras barbudas y ropas mojadas, vaheantes al color. Unos tras otros fueron llegando, veinte a lo menos, disimulante en lentas sonrisas la gravedad de la hora. Viejos y jóvenes, acurrucados en inmovilidad hierática alrededor de la hoguera, señalados en cobre por el fulgor de las llamas y envaguecidos sus rasgos por el humo. Esperaron a que hablase Robledo, sabiendo ya lo que diría: bien pudiera no decir nada y todos se habrían retirado seguros de que nada podría detener el estallar de su coraje.

—Vamos a ver que lo que se va a hacer...

—Yo digo, compañeros, que nosotros lo que queremos es trabajar la tierra, hemos vivido aquí desde chicos, casi todos. Nosotros cultivamos estos cerros. Tuvimos que voltiar los árboles pa armar la casa y tuvimos que andar por la nieve pa cuidar los pocos animales, que pa muchos nunca le alcanza al pobre. Y hace tiempo que nos vienen jodiendo. Si no es el pulpero el que nos roba en la en la mercadería y nos cobra un ojo de la cara, es el rico que no deja pasar por su fundo las carretas con trigo o piñones si no se le da maquila. Si no es el pulpero, es el rico. Si no es el rico, son los verdes. Pero los aguantamos. Seguimos trabajando. Y siguieron jodiéndonos. Que les robábamos las ovejas; y las ovejas se les habían enmontañao cuando no se las habían comío ellos mismos. Y dar palos los verdes... Los aguantamos. Echaron los chanchos a los piñones; los aguantamos. Pero ahora nos quitan la tierra nos queman la casa, nos apalean y después nos botan como perros mal paríos a morirnos de hambre en un peladero. ¿Los vamos a aguantar? ¡Yo digo que si somos hombres esto no lo vamos a aguantar! ¿Así que qué vamos a hacer?

Saltó por sobre el trazo negro de su manta una voz enroquecida: Robles.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Y si lo hacemos? Después nos van a fregar no más...

En ese momento el pasmo golpeó los cráneos. Crepitaron los leños en el silencio y se hizo más denso el vozarrón del viento. Lo apagó Nicolás de un latigazo.

—Harto hemos aguantao ¡y los atropellos no se los aguantamos a nadie! ¡Lo que justo es justo!

El círculo de caras iguales en su marco de pelos hirsutos asintió con pausado movimiento de cabeza. Los hombres se agitaron en sus asientos. El viejo Moreno dejó caer su oscura frase:

—Toos tenemos el mismo derecho.

—Es lo que yo digo —subrayó Nicolás—. Oigan, compañeros, vamos a ver: el rico, ¿dónde tiene sus papeles? ¿Por qué son dueños de leguas y leguas? Porque se la robaron a los paisanos. Hablen con ellos, pregúntenle al cacique Panitru, a todos los paisanos viejos.

Alguien interpuso:

—Ellos eran los dueños, los paisanos, porque vivían aquí una punta de años, desde antes que se hicieran las leyes y los papeles timbraos...

Rehaciendo su cigarrillo, miró Nicolás las llamas y habló otra vez con pausa:

—¡Hay tá! Los mataron, les robaron sus tierras, ¿y ahora vendrían a querer hacer lo mismo con nosotros? ¡No, carajo! ¡Ni en piltrafas nos sacan de estas tierras!

—¡Antes los charquiamos a toos!

Robledo, el de las decisiones irrevocables lanzó la cuchillada a fondo en el ánimo de todos los campesinos.

—¡Eso! —grito entusiasmado el viejo Moreno; luego, entre perplejo y dudoso, se rascó la coronilla y carraspeó con timidez en que se adivinaba el temor, antes de preguntar—: si hay que hacerlo, lo hacemos. Pero yo digo ¿vamos a ser nosotros no más?

Robledo se levantó. Su estatura se agrandaba con la sombra que de él arrancaban las llamas, prolongándolo, quebrado, contra el techo de piedra caído hasta tocarle la cabeza.

Somos pocos, seremos más. Todos los del “matadero” que nos tamos muriendo de hambre. Los mineros del Tallén, del Pedregoso y Las Juntas, que se están muriendo de hambre. Los indios, que antes que nosotros han sido apaleados y robados. ¡Todos, carajo, como un solo hombre!

—¡Eso!

—¡La tierra es de nosotros porque la trabajamos con estas mismas manos!

—¡Eso!

Era don Lucas, de pie también, quien subrayaba cada exclamación con su interjección favorita.

Los campesinos se contemplan las manos callosas, sienten el juego de los músculos poderosos en el movimiento de los brazos, se saben fuertes y comprenden vagamente la necesidad de oponer a la violencia la violencia de su propia fuerza. A las balas de los armados se puede oponer la munición de las viejas escopetas y los proyectiles de las armas que la ocasión les vaya entregando. Pero más que nada, la decisión de rebelarse es cosa que se decide sin pensar en las consecuencias, conociéndolas, acaso, como fatalidad que hay que encarar, igual como se encaran los temporales: de algún modo el montañés tiene que hacer valer sus derechos, dar expresión a la dignidad ultrajada. ¡morirán muchos sí, pero el cristiano para morir ha nacido!

—Recurrimos al gobierno. Le pedimos que obligara al fisco a vender al fisco sus tierras y él las revendiera después a nosotros pa pagarlas en treinta años. El gobierno no quiso hacernos caso. ¡Ta tan lejos el gobierno! ¿Y qué le importa la suerte de estos pobres hambres que viven en las montañas como las cabras? ¿qué le importan a él estos muertos de hambre? Los muertos de hambres aguantan. Aguantan mucho... ¡Pero ahora, compañeros, los muertos de hambres no aguantan más! ¿Tenimos sangre o tenemos agua en las venas? ¡Manos tenemos pa defender la tierra, pa defender las vidas de las mujeres, de los hijos y de nosotros mismos, y manos para morir quitándola!

Dejó Robledo caer sus palabras con mesura, seguro ya de que sus compañeros sentían, como él, arder en el cuerpo el ansía del desquite, que estaban, como él, dispuestos a defender la tierra que les había molido los riñones en años y años de constante esfuerzo.

Terminó:

—Tenimos que organizar la cosa, compañeros.

Las caras, a la luz de los ya tenues reflejos rojizos y amarillentos de las pavesas, adquirieron reciedumbre de cobre en los pómulos:

—¡Pa eso estamos aquí!

—¡Eso!

En Quilleime podimos reunirnos mañana —propuso Nicolás—. Y llamamos a toda la gente. Y se acuerda cuándo nos largamos.

—Ta bien.

Pero Robles tenía miedo. Pensaba en las carabinas y pensaba en la muerte. ¡Tanto podía vivir! A él no lo habían expulsado: conservaba la hijuela. Y allá, a lo lejos, estaba Temuco, la ciudad donde las mujeres tenían los brazos cariciosos y los besos pródigos. Allá estaba

Temuco, donde arrojaba a las patas de los caballos el dinero que le producía la venta de alguna oveja. Sin mirar a nadie, comenzó a hablar:

—Lo que conmigo no cuenten. No sacan ná con levantarse. Por su bien se los digo.

Comenzó a estirarse con lentitud, bostezando, rechazando con pausa el torpor del calor.

—¿Pa ónde se va, compañero?

Moisés, con su voz de pereza, lo detuvo en seco. El fuego arrancaba rebrillo fiero a los ojos ceñudos del muchacho.

—Me voy.

—¿No irá a denunciarnos, compañero?

El ruedo de hombres se inmovilizó. Comenzaba el frío a vencer el tibio regalo de la gruta. Miraban, ojos sombríos, barbas hirsutas, ánimo conturbado, sin decir nada.

—¡Claro que me voy agora mesmo a Lonquimay!

Soltó con rabia y desafiante esas palabras, fríos los ojos en despreciativos destellos. Le irritaba que fuese Moisés quien le interpelaba, el mismo muchacho que se le había adelantado, llevándose a Laura y su cariño, cuando él estaba vacilando entre conquistarse o no a la muchacha, dudando entre su libertad de hombre solo y la esclavitud amorosa de una mujer constantemente a su lado. Secretamente, guardaba rencor a Moisés.

Moreno, el joven, lo contempló largamente, sopesando la decisión del hombre, sentado siempre pero alertado en tensión. Su voz fue persuasiva:

—¡Aguántele, ché! Entre en razón. ¿Y a sus amigos, a sus compañeros les va a hacer ese mal? ¿Asís que no puede quedarse callado, aunque no entre en la cuestión?

—Yo no tengo na que ver. Si me callo, el pellejo mío es el que la va a pagar. ¡Si no habré de saberlo yo! Ahora mesmo me voy. Se levanto, bruscamente decidido, e inició de lado, el avance hacia la salida. De nuevo la voz de Moisés lo inmovilizó como si lo hubiese clavado a la dura roca:

—¿Nos vai a denunciar? Bueno, anda ¡pero por ésta que no llegai a salir! ¡Soy como charqui e macho e porfiao!

—¡Calla la boca, si no sos más que lengua! Me voy ¡si no sos hombre vos pa detenerme!

Avanzó, ciego de coraje. Moisés, mientras los demás campesinos, pasmados hasta la inmovilidad, no atinaban a hacer nada, lo detuvo antes que robles llegara a la salida. De un salto se le plantó por delante y a boca de jarro le descerrajó en la frente un escopetazo.

—¡Los traidores están demás aquí!

Cuando se disipó el humo del estampido, la primera sangre había caído a chorros. En su roja complicidad se afirmó en una sola la decisión de cada uno de los confabulados.

El agua de las continuas lluvias siguió su vertiginoso derrotero cuesta abajo, de colina en cañada y de cañada e valle, y llegó a abultar el Bío-Bío, llenó de orilla su cauce dilatado. Iba profundo y lento desgarrando los altos montes en deslizamiento implacable. Sordo y lento como sus aguas, el cauce del levantamiento campesino fue arrasando con las voluntades, recogiendo afluentes y elevando su nivel, hasta el instante súbito del rebalsamiento irrepresible.

De Nitrito a Ránquil, de Ránquil a Quilleime, de Quilleime a Lolco y Trubul, todos los hombres oscuros de la montaña se unieron para defender a los expulsados. El corazón mapuche recordó también la vejación de siglos y resurgieron en él los dormidos instintos del malón. El cacique Maripe, a toques de cuerno como en los días en que sus antepasados opusieron el pecho a los fusiles “Comblain” de las tropas chilenas, frescas de guerrear en el Perú, que se metían por los vericuetos cordilleranos en son de “pacificación”, convocó a sus mocetones al *koyag*. Reunidos en la espesura de los montes, bajo el símbolo ancestral de las araucarias erectas, Maripe inició el ritual con la frase consagrada, que disimula el propósito de la convocación en el interés por los convocados:

—¿Ngelai dungun tufá?

Sí, hay nuevas y las nuevas que hay son todas de carácter trágico: los malos huincas asolan los campos, expulsan a balazos a los buenos huincas, y abaten sus cosechas. ¿Qué puede hacer el buen huinca en semejante trance? *Inolu lakei*: El que no come muere”, muere de hambre, cierto es. El buen huinca no quiere morir de hambre, quiere recuperar la tierra labrada por él.

He aquí el objeto de la reunión: ayudando al buen huinca, el mapuche se ayuda a sí mismo. El mapuche ha sudo siempre despojado del suelo de sus antepasados ¿y quién dice que hoy, desalojados los buenos huincas, no serán perseguidos también los mapuches por huincas malos? Todos los augurios son favorables a la empresa: no ha gritado el chuncho, presagioso de desgracias; ni ha hablado la noche el tiuque ni ha volado a roncas voces el chonchón. No cantó la diuca: habrá guerra.

Maripe alza el brazo con el cuerno en alto para alzar su grito de guerra, casi olvidado ya:

—¡Y afluiguyen puke conai!

Sí, se esforzarán los mocetones. Y aunque se tiña de sangre el río y atruene de balazos la montaña, lucharán con los buenos huincas en el difícil trance.

Encendieron grandes fogatas al frío de junio. Los leños de araucarias ardían sonoras y repentinas explosiones. El viento hostigó las llamas, zarandeándolas en lenguas sinuosas. Más allá, el bosque, la montaña y el río los encerraban en su limitación estrecha. Del otro lado de esas barreras podría no existir el mundo y todo cuanto a él se refiere es aquí cosa de leyenda. Pocos campesinos han salido más allá de Curacautín. Apenas en el último tiempo han sabido del vuelo de los aviones: revoló un día unos de esos pájaros extraños y aterrizó en la planicie de un cerro: buscaban, según decían, petróleo, bituminas, ¿qué sabían ellos!

Curacautín, Temuco, victoria: las ciudades que alguna vez han visitado. La primera la conocen todos: las otras dos, los mocetones llamados al servicio militar. Pero han sabido del mundo y de los servicios sociales a los obreros de las minas y las fabricas: lo aprendieron trabajando en la construcción del túnel de Las Raíces. Muchos dejaron allí el sudor; unos pocos, la vida; otros escaparon por milagro de la muerte: un derrumbe, apenas el año anterior, había sepultado a cuarenta y dos obreros, todos del contorno, y allí,

sofocados, aspirando el aire pesado de polvo, esperaron cuarenta y seis horas cargadas de amenaza el instante de ser salvados.

Ese contacto les mostró el abandono en que estaban. ¡Podían muy bien no existir gobierno alguno en la capital lejana y en ada cambiaría su vida! En otras partes creaban escuelas; en esos campos, no. Nada. Que el campesino se rasque con sus uñas. Y, como hasta entonces, los campesinos dispusieron seguir haciendo uso de sus uñas.

Después de las primeras lluvias, se sienta el frío en las cordilleras y las nevazones caen implacables. Sólo de tarde en tarde amaina el frío y vuelve la lluvia a enfangar la nieve. Así estaba ahora, enfangada por las pisadas de muchos hombres en la planicie que los albergaba. Del otro lado seguía siendo muralla uniforme, rota por las copas de verdor intenso y por las armazones desnudas de los troncos.

El campamento estaba en pie de guerra. Hasta armas de fuego tenían. Los afortunados retenían entre sus manos unas escopetas viejas que apenas disparaban y celosos de joyas tan preciadas, las sobajeaban con cariño y por nada las soltaban. A algunos les abultaban las caderas, enormes revólveres porque ni en Curacautín había munición para ellos: reliquias de sus viejos, conchabadas por los soldados de Drouilly en los últimos años de la pacificación de la Araucanía. Los más se contentaban con armas de guerra que antes eran implementos de trabajo.

No se apuraban por la falta de armas: las tenían los verdes.

—Voy que se las quitamos.

La afirmación de Robledo fue acogida con risotadas y exclamaciones aprobatorias. Si no se tiene armas ¡se las busca donde las hay y san se acabó!

—¡Voy que se las quitamos!

—Y mañana comenzará la fiesta.

Así estaba acordado ya, distribuida la gente en grupos diversos, cada uno con su misión específica.

Agudos ojos atalayaban las sendas y señalaban toda presencia que se acercara al Bío-Bío, por Chivalco, donde está el lancharo; a quien cruzase el Bío-Bío, frente a Quilleime, sitio de reunión de los amotinados, o, por el norte, toda señal de peligro más allá de Llanquén. Más temida era la infiltración de afuera adentro que una deserción, pero los alertas vigilaban en cada punto, detrás de los matojos, la doble confluencia de los caminos y las sinuosidades de los más escondidos *rupus*.

Y si alguien escapó más de alguien, los más se quedaron. Entre ellos los había tibiamente plagados a la revuelta, incapaces de dar parte a la justicia por la vigilancia de todas las rutas. Pero la socarronería campesina los tenía señalados: habían sido cogidos por las voluntades aceradas como en un torbellino y entre dos males escogieron, por de pronto, el menor. Menos pobres que los demás, acusaron a veces a algunos de los otros de robo, y el temor a la muerte inmediata los llevó a juramentar fidelidad; pero sólo aguardaban la ocasión de filtrarse y escapar. Ortiz era uno de esos.

Nicolás tenía con este último una vieja cuanta que saldar.

Cuando se reunieron los campesinos para iniciar en definitiva el levantamiento armado, los más contumaces fueron nombrados jefes de diversos grupos. Y Nicolás fue uno de los principales.

Aquel día era preciso matar el hambre: mañana podrían no ver la luz del día. Las mujeres y los niños reclamaban alimentos. Un buey, por lo menos matar un buey ¿quién daría un buey? Marrulleros, probarían a los emboscados.

Nicolás, con un grupo de sus más leales amigos —Mingo iba entre ellos— conoció entonces la dulzura de la venganza.

Se fue derecho a ver a Ortiz:

—La gente tiene hambre y hay que matarle un buey.

Ortiz, zorro viejo, se hizo el desentendido.

—¿Y de hay? Mátenselo, pues.

—Usted lo va a dar ¿nos cierto, compañero?

—¡Yo no doy na, le prevengo! ¿Por qué iba a darlo yo?...

—¿No lo va a dar, entonces, compañero, cuando usted es el que más tiene? Cómo va a ser eso, compañero...

—¡Esto sí que es! ¡Está buena la broma, don!

—¿Así que no lo va a dar? Porque si no nos da el buey... La gente tiene hambre y si saben que usted se ha negao... En fin, ¡usted sabrá!

—¡Ahá!... si es así, vamos a buscarlo, entonces.

Y él mismo señaló el buey que había de ser sacrificado: el más flaco, por cierto, viejo, anquiseco y algo enfermo, pero con carne suficiente para aplacar el hambre de todos los campesinos.

El animal fue muerto, desollado, cuarteado y repartido en trozos.

Atravesados en resinosas varillas verdes, rojantes, los trozos, soasados apenas, eran arrebatados del fuego por los chiquillos ansiosos de clavar los dientes en el manjar regodeado.

La carne sobre las brasas ¡qué grato aroma, amigos, qué olor a las narices hechas al lerdoso del chaví de piñones! Esa era carne y mañana podían morir.

Pero hay en la muerte no pensaban nadie. A dentelladas desgarraban la jugosa pulpa. Y sobre el asado, un taco de aguardiente para espantar el hielo.

Al resplandor de las hogueras, hombres y mujeres olvidaron la angustia. Olvidaron también que en breves horas serían como animales perseguidos que se revuelven furiosos para dar cara a la muerte, decididos a morir, pero a morir matando.

Los jefes concertaban la acción, distribuían los grupos de ataque: caerían de sorpresa sobre el contorno, harían provisión de alimentos, conseguirían armas y después, a hundirse en la maraña y a cazar al enemigo como quien caza zorros.

Sobre la nieve fue cayendo la noche. Y sobre la noche, comenzó a caer la nieve.

El amanecer turbio desgarró el horizonte, sobre las montañas en resplandor mortecino: la nieve tenía refulgencia metálica.

A los dos hombres, en la pulpería de Troyo, se les demudó la cara cuando los vieron llegar, tan de mañana y con tanto frío. Estos bien podían ser de los alzados. O bien no. Porque decían que la gente estaba soliviantada...

Los vieron cuando los seis hombres emponchados bloquearon el hueco de la puerta. Llegaron en silencio. En silencio entraron, despidiendo en vaharadas la respiración. De las mantas les goteaba humedad y traían las ojotas embarradas. Debajo de las mantas, las manos. ¿Qué podían traer en las manos estos muertos de hambre?

Los dos de la pulpería endurecieron los ojos para mirarlos: sí, eran los mismos campesinos mansos de siempre. Los mismos ojos plácidos, las mismas caras barbadas. Pero era incómodo estar con ellos en el estrecho interior de la pulpería, tan de mañana, con tanto frío, con el frío que había visto junio.

Eran las mismas caras plácidas de siempre. Pero algo tenían, algo de gatos, hasta con el cuerpo lleno de alertas, como los gatos. Y en los ojos, una cosa de cálculo, una cosa más fría que el campo nevado, un frío con fulgor de muerte. ¿Si no serían de los alzados?

Se miraron los dos de la pulpería, ojo a ojo, miedo a miedo. Cierto que a veces los había tratado mal; cierto que les habían vendido caro, robándole al peso; cierto que alguna vez los amenazaron. Con franqueza, alguna vez fueron duros con ellos; alguna vez dispararon contra uno que otro sólo fue porque les habían alzado la voz. Cierto que fueron duros; pero no para morir de esta muerte, de la fría muerte del acero frío.

O, acaso, este miedo que se les entraba por las articulaciones no tuviese motivo. Estos hombres... el pulpero abrió los labios en la mueca de una sonrisa: los tenía tirantes y les dolían ¡este frío! Se frotó las manos detrás del mostrador; comentó:

—¡Bueno con el frío grande! Un traguito de chicha no vendría mal ¿no es cierto?

Moisés Moreno (lo apodaron “Charquimacho” desde aquel día en que cortó la traición de un escopetazo) se echó las puntas de la manta a los hombros: aparecieron sus brazos, sus manos vacías, grandotas, coloradotas, colgantes de las mangas demasiado cortas. Con palabras calmosa sintió:

—A eso veníamos...

¡Bueno lo que es el miedo! El alivio del pulpero fue grande: le fulguraron los ojos y dos manchas rubicundas le tiñeron los pómulos. Pasó a la pieza trasera con alegría y, al pasar, miró a su compañero que bloqueaba la puerta: ¡qué cosa el miedo, amigazo! Le dijo con los ojos burlones.

Un son alegre tenía la chicha de manzana al ser trasegada de barril a jarro. La probó el pulpero: en su punto, ni muy agria ni muy dulce, pero con fuera de champaña. Por la ventana, mientras echaba atrás la cabeza para apuntar el vaso hasta el fondo, vio el manzanar desnudo con las barbas de sus añejos líquenes emblanquecidos por la nieve. Blanco de nieve el campo todo, como si sobre él hubiesen vaciado harina, pisoteándola después.

No se oía ruido en la pulpería. Llevaría la chicha tal como estaba, sin aclararla con un poquito de agua. Volvió al mesón, calculando la sed de los campesinos para regular el precio. Eran seis. Sí, dos litros andarían bien.

Las caras estólicas se avivaron sobre la parda inmovilidad de las mantas. Desde la puerta, el pulpero les vio los ojos extrañamente iluminados a la vista del jarro burbujeante. Como ansiosos de beber, de arrebatarse el licor de las manos. Uno de ellos, ese muchachón de

gruesos dedos tumefactos, se adelantaba hacía él. Le vio, de cerca, el brillo de muerte en los ojos.

—¡No!

Retrocedió, mostrados adentro. El revólver. ¡Por qué no lo llevaría en el bolsillo! Ahí estaba, cargado, en el cajón de la plata que no tenía plata todavía. No alcanzó a legar: un frío le penetró desde un costado las articulaciones y se derrumbó sobre el mostrador. Al caer, el jarro, todavía en su mano, quedó bailoteando un rato sobre el mesón, derramó su efervescente licor en la madera tajada y sucia de grasa y mugre. Su tonalidad de miel se fue tiñendo lentamente de rojo.

Y en el mismo instante en que sus ojos entenebrecidos comenzaban a cerrarse para siempre, vio la cara congestionada y los ojos salientes de su compañero, grotescamente tirado al pie del mesón.

Tenía clavada en el pecho la angustia del marido muerto. Y un miedo en los ojos, en el cerebro, como un muro de piedra que le impedía mirar. Andaba a saltitos nerviosos, y a veces un frío en la espalda la hacía dar un aullido, como si ya sintiese que algo metálico se le clavaba entre los omoplatos. Pero a ella no le habían hecho nada. Nada más que obligarla a quitarse los zapatos y vestirse como una de esas huasas muertas de hambre.

—Vaya y ponga agua al fuego, patrona. Hace un penetro que nos ha dado ganas de matear un poco.

Descalza por la nieve, caminando sin pies —así de helados los tenía— bajar al río, hundir el tiesto en el agua de hielo. Y al regreso, los socarrones:

—¿Muy helá la nieve, patrona? No ve, patrona, así sufren sus sirvientes. Así como usted ahora, ellas sufren.

Dolían esas palabras más que las acciones.

—Un poco más de azúcar pa este mate, patrona ¡no sea tan mezquina! Es lo mismo que si tuviera flojera de menearse, le preguntó, dengoso, al verla a tiritones:

—¿Qué tiene frío, patrona? No ve, así andamos nosotros. Con frío. Y con hambre. Así es la vida de nosotros: un puro frío no más.

A grandes sollozos, la mujer fue vertiendo el agua hirviente en los mates. No pensaba en nada. Ni en morir. Era toda hecha de miedo y las palabras la sobresaltaban y las obedecía a penas pronunciadas. ¿Por qué se vendría ella con Arturo a estos campos de bandidos? Tan bien que estaba en Temuco. ¡Ay! Pero el hombre es testarudo:

—¡Allá nos vamos a hacer de plata vendiéndoles harina a los muertos de hambre! Y les compramos el oro. ¡Vay a ver cómo en dos años hasta auto vamos a echar!

Ahí estaba ahora con su ambición muerta en él. Tirado como un saco, despojado y sucio. La mujer no sentía odio: pena, mucha pena, y no tenía lágrimas para llorara; sólo tenía miedo. Hundió la cara enrojecida en los brazos cruzados sobre la falda y rompió en sollozos. La espalda se le sacudía a grandes espasmos dentro de esas ropas humildes que le quedaban demasiado grandes.

Los hombres se miraron en silencio, un poco sobrecogidos, un poco apenados ellos también.

—Nos vamos, compañeros.

Ahí quedaba el fuego con su calor y la alegría de su llama.

La mujer fue con ellos: se la llevaron como primer prisionero de guerra hecho en los campos alzados.

Había nevado el día anterior. Un frío que hacía crujir los maderos de las cercas comenzaba a endurecer el suelo. Los taludes dejaron rodar y amontonarse la nieve en el camino y árboles y matorrales se erguían en erizaciones sombrías desde el suelo blanco. El grupo marchaba en sobrecogido silencio, resbalando en la senda jabonosa.

Corre el camino a costa distancia del Bío-Bío, poderosamente henchido y sonoro. En la media tarde aterida, ni un pájaro cruzaba el aire neblinoso.

Un ruido de caballos los sacudió de súbito con su sorda resonancia. El crujir de los correajes les advirtió quiénes eran:

—Verdes son. ¡Atorarse, niños!

Se repartieron por el talud, sobre el camino, confundidos con los matorrales, allí donde el camino hacía brusca curva y tomaba una pendiente hacia el valle. El “Charquimacho”, desatado entre todos los alzados por su ferocidad y contumacia, dirigía el grupo en este instante.

Agazapado, con cuidadosa marcha felina, fuese a atalayar el camino: eran tres los jinetes. De Guayalí venían. Regresó al lado de sus compañeros y repartió a la gente:

—Por aquí van a tener que pasar de a uno. Cuando el primero llegue a este michay de la orilla, nos largamos. Dos pa cada uno y los demás pa sujetar las bestias. Hay que quitarles los fierros que cargan. Cuando tire una piedra pal lao del río, es la señal.

—Ta bien.

Fríamente decididos, se quitaron las mantas. Encuclillados, con las manos en la nieve, prontos a saltar, aguardaron. El intenso velar de los sentidos era casi dolor en sus cerebros.

Iba precisándose el sordo andar de los caballos al hundir los cascos en la nieve. El clic de las fornituras y las hebillas de los correajes al chocar con el metal de las carabinas acompasaba la marcha. Voces imprecisas adquirieron contornos, y palabras sueltas llegaron a oídos de los emboscados:

—...entonces, mi cabo, le dije yo...

—...Porque se la tenía sentenciá...

—Mire qué bonito! Le dije yo...

Por entre la confusa maraña de los matojos, las figuras carecían de contornos delineados: eran mancha negra, sin cara ni brazos, plácidamente cimbrándose de allá para acá. Pero el frío comenzaba a entumecer a los emboscados, temerosos de moverse por no delatar su presencia. ¡No llegaban nunca, estos caranchos!

—... ¿Y por qué no, mijita? ¿Qué nos tamos solos? Le dije yo...

Con risotadas celebraban los otros la historia del compañero: carcajadas de vientre sacudido, a plena boca, arrojadas encima casi de los acechadores.

Cabeceando pasaron los caballos, resoplando fuerte a densas vaharadas que el aire absorbía: tres cabezas de bestias levemente inquietas por algo que no lograban ver, pero no tan nerviosas que causaran suspicacia. Un leve ruido en un matojo por la orilla del río medio espantó a los caballos; amusgaron las orejas resoplando.

—Algún pájaro —dijo un verde.

Pero el caballo delantero se detuvo, piafando en golpeteo redoblado, y obligando a los otros a detenerse un tanto. Un súbito estropicio de ramas los paró en seco, tiesas las patas, recatándose tremulantes los ijares. Del talud irrumpieron unos demonios de ojos saltones y dientes relumbrantes. Los atacados casi no hicieron amago de moverse. Cuando quisieron defenderse fue tarde ya. Las gruesas mantas de castilla les enredaron las manos y no pudieron desasir las carabinas de la montura.

Vociferando exclamaciones procaces quisieron imponer su autoridad; mas no alzaron a terminarlás: se les atragantó en la garganta la imprecación, en repentino y mortal ahogo.

Los caballos tenían los músculos tensos, estremecidos y con los ojos espavoridos manoteaban en la nieve, sujetos del bocado por duras manos color de tierra. Dos fardos negros se derrumbaron al suelo, se agitaron convulsos: el “Charquimacho”, con feroz rebrillo en la mirada y al aire los dientes bestiales, inmovilizó a uno definitivamente. Sus compañeros dieron cuenta del segundo.

Pero el último, caído también por tierra, cerca de la hondonada, se echó a rodar cuesta abajo. Se aferró a unos troncos, se levantó y con saltos de cabra corrió a perderse, perseguido con saña por los burlados.

“Charquimacho”, carabina en mano, se la echó a la cara, apuntó...

—No dispares, ché. No conviene...

—¡Déjame! A ése lo jodo yo...

Uno, dos, tres tiros en rápida sucesión. La figura fugitiva siguió corriendo.

“Ahora sí que me friegan”, pensó, esperando sentir el ardor de una bala en las carnes. “Bandidos”...

Se escabullía, aprovechando toda desigualdad del terreno. Dos de las balas habían rebotado a su lado, arrancando tasquiles a las piedras, pero sin alcanzarle.

Era cierto, pues. Los campesinos se habían alzado. Lo creyó imposible: pero ahí quedaban dos de sus compañeros, víctimas del furor de esos muertos de hambres vueltos fieras salvajes. “Si escapo de ésta, cómo me las van a pagar ¡los muertos de hambre! Pero si escapo de ésta ¡ay, cómo me la vana a pagar!”

Más tarde, disfrazado de campesino, se filtró por los caminos de la montaña buscando llegar a Santa Bárbara; pero fue cogido. Y la suerte, esta segunda vez, le volvió definitivamente las espaldas.

Como caudal largamente contenido en cauce angosto que de súbito rebalsa y provoca la represalia de una inundación, así la rebelión campesina rebalsó los campos de nieve, se apoderó a sangre y muerte de las pulperías, llegó a los fundos y les puso cerco, arrastró consigo a los inquilinos y en su violenta expansión dominó todo el contorno.

En una misma mañana de junio se asentó en los campos y el sonido de los primeros proyectiles rasgó los vientos neblinosos. Circundaba por sus vallas de montañas y ríos, toda la zona estaba dominada por los campesinos. Podrían resistir largo tiempo: caminos nevados, ríos sin puentes y caudalosos, son obstáculos que detienen al hombre y lo clavan a las riberas para esperar la muerte.

El huracán campesino fue creciendo. Llegó hasta el cacique Maripe y sus mocetones en pie de guerra, silenciosos y fieles al jefe. Llegó y se esparció al viento cortante. En abanico de tragedia envolvió a la pulpería del fundo, en el camino del balseadero del Chalquibín.

En la pulpería, toda puerta de ciprés cerrada, toda ventana hermética, detrás de su cobijo de agrios manzanos silvestres, barbudos de líquenes mojados, el miedo se volvía coraje.

Maripe hace soñar el cuerno de guerra y los mocetones desmontan y lanzan su alarido. Avanzan a pecho descubierto. Una bala detona como inmenso capi reseco al sol, y un mapuche cae, malhayando. El cuerno ronca su cólera y su advertencia y, los hombres ya no son sino matojos dispersos y corazones enfurecidos. El frío de la mañana les taja el cuerpo, a tiritones quiere vencerlos la nieve. Las balas querían calentarlos, les calentaban la sangre

ya. Métale bala. Salían de los cañones con seca detonación y un ¡chiiiiis! prolongado iba cercenando el aire para terminar en las paredes de la casa, punteando de ojos las ventanas.

—¡Si no se entregan será peor!

La voz del campesino tenía alcance largo y llegó al interior de la casa. El pulpero viejo cargó su Winchester con parsimonia. Apuntó, hizo fuego: cargó el proyectil justo detrás de la voz. El pulpero joven tenía ojos saltones como de pescado y la rabia no le dejaba apuntar con certeza.

—¡Jódanse, perros! —Y ¡zas! Bala.

Mas adentro la mujer, arrinconada, llorando. Tan pronto se sentaba como se colocaba de pie y se hacía pedazos las manos. ¡Virgen Santísima, ampárame!

Y afuera un frío que calaba los huesos. Fuego, entonces. Uno de los hombres se arrastró por el flanco de la casa. Una llamarada reflejó su amarillo metal tembloroso en la nieve: ¡el granero ardía! El granero ardía y daba luz a un grotesco letrero que, vieja ya, aparecía trazado a tiza junto a la puerta cerrada:

TRIATO
DE LOLCO

Oy
LOS GUASOS
CANTORES
A las 6 P. N.

Las llamas iluminaron también, por las ventanas, el interior de la casa.

—¡Nos prendieron fuego!

El grito de la mujer alcanzó a los dos hombres con sobresalto y se mezcló a la voz de los alzados.

—¡Entréguense!...

—abra la puerta, don. ¡Qué no ve que le venimos a comprar a su pulpería de carancho! Con balas les vamos a pagar.

—Un ojo de la cara nos pedía por la harina. A pagarle venimos.

Risotadas y balas, balas y maldiciones.

El calor de las llamas alcanzaba ahora a la cara de los amotinados: buen fuego para cocer piñones. Como pinos al fuego crepitaban los balazos. Y ya, de la casa ardida, no salían más detonaciones. Se abrió la puerta y apareció la mujer, envuelta en manto de humo, los brazos en alto, sofocada por el incendio. Tras ella, el viejo. El pulpero joven, soberbio hasta el fin, recordó las veces que fue amenazado por los campesinos estafados:

—Algún día las va a pagar todas por junto, don.

El día era este. Dijo a su padre:

—No me doy. Estos bandíos me tienen sentenciado.

Se aplicó el revólver a la sien. El proyectil le salió por un ojo: había pagado, él también, con un ojo de la cara.

Los mocetones de Maripe forman zalagarda de triunfo. Después de apagado el incendio, el cacique vistió a uno de sus hombres con la ropa del pulpero que no fue ya un hombre soberbio sino un pobre campesino astroso con ojotas, camisa de tocuyo y pantalón parchado.

A pie por el camino a Llanquén lo arreó el grupo montado. La mujer, al anca de uno de los alzados. El viejo lloraba, sin cólera ya, apiadándose de sí mismo.

—Aprebe cómo es la vida de nosotros. Camine no más, patrón. Aprenda a vivir como nosotros. ¿No tenemos razón pa sentir odio?...

Con sus prisioneros llegaron al campamento. Allí los dejaron. Eran prisioneros de guerra y fueron bien alimentados con pan, carne y queso; pan, carne y queso de su propia pulpería.

La sangre cayó sobre la nieve. Para los hombres adquirió entonces plena realidad el levantamiento. Ya era imposible volverse atrás. La muerte ligó sus destinos en una temerosa perplejidad: ¡ellos habían sido capaces de alzarse en armas contra quienes los explotaban! Harían que la tierra fuese de quienes la trabajaban. Ya que no a fuerza de súplicas, sería a fuerza de lágrimas ajenas.

Todo aquel día estuvieron en el campamento, hombres y mujeres enfervorizados. La llegada de provisiones de las pulperías era recibida con salvajes exclamaciones de alegría. Las mujeres cocinaban y servían a sus hombres y, con la comida, les daban palabras de coraje.

Por la noche no encendieron fogatas: en la densa oscuridad la chispa más leve adquiere fulguración prominente y señala su presencia a kilómetros de distancia. Había que mantener vigilancia constante. Llegada la hora de dormir, sobre mantas y frazadas tendían sábanas blancas y nada delataba su presencia fuera de los sonoros ronquidos cuando, al fin, cubiertos hasta las orejas, el frío brutal de fines de junio los dejó dormir. Esa noche, los chiquillos no lloraron de hambre.

El amanecer de plomo y viento vio desperezarse el campamento, refulgir de nuevo las hogueras.

Después, en tumulto, la banda se puso en marcha en dirección a Lonquimay. A caballo y a pie, con sus mujeres, sus hijos y sus armas. Era una columna que cantaba por los caminos de nieve para alentar el ánimo. La sangre había caído sobre los campos y era imposible deshacer lo hecho, imposible dar vida a los muertos. Iban empujados por la fuerza de la tierra, ceños duros, ojos duros, bocas duras, firmes las manos en las carabinas quitadas a los armados, en los viejos revólveres, en las viejas escopetas, camino adelante en tropel y zalagarda. A la cabeza, Robledo y Nicolás, Astroza y Ortiz, ascendido ahora a jefe por el celo demostrado.

No eran muchos todavía; serían más. El inquilinaje iría engrosando sus filas, y los mineros de los lavaderos de oro, y los obreros del túnel de Las Raíces.

De los tajos abiertos en la montaña brota la gente para llegar hasta la cinta ancha del Bío-Bío y abultar la hueste de los insurgentes; el campo llegaría a la ciudad en son de guerra y de justicia, a sangre reclamando los derechos que a humildad les negaban. Irían cayendo los pueblos bajo el brazo campesino, iría surgiendo el ejército de los despojados de la tierra para recuperarla y trabajarla.

La sangre había caído sobre la nieve: la sangre los empujaba hacia adelante.

—¡A Lonquimay, compañeros!

Repetían también la frase que en un momento de salvaje inspiración sacudió la mente de Robledo y se hizo latigazo en sus labios:

—La tierra y la libertad se conquistan y no se mendigan!

Resoplaban las caballerías, trotaban los perros, y hombres, caballos y perros llenaban el aire de plomo con la vaharada de su respiración y la algarada de su griterío.

Se despacharon mensajeros a llevar la noticia del primer éxito de la revuelta: a los lavaderos de oro, al túnel de Las Raíces. Otro fue despachado a Lonquimay con un telegrama pidiendo apoyo a los obreros.

Al galope de su zaino resudado, Mingo se acercó al grupo. Era uno de los vigías adelantados a señalar todo asomo de peligro. Llegó con los ojos despavoridos y la cara color ceniza. Tenía miedo. Imposible negarlo. Estaba señalado en su semblante, en su boca

mojada de espuma blanquecina en las comisuras. Se tiró del caballo y las piernas no lo sostuvieron. Quería hablar y gesticulaba grotesco con gargareos enronquecidos. Acercóse a él Nicolás y lo sostuvo de un brazo, mirándolo con fuego de inquietud en los ojos.

—¿Qué te pasa, ché?

Los hombres se agruparon alrededor del muchacho, sintiéndose vagamente sobrecogidos.

—Habla, ché!

Pudo al fin articular palabras:

—¡Los verdes! ¡vienen los verdes!

Risotadas salvajes se le clavaron en los oídos y le devolvieron serenidad. Sin embargo, temblaba todavía. Habló robleado:

—¡Que vengan! Pa eso estamos aquí, pa recibirlos.

—Es que dejaron hecho bolsa a Roa, allá en el estero.

—¿A Roa? Habla, ché.

—Allá en el Ñireco. ¡Y me pegaron un tiro e la pierna, los muy!... Pero la han de pagar, ¡por ésta! —y se besó la cruz del pulgar.

Contó su historia:

—Atorrados taba en el alto del Ñireco, aguaitando. ¿Y no vienen los verdes? Me enterré en el suelo y sujeté de la rienda al caballo. ¡Si se le ocurre moverse y relinchar, me joden ahí mismo no más! Con los verdes venían tres civiles, de esos milicianos, el turco del almacén entre ellos. Traían a Roa al pegual. Hablaban fuerte y se oía clarito... Sería porque ellos estaban abajo y yo arriba. Y el turco se reía y le allegó un pencazo a Roa y lo tiró al suelo y más encima hacía burla de él: “¡Ñañay! Le dijo el turco e miéchica, ¡ñañay! ¿no erai tan niño pa esconder el papel en el doblez de la manta? ¡Lo ques a mí no me hacen lesa! Y dale pencazo. Y yo, ¡pa qué les digo! Lo mesmo que muerto.

—¡No te pillara yo, abusadorcito!

La cólera de los campesinos estallaba en denuestos. ¡La pagarían! Ahora ellos también tenían armas.

—¿Y de hay?

—¡Y de hay fue lo bueno! ¿A que no me lo creen? El verde que traía al compañero Roa al pegual echó a galopar camino abajo hasta el estero y Roa detrás, queriendo correr. Lo hicieron arar el suelo. Lo arrastraron por las piedras, pasaron a galope por el agua, y vuelta a pasar pal otro lado... Venía gordo el estero: a las verijas les llegaba el agua a los caballos...

Se le saltaban los ojos y lo sacudió un tiritón al recordar la escena: patente la tenía todavía, metida a golpes de espanto en el alma.

—Y así tuvieron dale galope, de un lado a otro del Ñireco, Roa al pegual, los demás mirando. Por el agua lo arrastraban después de arrastrarlo por las piedras, y vuelta a sacarlo y el finado se perdía enterito, bajando estuvieron al galope y subiendo al galope hasta el otro lado. ¡Hasta que lo dejaron hecho bolsa. Y hay no más quedo.

Los hombres, callados. Callados y con las manos hechas muñones duros como piedras. De golpe estallaron en maldiciones, jurando venganza. Ahora sí que estaban solos y sin ayuda, ahora que el mensajero había muerto y martirizado.

—¿Y a vos? ¿Te balearon?

Nicolás quería saber la escapada de su hermano.

—Los dejé que se fueran hasta Chilpaco. Calculé que hubieran cruzado el río. Y me les vine por este otro lado pa cruzar por arriba del Ránquil. Por eso estoy mojado. Me rocharon desde el alto de Chilpaco. ¡Y un muy hijuna me pesó en la pierna!

—Entonces los verdes no han de andar lejos... ¿Cuántos eran?

—Veinte a lo más.

Veinte, armados de carabinas, de veinte carabinas, y con balas de sobra. Consultó Robledo a sus compañeros. Explicó:

—Nos atorramos no más. Al otro lao del Ránquil, defendiendo el puente. Al que quiera cruzarlo, lo baleamos. Les damos duro.

Los alzados iniciaron el regreso. Iban mostrando los dientes, en sonrisa entre cruel y satisfecha. ¡Al fin se las iban a ver, de hombre a hombre, con los verdes!

—No disparen más que sobre seguro.

Recruzaron el puente de madera decrepita y prestamente, en las oquedades y a cubierto de las matas, se despidieron, confundidos con ellas. La nieve dolía en sus articulaciones. Las manos estaban torpes al manejar el cierre de las carabinas.

Más atrás, las mujeres se amontonaron en un campamento aullante de vociferaciones, gritando ánimo a sus hombres. Después callaron y conversaron en cuchicheos, arrebujadas con los chiquillos de meses en brazos.

Aguardaron los amotinados. Del lado suyo el terreno se derrumbaba brusco, erizado de troncos y matojos. La ribera opuesta estaba formada por un faldeo prolongado que asciende a la cima por donde corre el camino. Y por el filo lejano, contra un cielo gris de nubes, fueron recortándose las negras siluetas de los uniformados, a larga distancia unos de otros, en hileras, con claros de una cuadra entre hombre y hombre.

—¡Los hijunas! ¡duchos son los hijunas!...

El primer disparo se quebró en el cerro y se duplicó en el cañadón más próximo. Diríase que el proyectil quedaba atado por un hilo al fusil: así de ardiente tajaba el aire húmedo que dejaba estela visible tras él.

Desaparecieron los verdes. Y de repente, de lados diversos, la sonajera de las balas anticipó en fracciones de segundo su rebote en el recuesto.

La noticia de la rebelión campesina cundió por los pueblos cercanos, abultándose al rodar de boca en boca.

Los revoltosos fueron creciendo en número y en crueldad y estaban ya a las puertas de los puebleríos, de todos los puebleríos los mismos hombres a la vez.

—Dicen que los campesinos andan alzados, que han asaltado los fundos, que han muerto a los patrones y se han llevado presas a las señoras. ¡Pobres señoras, qué les irá a pasar en manos de esos malvados!...

—¡Y a los niños los tiran como perros al río!

Llegada la noche con medrosidad de sombra, empujaba hordas de hombres barbudos a los pueblos, armados de bala y cuchillo. Las viejas cerraban a machote las puertas, y dentro, junto al brasero y al fulgor de las velas, se santiguaban temerosas, creyendo oír en cada redoble de cascos en los planchados de las calles una inminente amenaza de muerte.

—¡Son salteadores que andan matando y robando en los fundos! ¡Dios nos libre que lleguen hasta aquí!

En los ojos de los chiquillos curiosos se precisaban en fantásticas siluetas los salteadores: hombronazos de ceño duro y ojos de llama, con un cuchillo ensangrentado entre los dientes y un hacha chorreante de sangre en la mano. A medianoche los sobresaltaba la pesadilla y las madres les hacían conjuros para el mal de ojo.

La raya loca de los animales de montaña fue hollada mil veces por las tropas montadas de los verdes. En los pueblos penetraron con el sordo estruendo de su prepotencia, terciadas las carabinas y rojas las caras al ramalazo del frío. Ojos asustados se aguitaban por las ventanas, y el pavor, entre ruidos de armas y fornituras, cundía con visiones de pesadillas y se hacía discusión en las cantinas y los hogares.

Tiritaban los alambres de los telégrafos a través de todo el país hasta casi romperse, llevando lacónicos, contradictorios y espantados mensajes: “Grupos de bandoleros asola la región de Lonquimay con una ola de asaltos a mano armada” o “Los campesinos desposeídos se han rebelado y avanzaron en número de mil sobre Lonquimay. Se tomaron el pueblo y siguieron su camino de destrucción hacia Curacautín. Las autoridades han tomado las medidas del caso y están en condiciones de asegurar que muy pronto habrán controlado la situación”. Otros: “Trescientos bandoleros han asaltado los fundos de la región del Alto Bío-Bío y han saqueado las pulperías”.

La fantasía de los corresponsales de provincia urdía relatos sensacionales en el insólito suceso que llegaba a destacar en primera página de los diarios de la capital bien gruesos caracteres sus telegramas, trora perdidos en las últimas páginas y dedicados al cumpleaños del subdelegado y a la niñita del juez de campo que recitó en una fiesta escolar. Editoriales pesados como troncos, hinchados artículos de vejetes de fofa crasedad hablaban en tono sentencioso del aumento del índice de delincuencia en el país o del terrible mal de la infiltración subversiva. Clamaban: Hay que terminar con la delincuencia en los campos y hacer en los culpables un castigo ejemplarizador. Los terratenientes, que por primera vez en los siglos de sometimiento de los campesinos los veían sacudir el yugo de la servidumbre y encararse a sus amos, erguían sobre todas las voces la grito del escondido miedo que les pateaba las entrañas: “Hay que hacer un ejemplo y terminar de una vez con esos desalmados. Mano firme con los agitadores que esparcen en los campos la ponzoña de su prédica subversiva”.

Apagada por la furia sanguinaria de los terratenientes amenazados en sus privilegios, resonaba tímidamente la voz de la razón:

—La miseria es la causante de esta rebelión.

—¡No! ¡Son bandoleros, fieras son entrañas que están atentando contra los principios de orden y autoridad! ¡Bala con ellos!

—El hambre no se quita con balas...

La voz oficialista sacó a relucir sus sones gastados y el funcionarios ministerial, ante la reunión de vetustos caballeros senatoriales, inflado el pecho por sobre el abdomen craso de la reciente y succulenta comilona, desde lo alto de su tribuna y de su refocilante comodidad, declaraba:

—Se trata de un salteo, de un salteo a mano armada, y el gobierno tiene la obligación de someter a esos delincuentes.

Los terratenientes, congestionados por la ira, el miedo y la calefacción central, aplaudieron a rabiar: ¡que mueran esos bandidos! ¡Que se haga en ellos un castigo ejemplar!

Y las voces seguían:

—¡No son más que bandidos!

—¡Es el hambre, el frío, la miseria, la injusticia!

Por los angostos caminos de herradura, empinados, agarrados a las pretinas cordilleranas, por el fango y la nieve, miles de cascos hendieron la montaña, miles de pardas tropas asustaron a los pueblos ateridos y ciñeron de balas las entrañas de las serranías.

Entre los michayes, asomados apenas la cabeza, los campesinos avizoraron todo el faldeo fronterero. En la media tarde, tenue refulgencia del sol que pugnaba por atravesar las negras nubes, prendía claridad difusa en el contorno. Envaguecía el día perfiles de las cosas.

Carabina en mano aguardaba Nicolás. Llevaba un gorro de lana en la cabeza dándole calor son entorpecer la visión. A su derecha e izquierda se movían manchas oscuras, aferradas a las gritas y armazones, hablando con voz sorda, maldiciendo a los verdes.

Abajo el río pasaba violento, ancho y caudaloso, y volteaba piedras, hosco de espuma y estruendo. El ruido tronito y constante apagaba las maldiciones de los hombres. Saltaba chisperío de gotas de los machones del puente, embestidos por la mole rugiente. Más allá la serranía se erizaba de arbustos deshojados, después de recibir la rampa brusca del faldeo despeñado hacía el río. Arriba, movimiento furtivos, tardíamente perfilados en sombras fugaces.

—¡Allá se mueve uno, Nicolás! Tírale un de viaje. Allasito por aquel quintal del alto.

Domitila, junto a su marido, era sangre enfervorizada.

—¡Déjame no más a mí! Pero anda, vete, mujer, te puede ligar una bala.

El estruendo del río quiso sobreponerse a la detonación que reventó súbita. Al extremo del ribazo opuesto, donde estuvo la mancha movable, mezcla de astillas y tierra resurtieron leves.

Respondieron de golpe las carabinas. ¡Zas... zas! De todos lados. Las balas buscaban ansiosas carne campesina. Del centro del semicírculo formado por los verdes, el repentino gargareo de una ametralladora moliendo muerte: pasada de una lado a otro del recuesto con crepitación bronca, seguida del ululato de los proyectiles. Los campesinos se aferraban al suelo y se hundían en la maleza, se cubrían la nuca con los brazos y luego alzaban la cabeza para pedir al compañero armado a gracia de un disparo.

—Empréstame el fierro, Nicolás. ¡Un tirito no más compañero! ¡que no vis que yo fui de caballería! ¡Yo les viá a enseñar a estos carajos!

Se escupía el hombre las manos y el metal y la madera caliente de la carabina le acariciaban los dedos y la cara congelada.

Calló un instante la ametralladora; silencio en las bocas de las carabinas. De nuevo el río fue cañonazo de agua, brusco y atronador.

—¡Asómense, cobardes!

—¡La pucha a cebarse con nosotros ahora, si son tan niños!

A ras de estas palabras, carabinas y ametralladoras redoblaron sus disparos.

Nicolás grito a Pedro Ortiz, su vecino, al tiempo mismo que empujaba el cargador, con cinco proyectiles, en la carabina:

—¡Eh! a balazos tes tamos celebrando. ¿Qué no vis que es San Pedro?

—¡Y la pura!...

—¿Te fijai? La tostadera e balas suena como piñones al fuego. ¡nunca hubo un San Pedro tan sonado!

Las puntas de las tilas se desmochaban como a un cuchillo a los impactos de la ametralladora.

—Empréstamela un ratito, Nicolás, ¡Por tu madre! Déjame darle a los verdes yo también. Si no, no me voy.

Rogaba Domitila. Cogió el arma recaldeaba que le tendió Nicolás. Y con ella en las manos, la miró con risita de estupefacto asombro.

—¡Bienaiga con el juguetito!

—Échale pa atrás el fierrito y de hay se lo echás pa adelante. Ahora no tenís más que apretar el gatillo. Mirás por el agujerito hasta que el verde se te meta adentro: entonces no más disparás.

Reventó de repente el proyectil y el reculón golpeó a Domitila en el pecho.

—¡Ave María! —y soltó el arma, entre las risotadas de los hombres.

Pero el tiempo no era para risas: no tenían más que seis carabinas, algunas escopetas inútiles como los revólveres y las pistolas, que a esa distancia sólo servían para hacer ruido: ¡ya vaya si no hacían ruido!, aunque sólo fuese para hacer creer a los verdes que tenían armas de sobra. Estos, en cambios, formaban cortinas de balas. Uno de los uniformados, al comprobar que la puntería de los amotinados no era muy eficaz, envalentonados y con medio cuerpo afuera se echaba la carabina a la cara, aguardaba un instante, y disparaba contra todo bulto que tuviese remota apariencia de hombre.

Robledo mostró los dientes al verlo. Se volvió a Astroza:

—Voy que lo friego.

—¡Voy que le doy yo!

Ninguno de los dos supo de quién la bala que lo derribó: las dos detonaciones emparejaron su estruendo.

—Si no tienen pana pa venírsenos encima, vámoslo nosotros pallá...

Robledo escogió seis hombres, cuatro de ellos armados de carabinas, y el “Charquimacho” el primero. El viejo don Lucas Moreno, ante el asombro general, había demostrado ser el mejor de todos para meter bala: su derecho no más era el cargar un arma. Mientras los demás disparaban a todo bulto y atronaban con sus escopetas, los confabulados se deslizaron por los breñales, en silencio, agazapados detrás de los peñascos. Más allá quedaba al andarivel. En tanto que unos cubrían el cruce del río con las armas prontas, de uno en uno fueron los otros cruzando las aguas rugientes, pendientes del alambre a madia altura, entre cielo y agua. Llegados a la orilla, aprestaron las armas y cubrieron la travesía de los tres rezagados.

—¡Si nos pillan ahí en el cruce no tenemos ni pa cuando salvarnos!

Pero nadie los vio. Los verdes quedaban distantes. Ya en la otra orilla, a rastras en parajes descubiertos, agachados en los breñales, apegándose a las piedras y a trote contumaz de montañeses avezados, fuéronse llegando a las cercanías del puente. Iniciaron entonces el ascenso por el costado de la tropa de armados, visibles a ratos para sus compañeros pero ocultos a las miradas de sus enemigo. La tierra enfangada se les apegaba a las barbas y a la ropa: la humedad se les había metido tan adentro de los huesos que ni la sentían ya. Sólo iban atentos a subir sin ser vistos, amigos de los muñones de los troncos y de los montículos de tierra nevada, hallando en cada arbusto protección a la muerte. De repente vieron a los verdes: estaban repartidos de uno en uno con grandes claros entremedio, firmes las carabinas a la cara, tendidos en tierra.

—¡Al molinillo le tengo ganas! —musitó “Charquimacho”—. ¡Ay, qué ganas le tengo al molinillo!

¡Ahora!

A la voz de robledo, las cuatro carabinas se descargaron de golpe. Los uniformados se sorprendieron, se agitaron, saltaron, se escabulleron por entre las matas. Pronto se volcó sobre los asaltantes la furia de las carabinas. Se ocultaron, rodando faldeo abajo, cuando la ametralladora comenzó a escupirlos con frenesí, en largo ronquido ominoso. Por sobre la cabeza de los agazapados urdían la crueldad de sus líneas invisibles. Llegaban con chasquidos tenues a incrustarse en los matorrales.

—¡Atorrarse no más, niños!

Arrastraban la bofedad de la nieve en el repentino arremolinarse detrás de los matojos. El viejo Moreno siguió rodando como un peso muerto, sujeta siempre la carabina en la mano petrificada. Ahí quedó con un ¡me fregaron! perpetuando el gesto recogido de los labios, boquiabierto, mostrando los dientes amarillentos. Ahí quedó, perniabierto, recogida la chaqueta campesina por la espalda y con la parda camisa al aire: así lo detuvo el puño brutal de la muerte. De la frente, recostada la cabeza en el fango, manaba viscosidad cárdena que goteaba con despacioso ritmo y al caer rubificaba la licuosidad de la nieve.

—¡La pagarán estos carajos!

Moisés se había arrastrado hasta su padre y le miraba a los ojos, donde la muerte ponía su vidrio frío. Estuvo mirándolo en silencio, fascinado por la sangre que había coagulado su livor en la cara acobrada.

—¡Juro que la han de pagar, por mi viejo lo juro!

Inclinóse a recoger la carabina: crujieron los dedos petrificados cuando los abrió para requerir el arma. Recogió las municiones. Antes de levantarse cerró los párpados del viejo, viscoso de sangre: se le traspasó a los dedos y de los dedos a la carabina en dos manchas oscuras sobre la madera bruñida.

Cargó la carabina. Gritó, sordamente, a Robledo:

—Vámonos por detrás y los baliarnos de golpe.

—Aguántale, ché. Yas tan sobre aviso.

—Más que nunca. Lo peor que puede pasarme es morir, ¡pero antes yo hago charqui a más de uno!

A no ser por el rebrillo feroz de sus ojos se le habría creído tranquilo, no se habría sabido del tumulto del pecho ni del martilleo de sus sienes, cegándolo en callada furia. Sacó de un golpe el cuchillo de la faja. Le relucieron los dientes al hablar:

—Peliar de hombre a hombre, ¡eso es pa mí! Las balas, pa los verdes, ¡que de lejos no más se atreven!

Y arrojó la carabina a uno de sus compañeros desarmado. Cueva vena verdinegra se le abultó en la sien y le quedó tiritando. Partió, agarrándose a los matojos, sin esperar a los demás. La ruda corpulencia de robledo se interpuso ante él, despacioso en el apoyarle una mano en el hombro. Lo midió con la mirada fría:

—¡Epa, amigo, pa onde se va largando!

—¡Déjeme, don!

—El que manda aquí soy yo, amigazo. Nunca el buey ciego metió los cachos onde quería. Las más de las veces se los rompe por bruto. Mataron a su taita, ¡la pagarán, “Charquimacho”! seguro. Pero más ventaja saca el zorro con sus mañas que el león a puro coraje. Los verdes tienen buenas armas y te van a cazar como una liebre. Tu taita muerta está, ¡como hombre que era supo morir! La pagarán, amigo.

Moisés volvió la vista loca a todos lados, como perro acosado. Se miró las manos, soltó los brazos al costado. Un sollozo le retorció en la garganta. Y regresó, lento, vencido, junto a sus compañeros.

—Estáte sosegao, pues, hom. Ya mandé a buscar lampazo onde doña Licha pa curarte la herida.

—Tengo que ir a tostarles bala. ¡Si la fiesta está que arde! Y aquí yo botao.

Tirado sobre unas mantas, a retaguardia del fuego, en el campamento cercano donde las mujeres preparaban el rancho de sus hombres. Mingo lamentaba, quejoso, su obligada

inmovilidad. Rosario lo cuidaba. Preparó la cocción de lampazo, lavó la herida, la vendó con un trozo de tela de la propia camisa del herido. El proyectil le había desgarrado la carne, pero no tenía gravedad: le producía paralización momentánea y dolor lancinante.

Nerviosas, las mujeres aguardaban a sus hombres, parecían verlos muertos, verlos triunfadores, verlos heridos. Enviaban mensajeros a averiguar el resultado de la lucha y se rebelaban contra la falta de armas que las dejaba a todas ellas y a muchos hombres sin participar en el combate.

—No aguanto más —rezongó mingo, al rato, levantándose—. Ya no me duele la pierna.

—Voy con vos.

Hasta ellos llegaba el incesante detonar de las armas.

—De lao y lao: no merman.

Comenzaba a envaguecer el cielo cuando llegaron al alcance de las balas. El avance fue entonces más lento. A rastras casi, Mingo reprimía el agudo dolor de la pierna al esfuerzo de cada paso. Agazapados junto a los combatientes, sentían reventar en torno la fulminación cerrada de los balazos. Oyeron detalles de la lucha:

—Mataron a don Lucas. Robledo se volvió con la gente. Los verdes tienen una ametralladora. Han cascao duro.

La sombra descendió repentina desde los cerros: un último resplandor mortecino se retardaba en las cimas.

Fueron mermando los disparos: a cada instante tornábase más refulgente su chispazo y contra él, de lado y lado, se apuntaban las carabinas. La tarde, aferrada a la cima de los cerros, se entregó de golpe a la noche y el viento arremetió falda abajo, se coló por los cañadones y fustigó implacable el campo todo. En su muro de bramidos quedó encerrada la tragedia humana.

Los combatientes no necesitaban ocultarse ya: los cubría la negra tupición de la noche cerrada. A cubierto de la noche, los campesinos sin armas se fueron a sus ranchos o al campamento de Llanquén. Los demás, en grupo, se internaron en los montes cercanos, a dormir bajo los matorrales, teniendo por cabecera la reconfortante dureza de las carabinas: allí aguardarían la primera claridad del amanecer para repartirse por la maraña y hostigar a los verdes, como quién caza a los zorros. Así lo esperaban, al menos.

Lo mismo que un río interminable, la afluencia de verdes cubrió los caminos de la montaña. Venidos de Temuco, victoria, Mulchén, Santa Bárbara, ennegrecieron con sus caballerías y sus mantas todas las rutas por el norte, por el centro y por sur. En autocarriles condujeron a algunos hasta Curacautín y de allí a galope obstinado, a Lonquimay, pasando por Malalcahuello. De Santa Bárbara, por Quilaco a fuerte Callapi, cruzando ríos en sus balseaderos, hasta Fuerte Chalquibín y Nitrito, envolviendo en acero toda la zona amotinada. El rugir de dos aviones, pájaros ominosos salidos de su base de Maquehua, cubrió un instante de asombro a los campesinos, pero siguieron su vuelo, perdidos los pilotos en la parejura blanca de nieve y negra de árboles del contorno, sin conseguir —¡y cómo lo habrían podido!— ubicar a los alzados. Sin eso, sobraban ya los armados.

Tropas de veinte y treinta íbanse sumando a los que habían probado ya la caliente amenaza de las balas. Hasta de la capital partieron algunos, al mundo de su jefe supremo, ansioso de atestiguar su amor al orden: apenas alcanzaron a conocer el ramalazo del puelche en los primeros contrafuertes cordilleranos. Sólo vieron a los campesinos que llegaban arreados por los otros, maniatados y vencidos.

Después del primer combate, los campesinos aprendieron de la experiencia los principios de la táctica de montaña. Diseminados por los viscosos breñales, dominaron con sus escasas carabinas los vados de los ríos y los senderos montañosos, acechando a todo el que se acercase. Acosados por los verdes, cien veces superando en armas, en tenaz guerrilla se mantuvieron por los ásperos cerros de Llanquén, unos protegiendo el sur, el norte otros, por ambos lados amenazados en una creciente inundación de hombres uniformados.

Aquel último día de junio vio el amanecer de copiosa nieve, aventada por un viento tenaz, arremolinado en furia que, siendo tanta, no igualaba a la de los hombres.

Encendieron fogatas ahora, ¿qué más daba ya? Ojos atentos, entre la urdimbre de ramas, vigilaban las sendas, prontos a dar el alerta al primer vislumbre de peligro. A la orilla de las llamas, los hombres olvidaban la inquietud en la merienda o en el mate. Si hablaban, no era de la lucha que sostenían, porque ya se sabían perdidos. ¡Armas, caramba, más armas, no tener más armas! Estaban solos para defender la tierra, solos para morir por ella: lo sabían y dejaban al destino la suerte de sus vidas.

Las mujeres contemplan a sus hombres con el corazón envejecido y les adivinaban en el sobrecejo la angustia que los atormentaba.

Junto a una de las fogatas, Laura sacó a relucir la guitarra: la alegría de la música pondría influencia suavizadora en los ánimos. Mientras los hombres fumaban y mateaban en lánguida conversación, la muchacha comenzó a rasguear las cuerdas, en una tonada campesina, de ritmo lento y de letra destinada a enfervorizar a los hombres:

*“Yo no le temo a la muerte
y aunque la encuentre en la calle,
sin la voluntad de Dios
la muerte no mata a nadie”*

—Así me gusta, mi alma —saltó Moisés, mirando a su hermano con ojos de admiración. Tiempo hacía que, aburridos de esperar mejores días para casarse, habíanse casado por su sola decisión, con el consentimiento de la madre y de la muchacha.

A la voz de Laura se unió después la de Rosario en una alegre canción. Pronto el palmoteo se sumó a la algazara en ese instante de su vida tan próximo a la muerte, y las fuertes piernas de los campesinos hollaron con fuerzas la nieve en una danza, mitad de entusiasmo y mitad de ejercicio para entrar en calor, cuya alegría fingía frenesí en los ánimos conturbados.

Cerco de montaña nevada, erizadas de robles y michayes, rodeaba la escena del campamento en esa última mañana de junio. Algo de épico refulgía en las caras de cobre que así, frente a la muerte, le hacían morisquetas desdeñosas.

Con rumor de río terminó la canción y la guitarra siguió un rato su redoblado rasgueo, apagado de pronto en una racha de viento mugidor.

Nicolás se levantó, regresó a poco y fingiendo egoísta disimulo prendió a los labios una botella de aguardiente. El líquido le fue encandeciendo la garganta.

Tendió Moisés la mano ansiosa:

—No seas tan gazuzo, Nicolás. ¡Yastá bueno ya!

Puso Nicolás los ojos blancos al mirar de soslayo al compañero, sin soltar la botella de la boca. Después se la pasó, haciendo chasquear la lengua.

—¡Hay que ver que me ha entona!

Al terminar el ruedo, la botella estaba vacía. Mingo, el último en beber, la estrelló en fragmentos contra un tronco:

—Ahora no sirve más que pa bulto.

Lloró una guagua con frenesí, ladraron los perros. Domitila desabrochó su blusa y dio de mamar el crío.

—Hambre tiene —dijo, y la meció, dándole golpecitos en la espalda con un “sch, sch, sch” y un “duérmete guagua”.

Calló su llanto, cabeceando con furia el pecho henchido. Pero siguieron los perros con sus ladridos locos, erizados los pelos y teñidos de rojez los ojos.

—¡Los verdes!

Acompañó a la advertencia el sordo estampido de las carabinas y el ululato largo de los proyectiles llegados a sembrar pánico en la gente.

—¡Arranca, Laura, tírate aquí detrás!

Casi la arrastró Moisés al boquete dejado por la raíz de un árbol derribado, y él se tendió a su lado, calentando el cierre de la carabina con el aliento. A poco no necesitó calentarlo ya: ardía el arma en sus detonaciones incesantes. Las fogatas quedaron solas. Y en los faldeos, ascendiendo sesgadamente por las ásperas laderas, los hombres buscaban posiciones. Urdimbre de muerte tejían las balas, de cifa a cima, haciendo techo a la cañada.

—¿Cuántos serán? —habló uno.

—¡Cuantos sean, carajo, dale bala!

Y nadie habló más. Sólo la voz de las carabinas y los escopetazos que hacían más ruido que daño, llenaron de asombro las cresterías nevadas.

Laura apoyaba la espalda en la pared de la oquedad del suelo. Moisés oía la voz de la muchacha asordada por el tabaleo de las carabinas. Una ráfaga silbante roció de chasquidos las malezas del faldeo: una ametralladora les ponía cerco de fuego.

—¡Ay, no tener una de éstas! —suspiró Moisés, adquiriendo el ojo a la mira. El reculón del arma le rebotaba en el hombro sensible después de tanto disparo—. ¡Ay, no tener un molinillo de esos! ¡Otro gallo les cantarí!

—Pégale al que la maneja...

—Si lo viera...

La zalagarda era grande. En la cartuchera del “Charquimacho” quedaba apenas una docena de proyectiles.

—¡Se me tan acabando las balas, miéchica! Oye, Laura, ¡se me tan acabando las balas!

No le contestó más que un ¡ah! entrecortado. Volvióse a mirarla: la muchacha seguía con la espalda apoyada en la pared de tierra, un tanto inclinada sobre un costado.

El hombre disparó una vez más. Sin volverse, habló:

—Vos podías irme a buscar más balas. Te largás por estotro lao...

El silencio de Laura lo turbó. Y ahora si la vio extrañamente soslayada e inmóvil. Moisés, mudo, miraba y comprendía: de la frente de la muchacha corrían a teñirle la cara y el pecho rayas rojizas en afluencia despaciosa. En pasmada angustia, la mente se le enturbiaba y se clavaba en un solo pensamiento. ¡A Laura la mató un rebote! Ni tan siquiera fue una bala recta.

Con fría cólera siguió disparando, disparó hasta agotar las municiones. Y sólo entonces cargó a la muchacha inmóvil sobre el hombro, como un saco, y doblando al suelo, se escabulló hasta la seguridad de la retaguardia. Sin hablar palabra, colocó a Laura, blandamente, junto a Rosario. La mujer, en repentino sobresalto, se llevó la mano a la boca y sofocó la voz. Un vago gesto de Moisés le indicó que la dejaba a su cuidado. El se devolvió al combate, después de llenar los bolsillos de balas y la mente de un sordo, de un contumaz y frío encono. Había perdido tierra, padre y mujer. Otras vidas pagarían las que le habían arrebatadas.

Brotaban los verdes de los matorrales como los moscones del estiércol. De un lado y otro cruzaban sus proyectiles, en ardiente red de muerte. El frenético golpeteo de la ametralladora era lo que más asombrado pavor y envidia causaba a los campesinos. Pensaban: ¡Una de éstas, no tener una de éstas... y verían bueno!

Pero no tenían una de éstas, sino coraje puro. Con sus escasas armas entregaban estruendo por estruendo. Y sólo el anochecer devolvió al campo mentida calma en pálido claror de nieve.

Los verdes no se dispersaron. Duchos en las artes de guerrear por las abras cordilleranas, dejaron que algunos de sus hombres disparasen contra los amotinados para sujetarlos a sus posiciones, mientras el resto se repartía por los ranchos del contorno.

Llegaban con el puelche y su violencia, preguntando por los cabecillas del movimiento, buscando las cosas de las pulperías. A tajazos destripaban los colchones, a culatazo derribaban las mesas y cajones y con golpes de sus armas, en los ranchos sin hombres, interrogaban a las mujeres.

Llegaron y pasaron arrasándolo todo. Los tragó el camino a la blanca refulgencia de la nieve en negras siluetas galopadas. Llegaron y pasaron por la casa de Nicolás y la destrucción y los golpes señalaron su presencia. Después la noche inmensa sobre el campo invadido de sangre y tragedia.

El fogón crepitante reunió esta vez ceños angustiados bajo los cabellos enmarañados y sucios de barro. Afuera el viento se descargaba contra los tablonés de ciprés de las paredes, apretando su puño, arrancando gemidos a las maderas. Se colaba por las juntas a arremolinar llamas azules, amarillas y rojas, a mezclarlas con la turbia picazón de la humareda. El ronco redoble del río, por un lado, del estero desbocado por el otro, a pechazos de agua contra los cantiles, imponían su ronquera en los recalmones del viento.

Tendido junto a la fogata, Robledo despercudía los miembros del entumecido torpor que le metió el largo día de bruces sobre la nieve. Astroza y otros de sus compañeros fumaban en silencio.

Les oprimía a todos una inane insensibilidad que misericorde atenuaba su inquietud: ahí en plena rebelión y sin ayuda. Los mensajeros despachados a los lavaderos de oro, a Lonquimay, muertos. No había salvado sino uno, pero sin alcanzar a llegar a su destino: el portador de un mensaje a los mineros del túnel de Las Raíces. Avistó a tiempo a los verdes y antes de ser cogido atinó a tragarse el papel comprometedor. No había más remedio que luchar y morir, desbandarse por la maraña montañera y hostigar a los verdes hasta que no quedasen balas.

Pero, acaso, antes que tal ocurriera se habría extendido por el país la noticia de su levantamiento y llegaría apoyo. Cundiría por los campos el sacudimiento de la servidumbre y correría como un huracán la causa de la tierra para sacudir a los hombres de la ciudad y hacerles comprender que el campesino sabe alzarse por los sobre los terrenos, por sobre las cimas nevadas, para gritar su derecho a trabajar la tierra.

—Bien armados estaban los verdes... Y brotan como moscas...

Si la cosa se pone olisca, nos largamos a puro monte.

Domitila, atenta a dar mate a los hombres entumecidos y a escuchar los ruidos de la noche para precisar amenazas en los sonos extraños, miró inquieta el ruedo de hombres, manchadas las caras a la fogarada amarilla. Apuntó:

—Mejor se fueran al chenque. Nos ta tan lejos. Allá también pueden hacer fuego. ¿Por qué no va, compañero? Váyase con los demás.

Y Robledo:

—No, estoy bien aquí. Peligro no hay.

Los hombres cruzaron sus miradas. Irse era demostrar debilidad. Si en este instante la sentían, mejor quedaba oculta.

—¿Pa ónde cortaron los verdes?

—Agarraron por este lao de Ránquil arriba.

—Esos no vuelven.

—Pero ¿y si vuelven? —insistió la mujer, acometida de una desazón que le helaba las sienes—. ¿Si vuelven? Váyanse al chenque, váyase mejor. Nicolás está allá. ¡Si ya me parece oírlos llegar!

Astroza ahogó un bostezo, escupió el pucho a las brasas. Estiró os brazos, desperezándose, al decir: —¡Ave María que tiene buen sentío! Dale con que ha de llover y el cielo como una plata...

Calló Domitila. Repentino escalofrió la hizo arrebujaarse en el manto.

Astroza se levantó bruscamente:

—Buena noche. Mañana de alba, partimos, ¿nos tamos en eso?

—En esos tamos...

Se fue a dormir al cuarto que tanto servía para guardar la paja como los aperos de labranza. Allí estaba Mingo ya, hundido hasta las orejas. Los demás prefirieron quedarse en la cocina y hacer cama a la orilla del fogón. Continuaron mateando, servidos por doña Candela. El viento seguía dando látigo a las paredes, crujían los clavos de los tablones al frío y al viento, con crepitación minúscula. De los aleros pendían velas de nieve.

—¡Bueno con el frío grande!

Las llamas clamaban los nervios y amortecían los músculos fatigados. Apenas escuchaban a doña Candela que lamentaba, con grandes improperios para los verdes, la incursión devastadora a la casa: ¡si hasta los colchones, Madre de Dios, los habían roto esos salvajes!

Al ras de los matojos sombríos una sombra seguía el costado del río, furtiva y rápida, salvando troncos y piedras. El viento le ceñía las ropas al cuerpo, le metía los vestidos por entre las piernas, dificultando su andar. El frío le ponía en los ojos vidrios dolorosos y punzantes. Caminaba unos pasos y junto a un arbusto se detenía. Echaba miradas recelosas en torno. Después reanudaba la marcha. Así, solapada y medrosa, llegó al andarivel del río. Vaciló ante el fragoso estruendo de las aguas en rebeldía. Rápida descinó su correón de la cintura, atóse al cable y comenzó la travesía, suspendida entre agua y cielo fosco, deslizándose veloz en revuelo de faldas que el viento arremolinaba.

Del otro lado reinició la marcha camino arriba y en un recodo protegido del viento estuvo un rato sentada. Apretujaba los brazos, dándose calor. Pensando. Se levantó de pronto, bruscamente, para marcharse. Estuvo allí indecisa, bamboleada por la ventolera. Sentóse nuevamente. “Que se joda. ¿Quién es él para despreciarme así? El y su mujer y la vieja bruja que se hace la mojigata”. Aguardó, inmóvil, un largo rato aún. El son de unos cascos en la nieve endurecida la sacó de su inmovilidad y se plantó en medio del camino, sombra perfilada contra el blanco resplandor de la nieve.

Cortóse el galope de los verdes en sofrenada brusca:

—¿Quién va?

—Soy yo, la Celia, pues...

—¡Ahá!... No hay tiempo ahora pa lo que vos querís...

Rieron los hombres y sonrió la mujer, dengosa:

—Si no es eso, mi sargento.

—¿No seréis vos también de los amotinados? ¡Anda con mucho cuidado!

—¡Cómo se le ocurre! Por ese asunto venía. Hay, donde Nicolás Olave, está el cabecilla.

—Yas tuvimos ahí y no había nadien. ¿No nos tará engañando esta condená? Vamos a ir a ver. Pero a vos te llevamos adelante. —Tembló la mujer. Rápida, explicó:

—Llegaron después que ustedes se fueron. ¡Si los vide con estos ojos! ¿Qué no ve que yos toy hay mesmo no más?

—Nunca... cuando tes toy mirando... Bueno, lárgate, ¡pero si has venío con un que, a pedazos te voy a echar a los perros!

La tropa volvió grupas y se disparó al galope.

La noche acarrea el fulgor de la lumbre a distancia largas. Por ente los tablones mal unidos de la cocina, el resplandor de los leños punteaba de fulgores diminutos a sombra de la casa, señalando los ánimos en vela hasta el otro lado del río.

Adentro el calor era grato, después de una jornada por la nieve, estando afuera, en su imperio bestial, el viento y el hielo. Los hombres tenían el ánimo descaecido, el somnífero influjo de las llamas les penetraba por las carnes y los inducía a la regalada letargia de la inacción.

Los súbitos batacazos de dos detonaciones llegaron a tablear con su acero las paredes de la cocina. Un proyectil se incrustó en un poste, poco más arriba de la cabeza de Robledo, arrancado al torpor por la brusca amenaza de los verdes. Los perros ladraban a morir. Un tropel de caballos desenfundados arremetió por el angosto valle, oscuras sombras al blandor de la nieve con noche, carabina a la cara, bala y bala.

En la cocina, los hombres atinaron a levantarse. Sus armas las habían entregado a los hombres que harían guardia durante la noche. Antes de llegar a la puerta —que el rancho de la cocina no tenía otra salida ni cuenca de ventana— los verdes estaban sobre ellos. Sofrenadas violentas en el patio de endurecida nieve, con fragor de cascos regolpeados.

De un empujón se abrió la puerta:

—¡Alcen las manos! ¡Ah, aquí están estos bandíos!...

Los dos hombres tenían los labios pálidos y un inane desconsuelo les arrebató todo impulso a los músculos. Sobre sus cabezas las manos pesaban como plomo. Doña Candela, apoyada la espalda contra la pared, sentía crecerle en el pecho una montaña hasta ahogarla. A ella le habló el jefe de los verdes:

—¡A vos, vieja de los diablos, que habías negao que hubiera hombres aquí, no sé por qué no te deshago a palos!

—¡Y de hay! Hombres no había ninguno...

—Vení con disculpas no más. ¡Ya, andenlé!...

Al detonar el primer disparo, Astroza y Mingo se enderezaron de un salto en la paja. ¡Llegan los verdes! Un ruido seco de metal en metal indicó que Astroza apretaba su diminuta Browning.

—¡Al primero que se asome lo dejo tieso a balazos! Masculló, ronco.

En la oscuridad hermética de la pieza, el tableteo de los disparos resonaba ahuecado, agrandando con su inmensidad de muerte.

Golpeando el pecho a su guagua para que no rompiera a llorar, Domitila cuchicheó:

—A la cocina dentraron. ¡Arranquen!

Con sigilo mixto de coraje y temor, Astroza abrió la puerta hacia el río: en el campo de harina, el cuerpo de los árboles y la silueta de las malezas precisaban en claras líneas sus contornos. ¡ay, noche de nieve tan dara para señalar el camino a las balas! Pistola adelante,

asomando su pequeña boca mortal, tras ella siguieron los ojos en la esquina de la casa: cuatro verdes a caballo, cinco caballos sin verdes, pateando el patio junto a la cocina.

—¡Ahora!

La voz fue apenas un suspiro.

Cubierto por la mole de la casa partieron rectos al río, atenuadas sus pisadas en la nieve abofeada por tanto tropel de cascos. En el cantil abrojos, apegados a su pared protectora, se hundió Astroza hasta la cintura en el agua, granulándose entero por un frío trasminante hasta el dentellar de los dientes. Más afortunado y más debajo de estatura, Mingo encontró apoyo para los pies en una piedra y se mojaba apenas hasta las canillas.

La noche se apretaba de sombras y de sordo atrueno de aguas. Horadando la voz del río, el silbido largo de dos balas.

—¡Tamos fregados, hermano! —musitó Mingo, si tiritando de miedo frío no habría atinado a precisar.

Recordó Astroza que la nieve es molde para toda huella:

Por las pisadas se nos han venío —pensó.

El duro metal de la pistola le devolvió la confianza.

Pero los verdes disparaban en al casa: otras dos detonaciones inmovilizaron el pavor de los hombres sumidos en el río. Después no oyeron más ruido que una caballada en marcha y el agua en gárgaras broncas, machacada en las piedras. Nada más que dos hombres en agonioso instinto de vida, hundidos en la pared húmeda de los cantiles, helándose a cada instante dentro del río.

Los llevaron amarrados al pegual de los caballos. Amarrados al pegual de sus caballos, dieron látigo a los cautivos para aliviar su marcha. Amarrados como bestias al pegual de los caballos, los hombres eran carne para el látigo. El perplejo asombro de lo imposible de su cautiverio les sellaba las maldiciones en los labios.

El Ránquil se les vino de súbito con el lomo hinchado por el cauce pedregoso. Arrastrados por los caballos cruzaron el río: el frío del agua los cubrió, más que las matas, hasta los hombros. Las ojotas tenían deslizamiento de jabón sobre las piedras, arrastrando las piedras en resbalones que daban con ellos de espaldas en el agua, inundándose los estómagos en náuseas manos amargas que el desconsuelo de hallarse rendidos.

Al pegual de los caballos hasta Troyo, cruzando de nuevo el río, pero ahora los prisioneros maniatados al anca para que no muriesen ahogados, porque aún no era llegada la hora de su muerte.

En la orilla, un verde dijo a Robledo:

—Desmóntese, compañero —sarcástico. Y de un culatazo lo echó caballo abajo, amarrado de las manos como estaba. Robledo se mordió las manos en impotente furia. Vociferó:

—Cébense, perros, cébense en esta carne, que así amarrada no más pueden golpear.

En su carne y en la de su compañero se estuvieron cebando mientras los interrogaban. Después, por la abrupta orilla del río que abajo en el barranco se ahocina cadoso, los echaron a andar. Iban con los ojos túmidos hasta la ceguera y con la cabeza llena de burojones a fuerza de golpes. Hechos una sola llaga, apenas con voz en el misericorde torpor de los sentidos, murieron ya, caminaron a trapiés un breve trecho.

—¡La pagarán, carajo! ¡Viva la revolución campesi...!

tras el estampido de varias detonaciones, los dos hombres se tambalearon, hicieron una grotesca pirueta en el vacío. Abajo se abrió el agua en vorágine de espumas. Y siguió el río su curso lento, poderoso y sonoro.

Por todas las casas sin hombres pasaron los verdes como una ventolera y por donde pasaron dejaron a sus espaldas la maldición sofocada en labios tumefactos. Los hombres, en la noche de nieve, no tenían cobijo de paredes ni regalo de llamas: nada más que la maleza mojada y el suelo licuefacto.

Repartidos por la montaña, dispersos ya en bandas contumaces, unidos solamente por la voluntad acerada de Nicolás, desalentaban de ayuda ajena pero confiaban aún, en el fondo acongojado del alma, con que habría de llegar, al fin, y a pesar de todo... Si no llegase... ¡Ah, si no llegase, la tierra es ancha y generosa al hombre con dos manos hábiles para hacerla dar fruto! Y más allá del ceño arrugado de las serranías levantadas, otra tierra, dilatada, llana, podía acogerlos en sus estancias ganaderas.

El muro de cordilleras siempre en esfuerzo de contención de todos estos valles les ponía desde la infancia afán de tramontarlas “a ver que habrá más allá”. Como todos los hijos de esta tierra, ellos eran también enamorados del viaje: en ellos la montaña, al limitar el horizonte, les habría las ansias de camino. A otros es el mar, llamada verde a golpes contra la costa, lo que sella en el ánimo el anhelo de más allá. Esta sería, para los campesinos, la ocasión de llevar a la realidad el sueño de la niñez. Más allá de estos altos cerros la vida se les entregaría con dureza, acaso, pero sin crueldad. Luchaban, pues, con esa esperanza abierta, y luchaban más fieros mientras con más inminencia se les iba allegando la amenaza de muerte o cautiverio.

La amenaza estaba allá en las caldeadas bocas de las carabinas, en la ardiente huella del proyectil al sajar el aire frío, en el tumulto de hombres uniformados por todo atravesado, detrás de cada arbusto, a la vuelta de todo cerro. Estaba también en las horas angustiadas y en la angustia de los días venturosos, de hombre sin tierra, de ranchos sin hombres, de mujeres solas junto al fogón vacío de ollas y con voraces muchachitos de cuerpos magros por no querían pensar, cuando oliendo a pólvora quemada, a ropas trasnochadas, a miseria triste, amartillaban con rabia las carabinas escasas de balas. Estaban luchando por ellos y por todos los campesinos sin tierras, queriendo estar a su lado, sólo podían estremecerse de fervor al escuchar el clamor de sus hermanos en busca de libertad.

Y de pronto, en el amanecer tardo y nuboso, se encontraron sin armas en las manos y con desaliento en el corazón: los habían traicionado.

La noche anterior, en lo más áspero de la montaña, se concertaban para repartirse por las cimas que dominaban la entrada a los valles, cuando Pedro Ortiz propuso:

—Compañeros, hemos andao una punta de días dispara y dispara. Las armas se van a poner mogosas y la puntería se va a ir al diablo. Hay que limpiarlas, compañeros. O de no van a ser lo mismo que fierro viejos, buenas no más que á hacer un desperdicio de balas.

Razón tenía. Había que baquetear las carabinas, repulir el ánima de los cañones, aceitar los cierres: si no, habría desperdicio de balas cuando las balas escaseaban.

—¡Claro, hay que limpiarlas!

—Hay que dárselas a los compañeros que saben, aquís ta Catalicio Mesa, Manuel Zúñiga, el Sepúlveda. Pasenselas a ellos no más, compañeros, pa que las dejen como nuevas.

Antes, los entendidos en la limpieza de armas y en la solapada deserción, habían llegado a buscar conversación a Nicolás en el sitio donde se había instalado de vigía. De golpe se le fueron encima, tundiéndolo de un culatazo. Tan de sorpresa lo cogió la traición de sus compañeros que ni un grito alcanzó a dar. Cuando se repuso, estaba amarrado sólidamente, impotente para otra cosa que para gritarles su furia y su rencor y para mirarlos con incontenida cólera. Lo subieron a un caballo y echaron a andar. Los otros partieron a consumir la traición.

Una vez dueños de las armas, las cargaron en una mula y se las llevaron sin que los campesinos se percataran de la traición. Supieron de ella cuando el propio Ortiz se las dio a conocer. Trató de convencerlos: que es mejor que nos entreguemos, compañeros. Que los verdes son muchos y bien armados y nosotros no tenemos armas ni municiones. Que si seguimos peleando será peor, porque nos van a matar a todos. Que si entregamos las armas y nos rendimos, los verdes serán más clementes. Que ya nada se puede hacer, porque él y los otros confabulados eran dueños de las armas y las llevaban camino a Troyo, junto con Nicolás: muerto robledo, poco menos que muerto Nicolás, no había cabeza para el movimiento.

—¡Cobardes, traidores, hijunas grandísima pucha! ¿A tus compañeros, a tus hermanos bs va a sacrificar? ¡No, carancho!

Se habían levantado, fieros, y se abalanzaron sobre él. Ortiz aprestó sus armas, dos revólveres cargados:

—¡Al primero que se allegue lo hago harnero a balazos! ¡Los toy haciendo por su bien, mal agradecíos!

Pero lo hacía por salvar el propio pellejo; principalmente, por vengarse. ¡Ya tenía en sus manos a ese tal por cual de Nicolás!... Mientras con sus armas amenazaba a los traicionados, retrocedía lentamente; bruscamente les volvió las espaldas y echó a correr en busca de su caballo que cerca de allí tenía dispuesto y partió a revienta cinchas hacia Troyo. Alcanzó a los traidores al llegar a la planicie.

Los campesinos, atontados por la inconcebible ignominia, se repartieron por el contorno. Unos volvieron a sus casas, alertas a toda amenaza de represión; otros, como zorros perseguidos, a salto de mata, a la sin rumbo, huyeron.

Va Nicolás al anca de Catalicio Mesa, siente que por el frío de la cara le corren huellas calientes: llora de rabia al verse traicionado. En la mente le golpean pensamiento de fuga, de venganza, y sus manos atadas forcejean con disimulo. En las pendientes, de bajadas, cuando el vaivén de las bestias se acentúa, se le hinchan las venas al redoblado esfuerzo, se le desgarran las carnes y cada vez los correones se vuelven más resbaladizos con la sangre. Pero van cediendo, poco a poco, van cediendo. “Poco es la muerte pa una traición tan grande”. El cuero de los correones, humedecido, va apretando los nudos pero aflojando su cerco. ¡Ay, si pudiera libertar las manos! ¡Ay, si tuviera las manos libres y un arma en las manos!

Agotó todas la súplicas para que lo dejaran libre: no, querían llevarlo cautivo, como cabecillas del movimiento para salvar ellos la vida ¡de qué les iría a valer!

Van por sobre el cantil del río. Al fondo del barranco se desliza el agua, con bramidos de toro en celo. Más allá, la otra orilla, roca y maraña, faldeos abruptos y sendas ásperas. A la distancia, tras unos robles, el único manzanar del contorno y la huella de nieve que las bandas de verdes a caballo han ido ennegreciendo y encharcando.

Por la huella hay ahora tropel de verdes, acercándose al paso de sus caballos, arreando una decena de campesinos cogidos en el desbande. Entre los cautivos, “Charquimacho”. Daba voces a los traidores, al avistarlos, creyéndolos todavía de los suyos:

—Mírenme bien, compañeros, como me han dejao estos perros. Mírenme bien pa que me reconozcan cuando me hayan muerto... si es queme matan entero.

No alcanzó Nicolás a libertar las manos. Pero su cautividad no duró mucho: junto al río, al crepitación de unos disparos, estallidos de agua en una remanso y tenue rojez, en el agua, desvanecida apenas formada.

Van por la orilla del río, sajados a fleco por el látigo. Van por la orilla del río, mancornados, al pegual de los caballos, cayendo, arrastrados, embarrándose en los charcos y la sangre. Como puño de animales, vencidos, ahilada la carne a golpes, cascarrias ensangrentadas en las barbas, hígados magullados, muriendo ahora ellos también después de haber visto la muerte en tantas vidas hundidas en el río.

Al tranco largo los caballos; los cautivos a la carrera. Todo el largo camino de ásperas cuestas hasta el lanchadero de Chilpaco. Iban sintiéndose morir en los culatazos antes de ser hundidos en las cárceles de las ciudades, callados o ardientes de maldiciones las bocas. Sólo “Charquimacho” no domaba su altivez. A cada golpe apostrofaba violento a sus verdugos y cada imprecación era estímulo a nuevos golpes.

—¡Asesinos! ¡Verdugos de los pobres!

El culatazo lo derrumbó sobre la nieve, haciéndolo hundir la cara en su reblandecida frialdad: atado de las manos, no podía amortiguar el golpe. Arrastrado, conoció el sabor del fango, conoció su carne el dolor que producen las piedras al desgarrarla. Quería levantarse y al viva marcha del caballo lo obligaba a seguir, de rodillas, destrozado.

Cuando al fin logró levantarse:

—¡Ni en carne me llevan a Lonquimay! —gritó, entrecortada por el cansancio la voz.

Habría querido llorar o matar. Ahí estaban sus compañeros muertos; ahí estaban los cautivos; ahí estaba la tierra abandonada. Toda la vida derribada sobre el campesino como una montaña que lo aplasta y tritura.

—¡Algún día será el pobre el que haga justicia!

La embarcación era sacudida por el hinchado lomo del Bío-Bío y los cautivos oscilaban a cada impacto de las aguas en los flancos de la embarcación.

—¡La tierra será para el que la trabaja!

Súbito y violento bamboleo sacudió a la embarcación, estalló el agua en oleajes. “Charquimacho” dio un salto por la borda. El agua le dulcificó la carne magullada. Se abrió el río en vorágine, se elevó en bullente chorro. Se ahogaron sus exclamaciones en el movimiento de los verdes por contener al contumaz: duro de doblegar, como su nombre, así era “Charquimacho”.

Apareció, un instante, alo lejos, volteado sosegado a compás de las aguas. Después lo cubrió el río y sólo se divisó el oleaje, verde, sordo, estrellado entre las dos riberas en cantiles.

Tercera Parte

CREPITACIÓN DE SAVIAS

A golpes al pecho quería detenerlos el chiflón de viento. Bajaba atropellando los montes, aventando nieve y hojas, desollando las carnes. Los dos hombres, en marcha tozuda, curvaban las espaldas y avanzaban a través para cortar el huracán con el filo del cuerpo. Toda su voluntad estaba dirigida a la fuga: salvarse.

A los lejos, en las repentinas tendidas del puelche, súbitos estampidos amortiguados: los verdes cumplían su misión de exterminio. Detrás de cada arbusto estaba la amenaza de sus carabinas para teñir de sangre la nieve.

Atrás de los hombres quedaba la traición:

—Agarraron pal lao de la Argentina los arrancados.

Así iban las voces señalando la ruta de los fugitivos.

Todos los atravesos los bloqueaba la nieve, nunca tan temible como los hombres allí apostados con orden de capturar o de dar muerte. El galope obstinado de sus bestias hollaba los bosques y los valles, las gargantas estrechas y los pasos de los ríos, con día o con noche.

Nada más que la manta sobre los hombros, un cuero de oveja arrollado a la cintura, maúllos de colihue entretejidos de correones en los pies. Era todo el apero de los fugados.

Todavía recordaba Mingo los ruidos de aquella partida angustiada: la puerta de la cocina sacudida por el viento, los gruñidos de los perros, la voz de Rosario al oído:

—¡Que no te vayan a pillar, por Diosito!... Yo mesma te voy a ir a ver donde los criollos...

¡Pero que no te vayan a pillar!

Y las palabras de doña Candela, con un dejo de tristeza que nunca más dejaría de teñirle los labios, en admonición de fortaleza:

—Anda, vete, pero vuelve. Sos el único hombre que les queda a estas mujeres solas. Vuelve a tu casa, a trabajar, cuando sea la hora. Por mucho que quieran expulsarnos de estos campos, por mucho que puedan incendiar, matar, nunca podrán matar la tierra, porque no hay balas que le den muerte.

Ahora los ruidos se les venían encima con súbito sobresalto: los ruidos y las sombras, en la noche azorada, a la incierta vislumbre de la nieve delusiva de sombras y distancias. Buscaban la lobreguez de las más enmarañadas espesuras. De adentro a afuera, la sangre caliente se enfriaba a flor de piel, y las ropas húmedas, al golpe del frío, adquirían consistencia vidriosa y crujían al andar. La hirsutez de las barbas crecidas, que fueran protección contra la rigurosidad del invierno, ahora los socarraba la piel al cuajar en ellas el cristal del hielo.

Rendidos, hambrientos, nada podían comer. Tampoco podían detenerse a descansar: caer era no levantarse, irse de a poco entumeciendo hasta que la sangre fuera como duro metal en las venas envaradas.

La herida en la pierna punzaba las carnes de Mingo en dolor terebrante. Abultado el muslo por la llaga viva, tábida ya, cayó al suelo con un gemido, se arrastró un trecho, quejándose a pesar suyo. Quedó tendido debajo de unos arbustos.

—Hasta sí que nos morimos, compañero. Esta noche nos morimos. Ahora sí que nos morimos no más, compañerito.

Entrechocaba los dientes, la frente le ardía, tiritaba entero, sacudido por violentas contracciones del estómago. Dando vueltas angustiado por su lado, “Quienanday” gañía quedo, revolviendo en la garganta los gemidos, dolorosas las patas en la nieve.

Astroza acomodó al compañero sobre un cuero. Le tanteó la frente.

—Es fiebre, ché. Ha de ser por la herida.

Miraba a todos lados, receloso: la montaña caía sobre ellos en sombra y en ruido de árboles sacudidos. En chiflón se estrangulaba el viento en los calveros.

Nada se podía hacer. Imposible seguir la marcha; serían rodeados por los perseguidores, hostigados, cazados.

Encogido dentro de su manta, sintiendo que el hielo le iba penetrando a la sangre en la breve inmovilidad, Astroza, encucillado junto al postrado, resumió su decisión:

—Aquí mismo nos atorramos. A ver si hacemos un fueguito y lo tapamos con mi manta.

Mingo se revolvía en el suelo, tratando de vencer al dolor:

—Lárgate vos solo, déjame aquí no más. Sálvate tú, siquiera. ¡Yo ya toy pa nun...

El perro no lo dejó terminar, lamiéndole la cara.

—¡Cómo no se me había ocurrido antes!

La exclamación de Astroza revelaba tan positiva esperanza que Mingo medio se incorporó, apoyándose en un codo:

—¿Qué cosa?...

—Vos, callao. Déjame a mí.

A la pálida refulgencia de la nieve desnudó la pierna del enfermo y le quitó el tosco vendaje.

—Aguanta, coltro —rezongó, a la contracción de los músculos y a la ahogada exclamación de dolor que escapó al muchacho.

Con un trozo de nieve, colicuada al contacto de las carnes, lavó los cuajarones de la herida. Llamó al perro, incitándolo a acercarse. Lo cogió por el cuello y le acercó la nariz a la herida. “Quienanday”, al pronto, tendió con timidez la lengua y después se dio a lamer, gozoso, la pierna de su amo. Su lengua caliente apaciguaba el dolor del enfermo en agradable cosquilleo. El perro alzaba de vez en cuando la cabeza para mirar a Mingo y agitando la cola, se entregaba de nuevo a la tarea, a lengüetadas largas.

—¡Yastá bueno ya, goloso!

Apartó Astroza al animal. Cubrió la herida con hierbas y volvió a vendarla.

—Y ahora, aunque no querai, tenía que seguir caminando, porque de no te llevo a la fuerza.

—Déjame, déjame aquí no más...

Si no fuese por el frío, se encontraría muy bien ahí, tendido bajo los michayes donde el viento pasaba por alto, remeciendo las ramas y rociándolo de frías gotas. Ahí moriría. Mil veces hacer muerto de una bala, con la carabina caliente en las manos, defendiendo lo que defendía. Ahora moriría a puro monte, como un perro, a puro viento, a puro frío. O, si lo pillaban antes, moriría a golpes, a maldiciones, acarreando también la desgracia del compañero que no quería abandonarlo a su suerte.

¡Ay, qué suerte perra! Haber soñado tanto con defender a los expulsados, haber muerto tantos por la tierra, sólo para que la traición les quitase la dignidad de morir como hombres, luchando hasta el fin. Ahora el frío lo iba congelando. Acaso por el frío no sentía el dolor de la pierna o la sentía como peso muerto, sin acatamiento a su voluntad. Muslos arriba le iba llegando el hielo.

—Camina, ¡qué carancho!

Lo cogió Astroza con una mano por el codo; con la otra, de la axila. Ahí quedó el herido, a todo viento la cara, ladeándose para uno y otro lado. Un paso, uno más. Como piedra que rueda por una pendiente, sin saber qué impulso la lleva, Mingo hundía los maúllos en la nieve, los sacaba con esfuerzo y no sentía ni el viento ni el frío, ni sabía de cuestras ni de abajaderos. Delante de los hombres, como si el instinto le indicase la ruta, “Quienanday” se iba de trotecito tozudo, se detenía para volver la cabeza a los dos hombres, sacudiendo la cola: ¡por aquí, por aquí se va a la salvación! ¡Seguirme a mí!

A medida que enfilaban a los más levantado de las sierras, el viento se hacía macizo, montaña de piedras derrumbándose. La nieve midió veinte veces el largo de sus cuerpos, se les metió a derretirse en el espinazo, los revolcó en su humedad despiadada.

Y los hombres, un solo instinto de vida anhelosa, imprecando, ahogando el grito cuando el grito les arañaba las entrañas en afán de libertarse, seguían su marcha lenta y fatigosa: cada paso era un dolor y un esfuerzo que les oprimía el pecho en el aire pesado de la altura. Perdida toda noción de vida, Mingo, a cada costalazo, no se levantaba ya sino tras una lucha cada vez más larga con su compañero.

—¡Déjame morir aquí, por favorcito!

Abierta la boca, respirando en ahogo, se tendía de espaldas y la cabeza, al rebotar en la nieve relentecida, se hundía hasta los ojos; y eran sus propios manotazos desesperados, y era —antes que la voluntad de Astroza—, el miedo a la muerte, tan de cerca vista y tan horrible de cara, lo que le empujaba a levantarse y seguir.

En agobio y pavor se fueron entrando a lo último de la noche representada en frío y sombra grandes. Pero el viento se quedó echado en las cresterías, y de a poco, en sosegada afluencia, el tenue albor de la amanecida decoró las serranías de visos violados, atenuados en el plomo de las nubes. Se abría otra vez el mundo de las dimensiones exactas y los árboles eran líneas precisas; los arbustos, arbustos; y el suelo, relieve fangoso de altibajos nevados.

Restó e día pavor a su receto, pero les trajo la figura real de la amenaza: la persecución continuaba, los verdes les iban a los alcances. Un súbito engrifarse de “Quienanday” se lo advirtió. Tendidos en la nieve, enterrados en ella, entre armazones de quilas, vieron pasar por el abra de dos cerros el tropel de las seis carabinas a caballo. Bien hicieron los escapados en seguir el derrotero más áspero y más seguro de la median falda.

—¡Los verdes, hermano!

Apenas un cuchicheo de boca a oreja, apoyando. Mingo la mano en la cabeza del perro en gesto de quietamiento. Dejaron que el peligro se alejara. Después:

—¡Seguro que van derecho al atraveso de Coliqueo! —musitó Astroza.

Mordidos por el hambre, tanto de cansados que ni hablar podían ya, fueron hundiéndose en las asperezas de la montaña, despiertos sólo a discernir los ruidos y a buscar las espesuras.

El día arrebató a Mingo la fiebre y no sentía ahora el pinchazo de las carnes enroñadas. Lo mordía el hambre, a él y a Astroza. Con los cuchillos raspaban la costra de nieve en busca de romaza, pasto de pequeñas hojas carnosas. Las noches de angustia, el mucho dormir con las mismas ropas, les llenó el cuerpo de picazones menudas. Como si la sangre les sobrase, bichos engendrados por la miseria llegaban a chupársela.

Al fin. Ahí estaba la salvación: se acercaban al límite internacional. Sendereando por rutas ocultas y de ellos conocidas, usadas en sus cambalaches de aguardiente por hierba con los puesteros cordilleranos, de anohecida pisaron suelo argentino, serranías ásperas y boscosas del Neuquen cordillerano.

Seguros ya, avanzaban con mayor rapidez, bajaba a las quebradas de los montes, menos duros en el interior, y a rastras, moribundos, hambrientos, el primer puesto los recibió con soledad cordial: el criollo andaría en menesteres de pastor por los diminutos valles.

Como un bulto cayó Mingo a la cama de pellones.

—Descansa no más, coltro.

Y Astroza encendió fuego, demasiado alegre para pensar en el descanso y demasiado hambriento para acostarse sin comer.

—Bendita suerte haber salvado el pellejo. ¡Benditos criollos que dejan charqui y hierba en sus puestos pa los caminantes hambrientos!

Ahí estaban, en efecto, el charqui y la hierba en un cajón colgado de la pared: ley de las serranías es llegar a los puestos, saciar el hambre, y partir, sin llevarse provisiones para el camino, y dejando aquello que puedan dejar: tabaco, aguardiente, lo que sea.

Regodeándose los dos hombres con charqui soasado y el buen mate caliente, cuando a los ladridos de afuera contestó “Quienanday” con los suyos: llegaba el criollo. Ahí estaba, talero en mano.

—Ché, buena noche, ¿qué bueno los trae por acá?

No demostró asombro al ver a sus conocidos.

—Ay, criollito! ¿No ha visto a los verdes?

—¿Son también de los arrancados, ché?

—También, hermano. La cosa se puso olisca...

—Por aquí anduvieron, pero se largaron de seguida...

—¡Ahá!...

Al resplandor del fuego, las ropas de Astroza despedían tenue vaho. Un agradable calor se le metía piel adentro. Tendió la mano con gesto rapaz cuando el criollo le ofreció papel y tabaco. Después de liar el pitillo con una sola mano, lo acarició con los labios.

—¡Benaiga, amigazo, esto se llama regalía! Dos días que no pitaba.

Acompañado por los ronquidos de Mingo, aplacó la curiosidad de su amigo: le habló de la revuelta, de las persecuciones, de la muerte de todos los conocidos. El puestero Medrano le escuchaba con los ojos agrandados de estupor y con dos manchas rubicundas en su cara lampiña, sonrosada a pesar de los vientos cordilleranos. De vez en vez le brillaba en los ojos un fulgor de entusiasmo cuando, en un pasaje de la narración, encontraba satisfacción para su alma de explotado en la hazañas de otros que, como él, sufrían la injusticia y habían sabido rebelarse contra ella.

Apoyado en el camastro donde Mingo dormía el pesado sueño de la fatiga, siguió Astroza hablando, dando codiciosas chupadas al cigarro, hasta que también él, de golpe, en medio de una frase, cerró los ojos y se quedó cabeceando, colgante el pucho en los labios entreabiertos. Un sonoro ronquido, más fuerte que los otros, disparó la colilla al medio de las ascuas.

No bien asomó la cara un sol pálido entre dos ceñudos nubarrones a iluminar el parejo vientre de los montes, cuando los dos fugitivos fueron arrancados de su sueño. Astroza despertó dando manotadas, gritando, pensando que los verdes caían sobre él; Mingo, con una dolorosa contracción del pecho y un sobresalto que se le estampó, eh, adespíertense...

—Adespíertense, eh, adespíertense...

Medrano los remecía. Y cuando los vio despejados:

—Ché, mejor será que se vaigan. Los buscan. La policía, ché...

—¿Cerca?

—En media horita llegan por acá. Enrumbando pal puesto vienen por el bajo.

De nuevo la fuga, tras la despedida precipitada y la cordial preocupación del criollo que los abasteció de tabaco y carne seca. Caminaron toda la mañana y poco a poco el campo se iba mostrando más ancho: la nieve no era aquí tan profunda ni tan resquebrajado en tajos el lomo de las serranías. Los árboles disminuyeron su altura y se hicieron arbustos extenuados de invierno.

Por dicha para los escapados, el criollo despistó a los verdes. Lo supieron más tarde: a poco de haber franqueado el límite, debieron volverse a tierra chilena.

Toda la tarde caminaron también los dos escapados por tierra que poco íbase haciendo llana en los valles cada vez más anchos, con ríos donde, al tratar de apagar la sed, encontraban ásperas aguas salobres para quemarles el vientre. Ríos que caían de las alturas para llenar el cauce del Agrío en el valle de Neuquen. Rebaños dispersos de húmidas ovejas huían todas apiñadas al ver acercarse a los dos hombres.

A la sobretarde, tras la ondulación de una llanada, la parda construcción donde Calixto encerraba su vida solitaria, otro amigo criollo: un puesto en la entraña de las cordilleras que, al cobijar sus cansancios, les daría tregua a los ánimos hechos al sobresalto de la fuga.

Muchos los muertos, muchos los prisioneros, pero no pocos los fugitivos. Al perderlos todo, la tierra y el seguro de su libertad, los hombres se desbandaron, se ocultaban en las grutas verdes del bosque, buscaron las rutas perdidas de la montaña, los portezuelos más ignorados. La cordillera les abrió sus cuchillas para ocultarlos, a la vez que los hería de nieve y temporales. Cayeron algunos, agobiados por un huracán de nieve, hasta quedar, inmóviles, con los miembros envarados. La nieve los fue cubriendo, dejando primero un montículo blanco que lento se fue emparejando con el terreno al golpe violento de las ráfagas. Después llegaría el deshielo a descubrirlos al ojo de los aguiluchos y al sol que calcinara sus osamentas.

Tras ellos quedaron mujer e hijos, aguardando mejores tiempos para el regreso del hombre o para unirse a él en otro campo. La tierra quedó desierta de varones. Empujadas por el hambre, muchas mujeres emigraron, abandonando esos suelos que dieran en llamar “el matadero” y donde jamás podrían echar raíces en el trabajo y su fruto, porque no hay raíz capaz de prenderse a las rocas.

Los ranchos se fueron quedando solos. Refugios de malos pájaros, de sabandijas y gatos sin dueños, a golpes de viento se fueron deshaciendo, sin mano que reparase los postes derribados de sus paredes.

El terror se amparó en los recuestos cordilleranos. Bandas de verdes a caballo se descargaban de repente y a toda hora sobre los hogares, en las hijuelas que habían quedado en poder de sus dueños y que aún mantenían una sobresaltada cohesión, y arrebatában lo último que de ropa o animales quedaba a las mujeres solas: buscaban los objetos de las pulperías, dinero que pudieren haber escondidos, a los fugitivos que de solapadas noche hubieren llegado.

La noche dormida es sacudida mil veces por el galope de los caballos. Conturbadas, las mujeres tiemblan bajo las mantas, en sus lechos, quedan con oído atento, tendido al camino. ¿Vendrán para acá? ¿Irán a seguir de largo? ¿Detrás de qué andarán éstos? ¡La desgracia nunca cesa ahora, de golpearlas con saña!

Si antes eran hostigadas, hoy son blanco de todas las violencias: son las mujeres de los hombres derrotados, de los hombres que se atrevieron a discutir el derecho a vivir en la tierra labrada por ellos contra la ley que se lo niega. Y no es poca angustia la de estar con el corazón hecho un ovillo cuando en todo instante piensan en los fugitivos, perseguidos e cada descanso, acosados detrás de cada mata por las carabinas y expuestos al puño duro de los temporales, en las montañas, sin más ruta que la del instinto que por el viento o el cielo se guía. Si no andan huidos, están presos: Temuco vio pasar a los hombres altivos de la montaña en tropa de maniatados, de vencidos, llegados a languidecer en la miseria de las cárceles, comidos de piojos y golpeados de látigo.

En la casa que fue de Nicolás, como en todas las del contorno, no tiene el invierno la crueldad de los hombres: las mujeres viven con una sorda ira en el pecho, más fuerte que todo dolor. Y contra esa casa se ensañó la muerte. Mingo, el único hombre que les quedaba, era un fugitivo, estaba prisionero o, acaso, muerto.

Cuando doña Candela y Domitila supieron la muerte de Nicolás, cuando la imaginación se los mostró inerte, acometido por las aguas, pasto de los peces voraces, no lloraron porque no les quedaban lágrimas ya. Pero el temblor de los labios, del cuerpo todo, la palidez de la cara, la frente inundada de sudor, desmentía el fulgor de airado pasmo de los ojos. No lloraron entonces; pero lloraron cuando cruzaron las cimas hacia el río, ocultándose en las malezas, rehuyendo el camino y las sendas transitadas. No llovía ni soplaban su violento fuelle el viento; pero el frío les enrojecía a cara y les trasminaba el cuerpo. Las dos mujeres,

ardiendo en su interior de pena horripilada y enfierecido encono, seguían su dificultoso camino en silencio, atentas a sus pensamientos confusos de pavor y frenesí.

Iban hacia el río, más abajo del lugar donde cayó Nicolás. Libre de verde estaba esa zona: se habían ido al galope de sus caballos, con la muerte en sus carabinas, a repartirse por los cerros para bloquear la fuga a los escapados. Las dos mujeres vagaron por la ribera, horadando con las miradas las plácidas aguas mojigatas. Varias veces divisaron, por el centro de los reciales, volteando macabros restos de la tragedia. ¡Ay, Nicolás, entregado a los peces, hueros los ojos verdes, henchido el cuerpo primero por las balas, después por las rocas, leño que esta agua castiga!

A las dos mujeres se les pasó la tarde en llanto cuando no querían llorar, porque las lágrimas cegarían su visión en el instante en que más aguda deberían tener la vista.

Comenzaba a entenebrecerse la vaguada, en lenta transición del gris opaco al gris oscuro del atardecer, cuando Domitila vio unos harapos rebotando en un remanso.

Corrió desatentada, rebosante el pecho en un sofoco de miedo y esperanza: ¡Era él. No podía ser otro! Con ayuda de doña Canela desgajó la gorda y larga rama de un roble y sacaron el despojo, en silencio, duras las caras y llameantes de fiebre los ojos. El corazón les decía que esos harapos eran Nicolás; sólo el corazón podía advertírsele, que más señales no tenían. Envuelto en saco quedó oculto bajo unas mantas. Junto a él, doña Candela, arrodillada, rezaba oraciones de paz mezcladas de improperios a los causantes de su desdicha y de lamentos para los huérfanos que dejaba.

En tanto, Domitila corría a la casa en busca de un caballo. Regresó a todo galope en el animal, atado a su lomo la triste carga y se inició el regreso cuando ya la noche se abatía sobre la montaña.

Aquella noche, en la casa, de secreto, velaron al hombre en su mísero ataúd de harapos. Si llegaran los verdes en ese instante... ¡Pero nadie arrebataría a estas mujeres acongojadas los tristes restos, porque entonces habrían muerto antes que entregarlo! Decían que negaban sepultura cristiana a las víctimas; pero no podrían impedir que Nicolás reposara como debía, que fuera, en paz, su sueño. Tal pensaban las mujeres solas.

La temprana mañana, hosca, anubarrada, amenazante de nieve, vio a cuatro mujeres turnándose en el huerto para cavar la sepultura: doña Candela, Domitila, Rosario y Nacha, consumido el pavor y el llanto en un viento de odio, apenas sollozaban. Junto a la casa, en medio del huerto, reposó Nicolás, y cayó la tierra sobre él, y cayó después la nieve y brotó más tarde el pasto y ni una cruz señaló la sepultura: sólo las mujeres supieron dónde comulgaba Nicolás con el suelo que labraron sus manos y la cruz la llevaban ellas estampadas a sangre e el corazón.

Apegado el hijo a las faldas, Marcos, con sus tres años llenos de curiosidad, miraba a las mujeres llorosas, las vio cubrir de tierra el hoyo del cual antes la habían extraído y expresó su extrañeza:

—¿Ques tan haciendo, mamita? ¿Por ques tan llorando?

Domitila le apoyó la mano curtida en la cabeza y sin llorar ya, le dijo:

—Tu taitita nunca más se va a separar de vos. Y hasta las verduras que te comás, te las habrá dado él.

Ahora la tumba no se distinguía del resto del suelo, en el huerto, salvo por una ligera altura que lo desnivelaba, el paso recubría la tierra apisonada. Pasaría el invierno y crecerían allí las amapolas y los pajaritos cuando —Dios mediante—, la tierra volviera ser fecunda y de nuevo estuviese en paz.

La casa de doña Candela había cobijado a otras mujeres solas: a Rosario y a su madre. Desamparadas, a este hogar que las recibía daban el trabajo de sus brazos y si eran más bocas a comer los escasos alimentos, eran más corazones para repartirse consuelo.

Transcurrían los días, el viento raspaba el patio a espaldas de la casa y dejaba cúmulos de nieve en los sitios protegidos. No había noticias de Mingo ni de Astroza; pero se sabía de muchos fugitivos capturados. Y el temor de haber perdido también al último hombre que dirigiera la casa, les prendía su angustia en los pechos.

Una tarde, reunidas todas las mujeres al calor del fuego, en la cocina, vieron llegar, una vez más, a los hombres a la casa. Estaba Nacha mirando por la angosta ventana —abierta es profeso hacía muy poco y que tenía apenas el ancho del tablón—, de lado protegido contra el viento, un trecho del camino nevado dominaba desde allí: el repecho hacia el poniente, al curva de la angosta senda hacia el sur. Y la casas diseminadas a uno y otro lado del río. Todo el paraje parecía abandonado, todos los ranchos abandonados, aplastados por la sombra de los cerros rotos en abras de matorrales y bosques. Nadie en el contorno. Pero dentro de sus casas las mujeres estaban siempre alertas. Hombres y mujeres en las serranías, desde interior de sus ranchos saben todo cuando ocurre en el contorno, las idas y venidas de todas la personas. Observan cuando se les diría dormidos, escuchan cuando aparentan indiferencia. Nadie pasaba por los caminos son que desde las casas unos ojos a cubierto tras los tablonos de los muros atisbasen al viajero y al punto supiesen a dónde iba, haciéndose suposiciones sobre los motivos de su andanza. “Es la bestia de don Lucas”... “Irá donde don Juan Cruz”... Toda la historia de la actividad campesina está escrita al aire libre, en los caminos y en los senderos.

—Verdes vienen. Y endilgan por este lao...

Nacha habló de improviso, sin volverse. Una mirada le bastó para reconocer a los jinetes emponchados, a la distancia. Sus caballos, la rapidez de su marcha, si galoparon mucho o caminaron con reposo, todo lo captó de un solo vistazo y cada detalle contaba su historia.

Cesó en la cocina, por un instante, el trajín de pasos y el ruido de ollas.

—¿Y a qué vendrán ahora Candela. Y por el ventanillo les hizo la cruz.

Los jinetes, en vez de torcer para cruzar el vado que conducía a la casa, continuaron su marcha camino arriba; al poco trecho se volvieron, se perdieron detrás de unos matorrales, y a poco se les vio reaparecer entre los robles del sendero, de este lado del río. Avanzando sin premura. pusieron sus bestias al trote cuando el quiltro salió a acosarlos con sus ladridos.

En la casa, las mujeres temerosas pusieron máscara de bobalicona indiferencia.

Entraron los hombres sin llamar a la puerta. Recorrieron con la mirada a todos los presentes y uno de ellos, con irónica sonrisa, saludó:

—Buenas tardes...

Las mujeres alzaron la vista un instante y continuaron en sus diversas labores. Doña Candela volvió a medias la cara color de tierra, arrugada en surcos profundos en la comisura de los labios y debajo de los párpados. Abrió la boca, con el vacío de dos dientes delanteros, en mueca sardónica:

—¿Ques lo que se le antoja ahora?

Los dos hombres sentían el golpe de la hostilidad al estrellarse contra ellos. La pieza estaba llena de odio, lo sabían, lo advertían en los ojos de las mujeres que se negaban a mirarlos, a reconocer su presencia.

Fruncida la boca para no dejar escapar los denuestos, Domitila cosía. A su lado, en el suelo, sobre un cuero de oveja, la guagua rompió a llorar. “Hasta los inocentes le tienen tirria”, pensó, cogiendo en brazos al hijo de meses para hacerlo callar.

—Oiga, suegra...

La vieja apretó los labios y no hizo demostración de haber oído.

—¿Tres caballos no tenían ustedes? Querimos verlos...

—Dos teníamos no más.

—¿Dónde están?

—... Pero ahora no queda más que uno...

—¿Y el otro?

—¿Pa que pregunta? Ustedes mismos le corrieron bala.

—¡Sería de los revoltosos, pues, doña!... ¡A ver, a buscar la bestia!

Nacha miró a su madre, esperando su decisión.

—Sí, anda vos, Nacha... —Reconsideró y pidió a Domitila—: Mejor será que vaya usted, hija.

Los dos hombres aguardaron con mal reprimida impaciencia el término del retardado trajín de Domitila: dejar el crío en manos de Nacha, sacudirse la falda con el dorso de la mano para arrojar al fuego migas imaginarias, levantarse con pereza...

Echaron andar tras ella...

—Nos vamos a llevar la bestia —dijo uno de los hombres, al volver—. Por si se la han robao...

Doña Candela se volvió bruscamente, llenos de protestas los labios; pero se mordió. Expresó con calma:

—Llévenselo... como ahora no hay justicia y toos se han vuelto verdugos, llevenseló. Será robao, si ustedes lo dicen. La nieve es negra pal que quere ver de ese color...

Y volvió a su tarea, haciendo girar la rueda con dedos emblorosos, dando la espalda a los uniformados.

Así perdieron el último caballo. No bien cruzaban los verdes el río, repentina furia de las cordilleras los envolvió con viento en galope, apresurándoles el camino de regreso.

—Viá ver si se pueden conchabar en la estancia...

El criollo puestero, alto, desmadejado y flaco, consideró con pausa a sus dos amigos... Bien podían trabajar en la estancia en esta época dura de la invernada. Muchas eran las ovejas y pocos los hombres para cuidarlas; podría necesitar el rico más brazos para salvar sus animales. Al salvar a sus animales salvaría también —sin saberlo— a dos hombres de la cárcel o la muerte.

Hacía tres días que vivían en ese rancho de tan frágil apariencia que apenas se le hubiera creído capaz de resistir los temporales. No había aquí ni siquiera dispersas hijuelas: nada más que el puesto cordillerano, nada más que este refugio entre montañas, aislado, distante un día de camino de otro rancho. Escuchando desde su interior el rugido del huracán, no sentían los hombres impresión de asilo seguro: crujían los maderos, se filtraba el viento por las hendijas y arremolinaba el humo de la fogata. El viento tenía trueno en la voz; pasaba por los filos de las cresterías y al ahocinarse en la hondonada se golpeaba los flancos en las montañas: de ahí sus bramidos.

—Ojalá pudiera, don Calixto. Trabajar en cualquier cosa...

Les urgía escabullirse, desaparecer del puesto: la policía argentina, a petición de los verdes, batían a los huidos y los mantenían en la comisaría del límite para entregarlos a las autoridades vecinas. Estar allí no era seguro: cualquier día podían ser devueltos los prisioneros al otro lado de la cordillera. La suerte que al otro lado les aguardaba no era cosa que ignorasen.

Repuestos del cansancio, Astroza y Mingo sentíanse atormentados por la inacción, hecha inquietud en las mentes: pensaban en sus familiares, en la suerte que habrían corrido las mujeres solas. ¿Qué sería de ellas ahora que el pavor dominaba el Alto Bío-Bío?

Astroza presionó el criollo:

—Estamos enteraos de estos trabajos... Yo, de Guaina, ya fui probador en una estancia del lao de Campana Mahuida. ¡El deo chico me quedó chamuscao de tanto echarle agua hirviendo! Era un patrón mateadorazo...

Recordó aquella época, mateando él también al calor del fuego, mientras los encerraba el viento en su círculo de rugidos.

—... De primera, nunca le achuntaba al gusto del patrón: me echaba una gota de agua en el deo pa probarla y como nos taba acostumbrao, la encontraba recaliente y se me desollejaba entero. “¡Baulaque!” me retaba el criollo. “Así no quero el mate. El agua no ha de estar ni muy caliente ni un poco fría: en su punto no más”. Y allá tenía que ir con la pava, a la carrera, échale agua al deo chico, sírvele el mete, córrele a volver a calentar el agua y córrele con el mate caliente hasta donde se antojara estar al hombre, ¡bueno la regalía grande! Matean más que nosotros los patrones... Hasta que me acostumbré a servirle como el criollo quería ¡pero por poco me quedo sin deo...!

Sonreía el puestero y sonreía Mingo al escuchar el relato de Astroza, hecho elocuente por sus musarañas.

—¡Claro que ahora no servía pa probador! En cambio, pa cuidar ovejas...

Ovejas cuidaron: consiguieron trabajo, gracias a don Calixto que pidió ayudantes para vigilar el rebaño. Durante quince días estuvieron a cargo de los animales en los cajones cordilleranos. Mantenían por la noche los rebaños en los vallecitos más abrigados y cada día los conducían a pastoreo, dejándolos que se desbandasen por las laderas en busca del pasto que escaseaba. Cada semana, desde las casas de la hacienda, llegaban carros cargados de forrajes para alimento de las ovejas. Eran las únicas ocasiones en que los puesteros veían otros seres humanos. A no mediar el rigor del tiempo, la tarea habría sido agradable, pero

los constantes temporales de nieve y viento requerían de los hombres una constante atención para evitar que muriesen de frío los animales.

Habitados estaban los dos escapados a esta inclemente labor, cuando cayeron sobre ellos los policías de la frontera: ante la presión de sus colegas chilenos, tenían que conducir a los fugitivos a sus puestos de guardia. No había más remedio.

Los dos hombres, resignados, permanecieron tres días en calidad de presos, pero en ese tiempo fueron bien tratados y mejor alimentados. Finalmente, llegó aviso de que los prisioneros fueran puestos en libertad, porque había terminados la persecución y se les permitía volver a su patria, a trabajar la tierra, lo que la tuvieran.

Una mañana, la policía argentina acompañó a Astroza y Mingo hasta el límite, los proveyeron de algunos alimentos y con un “buena suerte” echaron a los hombres a seguir su destino. Muchos como ellos, volvieron a sus hogares, creyendo encontrar la paz; pero fueron apresados, maniatados y sumidos en las cárceles.

Temerosos de una mala jugada, no bien cruzaron la frontera, Astroza decidió permanecer oculto, hasta aguardar noticias fidedignas de sus familiares o de personas bien enteradas. Dijo a Mingo:

—Don Segura vivió hasta viejo.

Se mantuvieron entre la maraña durante todo el día y al oscurecer regresaron al puesto de Medrano, donde encontraron abrigo al escapar por primera vez a las tormentas cordilleranas y a las carabinas de los montados. El criollo ése estaría enterado de las novedades.

Los acogió el amigo sin sorpresa y con la cordialidad de siempre. Su rancho, en este último tiempo, había sido muy visitado, por fugitivos y por policías y se alegraba de ver caras nuevas y amigas y charla un rato. En verdad, el viejo Medrano les tenía noticias: o existía tal perdón para los amotinados. Decían que la persecución crecía con más saña cada día y que hombre cogido bien podía darse por muerto.

—Quizá ha de ser así —terminó de informarles Medrano—. Aguántense un tiempcito por aquí, si es que les parece.

Había descendido la noche con su amenaza medrosa de presencias temidas y los fugitivos vacilaban entre el temor de regresar a sus hogares y el deseo de verse de nuevo con sus familiares. Dos semanas en las cuales se creyeron a salvo de toda persecución, confiados e su buena estrella, les mostraba, al cabo, que su seguridad era nada más que ilusión de sus ánimos aletargados por la esperanza. Volvían a mantenerse alertas a todo ruido; pero ningún ruido era perceptible en esta noche, ahogados en la voz del viento, surgido de improviso apenas cayó la tarde. Días sin viento son raros en los inviernos serranos: ahí estaba en torno a ellos, hostigándolos. ¡Perra noche para ir vagando por los caminos con miedo!

El único alerta, en semejante noche, sólo podían darlo los perros. Extraño que se acercara sería delatado por ellos. “Quienanday” y el flaco y nervudo ovejero del criollo Medrano dormitaban echados junto al fogón, tendidos los hocicos entre las patas delanteras, en no turbado reposo. Sólo una vez se alzó “Quienanday”, escuchando; el ovejero, a su vez, puso tensos los músculos, arrugó gruñidos en las gargantas, calmándose al ver la calma del otro perro. Pronto ambos animales cierno otra vez en su pereza, tranquilizando a los hombres repentinamente sacudidos por incierta desazón.

Por eso les sorprendió cuando la puerta fue abierta bruscamente: los dos refugiados se levantaron de un salto. Medrano se clavó en el asiento, abierta la boca en pasmuso inesperado.

“Quienanday” lanzó un alegre gruñido y saltó contra la puerta, agitando locamente la cola: Domitila entraba al rancho. Tras ella, Rosario.

—¡Gracias a Dios que están aquí!

Las dos mujeres apenas se sostenían en pío: cayeron en los asientos como si de golpe las hubiese abandonado la voluntad que las mantuvo en la caminata de dos días cruzando los temporales.

El estupor había paralizado a los dos hombres. Lo impensado de la visita les clavó el corazón, conteniéndolo, y lo soltó repentino en azotes de sangre al pecho.

—¡Bah!... ¡Ustedes!...

La admiración que por ellas sentían quedó callada en el alma de los hombres: ¡si era cosa dura para ellos desafiar la nieve y la cordillera, que más sería para las mujeres! Demostraban la dificultad de esa lucha: el viento tajante les había desollado la cara y sobre la carne viva siguió fustigando, hasta formar costrones ásperos que en las últimas horas de la marcha fueron protección al viento, habiendo sido antes llagas para el dolor. El barro, en los vestidos, endurecidos y reblandecido varias veces, había dado su color a las telas y las manchas estaban desgarradas a grandes jirones.

Cuando reposaron un rato, las dos mujeres se quitaron los maúllos. Las piernas tenían, además de las medias de lana, una protección de barro endurecido.

—¡Ave María que nos costó llegar!

Sólo con esas palabras expresó Domitila la penuria del viaje; las veces que creyeron morir en la soledad, tendidas en la nieve, porque los músculos no las sostenían y porque el corazón se les alborotaba en el pecho como queriendo errar su trabajo en el agobio del cuerpo todo. La historia de su lucha contra los elementos estaba en la apariencia: en sus manos hinchadas, amoratadas; en sus labios rajados, en sus ojos cegajosos, en sus caras de llaga.

—¡Gracias a Dios que no te pasó ningún mal! —dijo Rosario, lanzando a Mingo una mirada ansiosa: lo vio entero, fuerte, sin daño, bien alimentado. Y esa era la más grande compensación a las horribles torturas que sufrió en su viaje. Bien podía alegrarse era ella una de las pocas mujeres que tenía marido vivo en la tierra desierta de hombres.

—Y vos, ¿sufriste mucho?

—Nos costó un poco, pero llegamos. Una vez casi nos extraviamos...

Bastaban esas palabras para hacer comprender a los hombres la terrible lucha de las mujeres contra los elementos desatados. Quien se extravía en la serranías de nieve, bajo el látigo de las tempestades, puede ya despedirse de la vida. Inútiles son entonces los clamores de auxilio: aunque el acaso lance a algún viajero por esos lugares, toda voz se pierde en el tronante clamor del viento. Se va avanzando, cayendo, desgarrando las carnes en las breñas, golpeándose en los troncos derribados, perdida la dirección, impotentes para impedir la gafedad de los miembros, agarrotados los músculos, hasta caer, al fin, sabiendo que la muerte ronda, dejándose hundir en la insensibilidad del frío que hace de los cuerpos troncos endurecidos.

Las dos mujeres se descalzaron y tendieron a las llamas los pies destrozados; tenue vaho surgió de ellos y de las ropas que el calor iba secando. El mate por devolverles el ánimo. Domitila habló de la casa; pero antes:

—No tuvimos más remedio que venir a avisarlos que no fueran a creer lo que andan echando a correr los verdes: que todos están perdonados. Es pura trampa no más, de los facinerosos. No se contentan con haberse hinchado de sangre y quieren seguir matando a los pocos cristianos que quedan vivos...

—Nosotros casi nos largamos; pero tuve pasión que era engaño no más...

Y Astroza experimentó como un agradecimiento por esa intuición que le indujo a recruzar la frontera.

—Alcanzando a cruzar... Que su seguimos...

Domitila relató la tragedia caída sobre ellas:

—No dejan en paz al cristiano... Llegan cuando se les antoja, se llevan lo que se pueden llevar. Lotro día no más se llevaron al caballo... Antes le habían quitado a doña Candela una manta nuevita y dos abrigos de las coltras, esos que se ponen pa ir al pueblo: ¡todo era de las pulperías, es que! No hay más que puras mujeres en las casas. Animales no quedan... queren acabar con todas las familias y los coltros sin padres andan repartidos por las casas, aunque ya no haiga que comer. Los grandes aguantamos, pero los chiquillos se van a morir de hambre...

Los tres hombres no hallaban qué hacer con las manos, escuchando: morir no habría sido nada comparable a esta tragedia descendida implacable sobre los suyos.

Sostuvo Rosario el mate vacío en las manos para sentir su tibieza y habló mirando al fuego:

—Algunos hombres volvieron... Los pescadores casi a toítos. ¡Y a Temuco con ellos, pa darles un carcelazo de quizás cuantos años! Algunos se escondieron, pero como nunca faltan traidores, los denunciaron. ¡Que va a ser de la tierra si no hay hombres pa cultivarla! Las puras mujeres tenemos que hacer el trabajo... puras mujeres solas no más se ven en las casas.

Rompió a reír en medio de su amargura y como los hombres la miraran con asombro, pasó a explicar:

—Los verdes se llevaron chasco con doña Cleme... Andaban buscando a los arrancados y ella estaba en la cocina. Cuando sintió tropel de bestias —estaba oscuro ya— sospechó que podían ser los verdes. O bien no. Entonces, pa que no creyeran que era una pura mujer sola, llamó al perro y llamó a los gatos, que tienen nombres de cristiano. ¡"Peyuco"! es que gritó. "Vení pa acá, Peyuco ¡Ya te llevo no más la comía, Anselmo! ¡Apúrate pues, Peyuco!" gritaba doña Cleme. Los verdes creyeron que habían vuelto algunos de los arrancados. ¡Se dejaron caer como balas!

—¡Onde están esos condenaos! A ver, doña, ¿onde están?

—No hay nadien aquí más que yo y el crío —es que les dijo.

—¡No vengai a burlarte! ¿Creís que no te oímos cuando los tabai llamando? Te oímos clarito: Anselmo y Peyuco. ¿Onde están?

—¡Y que nos los ven, pues! Hay están no más, comiendo lo más tranquilos.

Y hay nomás estaban: el perro y el gato, lamiendo una fuente.

—El perro se llama Anselmo y el gato Peyuco, por si no lo saben.

Y es que los verdes se fueron con la cola entre las piernas.

Así terminó Rosario su relato. Los hombres rieron al conocer el ardid de la buena vieja. La mujer volvió a sus amargos comentarios:

—Puras mujeres solas no más hay... Estotro año nadien va a tener que comer... Así queren echarnos a todos pa que el rico aproveche las hijuelas ¡como le hacen tanta falta! ¡Por dios, Mingo, no te vay a mandar cambiar pa llá, porque sos perdió!

Cambió el muchacho una mirada con Astroza. Pensaba, precisamente, en eso: regresar, estar junto a sus familiares, ocultándose en la montaña. Pensaba en el chenque, en esa gruta de la cañada donde celebraron algunas de sus primeras reuniones antes del levantamiento. Nadie quedaba que supiese la existencia de esa caverna excavada en la roca, oculta hasta el ojo del peuco, y nadie podría delatarlos. Expresó su idea:

—Podríamos irnos, podríamos irnos atorrados por la cordillera y dejarnos caer con noche a la casa. Nos podíamos esconder cerca, en el chenque, hay donde ustedes saben...

—Así será lo mejor —asintió Astroza. Luego lo sacudió un pensamiento temeroso—: ¿No las habrán seguío?

Saltó Rosario, segura la voz:

—¿Quién hubiera de habernos seguío? Salimos con temporal y de noche y nos alojamos en la última casa del otro lao, hay onde Cevallos. Nadien andaba por esos laos...

El criollo Medrano se había limitado a escuchar a las dos mujeres, lanzando de vez en vez una exclamación mezcla de asombro e ira en los instantes en que el relato lo conmovía.

Habló ahora:

—Será mejor que las ñoras descansen. Nosotros nos tiramos aquí a la orilla del fuego. Si alguien viene, éste os va a avisar.

“Este” era el perro ovejero.

—¿Y cuándo llegue?

—Salen por este lao, cortan al cañadón de las ovejas. Se atorran no más por hay. Las ñoras mujeres se hacen las dormías y les digo que una es mi mujer y que la otra es mi hija. No se van a botar a tiosos conmigo, porque habrán de haber cruzao sin permiso el límite...

Pero antes que las mujeres, entrecerrados los ojos por el sueño y el cansancio, se echaran a dormir, se pusieron de acuerdo. Se irían ellas adelante, los hombres atrás, a distancia suficiente para recibir, de un gesto de manos, señal de peligro cuando el peligro se apareciera.

Los pasos de Rosario trazaron una senda en la nieve desde la casa hasta el cerro. Por ahí, por un costado, se rajaba el cerro en enmarañado tajo y dando espaldas al camino de acceso abría su boca la caverna. Si era fácil seguir las huellas dejadas en el sendero hasta la cima del cerro, el bosque ocultaba después todo rastro.

Dos veces al día emprendía la mujer ese camino. La “Temerosa” le servía a maravillas para quitar apariencias sospechosas a esas andanzas: arreándolas iba a media mañana, conduciéndola a campos de pastoreo, y arreándola regresaba de atardecido. Cada vez la manta de castilla ocultaba la olla con alimentos para los dos hombres refugiados en la gruta.

Cobijo amplio y seguro les daba su entraña de roza y aunque afuera el viento se descargara con sordo estruendo sobre el bosque, sus ráfagas llegaban atenuadas al interior, coladas en la maraña que formaba muralla espesa a la entrada. Si nevaba largo, la nieve se detenía en las copas de los michayes y en la red de quilas, sin bloquear el paso. Adentro el buen fuego ardía de la mañana a la noche: con el viento se rasgaba el humo escaso que despedía, ya antes de salir por sobre la copa de los árboles habíase esfumado ya, roto en mil fragmentos.

Era seguro el refugio, mas los hombres sentíanse prisioneros en él. Apenas se atrevían a salir a estirar las piernas por la angosta cañada, temiendo ser sorprendidos por ojos enemigos. Los iba amilanando esa quietud obligada y medrosa, y tenían en las carnes un constante temblor de sobresalto al más leve ruido extraño.

La presencia de Rosario era una alegría que esperaban día a día, Mingo en especial. Otras veces, más de tarde en tarde, era doña Candela quien se dejaba ver, o Domitila. En algunas ocasiones llegaba la mujer de Astroza; pero iba sin sus hijos: crecidos ya podían, sin quererlo, denunciar la presencia de su padre a oídos hostiles. Y entonces, aunque los verdes no pudiesen encontrar el refugio, habrían flagelado a los grandes para arrancarles la verdad.

Rosario llegaba siempre con renovados relatos de las persecuciones que angustiaban al pobrerío del contorno: un grupo de armados se llegó una noche a una casa, detrás de una oveja que algún rico denunció robada. No estaba el hombre en al casa, pero se encontraba allí su hijo de diez años.

—Y al pobrecito lo dejaron hecho una lástima a latigazos pa que confesase que su padre era un ladrón. ¡Cuándo irá a terminar todo eso, Dios mío!

La injusticia no terminaba: el relato horripilador se repetía tras algunos días:

—Ayer casi se muere doña Lucinda...

Y daba detalles: la mujer estaba embarazada y fue arrancada de noche de su lecho por los armados, la hicieron salir a la nieve y cruzar descalza el río como castigo por no haber declarado en qué lugar había ocultado su marido un animal robado. Y el animal se b había comido el mismo que denunció su robo: los propios verdes vieron el cuero, poco más tarde, en la casa del denunciante.

Nada se puede hacer contra eso. Los hombres sienten crecerles en el pecho una cólera que sólo encuentra expresión en las airadas palabras. Los derrotados ¿qué pueden esperar sino pagar el precio de la derrota? Quisieron hacer mejor la vida de esas tierras, quisieron conquistar el derecho a vivir en paz, y únicamente consiguieron teñir de sangre las serranías, descargar, sobre los que escaparon a la masacre, el encono aciago de los hombres. Arrastrados por la desdicha a ese abismo de exasperación que lleva al hombre a defender su dignidad humana en una lucha que de antemano sabe perdida, su levantamiento no era sino demostración de que no ha muerto en los humildes el espíritu, que no ha sido muerto aún en siglos de opresión, pues es capaz de alzarse airado cuando siente que la injusticia les arrebató su derecho a la vida. Sólo cuando el espíritu está muerto soporta el hombre resignadamente la degradación de su condición humana. Obscuramente sabían que

habían luchado no tanto por sus tierras, sino por la dignificación de todos los campesinos; más bien, lucharon por la tierra, por el derecho de todo el que cultiva la tierra, a poseerla; buscaban el derecho al suelo que trabajaban en la patria en que habían nacido.

Y cada protesta de cada hombre, cada grito agónico de cada hombre muerto, era la indicación de que un mal profundo necesitaba ser corregido y que el medio de corregirlo no está e los proyectiles. Si a la violencia engendrada por la violencia se contesta con una violencia mayor, no es corregir el mal sino acrecentarlo. Corregir el mal habría sido eliminar la causa para que el efecto no se produjera. Muchos hombres muertos, muchos campos abandonados, mucha inseguridad y mucho odio marcaban la errada solución a una injusticia espantosa.

Sucedíanse los días y su transcurso no aplacaba la furia desatada contra los campesinos. En la ciudad lejana, la injusticia desenredaba la madeja del alzamiento, condenando a los hombres por haber sido altivos. No regresaban a los ranchos y las mujeres veían decrecer la ira del invierno sin que disminuyese la de los hombres con autoridad.

La nieve, reblandecida, fue disuelta por los vientos. Fangales fueron los caminos, donde las bestias se hundían hasta los ijares y las carretas cargadas se atascaban. Demoró el campo en librarse de su manto de nieve, porque tarda el sol, en esta zona elevada hasta las nubes, en difundir su tibieza, cuando en otras partes del territorio ha hecho eclosión deslumbradora la primavera en la reventazón de los brotes.

En los campos sin hombres, las mujeres labraron la tierra de los huertos para la formación de sus hortalizas; reforzaron los aperos para las duras tareas; acomodaron los postes de los corrales; esparcieron las últimas cañas ante los hocicos de los animales y ya no les quedó más que aguantar que las hembras, unidas a los machos en la estación de la brama y con los vientres henchidos por la avanzada preñez, aumentasen la menguada hacienda en a parición de septiembre.

Dos semanas hacía que Astroza y Mingo se mantenían en su oculto refugio, cuando un día oyeron por los alrededores insólito ruidos de pasos y voces extrañas. “Quienanday” les advirtió primero la presencia de los forasteros, con una erización del pelaje y un sordo gruñido en el centro de la garganta. Mingo lo aquietó, cogiéndolo del cuello y obligándolo a echarse en lo más retirado de la caverna; pero su tensión airada crecía y comenzó a agitarse inquieto, gimiendo por lo bajo, ansioso de librarse de la mano que lo contenía.

Astroza había sepultado el fuego bajo la ceniza. Los dos hombres en el silencio de la caverna, sentía correr por las venas la sangre galopada. Todo oídos, percibían el ruido de ramas, cada vez más próximo, y las voces que aumentaban su volumen. Verdes tenían que ser no más. Si llegaban hasta la caverna, si los descubrían... Pensamientos confusos acometían a los hombres: habrían flageado a Rosario o a Nacha, y no pudiendo resistir el dolor, guiaban a los armaos bajo amenaza de las carabinas. Miraron en torno, buscando un modo de escapar: no existía sino el espacio de la entrada.

—Nos van a cazar como a liebres en sus cuevas —murmuró Mingo, con fulgor de temor y cólera en la voz—. Prefiero largarme y atorrarme en las matas... Yo no me quedo en el chenque.

Lo dijo y se acercó a la salida; su compañero lo cogió en silencio de un brazo, haciéndole un gesto para que escuchara: no se oía tan próximo el ruido, cada vez parecía alejarse más y más. La respiración, largamente contenida en sus pechos, escapó en resuello aliviado. Tan violenta como el temor antiguo fue la nueva esperanza: los dejó con los miembros tiritando. El perro se aquietó también, dio dos vueltas por la caverna, con aire fiero, echóse de nuevo junto al rescoldo.

Más tarde llegó Rosario a contarles lo ocurrido.

Cuatro de los armados se habían acercado a la casa, descolgándose de improviso por la ladera del cerro para no ser vistos a la distancia en el camino. Al galope cruzaron ante el corral y al galope llegaron a la cocina, tirándose de un salto al suelo. Abrieron la puerta de una patada y se quedaron en el umbral, carabinas en mano, recorrieron con la vista todos los rincones de la pieza: no había más que mujeres, sorprendidas en sus trajines domésticos.

—¿Y los hombres?

—Ustedes lo han de saber mejor que nosotras. Unos están muertos. Y los que ustedes no mataron, están presos.

Con un gesto airado de la mano, el galoneado, jefe del grupo alejó la insinuación, insistiendo:

—¿Dónde están los dos hombres que volvieron la otra noche a la casa? Los vieron... Así que es mejor que confiesen.

—Aquí no hay más que mujeres solas ¿qué no ve? En ninguna casa de por aquí quedan hombres, ¡y por eso este año han engordado tanto los salmones!

Era doña Candela la que contestaba con tanta serenidad que sus propias palabras amargaron.

Vaciló el jefe de la banda. Señaló a Nacha:

—A ver, usté, venga pa cá...

La muchacha zurcía un refajo. No alzó la cabeza más que para mirar a su madre, sin temor pero interrogante.

—¿Qué es lo que quieren con chicuela? Déjela hay o más. ¿Qué no ve que es una coltra? No la meta en enredos...

—¡Nada le va a pasar, ñora! Y si no, usté misma se viene con nosotros.

—Anda. Nacha. Y vos, Rosario, acompaña la.

Salieron al campo. Afuera, el galoneado ordenó:

—Échale pa arriba. Vos te conocís estos laos. A ver ese ocultadero donde está escondió tu hermano con el otro muerto de hambre.

—Sis ta muerto de hambre ¿quién tendrá la culpa? —les dijo Rosario, desafiante—. ¿Quieren matar a la coltra, como mataron a su hermana y a su otro hermano?

—Cuidado, oiga, no se nos vaya a acabar la paciencia no más. No somos bandíos. Hacimos lo que nos mandan y lo que nos mandan lo hacemos bien. Y vos ándale.

Subieron el silencio el sendero montañoso, erizado a ambos lados de troncos caídos, raíces retorcidas, árboles en cuyas armazones se prendía aún la nieve. Mostró Nacha a los armados algunos lugares escondidos que pudieran servir de refugio, por sobre la caverna y a alguna distancia de ella, y se detuvo, resuelta.

—No conozco otros...

Los hombres la miraron, dudando, desconfiados; se alejaron algunos pasos, repartiéndose en abanico, golpeando las ramas con la culata de sus carabinas. Las dos mujeres con zozobra que del pecho no salía a sus caras, aguardaron, suspirando apenas su aliento vio cuando los vieron regresar. Antes de irse, los armados advirtieron:

—Andensé con cuidado. Si pillamos a los hombres, ustedes la van a pagar también por burlarse de la autoridad —a sus espaldas, Rosario les sacó la lengua, despreciativa.

La sospecha, en todos los ánimos, se dirigió a una sola persona: Celia.

Sondeaba por Nicolás antes de la revuelta, le había contestado que ella, como mujer, no podía hacer nada: no estaba con ellos ni en contra ellos. Y, en verdad, su marido, Astorga, a la sazón se encontraba preso en la cárcel de Temuco. Pero, ¿quién sino ella podía haber

visto a los refugiados? Cerca de su casa junto al río pasaron la noche de su regreso para no dejarse sorprender en el camino. La sabían pendiente de las idas y venidas de todos. Entraría en sospechas al ver los disimulados y continuos viajes de Rosario a la cuñada, sin dejarse engañar al verla arrear a la “Temerosa” al pastorage.

No se equivocaban. La mujer no cejaba en su afán de vengarse en toda la familia de Nicolás del desvío de ese hombre de ojos verdes que la dominó un día. Por otra parte, buscaba su propia comodidad; estando bien con los verdes, nadie la mostraría, prosperarían sus animales y sus siembras. ¿Pero de qué le servía? Ahí estaba, aislada de todos, sola en su rancho. No le faltaba nada, verdad es, para la satisfacción de su vientre; pero si alguien la encontraba en los caminos, a la distancia, se desviaba, como si la mujer fuera una apestada. Abiertamente, nadie le dijo nada; simplemente, evitaban hablarle. Si llegaba en ocasiones —Como llegaba poco después de la tragedia— a casa de doña Candela, las mujeres se iban retirando de una en una, pretextando diversos motivos, hasta dejarla sola. Ni siquiera Domitila, se encaró con ella, aunque ansiosa de hacerlo estuvo tiempo atrás.

—Me da lástima, más que otra cosa —decía—, cuando la veo es como si viera a una sabandija: uno no la mata pero le tiene asco.

Cambió un día, al fin, el viento. Sobre los caminos enfangados y el campo cubierto de una delgada capa de nieve en licuefacción, arrastró un día efluvios que anunciaban la proximidad del buen tiempo, las nubes, todavía oscuras y densas, se diluyeron e tenuidad y por un instante relució el sol, en anticipo de primavera.

Rosario, al salir en busca de agua, advirtió los brotes de los pastos que horadaban su coraza de nieve. El agua de la acequia había roto la escarcha que durante todo el invierno la mantuvo prisionera.

El reloj del cielo señalaba el instante de iniciar la preparación de los suelos para las próximas siembras: voltear la tierra de los barbechos, dejar a la atmósfera que disolviese sus minerales y, al oxigenarlos, los fundiese en jugos alimenticios para el vigor de las plantas. No había mano de hombre que de esa tarea se encargara. En pocos días más, toda la nieve había corrido, colicuada, por los faldeos, en arroyos traviosos, a caer en los ríos de crecido caudal. La tierra, a los impactos del sol, haría brotar de la humedad el pasto y ningún arado desgarraría las maleas, dejando sus raíces al aire para hacerlas perder su tenaz vitalidad. No se oírían, en las tardes de sol, arrastradas por el vivo viento, las voces acuciando a las yuntas: ¡Arre, arre bueeey!... Nada más que revuelo de treiles por los barbechos; de grandes aguiluchos en círculos plácidos sobre las cañadas, al divisar un corderito aislado de su madre, y la súbita contención de su vuelo antes de largarse voraces contra el animalito paralizado de terror.

Dejar la tierra abandonada a las malas yerbas es sacrilegio en el cual no pueden caer los campesinos; a la falta de nervudos brazos de hombres, las mujeres uncieron los bueyes, los condujeron por los recuestos y a tropezones en los surcos, apoyaron todo el peso del cuerpo en la esteva, mezclando la delgadez de la nieve a la tierra removida.

Aaron primero los terrenos cercanos a las casas, donde todos los años cultivaban hortalizas. Aaron y cruzaron y volvieron a cruzar, y rastrillaron después y formaron la superficie uniforme para luego tender a golpes de azadón, los camellones.

En tanto, encerrados en su cárcel de roca, Mingo y Astroza, sentían crecer en ellos el decaimiento. Una sensación depresiva les infiltraba el obligado encierro. No estaban acostumbrados a esa inacción y era demasiado agobiador ese vivir en constante sobresalto, ese salir a respirar aire puro y a estirar las piernas con el temor siempre presente de una amenaza imprevista. No podían alejarse mucho del refugio y todos sus paseos los efectuaban por la parte más densa del bosque, allí donde la luz llegaba apenas. Era duro resistir esa prisión. Cerca de dos meses llevaban ya en el encierro y comenzaban a sentir sus efectos en el ánimo. ¿Qué cosa podría ser peor que estar todo el día encerrados cuando afuera el aire era fresco y ancho el mundo para sus pies incansables?

Tornáronse malhumorados. Disputaban y aunque la mutua compañía les era indispensable, sentían crecer dentro de ellos una suerte de odio mutuo. Empujados por la irritación, un día los dos hombres se fueron a las manos. Desde entonces les quedó un resquemor inconfeso y durante varios días ni se hablaron. Hasta que Astroza rompió un día a reír, al ver a Mingo haciendo esfuerzos por reprimirse y decirle algo que le atormentaba.

La risa rompió el hielo. El anuncio de la primavera, distante aún pero anunciada en los días sin nieve, les alegró también el ánimo. Mingo tenía una proposición que hacer a Astroza:

—No aguanto más este encierro. ¿Si nos largamos de noche? No va a ser fácil que nos pillen.

Meditó su compañero la proposición. Le brillaron los ojos al pensar en la libertad y se vio, dueño de sus acciones, en un campo lejano, trabajando tierra ajena.

—¿Y pa ónde nos íbamos a ir? ¿Pal lao sur? No le veo...

—Pal norte. Costeando por el lado de Argentina nos vamos a dormir al puesto de Medrano. Conseguimos caballo y por el Neuquén nos largamos hasta el lago Béjar. Por hay no más seguimos hasta las Termas de Chillán. Total, tres semanas...

—Tres semanas... ¡Y qué comimos?

—No ha de faltar.

—Mmmm... Aguantémonos unos días... Si la cosa va mal, nos largamos, ¿ta bien? En una semana nos largamos...

No se fueron. Cuando Mingo dio a conocer a Rosario su decisión, la muchacha que le venía notando desde hacía tiempo la inquietud que lo corroía, pareció aprobar el proyecto.

—Pero han de andar con mucho ojo. Los verdes no molestan tanto ya; pero siempre pasan patrullas por los caminos. Me creo que conviene esperar unos días. Dicen que luego van a ser perdonados los hombres y que van a comenzar a volver... Alo mejor no tienen necesidad de irse.

Rumoreábase eso, verdad es, pero rumoreábase también que no volvería nadie, que todos quedarían años y años encerrados, que las mujeres y los niños se morirían de hambre en el abandono, porque las mujeres no podrían nunca cosechar lo suficiente.

No querían Rosario que Mingo se fuese. ¿Y si lo apresaran y lo llevaran a la cárcel? No lo volvería a ver más. Y ella lo necesitaba a su lado para que conociese a su hijo, para que trabajara la tierra que los alimentara a todos.

En la casa las mujeres se habían acostumbrado a estar solas. En la dureza de su existencia la pérdida de un ser querido era llorada en silencio pero sin exageraciones: la naturaleza les ha enseñado a reprimir la emoción y a guardarla en el corazón.

Los primeros angustiados días, Domitila y doña Candela vivieron como alejadas de la realidad de su marido, con un embotamiento de los sentidos a todos los ruidos, a todas las palabras. Oían solamente las voces que al resonarles en el pecho dolían como si les desarraigaran el alma. Tenían sobresaltos atemorizados cada vez que, bruscamente, por algún motivo, caían a la actividad del rancho; con esfuerzo se ubicaban de nuevo en la realidad. Ahora esa angustia la miraban desde fuera de sí misma, como si no fuesen ellas sino otros seres próximos y queridos las víctimas de una desgracia. Los recuerdos se iban amortiguando y, al transcurrir el tiempo, la voz de Nicolás fue perdiendo su timbre, haciéndose sonido nebuloso, desvaneciéndose.

En los primeros días que siguieron a su muerte habríase dicho, de improviso, que Nicolás estaba corporizado e medio de las dos mujeres. Y su voz, al hablar, era su voz propia: resonaba en los rincones cuando alguna de las dos desconsoladas pronunciaba una palabra. Una sombra arrojada por el fuego contra la pared, sobre un cajón vacío: era Nicolás que estaba sentado allí. Al entrar, de pronto, en el dormitorio, ahí estaba Nicolás, tendido en la cama; las mantas desordenadas fingían un cuerpo humano. Muchas veces se sorprendió Domitila mirando de súbito y con sobresalto a su espalda al cruzar de la casa a la cocina. Una manta colgada de la cera era, al pasar rápidamente ante ella, la figura humana de Nicolás.

El primer día, nada de eso las perseguía: no había en ellas nada más que una impresión de angustia borrosa y la cólera sorda y tenaz contra los causantes de su mal. Ahora desaparecía también el sobresalto y la voz de Nicolás no era perceptible ni en el recuerdo, borrada en las voces que cotidianamente golpeaban los oídos de las dos mujeres; en el llanto de la guagua, en el trajín de ellas.

Las reclamaba el trabajo y el trabajo agotador les quemaba la emoción y solamente de tarde en tarde venía a expresarse la pena en un silencio largo, borrado después en un suspiro que decía resignación.

Tenía Domitila que pensar en la huerta. Una mañana, azadón en mano, comenzó a dar golpes en el suelo reblandecido por la nieve al derretirse, moliendo los terrones que el arado fue dejando.

Rota la capa de nieve, debajo estaba la vida; retorcían su cuerda las lombrices y redondas larvas salían a flor del suelo, anticipadamente gozaban el aire libre. Correteaban las gallinas por entre las faldas de Domitila, picoteando gozosas. Si trataba de espantarlas, las aves apenas rehuían el gesto de su mano y se escabullían sólo cuando el azadón golpeaba con fuerza cerca de ellas.

Trabajó la mujer toda la mañana, sin pensar en otra cosa que en terminar pronto de labrar todo el trecho cerco a la casa, en dirección al estero, silencio ahora.

Aquí plantarían cebollas; en ese otro espacio, orégano; más allá, repollo. Eso y muy poco más puede cultivarse en las hortalizas. Las chacras son algo desconocido en la zona: ni las papas ni los porotos alcanzan a disfrutar de sol bastante para llegar a las heladas y los tres meses de verano no bastan a su crecimiento total.

Alzó Domitila el azadón, lo dejó caer. Una gallina voraz corrió con las alas extendidas y en alegre cloqueo a devorar una lombriz. La mujer, para no herir al ave, consiguió contener el impulso del brazo cuando lo descargaba ya. Al echar el cuerpo atrás, tropezó en un montículo y cayó sobre un costado, hundiendo la cara en tierra, ensuciándose de barro toda la cara.

—¡Gallina de los diablos!

Húmedas por el sudor las manos, ahora las tenía llenas de tierra fangosa. Se inmobilizó de improviso en el mismo lugar en que había caído. Apretó en las manos puñados de tierra y la dejó escurrir, lenta, y a medida que resbalaba, hecha fango, por sus dedos, los sollozos la iban sacudiendo y por los surcos de la cara resbalaban también dos candentes huellas de lágrimas. Se ahogaban en su garganta los gemidos tenues.

Había ido a caer sobre el túmulo que sus propias manos levantaron sobre el cadáver de Nicolás. Allí estaba arrodillada en el fango, con tierra en la boca. Y por eso la sentía amarga.

—¡Nicolás!

Sus ojos no querían verlo como lo veían: despojo comido por los seres de las aguas. Quería verlo erguido, caminando con su desgarbada holgura, haciendo flexión de las rodillas como buen montañés acostumbrado a caminar por altibajos, tan seguro en los ásperos senderos de las serranías, como torpe en los caminos vos, y no cuencas vacías. Al no verlo como habría querido, lloraba y apretaba el fango en las manos, mezclando frases piadosas a maldiciones contra quienes se lo habían arrebatado. Emparejó la tierra que sus mismas manos habían arañado.

Sobre ella, en lo alto, cerróse el claro del cielo; en tropel de animales que se embisten dos macizos de nubes se confundieron y volvieron pardo, otra vez, el día. Hostigadas por los vientos despiadados se condensaron en repentina lluvia, caída primero en gruesos y tardos goterones y a poco en fustigantes látigos de agua. Llovía... Lentamente, Domitila fuese levantando del suelo, recogió el azadón. Llovía. Y cuando la lluvia llega es porque se va el invierno: es un anticipo del sol, de la tierra libre de nieve, de los ríos libres de hielo.

—Ya va a llegar el buen tiempo... —suspiró Domitila, y pensó en el trabajo que aguardaba a todas las mujeres solas.

Pensó también en los animalitos nuevos que pronto verían el día, correteando en busca de hierba, prendidos a los corvejones de sus madres.

—Ya va a llegar el buen tiempo...

El buen tiempo demoró en llegar. Antes, la lluvia enfangó los caminos; antes, el viento galopó frenético por las faldas de las cordilleras como sobre un inmenso tambor atronante. Galopó una noche sobre el sueño de Rosario, remeciéndola. La mujer despertó y se hizo agudo el dolor de su vientre: como las ovejas y las vacas, en la primavera entregaría ella a la luz de los montes el hijo desde sus entrañas, carne que reemplaza a la que murió desgarrada. Por encima del dolor se afirmaba la vida.

Como Rosario, la “Temerosa”, escapada a la ruina total de la hacienda escasa, sentiría en el odre del vientre el inquieto agitarse de otra vida.

El primer claror del día fue haciendo más recio el temporal: cargaba la lluvia, empujada por el pecho del viento, en redobles porfiados contra la casa. Cuando Rosario, la primera en levantarse, abrió la puerta, el campo le puso ante los ojos el metal de la lluvia. Ocultos quedaban los cerros, desdibujados en mancha parda, alejados por el agua. Rebotaban las gotas en los charcos, rompiéndose en fina bruma que la ventolera implacable castigaba.

Bajo el cobertizo se apretujaban los animales en tropel de coces y gruñidos. La mujer se cubrió en una manta. Salió avanzando de costilla para romper el juro del huracán, plantando con fuerza los pies en el suelo que bajo ellos se derretía, a la carrera legó al corral. El portón, desclavado, se agitaba con violencia, columpiándose con ruido rechinante de lado a lado, abriendo paso a la lluvia que arremetía hasta el fondo.

La “Temerosa”, pronta a parir, había buscado cobijo lejos de los demás animales. Rosario quiso hacerla salir de allí y conducirla al pajar, pero el animal, a sus voces y a sus palmadas, se negó a levantarse, mirándola con sus inmensos ojos angustiados, lanzando lastimeros mugidos junto con el hálito caliente de sus narices húmedas.

Hizo salir la mujer a los demás animales, los bueyes, las ovejas, para encerrarlos en el trascorral —recinto cerrado pero sin techo— y todo el tiempo la sacudía el viento, arremolinándole la manta sobre los ojos y eso lo aprovechaba la lluvia para mojarle los tuétanos.

La “Temerosa” quedó sola, sin cesar en sus mugidos, echada tristemente sobre un costado. Dolía verla allí, tan grandota, con sufrimientos casi humanos, sacudido el vientre por contracciones violentas que obligaban al animal a un mirar despavorido, a abrir el hocico y menear la lengua rojeante en lamento que no alcanzaba a concretarse en bramido. “Va a parir ya”, pensó Rosario. Y sin cuidarse de la lluvia que hostigaba a latigazos fríos, fue en busca de paja, al tendió ante el hocico ansioso de la vaca y a su lado le formó lecho para el que nacería.

—El pobre animal es como un cristiano— pesaba, sintiendo ella también repentinos clavos que le desgarraban las entrañas.

Instantes después, cuando volvió de desenterrar el fuego en la cocina y de colocar la pava a las llamas, la “Temerosa” pasaba y repasaba como de juguete, de frágiles patas y cabezas ingenua y asustadiza.

—¡Dios lo guarde!...

Rosario miró al animalito desde la entada, sin atreverse a acercarse. La vaca la miró con expresión que a la mujer se le antojó humana, como si el animal supiese que Rosario la comprendía y que el dolor que da a vida en la maravilla de la creación es, en todas las hembras una sola y misma cosa. Todos estos pensamientos se daban vueltas en la mente de Rosario, expresados en una muda exclamación: “¡Bah... lo que es!”

Después, alegre, sin preocuparse de la humedad de sus ropas, regresó a la cocina. A solas comenzó a matear. Afuera la lluvia levantaba polvareda de agua al castigar con fuerza los cenagales y la espantadera de los animales formaba concierto de gruñidos discordes y lastimeros. Pero Rosario, confortada junto a los leños ardados en viva llama, se tocaba el vientre y sonreía.

Sobre la tierra mojada los troncos talados serpollaban en renuevos lozanos y los pastores erguían sus hojas maravilladas al sol de los buenos días.

El bosque entero oponía la fuerza de su nueva vida a las embestidas de los vientos madrugadores. Bramaba el Ránquil, a topetazos contra las piedras; del otro lado, el estero caía en precipitado gozo, salvando troncos, sonoro después de quebrar el cristal del hielo.

Gordos vienen los ríos...

Junto a la era bruñida por las puelchadas que allí no encontraban valla a su furia, mingo miraba el campo, la repunta que se aguzaba en un extremo, sajada por la cuchilla de dos ríos en confluencia.

—Es que están derritiendo las cordilleras.

Rosario alzó la cabeza, al pronunciar esas palabras, para mirar la lejana mole del Mocho, espolvoreada de blancas harina, con puñales negros en los flancos que maculaban su limpieza. Inclineda sobre la artesa, frotaba unas copas, las estrujaba y retorció dejando escurrir el agua.

Había vuelto la paz al campo; lasaña de las represalias perdió fuerza, desgastándose en su propia intensidad, y hoy muchos hombres habían regresado a sus hogares a trabajar la tierra, en la época en que toda vida se recoge para reventar de golpe en poderoso estallido.

Muchos habían vuelto de las cárceles, muchos quedaban todavía en ellas. Cuando se apaciguó la furia de los verdes, Mingo y Astroza salieron de su encierro de roca y sin temer ya, se instalaron en sus hogares a comenzar de nuevo esa existencia de lucha contra la naturaleza, terminada la lucha contra los hombres. Pero estaban siempre sometidos a vigilancia. Los armados habían aumentado sus puestos en esas serranías y las nuevas caras, duras siempre, no lo era tato ya.

Los que participaban en la revuelta sin haber perdidos a tierra, pero temiendo perderla, han regresado a ella, y la cultivan. En el aire diáfano que los pájaros horadan con sus cantos como quien quiebra el agua sobre el cristal, se elevan las humaderas azulosas de los leños ardidos en fulguraciones detonantes, desflecadas a la tarde, en lentas cintas girantes.

De cañada en cañada va resurgiendo el grito de los arrieros, a voz de los hombres a sus yuntas aradoras. En el recinto verde de los bosques se ahueca de nuevo la resonancia de las hachas, y los chiquillos, mecidos en las noches de angustia jamás olvidadas por la detonación de las balas ansiosas de morder la carne de sus padres, se pierden por las sendas que los animales abren entre las quilas, buscando nidales de gallinas matreras.

Aguzándolas a golpes de cuchillo, Mingo pone estacas nuevas a un carro. De vez en cuando lanza una exclamación rotunda, porque el esfuerzo de sus manos encuentran excesiva oposición en la madrea, o porque un descuidado golpe le cae sobre los dedos.

Se ha detenido el viento, y el bosque, en las laderas y los taos, está inmóvil, se esponja, tiende sus ramas al sol y trepida de zumbidos. “Quienanday”, echando a los pies del hombre, debajo del carro en reparación, dormita y agita las orejas para espantar alguna mosca pertinaz en su asedio.

Parición maravillosa de las tierras altas al llegar la primavera: por el angosto valle las ovejas pasean balanceando las ubres, y tras ellos corren los recién nacidos y dan topetazos violentos cuando tratan de mamar. Cien veces pierden las ovejas a sus hijos, al adentrarse en los encañados, y otras tantas ovejas a sus hijos, al adentrarse en los encañados, y otras tantas vuelven a encontrarlos por el olfato. La maternidad no las ha hecho perder su timidez: toda extraña presencia las hace huir con trémulo balidos, pero nunca la timidez es tanta que no se detengan, a distancia, para volverse y examinar, inmóviles, la causa de su pavor.

Libres de la opresión del invierno, los animales viejos y los recién nacidos corretean comiendo a grandes dentelladas el pasto temprano. La primavera reclama el cuidado del campesino; alertas los ojos contra los aguiluchos, ansiosos de cebarse en la carne tierna de los corderitos; atentos los ojos para espantar al peuco que cae feroz sobre los polluelos, queriendo arrebatarnos en las tenazas afiladas de sus garras. Rondan los zorros, por las noches, husmeando con sus puntiagudos hocicos, a la presencia del hombre. Ocultos detrás de la maraña recién brotada, ladinamente clavado los carbunclos de los ojos en los huecos del follaje.

Se apoyó Mingo en las varas del carro, terminado el trabajo, y contempló, como si lo viera por vez primera, el campo estremecido por sobre y por debajo de la tierra.

La cebada había roto las vallas del invierno y lozaneaba en el faldeo. El trigo entallecía con profunda fuerza, y en los bancales se esponjaban las hortalizas, robando sus jugos a la tierra relentecida. Todo estaba en paz: ni un vestigio de la tragedia en el campo renovado entero.

Rosario cruzaba en ese instante de la casa a la cocina, echando atrás el cuerpo para contrarrestar el peso del vientre hinchido; también la vida humana llegaba a sobreponerse a la muerte.

Se le vinieron a la mente unas palabras que oyera a su madre:

—Por mucho que puedan incendiar, matar, nunca podrán matar la tierra, porque no hay balas que le den muerte.

Los hombres murieron. Nicolás entregaba directamente su cuerpo a los jugos de las plantas; Robledo lo entregaba al río y del río pasaría también a los campos, fecundándolos. No estaban ya más con él sus amigos, sus compañeros de todas las horas; pero seguían rodeándole, afirmando su altiva esperanza en la entraña misma de la tierra.

Nada podría borrarla. Ni siquiera la airada protesta del volcán Llaima que un día vomitó lavas y piedras, como asqueado ante tanta muerte, y llegó a henchir los ríos que destruyeron puentes y arrebataron casas; el volcán, que fue castigo de Celia, haciendo con su lava crecer las aguas para que arrastrasen, de noche, el cuerpo de la traición, a lejanos valles, deshaciéndolo sin dejar un vestigio. No borraría la lava del volcán lo que estaba clavado en el pecho de los hombres. Y así como un ardiente deslizamiento de lava corroe los suelos por un tiempo y luego los torna más fecundos, así también sobre los campos dejaba huella honda que el tiempo iba repartiendo, abonándolo.

Habríase dicho que la sangre llegó a fecundar la tierra. Que la sangre había hinchido el vientre de los ríos, aumentando su caudal de aguas y de salmones. Que la sangre había traído la paz.

Los expulsados, expulsados estaban y, para dicha de su raíz arrancada del suelo, muertos muchos de ellos, incapaces de ver aparente inanidad de su sacrificio. Los ranchos quemados, quemados estaban: eran montón de carbonizados leños, convertidos de pronto en ascuas cuando los lagartos de metal recorrían sus hendiduras negras, buscando el sol. Por a tierra que los hombres habían sembrado, las libres corrían si temores, y, paso a paso, los zorros marchaban con sus fulvos lomos ondulando, como sí supiesen que los seres que los perseguían no los perseguirían ya más.

Los expulsados de la tierra habían muerto, estaban presos, huidos, con sus hogares deshechos, trota la familia la mujer por un lado, los hijos por otro. Los muertos, muertos estaban, dichosamente muertos; no verían la consumación de la injusticia, no sabrían que las tierras que fueron suyas, que labraron un año y otro año, eran eriales, ahogadas por las malezas. No sabrían, tampoco, que sus mujeres vagaban por los caminos, en busca de trabajo, repartidos los hijos, aquí en una familia bondadosa, allá en otra familia caritativa.

Los encarcelados sí sabrían todo eso. Y eso les haría las noches de pesadilla como serían, en el día, de pesadilla los muros hoscos para sus pechos conformados al aire suelto de las cordilleras. Los habían vencidos pero eran ellos, los campesinos derrotados, los vencedores. Un alzamiento como el suyo, aun cuando sofocado, es surco trazado recto a señalar un mal: sus rústicas manos no han izado en vano armas de rebeldía.

Perdida la esperanza suya, la esperanza de todos los campesinos se ha abierto en mil resplandores por cada pecho desgarrado como una rosa. El aire entretejido de disparos, los caminos de nieve hollados por los cascos, los ceños que la amargura ha ido surcando, las mujeres abandonadas, el ancho deslizamiento del río ocultador de crímenes, todo está viviendo, agrandado, en las noches iluminadas en los fogones de los ranchos.

La lluvia ha borrado en lodo, por las sendas vertiginosas, las huellas de la tragedia inmensa, pero no hay agua bastante a borrarla de los pechos que el rencor rebosa.

En cada ojo que ha aprendido a mirar de frente la desdicha, y sabe dónde está su raíz; en cada silencio que pugna por hablar; en cada mano prieta de callos que se empuña al latigazo de la acción no humillada; en cada humillación no tolerada; en cada angustia que en vez de llorar grita altanera y se mezcla a otra angustia rebelde en las noches de hogueras, está el hombre del campo expresando que el sacrificio no ha sido perdido. La fiera tempestad barrió con los cuerpos levantados en rebeldía, pero su espíritu siguió alentando por los campos oscuros y se hizo dignidad en todo ser humilde.

El vivo viento de las tardes trae desde las serranías el acento de bronce de los alzados; ¡a duros vibraron los montes sus sonos altivos! Y esa voz no estaba muerta. Las noches abreviadas del invierno acarreaban leyendas de sacrificio y heroísmo en las lenguas maternas para enfervorizar a los niños maravillados. Los luceros que tiemblan a morir al condensarse el amanecer estival, pendulando de un extremo a otro del alto cielo plácido, escribían a fuego la acción de los hombres que siguieron, muertos ya, sujetando con los dientes la tierra para que no les fuera arrebatada. Y nada de eso estaba muerto.

Llevaron los fugitivos por los caminos la amargura azorada de los perseguidos, alejándose del imperio de las serranías donde les negaron la razón a balazos. Azotados ahora por los vientos con gargantas de vidrio de las tierras planas, o inclinados sobre el arado en una tierra que no es la suya, ocultan los ojos bajo los párpados para que no les duela el fulgor que una renovada esperanza ha ido encendiendo. Fueron vencidos y andan fugitivos, pero se saben vencedores y libres: ya jamás nunca volverá la fuerza a embestir ciega y despiadada contra la humildad campesina, porque los campesinos han sabido morir para señalar el camino por donde va el hombre al encuentro de su dignidad.

Fin